

DEL ORIGEN AL ORIGEN

Historia y vida de San José: la historia del corazón humano



TRIGUEIRINHO - HERMANA LUCÍA DE JESÚS



IMAGEN DE SAN JOSÉ CASTÍSIMO

Hoy humildemente les revelo Mi Faz, para que también me puedan ver, así como Yo quiero expresarme al mundo en estos tiempos. No vengo para ser adorado. Esta imagen existe para que unan sus corazones al Mío. Para que reconozcan ese momento, en el cual Mi imperfección quedó de lado, para dar lugar a la Perfección de Dios. Esta imagen existe para que comprendan la esencia de la existencia humana, y el camino que deben seguir en este final de los tiempos.

Esta imagen representa lo que es imposible: el momento en que este báculo seco, muerto, floreció. Así también es la humanidad: parece estar muerta, seca; pero en verdad, hijos, semillas únicas de flores que todavía se desconocen en el Universo se guardan dentro de ustedes, para que florezcan en una verdad que ya no debe ser desconocida. Que esta imagen sea el agua derramada sobre las semillas de sus corazones, para que delante de ella florezca la verdad y cada uno de ustedes conozca su verdadero ser.

San José Castísimo, el 19 de marzo de 2018

DEL ORIGEN AL ORIGEN

*Historia y vida de San José:
la historia del corazón humano*

San José Castísimo

COLECCIÓN

MENSAJEROS DIVINOS

VOLUMEN ÚNICO

José Trigueirinho Netto
Hermana Lucía de Jesús



IRDIN

2026

Copyright © 2026 Asociación María, Madre de la Divina Concepción

Título original en portugués:

*Da Origem à Origem - História e Vida de São José:
a história do coração humano - São José Castíssimo*

Primera edición publicada en Portugués en 2026

Irdin Editora sin fines de lucro

Tapa, fotografía, revisión y diagramación

Equipo de voluntarios de la Asociación Irdin Editora
y de la Asociación María, Madre de la Divina Concepción

Tapa: Sagrado Relicario del Castísimo Corazón de San José – detalle

Datos Internacionales de Catalogación en la Publicación (CIP)

Trigueirinho

Del origen al origen : historia y vida de San José : historia
del corazón humano / José Trigueirinho Netto, Hermana Lucía de Jesús.

– Carmo da Cachoeira : Irdin, 2026 – (Mensajeros Divinos).

390p. : il. color.

*Traducción de: Da origem à origem: história e vida de São José:
a história do coração humano.*

ISBN: 978-65-88468-90-6

1. José – Santo. 2. Esoterismo. 3. Espiritualidad. 4. Civilización antigua –
Miscelánea. 5. Atlántida (continente legendario). I. Lucía de Jesús, Hermana. II.
Título. III. Serie.

CDD: 133.9

Derechos reservados

ASOCIACIÓN IRDIN EDITORA

R. Lourival Campos Reis, 507 - Bom Retiro
Carmo da Cachoeira – MG – Brasil | 37225-000
Tel.: +55 (35) 3225-2616

www.irdin.org.br

Esta edición fue impresa en febrero de 2026
en la gráfica *Formato* en sistema offset, papel couché 90 g.

IMPRESO EN BRASIL

Índice

Nota de la Editorial	09
Al lector	11
Prólogo	13
Capítulo 1	17
El Origen	
Fuentes de Vida: Adonai, Emmanuel y Abba	
El inicio del Proyecto Humano	
Capítulo 2	33
Los primeros pueblos sobre la Tierra y Lemuria	
El potencial de amar y la Grecia Antigua	
La Atlántida y sus enseñanzas	
Capítulo 3	59
El pueblo Estekna-Manes y su ascensión	
La civilización egipcia y sus aprendizajes	
Los patriarcas y la preparación para la Encarnación de Cristo	
Capítulo 4	83
El inicio de una gran misión	
El misterio de la consciencia indígena	
José de Nazaret: nacimiento, infancia y juventud	
Capítulo 5	117
La Sagrada Familia de Nazaret	
El nacimiento y la infancia de Jesús	
La vida de la Sagrada Familia y la muerte de San José	
Capítulo 6	155
El retorno al Origen	
El retorno a la Tierra	
Los Maestros Ascendidos	

Capítulo 7	181
Claves para la unión con Dios	
Camino de ascensión y trascendencia de la condición humana	
La Instrucción del Arcángel Metatrón	
Capítulo 8	213
La escuela de los Avatares	
El sacerdocio Celestial, Universal y Crístico	
La escuela de la Instrucción	
Capítulo 9	243
La Instrucción de Emmanuel	
El Plan de Dios para el proyecto humano y el Camino Crístico	
El despertar de las Virtudes y las semillas del Amor de Dios	
Capítulo 10	269
La Ascensión de Jesús y Su Regreso al Padre	
El Evangelio Universal de Cristo	
Los Centros de Amor	
Capítulo 11	299
María Santísima y los Monasterios Internos en los Centros de Amor	
Las santas mujeres y los discípulos de Cristo	
El Reino de Mirna Jad y el Linaje de los Reinistas	
Capítulo 12	333
Síntesis espirituales	
Unidad: la puerta hacia una evolución sublime	
La evolución divina	
Notas	365
Glosario	375

Nota de la Editorial

Entre el 21 de agosto de 2016 y el 9 de agosto de 2017, San José transmitió un ciclo de mensajes diarios a la hermana Lucía de Jesús, monja vidente de la Orden Gracia Misericordia; aclaró que se trataba de Su historia y pidió que dichos mensajes se organizaran en un solo libro. Bajo su orientación, José Trigueirinho realizó una revisión minuciosa de todo el material, una de sus últimas tareas, y a petición de San José figura como autor de este libro.

Siguiendo las indicaciones de Trigueirinho de preservar la secuencia cronológica en la que se transmitieron los mensajes con el fin de colaborar en la fluidez de la narrativa que San José presenta al lector, la obra se dividió en capítulos. También fue su sugerencia incluir notas explicativas y un glosario, que presentan los términos menos conocidos por el público en general y aquellos utilizados por San José con una connotación diferente a la habitual. Dichas palabras y expresiones se han marcado con números (Notas) y asteriscos (Glosario) en el texto de los mensajes.

Algunas palabras y expresiones presentes en la obra se han escrito intencionadamente con mayúscula inicial, ya que se refieren a atributos divinos o a estados superiores de consciencia.

Que la historia de este fiel servidor de Dios en la Tierra pueda ampliar la consciencia y el corazón de todos aquellos que, con sinceridad y amor, buscan el camino de regreso a su propio origen: la unión con el Creador.

La Editorial

Al lector

Ustedes harán la experiencia de leer un libro que no fue estructurado en el tiempo cronológico que usamos aquí, en la Tierra, pero que intenta contar una historia en el Tiempo Real*, el tiempo que se vive en el universo. Por lo tanto, se trata de un libro especial.

San José, como Instructor Divino, se muestra más empeñado en demostrar la esencia de la Enseñanza que en describir hechos (véase página 42). El enfoque subjetivo de la narrativa está en la historia del corazón humano, cuyo desarrollo se va describiendo paciente y amorosamente durante el relato de la historia de la vida de San José, hasta hoy mantenida en reserva para el público en general. La Biblia misma no dice casi nada de Él.

Se trata de lograr una “reconstrucción espiritual” después de milenios de algunos equívocos y aventuras a ciegas, según nos dice el Instructor, que viene reencarnando en este planeta desde los inicios y que, por lo tanto, participó prácticamente de todas sus etapas. Para conseguir esta “reconstrucción espiritual” hemos de aprender, según Él, a amar y a perdonar. ¿Será tan difícil? Lo que nos prepara para lograrlo es la vivencia de la compasión y de la piedad, que ya las conocemos, pero que no siempre las ponemos en práctica en nuestras vidas.

Sin embargo, los temas que trata este libro trascienden la vida terrestre y nos informan que los seres evolucionados del universo, al entrar en contacto con la raza humana e intentar comprenderla, fueron resolviendo sus antiquísimos problemas cósmicos.

Las aclaraciones sobre nuestra antigüedad, sobre los desaparecidos e hipotéticos continentes, y la verdad sobre la Antigua Grecia (véase capítulo 2) facilitan nuestro contacto con Dios y con el universo, siendo esa una de las metas de esta amplia instrucción de San José.

Es un gran desafío y una oportunidad muy especial para todos nosotros, que ignorábamos tantos hechos históricos y tantos aspectos imprevistos, propios del corazón humano tan amado por Dios y con un papel fundamental en Sus Planes, como podremos ver a través de esta historia contada por quién la vivió intensamente desde los principios del planeta.

José Trigueirinho
Agosto de 2018

Prólogo

Sé que no toda la humanidad estará dispuesta a escuchar esta historia y a entrar en contacto con ella de la forma en que la presento aquí, inclusive por el hecho de ser Yo quien la está contando.

Sin embargo, llegó el momento de que el conocimiento deje de ser una propiedad en manos de los hombres y que la verdad esté accesible para todos, para los ignorantes y los dispuestos de corazón. De este modo todos tendrán la posibilidad de comprender por qué viven ciertos acontecimientos en este tiempo, superando obstáculos y reconociendo cuál es el camino correcto que seguir para que se cumpla el Plan de Dios.

Sé que muchos se preguntarán por qué es San José quien les cuenta esta historia y no otro, y qué representa para la humanidad esta consciencia tan anónima y silenciosa.

Como verán a lo largo de la historia que les contaré, Mi Consciencia surgió de los estanques de la Creación* con un propósito claro: ser el ejemplo fiel de la capacidad de un ser humano original de la Tierra y demostrarle al universo que la manifestación del Plan de Dios, a través del “Proyecto Humano”*, es posible.

Vengo como San José porque así represento la unión perfecta del hombre con Dios, la vivencia de la unidad con el Creador al trascender la individualidad humana.

Les contaré una síntesis de esta historia que, en verdad, es mucho más amplia y profunda de lo que les diré aquí; pero la intención es que estas palabras sean comprendidas por todos los seres humanos que las lean. Por esa razón, los rebuscamientos y complejidades no serán una característica del libro que tienen en sus manos en este momento.

Hijos, esta no es solo Mi historia, también es la historia de todo aquel que vive en la Tierra en estos tiempos, porque sus vidas no comenzaron cuando fueron gestadas en los vientres de sus madres, y no terminarán cuando sus cuerpos físicos sean devueltos a la tierra.

Mientras leen lo que les contaré, intenten recordar, sentir y permitir que se abran nuevas puertas en la consciencia para que, finalmente, una mayor comprensión los impulse a definirse en la manifestación del Propósito Divino.

Aquí los conduzco del Origen al Origen, al tiempo del no-tiempo, donde podrán sentir que todo lo que fue y lo que será, ya es. Descubrirán que el pasado y el futuro están unidos dando como resultado lo que son hoy.

Cada día tienen, ante sí, la posibilidad de curar el pasado y transformar el futuro; basta que cambien lo que son ahora.

Su padre, amigo y compañero de siempre,

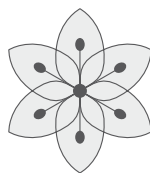
San José Castísimo





Capítulo 1

Nebulosa de la Langosta (NGC 6357/Pismis 24)
NASA/ESA/CSA/STScI



Para entender esta historia deberán comprender un aspecto de la Creación, aquel que corresponde a la manifestación de la humanidad.

La Creación es infinita y explicársela a la mente humana, en toda su plenitud y grandeza, sería imposible en este momento de la evolución de la humanidad.

Por lo tanto, esta historia comienza desde donde la pueden comprender, sentir y recordar.

Para manifestar este universo* y otros siete, semejantes a este, el Creador expandió Su Consciencia entre las dimensiones creadas por Él. En primer lugar, manifestó la Vida en las dimensiones que eran la expresión de Su Espíritu, de Su Presencia, en los niveles Espiritual, Mental y Material del Cosmos. Estas emanaciones o expresiones ustedes las conocen como Abba, Emmanuel y Adonai.

Cada aspecto de la Consciencia Divina es, en sí mismo, una Fuente de Vida de la cual comenzaron a surgir las diferentes energías, vibraciones y criaturas.

Primero surgieron los rayos, de los rayos el sonido y los elementos. Finalmente, las criaturas, que primero fueron las consciencias arcangélicas, partes pensantes de la Consciencia Divina.

De la unión de los rayos, del sonido y de los elementos, y por la intercepción de las primeras criaturas divinas, de la Fuente de Vida de Adonai, Emmanuel y Abba, comenzaron a surgir las esencias. De esas esencias surge la vida espiritual de los planetas y de las estrellas que, siguiendo su evolución fueron dando vida a las galaxias poco a poco, y hoy conducen, espiritualmente, hasta universos.

Cuando la consciencia espiritual de los diferentes planetas se fue formando y los rayos, los sonidos y las vibraciones comenzaron a animar al cosmos se inició, entonces, lo que ustedes conocen hoy como Vida.



Las tres expresiones de la Consciencia Divina, en Sus Fuentes Eternas de Vida, emanaban permanentemente aquello que les correspondía a cada una: de la Fuente Espiritual proviene lo más sublime, el origen de todo, como son los rayos, los colores, la Luz y el sonido. De la Fuente Cósmica Mental —de la Mente de Dios— provienen Sus asistentes, aquellos que en unión perfecta con Él, pensarían y manifestarían Su Creación. Por esta razón los ángeles, arcángeles y otros seres llamados ultraterrestres*, aún desconocidos por la humanidad, no están separados del Creador, sino que son Sus prolongaciones en las diferentes dimensiones. Ellos viven para manifestar Su Voluntad.

De la Fuente Cósmica Material surgió la materia sublime de estos siete universos que comenzaban a manifestarse. De esa Fuente no emana una materia como la humanidad conoce o comprende. La materia sublime que emana de la Fuente Divina de Adonai, es el principio, el arquetipo, el espíritu de todo lo manifestado. Hasta la manifestación que les parece la más grandiosa y sutil tiene su contraparte verdaderamente espiritual guardada en la Fuente de Adonai, en Sus estanques de vida*, de creación.

Y fue mucho después de que la Creación comenzó a multiplicarse, que Mi esencia surgió de ese divino estanque de Adonai.

Ángeles, arcángeles, soles, estrellas, planetas, espejos*, elementos, todo ello se expandía a cada instante; los universos se transformaban y aquella primera multiplicación de Dios, cuando Él se dividió en tres, nunca tuvo fin.

Fui creado en la Fuente de Adonai bajo un impulso creador del Arcángel Rafael. Allí nací como esencia, una nueva parte multiplicada de la Consciencia Divina, una nueva célula de Dios.

Para que una esencia surja en el estanque de Adonai, se hacen presentes también las emanaciones de Abba y de Emmanuel. La esencia es algo extremadamente sagrado y venerado en el cosmos, donde el pasado y el futuro no existen. En la esencia se encuentra la unión perfecta entre las tres Fuentes Creadoras, es como si en ella la Consciencia Divina se volviera a unir.

Para que una esencia sea emanada, los principios de la Fuente Espiritual de Abba son depositados en el estanque de Adonai, expresándose como rayos, sonidos, colores y vibraciones que significan la misión primordial de esa esencia, cómo ella se asemeja a Dios, y por medio de qué vibraciones retornará al Origen.

Por ejemplo: si una esencia es creada bajo el impulso del Rayo de la Transfiguración, del Principio de la Armonía, de un determinado sonido y de una vibración —expresados en el color y la luz— será a través de la vivencia perfecta de ese Rayo de la Transfiguración, de la armonía y de esas expresiones de color, sonido y luz, que dibujan los linajes de cada ser, que esa esencia retornará a su Origen.

La Fuente de Emmanuel, de donde emanaron los arcángeles y los ángeles, también colabora en la creación de las esencias a través de la intervención y de la energía de un determinado arcángel mayor, es decir, de las primeras emanaciones divinas, aquellas que están más próximas a la Consciencia de Dios y que con mayor perfección se unen a Su Pensamiento Divino.

Cada arcángel colabora con la esencia aportando un nuevo principio y deposita en ella la Voluntad de Dios, el Pensamiento que el Creador tiene para ella, cuál será su parte en la manifestación del Plan y cuál es la razón por la que está siendo creada.

Y la Fuente de Adonai manifiesta, anima, da forma y vida a ese Pensamiento, a esa vibración espiritual, a esa esencia.

De una forma simple y comprensible para la mente humana, les explico cómo surge en el cosmos infinito una esencia de evolución material, humana o universal.

Mi esencia surge de la Fuente de Adonai bajo el impulso espiritual de los Rayos de la Liberación y de la Trascendencia, así como de las energías del Orden, del Ceremonial, del Silencio y de la Humildad. Como ya les dije, Mi misión fue delineada por el Arcángel Rafael y fue así como todo comenzó.

La primera vibración de sonido que se hizo oír en Mi surgimiento en el cosmos fue “AN”.



Cuando las esencias surgen en el cosmos necesitan pasar por un período de adaptación espiritual de su existencia. La pureza de Dios y los principios impresos en su interior van tomando vida y consolidándose.

Durante ese período la esencia se expande en lo que se conoce como “consciencia”. La consciencia es el espacio espiritual donde el ser se desarrolla en todos sus niveles. Allí, los demás cuerpos, vida tras vida, se van formando, haciendo experiencias, y van construyendo su evolución.

La consciencia contiene en sí todos los niveles del ser. En ella es donde se puede transformar, verdaderamente, lo que no hicieron bien o lo que no aprendieron bien, y también en ella se encuentra lo más puro de sí mismos, el camino hacia su propia esencia.

El primer aprendizaje de la consciencia es la contemplación de Dios, y este también será el último. Será por medio de la perfecta contemplación

y de la unión consciente con el Creador que la consciencia volverá a trascenderse a sí misma en esencia y volverá a los Orígenes de todo.

Todas estas vivencias aún se encuentran dentro de cada ser. Aquel que, con gratitud y reverencia, accede a su propia consciencia, encuentra en ella este primer aprendizaje consciente: la contemplación del Creador.

Así la consciencia va cobrando vida y, al ser conducida por los sabios seres que gobiernan el universo y el karma de cada ser, es encauzada a un determinado lugar del universo para proseguir su evolución. Yo vine a la Tierra a cierta altura de Mi trayectoria.

Para comprender, sentir y permitir que estas palabras los transformen y los hagan recordar, más que leerlas, mediten en ellas; dejen que resuenen en el silencio de su interior. Así comprenderán por qué les digo estas cosas.



Los primeros cuerpos del ser se van formando a partir de todos los atributos de la esencia y de aquellas vibraciones que la conforman.

Después de la consciencia, surge el cuerpo de luz, que es el puente hacia la consciencia; luego surge el alma y, dependiendo de la experiencia de cada uno, se manifiestan los demás cuerpos, más materiales o menos materiales.

Por haber sido las primeras creaciones de Dios, cada planeta en el universo* y en el cosmos trae en sí, espiritualmente, muchos atributos que cooperan con las consciencias recién formadas que encarnan en su órbita por primera vez.

De este modo, además de todos los atributos que recibe de la esencia, la consciencia también recibe del planeta donde primero encarna sus atributos espirituales, que están ligados a la esencia planetaria, a lo que

ese planeta debe manifestar y a su papel en la concreción de los Planes de Dios.

Conteniendo toda esta información espiritual, encarnan los primeros cuerpos materiales que conforman lo que muchos conocen como seres cósmicos y sus diferentes mónadas*.

Aquellas pocas criaturas, que vivieron su primera experiencia originalmente en la Tierra, tienen la clara misión de expresar lo que la Tierra ofrece a la Creación Divina: la experiencia del Amor y de la Unidad perfecta con Dios, por medio de la trascendencia de la Ley de dualidad y de la ley del libre albedrío.

Con todos estos impulsos llegué en espíritu a la Tierra, un planeta de grandes aprendizajes. Desde el principio de Mi experiencia en la Tierra, fui preparado para vivir la misión que Me haría iniciar el camino de retorno al Origen, camino que aún sigo delineando hasta los días de hoy.

Todo esto les explicaré, poco a poco, para que comprendan las raíces de la condición humana y cómo trascenderla a través del amor a Dios y de la persistencia.



En el inicio del Proyecto Humano*, que así se llama porque fue uno de los últimos proyectos divinos de la creación de una raza completamente diferente de todas las que ya existían en el universo*, la idea del Creador era pura y Su intención perfecta.

En la consciencia espiritual del planeta Tierra fueron depositados atributos divinos únicos en todo el universo, como la unidad espiritual, mental y anímica con Dios, el Amor Crístico, la posibilidad del camino de evolución solar...Podríamos decir que los mayores atributos de la vida cósmica y universal* fueron depositados en el espíritu

de la Tierra o en su debida proporción, cada esencia que llegaba al planeta recibía, en sí misma, el potencial para vivenciar y expresar esos atributos.

Sin embargo, el Proyecto Humano* también permitía que actuaran la ley de la dualidad y la ley del libre albedrío, que son los símbolos de los obstáculos espirituales que los seres deben trascender para acceder a los atributos divinos que están latentes en su interior, porque no se llega a esos atributos con la voluntad propia, sino con la Voluntad Divina y con la plena disposición y entrega de vivir en esa Voluntad.

A lo largo de la existencia del planeta, fueron innumerables las tentativas de evolución y, de muchas maneras, la humanidad se aproximó y se apartó del arquetipo divino para la consciencia humana, porque a pesar de las oportunidades y de ser las gracias las mismas para todos, no todos tienen la misma simplicidad de corazón para llegar a la meta con armonía sin perderse en el camino.

La condición humana en sí misma ya genera ciertas dificultades a las consciencias, porque no conocen su origen, su pasado o su futuro ni tampoco la razón por la cual están en el planeta; inclusive, muchos ignoran que sus vidas tienen una razón espiritual y evolutiva de ser, ignoran que a este planeta no se viene a vivir una experiencia personal, sino un aprendizaje universal e incluso cósmico.



Antes de que las consciencias llegaran a la Tierra, muchas de ellas experimentaron la evolución universal en otros mundos. Cada planeta creado por Dios contribuyó con estas consciencias con un cierto atributo que las acercaba a la expresión perfecta de su esencia, a lo que Dios había pensado para ella.

En cada planeta, las consciencias viven determinadas escuelas de evolución y, dependiendo de cada una de ellas, se aproximan más al

arquetipo divino o menos. Al igual que en la Tierra, los seres cometen errores o aciertan muchas veces. Hacen elecciones que los llevan al crecimiento o al retroceso de la consciencia. Por esta razón, el Creador va renovando los proyectos evolutivos, las razas y planetas creados, para que cada esencia, creada por Él, encuentre la mejor manera de crecer y de retornar. Por eso es que se ven tantas estrellas en el cielo a la noche.

El planeta Tierra fue colmado en su consciencia espiritual con atributos primordiales únicos. Se considera en el universo que la vida en la Tierra corresponde a un gran aprendizaje, una oportunidad magna para dar un salto evolutivo, perdonar los errores y retrocesos del universo, y retornar a la unidad con Dios.

Por esta razón, muchos seres fueron enviados al Proyecto Humano*. Algunos fueron los que cometieron los mayores errores en el cosmos; otros grandes instructores universales que necesitaban este aprendizaje para evolucionar; otros precisaban una oportunidad para redimirse y equilibrar diferentes grados de experiencias negativas; otros, como Yo, comenzaron su evolución a partir de la Tierra, para que el Creador pudiera observar el resultado original del ser humano. Uno de ellos era Su Hijo¹, así como Su Santa Sierva², seres divinos que, con rostros humanos, también participaron del proyecto de la Tierra.

La evolución del planeta se fue desarrollando en muchas etapas diferentes, en muchos ciclos que marcaron la civilización humana de diversas formas. Así como sucedió a lo largo de la evolución de todas las civilizaciones del cosmos, con la diferencia de que la humanidad, muchas veces, no fue consciente de su ciclo anterior, del pasado del propio planeta. Por eso trascender sus errores y su transformación ante Dios, siempre fue más difícil que en el resto del universo.

Muchas veces, la consciencia humana tuvo que comenzar de nuevo³. Cada prototipo de ser que compone la humanidad llegó a la Tierra en una etapa evolutiva diferente. Yo llegué al principio.



La primera experiencia de la vida humana en la Tierra fue seguida de cerca por todo el universo. En aquel momento, los velos que cubrían la consciencia no eran tan oscuros como los que, hoy, están sobre sus ojos.

La consciencia humana tenía, en parte, el recuerdo de su origen, y algo conocía sobre el propósito de su existencia. La ley de la dualidad y la del libre albedrío ya formaban parte de la vida en la Tierra y, además de los propios registros traídos del universo, como los errores que tendrían que superar —ahora inconscientemente— los seres humanos tendrían que enfrentar su densa condición material dentro de estas leyes planetarias.

En este primer Proyecto Humano*, en el período que muchos conocieron como Génesis, Mi Consciencia comenzó a comprender la condición humana y fue allí que viví Mis primeros aprendizajes evolutivos. Al observar, profundamente Mi propio mundo interior y el mundo interior de Mis semejantes, en esta experiencia en la que se desarrollaban las primeras familias humanas, con la ayuda directa del Creador y del universo, aprendí sobre la importancia de la Ley de la Obediencia para que el Propósito Divino pudiera cumplirse.

Fue durante este período, con los primeros pecados capitales impulsados por la desobediencia, que la humanidad se apartó del Propósito Divino.

La desobediencia fue la causa de la cancelación de esta primera parte del Proyecto. Este principio de desobediencia dejó sus marcas en la consciencia humana y, al no haber sido trascendida por actos de obediencia a la Divina Voluntad, este mal creció y tomó las proporciones que hoy son conocidas en la Tierra.

La desobediencia no fue una energía que se originó en la Tierra, sino que llegó a ser parte de la condición humana, por los registros que los espíritus traían de su pasado en el universo y que, ante ciertos estímulos, comenzaron a emerger aquí nuevamente.

Como esta, muchas otras energías capitales han surgido en la consciencia humana y por eso, muchos de ustedes a menudo actúan de cierta manera sin saber de dónde proviene el estímulo para esa acción. Poco a poco podrán comprenderlo.



Con el desarrollo de la desobediencia, se fueron gestando en la consciencia humana otros principios que degeneraron el Proyecto Divino y que eran prolongaciones de lo que luego se conocerían como energías capitales*.

En aquel momento de la evolución humana, las energías capitales —así como los dones divinos*— eran energías que estaban latentes en la consciencia planetaria y que, por el acto de la desobediencia, se activaron una a una, hasta construir el mundo que hoy todos conocen. En cuanto a los dones divinos, se activaron menos y con diversas dificultades.

En el principio de todo, la obediencia era un atributo primordial que debía ser experimentado, porque es la obediencia la que mantiene a los seres, en todo el universo* como en todo el cosmos unidos a la Voluntad del Creador. La obediencia es la llave que abre las puertas para que nuevos rayos cósmicos, que representan esa Voluntad, puedan ingresar en la vida individual de los seres, así como en las diferentes civilizaciones.

La obediencia es la llave para que se manifiesten otras virtudes y principios divinos, así como la desobediencia fue, en aquel momento, la llave para que despertaran las energías capitales adormecidas en la consciencia planetaria.

Fue así, en esa primera experiencia humana, que descubrí la importancia de la obediencia a lo Divino, y eso quedó marcado en Mi consciencia,

a pesar de que muchas veces no fui consciente de este aprendizaje a lo largo de Mis experiencias en la Tierra.

Al comienzo del Proyecto Humano*, este aprendizaje marcó la consciencia humana pero muchos, hasta los días de hoy, no consiguieron liberarse del vicio de la desobediencia y, en consecuencia, de la prisión de otras energías capitales y sus extensiones.

Por eso hoy vengo a instruirlos en la virtud de la obediencia, para que disuelvan de la consciencia planetaria un mal milenario, y despierten este Principio Divino, que es la puerta de retorno que los conducirá al Creador.



En esta primera etapa del Proyecto Humano*, cuando a partir de Adán y Eva se desarrollaron las primeras familias, después de haber cometido el error de desobediencia, la humanidad quedó en cierta forma, aislada de la Creación. A pesar de que el Creador conocía en profundidad el potencial de Sus criaturas, permaneció en silencio y observando mientras el universo rechazaba este proyecto.

Como la obediencia para todas las civilizaciones ya desarrolladas en el cosmos es un atributo primordial, la desobediencia inicial de la humanidad fue para muchos, un símbolo de inestabilidad y una señal de que no se podía confiar en esta raza.

Sin embargo, existen cosas que solo el Creador comprende, y a veces hasta parece que este acto de desobediencia de Adán y Eva no fue el fin, sino el principio de todo. A partir de allí, la humanidad se vio delante de su gran desafío: trascender su condición humana, su decadencia espiritual y a sí misma, como seres individuales, para despertar un potencial oculto de unión con el Padre.

A medida que los sabios del universo que acompañaban este proyecto se alejaban de la Tierra, generación tras generación, la memoria de la vida superior se fue borrando y, cada vez más, los velos de la consciencia se volvieron más oscuros y densos, como símbolo de la imposibilidad del ser humano de descubrir la verdad sobre sí mismo.

Y así, distante de su potencial original, en los pueblos primitivos, los seres humanos fueron desarrollándose con una evolución semejante a la de los animales, hasta que nuevamente comenzaron a descubrir la esencia de lo que eran, y la razón y el sentimiento cobraron vida y dieron a las almas una posibilidad de expresarse.

Yo viví entre las primeras familias humanas, contemporáneo de Adán y Eva y, por eso, aprendí muy de cerca sobre la condición humana y que, a pesar de todo el acompañamiento y la conducción divina, los seres humanos aún no eran capaces de ser total y absolutamente fieles al Propósito de su existencia.

Después de esta experiencia, proseguí en la Tierra, esta vez en una época diferente.



Al haber sido separada de las demás civilizaciones del universo y al no vivir en lo que se conoce como “tiempo real”*, la humanidad ya no recibía más ciertos impulsos cósmicos, y sus células y átomos evolucionaron a un ritmo mucho más lento que otras civilizaciones. Era como si la consciencia humana, en un cierto período de su evolución, contase solo con su propio potencial de desarrollo, y cualquier intervención, tanto del universo como de los ángeles, de los arcángeles e incluso de Dios, estuviera ausente.

Durante este período en el que viví como parte de los pueblos primitivos, aunque no de forma tan consciente, aprendí sobre el verdadero

sentido de la unidad. Y aunque la unidad en los pueblos primitivos se vivió por una cuestión de supervivencia y no por una experiencia espiritual, este aprendizaje se grabó en la consciencia humana, y de una forma muy paulatina esta raza, ya desestimada por el cosmos pero no por Dios, su Creador, comenzó a llamar la atención nuevamente.

Aunque fuera por algo tan básico como la lucha por la vida, los pueblos primitivos comenzaron a unirse y a desarrollar, a partir de esa unidad, sus primeros sentimientos y las primeras experiencias de una vida en comunidad.

Este fue Mi primer contacto con el Principio de Unidad⁴ y, gradualmente, se fue desarrollando no solo en Mí, sino en toda la consciencia humana.

El despertar de este sentido de unidad entre unos y otros se fue reflejando en algunos individuos primitivos, así como en un mayor cuidado con ciertas especies de los Reinos de la Naturaleza que, hasta entonces, no se comprendían como vida, porque la mente humana de aquella época no permitía reconocer la presencia de vida, similar a la propia, en los Reinos, sobre todo en el Reino Animal. Esto hizo que se gestara un mayor respeto en el interior de algunos hombres y, como resultado, esa puerta se abrió para toda la humanidad.

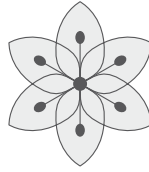
Esas fueron las principales lecciones aprendidas por los pueblos primitivos.



A dramatic, low-angle photograph of a deep canyon. The rock walls are layered and textured, with a bright light source at the far end creating a strong glow and lens flare. The scene is captured in a vertical orientation.

Capítulo 2

Cueva de los Tayos
Cordillera de los Andes, Ecuador



Ahora Me gustaría contarles un poco sobre el desarrollo interno de los pueblos que precedieron a los primitivos y formaron los primeros grupos indígenas de la Tierra.

A pesar de que los pueblos primitivos llevaban un largo período desarrollándose en el planeta, poco a poco su consciencia fue aprendiendo, creciendo, y recibió pequeños impulsos de unidad con Dios.

Participé de esa primera etapa del planeta y continué formándome espiritualmente en los planos internos. Desde allí, observaba el desarrollo de la humanidad de la que formaba parte, hasta que llegó el momento de regresar físicamente al mundo.

En esa etapa, volví cuando la humanidad ya se estaba organizando como consciencia indígena. Las manifestaciones de amor por los Reinos de la Naturaleza y el sentimiento de protección que habían alcanzado, los unos con los otros, fueron logrando que el universo volviera a colocar su atención en la Tierra y, de manera muy cautelosa, enviara impulsos esporádicos para observar cómo la humanidad los asimilaba.

En el planeta existían diferentes grupos humanos desarrollándose por separado. Algunos evolucionaban más rápido, otros menos. Cuando los sabios del universo observaban que uno de estos grupos estaba preparado para recibir un impulso, lo enviaban de manera silenciosa y, al principio, muy misteriosa para todos.

Estos impulsos eran rayos divinos, energías inmatrimales invisibles a los ojos humanos, que se manifestaban como inspiraciones, intuiciones, saberes..., y estos impulsos enseñaban a los pueblos de entonces sobre

cómo vincularse con los elementos, con los diferentes Reinos, especialmente el Vegetal y el Mineral que todavía eran poco conocidos, ya que la consciencia primitiva había dejado una impronta de miedo de nuevas experiencias por registros del pasado.

En la tercera etapa de la evolución planetaria, la humanidad más consciente de esa época comenzó a darse cuenta de que algo misterioso se movía más allá de ella y la impulsaba. Este período estuvo marcado por la búsqueda de ese mundo invisible, y fue allí, de una manera muy simple y rudimentaria, donde comencé a buscar a Dios sin saberlo, porque lo que buscaba era Eso misterioso que nos colmaba en silencio.



A medida que se desarrollaban las primeras generaciones humanas fueron equilibrando los errores del pasado y aprendieron a obedecer las leyes de la vida.

Al observar la naturaleza y los ciclos naturales de los Reinos y de los elementos, la humanidad comenzó a percibir que toda la vida respondía a una ley natural y superior, y que para estar en armonía con la vida y sobrevivir en las condiciones de ese tiempo, era necesario insertarse en esas leyes.

Fue así que la humanidad comenzó a descubrir la existencia de las leyes y, poco a poco, fue adentrándose en leyes que trascienden la vida en la Tierra, como las leyes de los astros. Todo esto fue el principio de la ciencia, una vaga idea de cuáles eran esas leyes.

En esa época aprendí a respetar las leyes como parte de la vida humana. Esto no significa que la humanidad no continuara cometiendo errores; existían muchos grados de evolución entre los pueblos diseminados por todo el mundo, desde seres humanos aún similares a los animales —en su forma de pensar, sentir y actuar—, hasta seres

humanos que comenzaron a ver despuntar en la consciencia, una idea de Vida Superior.

Les hablo de un momento anterior a la división de Pangea⁵.



La profundidad de los seres humanos es única, su consciencia es tan infinita como lo es la Consciencia Divina; pero el gran desafío de la humanidad siempre ha sido salir de la superficialidad a la que este mundo la invita y poder sumergirse en su interior. En la época primitiva de la historia humana no había tantos estímulos, vicios ni registros involutivos como los que existen hoy. Por esa razón, los seres humanos tenían una inclinación particular hacia la evolución y, especialmente en algunas tribus específicas, esta inclinación era más profunda y verdadera.

En aquella época, un ser que despertaba a la Vida Superior y la buscaba, no tenía nada en qué ocupar su consciencia, excepto en la supervivencia y la evolución. Desde el momento en que los seres humanos comenzaron a descubrir que la mejor supervivencia estaba estrechamente vinculada a la evolución, y que aquel que descubría los misterios celestiales, también descubría las potencialidades de su propia existencia, la búsqueda espiritual fue creciendo y las Jerarquías Universales que antes guiaban el Proyecto Humano*, poco a poco, se abrieron para retornar, en espíritu y en consciencia, e instruir a la humanidad

En ese período, en el área del planeta que ahora se conoce como el continente africano y el asiático, muchas tribus fueron despertando a una Vida Superior, y la intervención de la Jerarquía Universal a menudo llegó a ser física

Fue de esta manera que elevado número de consciencias de gran sabiduría volvieron a encarnar en el planeta para llevar a cabo una etapa del proyecto que muchos conocieron como Lemuria.

Allí también Yo estuve presente.



La gran distancia evolutiva que existía entre los diferentes grupos de seres humanos que se desarrollaban en la Tierra, hizo que la Jerarquía Universal tomara la decisión de aislar a cierto grupo y trabajar más intensamente con él, porque eran consciencias que daban mayores señales de ser capaces de cumplir el Propósito. Fue así que la Jerarquía misma, por medio de las energías cósmicas y telúricas, dividió a Pangea⁵ y separó a estos dos grupos.

Los seres humanos que habitaban la parte conocida como África y América del Sur se desarrollaron rápidamente, mientras que el resto se fue extinguiendo porque no soportaron el cambio climático, ni pudieron adaptarse a la reorganización geográfica.

El grupo de seres humanos que continuó evolucionando bajo el impulso de la Jerarquía, desarrolló rápidamente la mente. Ahora, una vez más con la protección del universo, la humanidad comenzó a recordar su pasado y, poco a poco, los velos de la consciencia se volvieron más leves; esto significó que muchos seres humanos de esa época, de diferentes maneras, fueran accediendo a su potencial como espíritus, como seres cósmicos, y fueran recordando su origen.

El contacto con los Reinos de la Naturaleza fue desarrollando un gran potencial curador y científico en la consciencia humana. La humanidad permitía, cada vez más, la intervención de la Jerarquía Universal en su aprendizaje y asimilaba rápidamente lo que le enseñaban.

Así, en pocas generaciones, los seres humanos habían logrado una gran organización en el planeta, pues el vínculo con la Jerarquía así lo permitía.

En esta primera parte de lo que se conoce como Lemuria, la obediencia y el interés de la humanidad lograron que el universo depositara en los seres humanos un poco de su confianza y, de este modo,

les entregara grandes tesoros en los campos de la ciencia, de la cura y de la espiritualidad.

Fue aquí donde la humanidad comenzó a descubrir el poder del verbo, no solo como un medio de comunicación, sino también como un instrumento creador.



Con el desarrollo de la consciencia humana, Lemuria se convirtió en una mezcla entre lo que cada una era originalmente en el universo, y lo que ahora expresaba en la experiencia terrestre. Esta unión tuvo lugar en la consciencia de cada ser y algunos la vivieron más intensamente, otros menos, según su grado evolutivo. A pesar de esto, el Proyecto Humano* continuaba desarrollándose en forma aislada del resto del universo, de las demás civilizaciones, y proyectos de Dios.

La ciencia que se desarrolló en Lemuria, así como la cura, tenían el propósito espiritual de que la humanidad continuara evolucionando. No era como la ciencia de hoy, que se centra en la comodidad y en el retraso humano distanciando a los seres cada vez más de Dios y de la vida espiritual. Cada herramienta era creada para el desarrollo espiritual, porque los lemurianos fueron descubriendo que la evolución y la espiritualidad caminan juntas.

En Lemuria la humanidad comenzó a contactarse con la música, con el sonido y, gradualmente, descubrió su potencial curador y también cómo el sonido eleva la consciencia más allá de las dimensiones.

Lemuria estaba organizada en diferentes linajes jerárquicos y el conocimiento se compartía con todos, desde los que tenían la función de aprender directamente de la Jerarquía Universal, hasta aquellos que recibían conocimientos básicos para comenzar a dar sus primeros pasos evolutivos.

Aparentemente, todo iba bien en Lemuria. Los seres se desarrollaban y no tardaron mucho tiempo en alcanzar el grado evolutivo que habían logrado en sus civilizaciones de origen, cuando llegaron a la Tierra. Sin embargo, el aprendizaje principal que vinieron a experimentar a la Tierra, que era la experiencia del amor y de la unidad, no había surgido en la consciencia lemuriana, ya que estaban mucho más interesados en el desarrollo del poder, de sus capacidades extrasensoriales y de la manipulación de los Reinos y de los elementos.

Aquí les pediré que se detengan para observar cuando la humanidad comienza a perderse, y vean cómo, a lo largo de la historia que les contaré, este mismo punto, en diferentes épocas, determinó que el Proyecto de Dios fuera rechazado por el universo.

Mi intención al contarles esta historia es que, en la etapa actual del planeta en la que se les presenta la misma prueba, ahora puedan superarla.



Las ansias de poder que se activaron en la consciencia humana durante la experiencia lemuriana aún permanecen como un registro en el subconsciente de muchos. Del mismo modo, los Linajes evolutivos que pudieron vivir allí, como el sacerdocio, la cura, el trato con los Reinos de la Naturaleza, también quedaron impresos en las consciencias como una memoria ancestral.

Les cuento sobre esta etapa de la humanidad porque todos viven las consecuencias de ese momento hasta el día de hoy, aunque la mayoría ignora este hecho o, si lo perciben, lo pasan por alto.

En Lemuria desarrollé la energía sacerdotal que originalmente traía en Mi espíritu, y aprendí a atraer del universo lo que el universo tenía para darnos y a no buscar en él lo que, como humanidad, no nos correspondía vivir y experimentar.

Con su avidez desenfrenada, la humanidad de aquel tiempo buscó muchos conocimientos que no le correspondían y anticipó acontecimientos al activar indebidamente determinadas energías que tenían un grado muy elevado de poder. Una vez más, la humanidad volvió a desobedecer a Dios y al universo que la guiaba, debido a su sentimiento de autosuficiencia.

Los movimientos climáticos y geográficos, por un permiso de la Jerarquía Universal, hicieron desaparecer a Lemuria, porque la humanidad carecía de humildad de corazón para conocer el inmenso poder divino que se le había entregado.



La autosuficiencia es un mal que la humanidad alimenta en su interior como si fuera una gran virtud. Desde la infancia se estimula al ser humano a ser autosuficiente y él transfiere esta enseñanza a todos los aspectos de la vida, incluso al lado espiritual.

La mayoría de los seres humanos no vive la vida del espíritu en profundidad, porque siempre hay un aspecto de sus consciencias que cree en la autosuficiencia, es decir, cree que más allá de cualquier enseñanza o camino, existe la posibilidad de la autosuficiencia. De esta manera, no pueden alcanzar la esencia de la humildad, que es la rendición, y por lo tanto nunca llegan a la Fuente Divina, ni tampoco a la verdad sobre sí mismos.

La autosuficiencia en la consciencia humana representa una densa capa de ilusión que permite que el hombre construya una falsa imagen de sí mismo. Es por esta misma razón que, desde el principio, la humanidad a menudo perdió la posibilidad de descubrir la verdad sobre su origen y su propia historia.

Aquellos que se reconocieron ignorantes y permitieron que Dios actuara a través de su humildad y les revelara Sus misterios, se mantuvieron

en silencio, porque otros, por encima de ellos, que se creían “conocedores de todas las cosas”, nunca aceptarían nada que su mente misma no pudiera concebir.

Por esta razón, los conceptos nunca se profundizaron y hasta hoy, a pesar de haber recorrido un largo camino, la humanidad está en el mismo punto espiritual alcanzado en varios ciclos anteriores; pero ahora recibe la posibilidad de que, con humildad, pueda trascender atavismos y reescribir la historia humana. Por eso el Creador Me permitió revelar lo que les estoy diciendo aquí.



La historia humana siempre se reescribe, porque a pesar de los grandes errores cometidos por algunos seres humanos, el potencial del arquetipo humano continúa despertando y desarrollándose en otros. Por lo tanto, todo se equilibra y esta raza, en cierto sentido, siempre recibió la oportunidad de recomenzar.

A pesar de los grandes errores cometidos en Lemuria —errores que no voy a relatar aquí porque no quiero enfatizar los hechos sino, más bien, la esencia de los aprendizajes— aquellas consciencias que llevaron adelante el proyecto de Dios de una manera pura, pudieron permanecer en la Tierra con la esencia de su aprendizaje.

Tras la desaparición de Lemuria, por una intervención del universo, a todos los seres que participaron en esa etapa de la humanidad les fueron reestablecidos los velos que tenían en sus consciencias. Aquellos que cometieron grandes errores recomenzaron su experiencia desde cero, en pueblos primitivos que iniciaban su desarrollo con la evolución de la mente y de los sentimientos, semejantes a los animales, con eso que llaman “instintos”.

Esas consciencias que vivieron el proceso de Lemuria de una manera pura, encarnaron en tribus indígenas con restos de registros positivos y,

aunque tuvieran también velos en su consciencia, recordaban esencialmente el grado más alto de su aprendizaje. En estos primeros pueblos indígenas, ya en la segunda parte de la división de la Tierra⁶, fue que Yo regresé al planeta.



Después de Lemuria, aunque la humanidad lo ignore casi por completo, surgieron otros pueblos de una elevada evolución espiritual; pueblos que, en su simplicidad, alcanzaron grados de amor y de fraternidad que los acercaron a Dios y a la verdad sobre ellos mismos. Sin embargo, durante esta etapa humana, el Creador no permitió que la humanidad alcanzara cierto conocimiento científico, energético y tecnológico, como sucedió en Lemuria.

Esos corazones que despertaron altos grados de amor, incluso sin saberlo, se conectaron con la verdad espiritual, con el origen espiritual de la vida pero no con su pasado cósmico, porque no eran conscientes de ese pasado.

De esta manera, el potencial humano se fue desarrollando sin la intervención de los registros universales, sino solo por el potencial de su corazón.

Estos grados de fraternidad no tardaron en crecer y de nuevo llevaron a la humanidad a un desarrollo social, grupal, a una vida en comunidad. Y aquí, quisiera que comprendieran que la tendencia natural del ser humano es la vida en comunidad, porque su aprendizaje espiritual en la Tierra se basa en la trascendencia de cualquier apariencia del prójimo, para amarlo como es en esencia. Ese amor se aprende en la vida grupal, cuando la consciencia se enfrenta a todas las manifestaciones de la imperfección y, aun así, es capaz de encontrar la verdad que se esconde detrás de ellas, amar la esencia del prójimo y aprender, por lo tanto, a amar Eso que el Creador ama en Sus hijos. Este amor verdadero

y esencial lo fui aprendiendo poco a poco, desde los pueblos primitivos hasta las primeras civilizaciones griegas, egipcias y luego patriarcales.



Mientras la humanidad vivía su experiencia en la Tierra y tantas veces, en tan poco tiempo de civilización se autodestruía y recomenzaba, el universo también vivía su experiencia de reconstrucción y reacomodamiento tras una antigua guerra universal cuyas heridas aún se estaban curando. De este modo, el ejemplo oculto de la reconstrucción humana fue enseñando a los seres del universo⁷ cómo encontrar ese camino.

Las civilizaciones del cosmos tenían todo el potencial para reconstruirse física, etérica y tecnológicamente. Sin embargo ahora se trataba de una reconstrucción espiritual y, para lograrla, debían aprender a amar y a perdonar, tal como la esencia humana, potencialmente, podía enseñar.

A pesar de que la humanidad aún no hubiera expresado su potencial en las Leyes del Amor y del Perdón, estos principios comenzaban a surgir y se expresaban como compasión y piedad.

De este modo, aquellos que observaban en silencio el Proyecto Humano* aprendieron mucho sobre cómo reconstruirse interna y espiritualmente.

Así, nuevamente el Proyecto Humano fue ganando cierta adhesión de parte del universo y, poco a poco, los seres fueron comprendiendo la Voluntad de Dios al crear la raza humana.



Una vez más, en varios puntos del planeta, la humanidad se desarrollaba en diferentes grados y a través de diferentes aprendizajes; pero fue en la Antigua Grecia⁸ donde la compasión se desarrolló más

intensamente y el potencial del amor floreció, otra vez, en la consciencia humana.

Este potencial de amor no se había expresado hasta ese momento; solo había dado señales de sus posibilidades de manifestación.

Lo que conocieron en los mitos como dioses griegos eran consciencias que vivieron su experiencia en la Tierra. Entre ellos había algunos sabios del universo que vinieron para ayudar a la evolución humana con la experiencia de la fraternidad y del bien común que traían en sus espíritus.

Yo también viví ese momento de la Tierra como un observador de la consciencia humana.

Todas Mis experiencias en la Tierra —sin ser consciente de la conexión entre unas y otras— lo que las hacía semejantes es que Mi ser siempre estuvo disponible para aprender, observar y crecer con los errores y aciertos, propios o ajenos. Al observar los errores de los demás, asimilaba la experiencia y no seguía por los mismos caminos.

Sí, cometí otros errores a lo largo de esas experiencias pero, como aprendía, no los repetía en esa vida ni en otras. Esta es una posibilidad que la humanidad tiene desde su origen: aprender de los errores y no repetirlos. Pero para que esto suceda es necesario tener en la consciencia la certeza de un objetivo superior y no personal. Aquellos que viven para sí mismos no se preocupan por no cometer los mismos errores, pero los que viven para Dios, cuando reconocen un error, el amor al Propósito los hace aprender, crecer y tener la fuerza para no volver a errar.



Al inicio del desarrollo del espacio físico conocido como Grecia, las primeras comunidades humanas que se desarrollaron fueron aquellas que aprendieron el significado de Jerarquía. En la Antigua Grecia⁸,

después de la desaparición de Lemuria, comenzó nuevamente a descender a la Tierra la Ley de la Jerarquía y eso permitió que se les entregaran nuevos impulsos.

Para organizar la sociedad humana que surgía en ese momento, descendieron del universo consciencias de una amplia experiencia universal y, sirviéndose de la Ley de la Jerarquía que allí emergía, fueron ordenando y guiando a la humanidad.



Los dioses griegos fueron posteriormente conocidos como tales porque eran consciencias que expresaban una gran sabiduría, y en ese momento, el contacto con Dios y con el universo era muy restringido; eran pocos los entrenados para vivir esas instancias de instrucción.

Por esta razón, a lo largo de la historia, aquellos seres más instruidos espiritualmente fueron considerados dioses. En verdad, representaban esa unión con Dios, y el hecho de que las Jerarquías Universales los instruyeran los elevaba ante los ojos humanos.

Era tan grande la distancia entre la población común de la época y aquellos que recibían el conocimiento que, más adelante, fueron considerados dioses. Yo estaba entre las familias de consciencias contactadas por las Jerarquías Universales.

En esa etapa de la humanidad aprendí sobre la obediencia y la Ley de la Jerarquía. Al mismo tiempo que Grecia se desarrollaba, otras civilizaciones también crecían en consciencia. Después de esa experiencia en la Antigua Grecia⁸ fui a aprender en otras de ellas.



Como no había comunicación entre las diferentes civilizaciones que se desarrollaban en la Tierra, las que no eran nómadas tenían en sus

grupos algunas consciencias que cumplían con la tarea de recorrer diferentes espacios físicos, cercanos o lejanos, dependiendo de la época del año, con el fin de conocer nuevos pueblos y también para aprender de los diferentes grupos que se estaban desarrollando. Yo era uno de ellos.

Así aprendí a comprender las diferencias que existen entre los seres humanos, y la belleza y riqueza que cada uno aporta al planeta y a su evolución. Entendí en esa experiencia que el crecimiento humano se produce, precisamente, por la diversidad y que, cuando aprendemos a respetar al otro y nos abrimos a compartir con él, el corazón se expande y descubre internamente universos que nunca hubiera conocido por sí mismo.

En esta etapa evolutiva en la que peregrinaba por diferentes civilizaciones, e incluso pasaba largos períodos solo, aprendí a respetar, admirar y compartir las diferencias que existen entre los hombres. También aprendí a encontrar esta diversidad dentro mío, cuando caminaba solo por desiertos, montañas, bosques... Aprendí que la vida en comunidad y la vida en soledad son complementarias, porque de ambas formas se llega a Dios: amando al prójimo y encontrándolo dentro de sí mismo.



La ignorancia fue tanta a lo largo de la historia que lo que la humanidad logró en algún momento de su evolución, y luego no pudo experimentarlo más, permaneció como un mito, una leyenda.

La mitología griega es una mezcla de eventos reales con acontecimientos universales y algunas incomprensiones humanas sobre los hechos que vivieron.

Como en la era de la mitología todavía no existía la escritura, la historia solo se transmitía oralmente.

Los dioses griegos —en realidad consciencias materiales, físicas, humanas— eran seres que recibieron un conocimiento superior del

universo acerca del mundo interno, de las leyes inmateriales y del potencial humano.

Este conocimiento les permitía manejar los elementos de la naturaleza, las vibraciones —como el sonido, por ejemplo— de una manera que el común de la humanidad aún no había experimentado. Como resultado de este poder y de esta experiencia en la Tierra, dicha enseñanza continuó transmitiéndose de forma individual y oculta, de unos a otros, hasta llegar a lo que algunos conocieron como Atlántida. Por el aprendizaje que hizo de los errores, esta civilización fue importante para la humanidad y marcó, para el universo, la última vez que la humanidad, como civilización, recibiría ciertas enseñanzas. Después de Atlántida, solo unos pocos individuos o grupos específicos recibieron esas enseñanzas de la Jerarquía. Sucedieron muchas cosas antes de que se transmitiera este conocimiento del mundo griego antiguo hasta llegar a la Atlántida.

Como les explicaba acerca de los dioses griegos, el conocimiento que recibieron no se transmitió en masa, se transmitió de manera precisa y jerárquica. Al difundir estas enseñanzas, la humanidad no pudo permanecer fiel al Propósito de Dios, que era hacer que el potencial humano despertara “por sí mismo”, este conocimiento fue desapareciendo y los que lo vivieron fueron considerados dioses.

El conocimientos transmitido en la Antigua Grecia⁸ se perdió de tal manera que la población común, que no estaba incluida en estas rondas de instrucción, se fue tornando tan ignorante que pasaron siglos para que la civilización que hoy corresponde a Grecia volviera a desarrollarse y fuera reconocida como una sociedad avanzada.



Les cuento sobre la época de los dioses griegos porque fue un momento poco comprendido por la humanidad: no sabían de dónde provenía ese culto, ni tampoco sus repercusiones en la historia humana.

Los dioses griegos fueron consciencias que respondieron, en parte, al llamado de Dios y luego se fueron degenerando respecto de las leyes inmatrimiales y de sus capacidades extrasensoriales, debido al uso del poder.

Entre los llamados “dioses griegos”, como les expliqué, había consciencias muy sabias, enviadas desde el universo para experimentar la vida en la Tierra. Sin embargo, también hubo otros seres que comenzaron su proceso de redención en la Tierra y que convivían con esas familias extremadamente instruidas y fueron guiados para tener una oportunidad de transformación. No obstante, dicha transformación no se produjo y el contacto con energías superiores, nuevamente, no encontró en el hombre pureza de corazón. Por esa razón, el conocimiento universal se detuvo en ese grupo de consciencias que más tarde, fueron llamados dioses.

Ese conocimiento se fue transmitiendo ocultamente, de unos a otros, no por Dios, sino por el hombre, hasta llegar a lo que conocieron como Atlántida.

Como el Proyecto de Dios, a través de ese grupo de consciencias, se detuvo rápidamente y no se expandió a lo largo de la civilización griega, Grecia siguió su evolución de manera muy simple, dando espacio para que el Creador incentivara a otros grupos, como fue el caso de Egipto.

El culto a los dioses griegos fue una forma humana de la civilización griega para mantener en su memoria que, en algún momento, existió un alto grado de evolución entre ellos. Intentaron transmitir estas costumbres a través de las generaciones, pero como la esencia del conocimiento, que provenía de Dios, estaba ausente, este movimiento no era más que una historia contada de generación en generación y que se fue modificando, según quienes la transmitían.



Cuando el anhelo de poder y la manipulación comenzaron a instalarse en la consciencia de los que eran conocidos como dioses griegos, la instrucción del universo, una vez más, se apartó de la humanidad. Después de ese corto período, la civilización griega siguió su evolución como los otros grupos que se desarrollaron en la Tierra y nunca llegó a asimilar y a experimentar lo que las consciencias aprendieron en el pasado.

Los sabios del universo que habían llegado a la Tierra en este período, volvieron a sus orígenes y la humanidad retornó a su grado de ignorancia y, como consecuencia, esta parte de la civilización griega se convirtió en un mito en el transcurso de la historia.

La Jerarquía Universal no permitió que ningún vestigio de esta experiencia permaneciera en la Tierra, excepto lo que se transmitió de uno a otro a lo largo de las generaciones.



Después de que se disolvió este grupo de consciencias, que fue parte de lo que luego conocieron como Grecia, algunos seres humanos, individualmente y por su cuenta, continuaron intentando usar el conocimiento recibido durante ese período, hasta que nuevamente se formó otro grupo, no con el apoyo de la Jerarquía, sino de manera independiente.

Lo que conocen como civilización atlante estaba formada por un grupo de remanentes indígenas de otras civilizaciones que fueron perdiendo su fuerza, y también por algunos individuos que tuvieron experiencias en ese primer período griego.

La Atlántida, desde el principio, se caracterizó por el uso desmesurado del poder y de la fuerza, así como por un desarrollo extrasensorial

particular. La mente humana evolucionó rápidamente durante este período y la civilización atlante, en poco tiempo, se convirtió en una potencia para su época y superó todos los grados de desarrollo mental, físico y extrasensorial de las civilizaciones contemporáneas a ella.

Como siempre, los seres humanos tenían una inclinación especial hacia lo que parecía darles poder, sobre los demás y especialmente cuando creían manejar, de alguna manera, las leyes de la naturaleza, leyes propias de la vida en la Tierra.

El Creador observaba esta etapa de la evolución humana con gran pesar porque Sus criaturas se engañaban a sí mismas, creyendo que habían encontrado el camino hacia la evolución y, sin embargo, estaban sofocando cada vez más su potencial para amar, al igual que muchos seres hoy, potencial que simboliza la verdadera evolución humana.

En la Atlántida, se desarrolló lo que la humanidad hoy llama magia, que es la manipulación de las leyes de la Tierra de manera inconsciente e imprudente, desde un punto de vista evolutivo.

Hasta los días actuales, muchos viven las consecuencias de las experiencias atlantes, porque no todos aceptaron, después de ese período, seguir las leyes de la vida sin intentar manipularlas.



La civilización atlante se formó por un impulso humano y atrajo así muchas consciencias que, desde su origen, manipularon energías, elementos y vibraciones que modificaron las leyes de la vida y la genética universal.

Esta fue la principal característica de la civilización atlante. No significa que no estuvieran presentes, en esta civilización, consciencias que equilibraban lo que se vivía allí y que sinceramente buscaban cumplir la Voluntad de Dios, porque, sí existían para cumplir esta misión.

Cuando el Creador observó el curso de la evolución humana, por medio de esta experiencia atlante, volvió a enviar algunos seres del universo, cuya sabiduría podría equilibrar el mal que había nacido en la Atlántida. Estos seres cumplieron un papel específico durante un período determinado. No estuvieron en Atlántida todo el tiempo y fueron rescatados antes de su desaparición bajo las aguas.



Viví en casi todas las civilizaciones humanas, a veces en planos más internos, a veces físicamente. Es por esta razón que les cuento esta historia que es tanto mía como de toda la Humanidad. Hubo otros pasajes evolutivos de la humanidad en los que no participé y, por lo tanto, no los citaré aquí.

En Atlántida viví como un hombre simple, de poca sabiduría y con poco manejo y manipulación de las “artes” que se realizaban allí. Esto Me dio la posibilidad de observar, desde afuera, como se iba extraviando el corazón humano y el resultado de su afán desenfrenado de poder.

Fue aquí, en esta experiencia, que Me di cuenta de que cualquier poder que se origine en el hombre, como criatura tridimensional separada de Dios, solo lo lleva a la perdición y a la autodestrucción. Por ese motivo la humildad se fue afirmando en Mi espíritu y, desde ese momento, al comienzo de la experiencia humana, ya no busqué ningún poder que viniera de la Tierra, ni tampoco busqué el poder de Dios, porque entendí que Su Voluntad se manifiesta en aquellos que abren sus corazones. No es necesario buscar ni pedir nada, sino simplemente ofrecer el corazón y la consciencia para que el Padre actúe y Él mismo disponga de cada criatura, y así le proporcione todo lo que necesita para cumplir Su Voluntad.



El crecimiento de la ambición de poder en la Atlántida llevó a los seres humanos a sentirse superiores a los demás. Estas ansias eran ilimitadas y crecieron hasta el punto de cegar el corazón humano, trayendo todo tipo de maldades, conscientes e inconscientes. También aquí, durante este período, la humanidad desarrolló diferentes técnicas de tortura, magia, maltrato e incluso mecanismos para hacer que una consciencia perdiera, para siempre, la posibilidad de evolucionar.

Las consecuencias de la civilización atlante fueron las que sembraron un amplio grado de maldad en el corazón humano. Se activaron muchas fuerzas espiritualmente negativas que, a lo largo de la experiencia humana, fueron creciendo en maldad, y eso repercutió en diferentes épocas, por ejemplo, en las colonizaciones y en los campos de concentración nazis.

Les digo esto porque muchos se preguntan dónde se originó la maldad del corazón humano; y fue aquí, en Atlántida donde la avidez de poder y de manipulación activó un código en la consciencia humana que justificaba cualquier medio para lograr lo que deseaban, incluyendo, hacer sufrir a las otras consciencias.

Cuando un alma realiza un acto de maldad, abre una puerta en su consciencia para que otras energías del mal ingresen con mayor intensidad. Si la acción no se equilibra por el arrepentimiento y por actos de perdón y de amor, esa puerta tiende a crecer y a expandirse más y más, hasta que esa alma pierde la posibilidad de expresarse y se convierte en un receptáculo para las fuerzas de involución y del mal.

Esto fue lo que les sucedió a muchos atlantes y lo que determinó que el Creador tomara la decisión de que Atlántida desapareciera como civilización. Sin embargo, no pudo hacer desaparecer este registro de la consciencia humana y, por esta razón, la maldad todavía impregna muchas almas y, en muchos casos, consciencias enteras.



Les relato con cierto énfasis este lado más oscuro de la Atlántida, para que entiendan las raíces de muchas cosas que suceden hoy en la Tierra y que, incluso, son el origen de los sentimientos y pensamientos que pueden surgir del subconsciente de cualquiera de ustedes en el momento de su purificación.

Me gustaría que comprendieran que la purificación interior, espiritual y física que viven hoy, viene para liberar y curar situaciones muy antiguas de la humanidad.

Después de haberle dado al ser humano infinitas posibilidades para comenzar de nuevo, el Creador espera que ahora, con mayor consciencia de la verdad, la humanidad pueda dar un paso definitivo hacia la realización del Plan Divino, que no es más que la experiencia del Amor, de la Unidad y de la Fraternidad, a través de la trascendencia y de la transmutación de la condición humana y de la dualidad universal.

Con lo que les conté sobre Atlántida, quisiera que entendieran estas cosas, pero eso no significa allí que no existieran seres de corazón puro, porque sí los había. Es como en el mundo de hoy, en el que conviven atrocidades inimaginables y, al mismo tiempo, algunas consciencias están dando pasos reales hacia la experiencia del Amor Crístico. Sin embargo, como Atlántida era un espacio físico más pequeño, donde la dualidad se manifestaba en sus opuestos de pureza y maldad, había muchos más seres que sometían a otras consciencias que los que podían vivir y expresar libremente su pureza.

Esta fue la causa por la que el Creador hundió la isla llamada Atlántida, borrando físicamente este registro de la humanidad. No obstante, quedaban consciencias remanentes que fueron retiradas de allí para continuar evolucionando, con la condición de que no volvieran a buscar el poder ni someter a otros seres nuevamente. Estos seres, los pueblos indígenas, vivieron en lo que hoy se conoce como continente americano.

Yo era uno de esos seres. Éramos conscientes de la necesidad de comenzar desde cero, con una nueva civilización que propagara la paz y la obediencia a lo Divino. Por esta razón nos unimos a los pueblos originarios y aprendimos de ellos a recomenzar. Aquí nació la raza de los Estekna-Manes*.



La consciencia humana fue creada para vivir la unidad, y por eso, potencialmente, esta consciencia guarda en sí, muchas posibilidades de expresar este atributo divino.

La consciencia individual de un ser es como un espacio en el que conviven diferentes realidades. Allí se reúnen los aspectos de la personalidad —incluyendo el cuerpo emocional y mental—, los atributos del alma y sus experiencias, los atributos del espíritu y sus experiencias; esta consciencia también está unida a otras consciencias mayores.

Explico: como el objetivo es la vivencia de la unidad, la consciencia humana fue creada con muchos vínculos que forman otras consciencias-grupo, en las que están incluidos todos los registros de cada ser que forma parte de ese grupo.

Por ejemplo, un núcleo familiar genera una consciencia y esa consciencia se expande a medida que ese núcleo crece. Es posible que un ser se desvincule o no de este núcleo en algún momento de su vida, o no; o bien que permanezca viviendo bajo la influencia de este grupo a lo largo de toda su experiencia de vida.

También existe la consciencia de una nación, compuesta por el registro de todos sus miembros, de todos aquellos que nacieron en su aura y que tienen una responsabilidad evolutiva con esa nación.

Asimismo existe una consciencia humana única: la consciencia planetaria. Contiene todos los registros de las experiencias humanas, desde el comienzo de su existencia como humanidad.

Cuando se siembran nuevos códigos, a partir de experiencias individuales y grupales positivas, se van equilibrando y neutralizando los registros del pasado. Sin embargo, toda la humanidad está bajo la influencia de estos registros, independientemente de que haya vivido o no estas experiencias. Del mismo modo, la acción y la transformación de un individuo puede neutralizar y equilibrar el error de los demás.

De ahí la importancia de que conozcan esta historia y que, ahora, puedan buscar en la consciencia el bien que la transforme.



Para que podamos curar la consciencia de los registros de una civilización como la Atlántida, hoy es necesario ser conscientes de ellos, no en el sentido de conocer detalles sobre esa experiencia, sino sobre el hecho de que existió y que necesita ser examinada y curada.

Lo que la humanidad necesita saber, en este tiempo, es el origen de lo que vive actualmente; saber que todo mal, al igual que todo bien tiene un principio en el que fue generado, y necesita el equilibrio correcto para neutralizarlo y posibilitar, de ese modo, que la consciencia pueda continuar dando pasos en su evolución.

Para equilibrar un mal es necesario hacer un bien mayor. Para equilibrar la necesidad de someter a las almas, es necesario vivir la humildad y el servicio al prójimo de una forma verdadera. Para equilibrar la manipulación de ciertas energías⁹ que no corresponden al grado evolutivo de la humanidad hoy, deben orar mucho y obedecer a Dios, comprendiendo que la oración es el sí que se emite para que se abran las puertas del Cielo. Sin embargo, quien conduce toda la Luz generada es el Creador mismo, porque solo Él conoce la verdadera necesidad de las almas.

Capítulo 2

Aquellos que quieren controlar todo deben hacer hoy el ejercicio de obedecer. Aquellos que desean conducir todo y a todos deben aprender a contemplar las virtudes del prójimo y, mediante la práctica de observar lo mejor del otro, aprender que cada ser, así como es, tiene algo único y precioso que ofrecer al Plan de Dios.

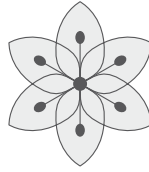
Y de esta manera tan simple pero difícil, dependiendo de las resistencias y de los vínculos de cada ser con lo que les impide crecer, irán aprendiendo a equilibrar sus seres y así toda la consciencia humana alcanzará, paulatinamente, su correcto equilibrio.





Capítulo 3

Desierto del Sáhara
Marruecos, África



El pueblo Estekna-Manes* raza que nació de la unión de los indígenas americanos con los remanentes atlantes, fue una civilización cuya misión era equilibrar lo que se había generado en la Atlántida. Por tal razón, en esa raza se desarrollaron espiritualmente los grados de pureza que caracterizan a la consciencia indígena hasta los días actuales.

En ese pueblo, materialmente primitivo, la pureza volvió a resurgir en la consciencia humana para que, de alguna manera, la puerta abierta durante el ciclo atlante pudiera cerrarse.

Viví entre los Estekna-Manes solo en Mi infancia, en una corta experiencia en la que encarné la pureza de Dios como misión y, después de atraer esta energía a la raza transmuté, por medio de una enfermedad, la falsedad y la mentira humanas, así como la sumisión de las almas al mal. Luego, solo acompañé el desarrollo humano desde los planos internos del planeta, donde Me fui formando espiritualmente para retornar en la época de la civilización egipcia.

La experiencia entre los Estekna-Manes Me permitió aprender a entregar la vida a Dios para que Su Plan se cumpliera. En Mi infancia tenía registros conscientes de Mi experiencia en la Atlántida, donde conocí de cerca la miseria humana y universal. Por eso desde pequeño, tuve como única aspiración vivir el bien y estar en Dios; así pude llevar a cabo esta Misión con precisión y sin demoras, sin necesidad de experimentar otras cosas que no fuesen el Propósito de Dios para aquella vida Mía.

Aquí quiero enseñarles que dejen a los niños expresarse tal como son porque, en la infancia, su espíritu puede revelarles cuál es su misión,

y si tienen las puertas abiertas a Dios —como Yo las tuve— podrán cumplir su parte sin necesidad de errar ni de sufrir.



La pureza resurgió en el corazón humano del pueblo Estekna-Manes* que vivía, sobre todo, el principio de lo sagrado y la unión con Dios a través de la naturaleza, de sus Reinos y de los elementos.

En ese período, la humanidad fue retomando el sentido de respeto entre los seres humanos y el cuidado de los unos hacia los otros. Una vez más el universo pudo tomar contacto con la Tierra y sus habitantes, y enseñar a los Estekna-Manes nuevos principios de cura.

Como, a pesar de la apertura, la mente humana todavía tenía limitaciones inherentes a los seres prehistóricos y primitivos, los Estekna-Manes manifestaban su respeto por los que los instruían a través de la veneración. De manera similar a la historia que les conté sobre los dioses griegos —historia esta que no existe en los libros de la humanidad— los pueblos indígenas también adoraban a aquellos que eran un símbolo de elevación, de respeto, un ejemplo y quizás hasta una meta.

Más tarde, el hombre blanco moderno también llamó a estas expresiones “dioses”, aunque desconocía que la consciencia indígena reconocía al Único. A pesar de eso, su reverencia los llevó a adorar y a honrar, con artes y cultos, a quienes respetaban y que les mostraban el camino de la elevación y de la sabiduría.

Debido a su incapacidad para comprender y leer los símbolos indígenas sin interpretarlos según su comprensión cultural, moral y ética, el hombre blanco, más tarde, se proclamó superior a la consciencia originaria de la Tierra y perdió la posibilidad de aprender de ella.

Sin embargo, el pueblo Estekna-Manes es muy anterior a estos acontecimientos y, antes de que el ser humano en otras partes del planeta,

como en Egipto, se considerara civilizado, este pueblo ascendió a otra dimensión y comenzó, con su pureza, a salvaguardar a la Tierra, desde de los niveles más internos del planeta.



La pureza alcanzada por los pueblos originarios era la consecuencia de la unidad con la naturaleza. Estos pueblos observaban el flujo de la vida y comprendían la necesidad de armonía, integración y colaboración entre los seres para que las leyes de la vida pudieran fluir; comprendían la importancia del sentido vivo de la jerarquía en toda la vida y, por lo tanto, se respetaban y estaban abiertos para aprender de los demás.

La ausencia de este sentido de jerarquía, que para el hombre de hoy fue alcanzada por las civilizaciones primitivas y no forma parte de la evolución actual, es lo que a menudo impide que la humanidad continúe evolucionando espiritualmente y, por lo tanto, la mantiene en el mismo punto o, incluso, en decadencia en relación a la vida espiritual.

Uno de los motivos por los que les cuento esta historia es para que reconozcan las etapas culminantes en las que la raza humana se aproximó a Dios y para que comprendan cómo volver a ese punto, retornando a valorar estos principios que son éticos, morales y espirituales al mismo tiempo.

La Ley de la Jerarquía rige la vida en todos los universos; donde no hay respeto, humildad y fraternidad, para que esta Ley se cumpla, no hay evolución. Por lo tanto, si quieren crecer y no cometer errores como en tiempos anteriores, tendrán que escuchar lo que les digo y vivirlo.



El pueblo Estekna-Manes* trascendió la vida en la Tierra y pasó a la cuarta dimensión de consciencia, para que sus conquistas, como raza, no se perdiesen ni degenerasen con el paso del tiempo, como sucedió con la mayoría de las civilizaciones y proyectos que alcanzaron un cierto grado de evolución en la Tierra.

Esta experiencia, de haber alcanzado ese grado de pureza y de unión con Dios y con la vida, a través de los elementos y de los Reinos de la Naturaleza, se grabó en la consciencia humana y está disponible para todo aquel que busque de corazón experimentar estos Principios de Pureza y Unidad.

Lo que llevó a esta civilización a experimentar la pureza fue la comprensión del Todo. Hoy, los seres humanos viven en una sociedad individualista y egoísta, con poco sentido de la vida en comunidad y poca visión de la totalidad que los rodea. Por esta causa, los seres no logran amar ni siquiera conocer la existencia del Plan de Dios; porque el amor sincero al Plan de Dios, por más desconocido que sea para ustedes, es lo que permite que despierten ciertos principios que están latentes en la consciencia humana, como la Pureza y la Unidad, ya que vivenciarlos es parte del triunfo de este proyecto de la Tierra.

Sin embargo, hijos, no es suficiente buscar un atributo divino para superar a los demás en perfección y santidad. Esta búsqueda debe ser verdadera, profunda y desde la comprensión del Todo, del amor y del respeto al Todo, a la Vida.

Cuando se comprende la necesidad de que la Vida se exprese con perfección y armonía, y no de forma individual, la consciencia comienza a ingresar en la verdad y se vuelve digna y apta para conocer y vivir ciertos principios que la elevan; porque con la gracia del despertar de estos principios en la consciencia, el Creador eleva tanto al Todo como a la Vida, y no solo un individuo.

Si quieren rescatar la pureza alcanzada por los Estekna-Manes*, entonces, hijos, busquen comprender la totalidad, el respeto por la evolución del prójimo y por el sacrificio de aquellos que sí viven, sinceramente, para que se manifieste el Plan de Dios. De este modo, se acercarán a esa verdad.



La pureza encarnada y plenamente vivida por los Estekna-Manes la volvió a expresar en la Tierra, en plenitud, un grupo de consciencias, los llamados esenios. Antes de eso, otros pueblos y civilizaciones expresaron otros atributos y alcanzaron otros grados de evolución.

Cuando los Estekna-Manes ingresaron en la cuarta dimensión, la Jerarquía volvió a colocar su atención, esta vez en Oriente, en los pueblos de Asia y, sobre todo, en los del Antiguo Egipto. Allí, la sociedad humana volvió a desarrollarse espiritualmente porque su progreso material era el espejo de un conocimiento espiritual que le fue revelado. Y ahora les contaré sobre esta etapa de la humanidad.

Los misterios de Egipto son más profundos de lo que la humanidad conoce y van más allá de lo que está escrito en las pirámides, porque existían cosas que no se escribieron en las paredes, sino solo en el espíritu.

No me detendré aquí en detalles, sino en la esencia de cada aprendizaje vivido para que, en estos tiempos, eviten los errores del pasado y fortalezcan las virtudes que ya tienen grabadas en su interior.



Antes de comenzar a contarles la historia de lo que aprendí en Egipto, quisiera que supieran que la civilización egipcia era una civilización

como todas las demás, que fue aprendiendo poco a poco, y muy lentamente, a organizarse como grupo humano. Sin embargo, hubo algunas consciencias que formaban parte de esa civilización, dispuestas a aprender y a buscar algo superior, no por medio de sus propias fuerzas, sino por el presentimiento de que existía una consciencia mayor que podía guiarlos.

Este presentimiento se fue convirtiendo en el principio de lo que se conoce como fe, y fue lo que creó las condiciones para que Dios pusiera Sus Ojos en los egipcios y los ayudara a crecer y a evolucionar.

Con esto quiero que comprendan que nada de lo que la humanidad alcanza en su evolución proviene de un mérito propio o de un descubrimiento personal. La humanidad es una raza que se expresa a través de la unidad con Dios y, si no existe tal unidad, no hay perfección que se manifieste.

A través del tiempo, aquellos que pretendieron crecer por su propia fuerza decayeron, y su “reinado” se desplomó en el abismo, junto con sus almas. Y aquellos que inicialmente buscaron a Dios y, al conocerlo, confundieron Su Poder y Su Gracia con su propia capacidad de realización, también sucumbieron.

Hasta hoy, no hubo civilización en la Tierra que haya buscado a Dios, lo haya encontrado y haya permanecido en Él, en un camino de ascensión eterna, porque esos grupos de consciencias que lo hicieron, así como algunos individuos, fueron llevados a otros planos de consciencia donde ese caminar puro pudiera continuar sin las interferencias de este mundo.

Les contaré la historia de Egipto para que vean, en la actualidad, la similitud que existe entre ese pueblo y ustedes, y también para que sepan que, nuevamente, el Creador le da una oportunidad a los seres humanos, y esta vez espera que Su Plan se cumpla.



La civilización egipcia comenzó a desarrollar, en un determinado momento, el Rayo de la Inteligencia. Dicha energía era la que regía en ese período a la esfera terrestre, e inspiraba y guiaba a las consciencias para que pudieran evolucionar socialmente como civilización y para que, en una etapa posterior, ese mismo rayo las llevase a una profundización espiritual por medio de la búsqueda de las Leyes Universales y de la Ciencia.

El Rayo de la Inteligencia, que proviene de Dios, fue atraído por un determinado grupo de consciencias que ya tenía alguna experiencia en interactuar con las Leyes y las Ciencias Universales pues, en una etapa anterior de su evolución, desempeñaron la función del sacerdocio. Por lo tanto, esas consciencias podían atraer ese rayo del universo que se plasmó en toda la sociedad egipcia. Este grupo de sacerdotes fue quien instruía, guiaba e inspiraba a la población. Una de las causas que produjeron el desarrollo del pueblo egipcio fue el hecho de que era capaz de reconocer la aptitud espiritual de cada ser para cumplir la función en la que mejor se desarrollarían.

Fue así que se organizaron diferentes grupos, entre ellos: curadores, sacerdotes, gobernantes, contemplativos, guerreros, reinistas* (o agricultores) y operarios. Los artesanos también se expresaban con gran sabiduría pues lograban, a través del arte, plasmar la historia y dejarla como un tesoro a quienes heredarían ese conocimiento.

Los agricultores o reinistas no eran solo seres que plantaban y cosechaban, como se cuenta en la historia, sino consciencias afines a los Reinos, a los elementos y a las Leyes de la Vida, capaces de observar los ciclos de la naturaleza y adentrarse en ellos, siendo parte de ese equilibrio para plantar y cosechar en el momento adecuado y bajo las mejores condiciones.

De esta manera cada grupo era capaz de respetar al otro: los gobernantes aceptaban el consejo de los sacerdotes; también aprendían de los agricultores y reverenciaban el apoyo espiritual de los contemplativos.

Ese fue el verdadero secreto de la sociedad egipcia que, en sus inicios, la hizo crecer y desarrollarse con la ayuda del universo. La degeneración, la esclavitud y la pobreza, fueron energías que comenzaron a surgir como consecuencia del sentimiento de poder que nacía en el corazón humano, al contactar con conocimientos que trascendían las leyes naturales de la vida y que los hacían sentirse más grandes y más poderosos que cualquier otro hombre.

Lo que mantuvo en ascenso a esta civilización fue la sinceridad y la humildad que surgió en los corazones de unos pocos que, secretamente, la sostenían. Yo fui uno de ellos.



En Egipto, la mayor debilidad era la vanidad que muchos vivían como individuos y como civilización. Al principio, la intención de crecer era pura y verdadera pero, como siempre, el uso espurio del poder causó la pérdida del corazón humano.

El conocimiento mismo, que era transmitido para el bien y para la evolución de toda la raza humana, no solo lo consideraron propiedad de la civilización egipcia, sino que, como en muchos reinos, fue personalizado, concentrado y apropiado por una sola consciencia. Aquí fue cuando todo comenzó a perderse.

Todas las construcciones egipcias, su forma de vida, su sabiduría, fueron fruto de un conocimiento que recibieron del universo, como un intento de sacar a la humanidad de la lucha por la supervivencia para que comenzara una nueva etapa evolutiva, basada en la búsqueda de una Vida Superior

Así, consciencias universales se manifestaban entre los egipcios y los instruían en los diferentes sectores de la civilización, como forma de organizarla y conducirla mejor.

Cuando la consciencia humana vio sus problemas resueltos, tales como la falta de agua, de alimentos, de organización social, y descubrió que era posible entrar en contacto con realidades superiores, nuevamente le faltó humildad y el crecimiento espiritual previsto por el universo comenzó a declinar.

Aquellos que tenían más facilidad para conducir a las almas comenzaron a someterlas. Aquellos que tenían más facilidad para recibir instrucciones y trasmitirlas a los que guiaban a la civilización, comenzaron a interpretar y poner palabras propias, de su interés, dentro del conocimiento recibido. Entonces comenzaron las guerras, primero internas y luego externas, obligando al Creador a alejarse de la humanidad una vez más.

Así como sucedió en el período que les expliqué, en el que se generaron los orígenes de los dioses griegos, los llamados dioses egipcios fueron expresiones de entidades espirituales relacionadas con los Reinos y los elementos, como también fueron expresiones de los quienes descendían del universo para instruirlos y que, por representar algo superior, fueron llamados dioses.

Llamar “dios” a algo superior fue una lectura más moderna de la humanidad cuando, observando las culturas antiguas, las comparaba con la suya y creaba similitudes. “Dios”, para la mente humana, era algo superior que la conducía a una vida que trascendía la vida material. Hasta ese momento, eran esas consciencias las que la humanidad conocía y por eso el Creador se manifestó a los patriarcas y les dio a conocer lo más elevado que existía: un Padre Único, el Dios que está por encima de todas las cosas. Eso no quita la superioridad que tenían tales consciencias, llamadas “dioses”, en relación con la humanidad, pero es un error colocarlas a la misma altura que el mismo Dios.

Cuando en los días actuales, la humanidad todavía abraza el politeísmo y asume a diferentes entidades como siendo Dios mismo, está afirmando la ignorancia y la involución humana, y evitando que la consciencia de la humanidad siga creciendo y desentrañando misterios superiores.



Al mismo tiempo que Egipto se desarrollaba, otras civilizaciones también crecían y aprendían silenciosamente. Pero después de la desaparición de Atlántida, el Creador puso mayor atención en la civilización egipcia por su propensión al crecimiento, al conocimiento y a la sabiduría.

Al comienzo de esa civilización, sus intenciones internas eran puras y su aspiración por la Vida Superior también lo era. Sin embargo, después de las primeras generaciones de faraones, el hombre se familiarizó con la fuerza que creía tener por la posición que ocupaba y comenzaron a competir entre las diferentes clases de la sociedad egipcia, cada una tratando de ser la más importante. Así se fue olvidando de que lo que lo acercaba a la Vida Superior haciéndolo crecer, no era la soberanía de un individuo, sino el respeto y el Principio de Unidad que se vivía en relación con cada sector de la sociedad, cuando cada uno cumplía su parte para el crecimiento del conjunto.

Durante este período egipcio peregriné por muchas civilizaciones, como en otros tiempos. Esta vez, no en busca de un aprendizaje para la civilización, sino en busca de una civilización que fuera capaz de permanecer en el propósito superior, en obediencia a Dios, sin salirse de ese propósito. Fue entonces cuando Me encontré por primera vez con el Creador, cara a cara, en un desierto. En ese momento comprendí la pequeñez humana frente a Su grandeza, y así pude retornar a Egipto con la intención de ayudar al pueblo con esa comprensión oculta de la vida. En aquel momento, Yo era un sacerdote.

A mi regreso encontré un Egipto ya degradado, lleno de vanidades, competitividad y manipulación; no hallé espacio para transmitir a los hombres lo que sentía dentro de Mí y lo que había descubierto por inspiración divina. Volví, entonces, al desierto y permanecí allí hasta el final de esa encarnación, ofreciendo Mi sacrificio y penitencia al Dios Único que había conocido, por el olvido de Mis hermanos y por su incapacidad para continuar escuchando y obedeciendo al Creador.

Dios se fue apartando del pueblo egipcio y eso hizo que crecieran las guerras, la esclavitud y la lucha por las posesiones y por los tronos. El hombre colocó la vanidad y el orgullo en lugar del Creador, abriendo la puerta para la fuerza negativa y quitando el poder divino. Desde ese momento esa parte de Oriente comenzó a ser colonizada por el mal hasta convertirse en lo que conocen hoy.



En el período en que Egipto comenzó a decaer, el Creador colocó Su atención e impulsos en otra parte de Oriente, iniciando un nuevo ciclo planetario, lo que más tarde se llamó la Era Patriarcal¹⁰.

Al mismo tiempo que Dios Se revelaba como Uno a Abraham, también se revelaba a otros de Sus hijos, como sucedió Conmigo en el desierto de Egipto. Por esta razón, después de haber conocido Su faz de Unidad, el Creador Me envió a seguir a aquellos que habían respondido a Su llamado y que habían abandonado todas las culturas y creencias vividas hasta allí, para empezar de cero, preparando el camino para que Su Hijo Primogénito llegase al mundo.

Durante la experiencia que viví en el desierto de Egipto, el Creador Me reveló el futuro y Me mostró cómo debería servirle en un tiempo que vendría, para amparar a Su Hijo que llegaría al mundo. Me reveló que debería regresar a la Tierra muchas veces; que no había una vida única en el planeta, sino una única Existencia en el universo. Me reveló que

la experiencia en la Tierra se vivía a través de ciclos y que Yo, en los ciclos que vendrían, representados por Mis próximas encarnaciones, debería dedicarme completamente a Él y a Su Plan.

El Creador Me mostró el rostro de Abraham¹¹, Me reveló que debía encontrarme con él de época en época, y con él construir el camino para Su Hijo. Me reveló muchos otros espíritus que deberían acompañarnos y Me dijo que, gradualmente, sería más consciente de esta misión, según Mi grado de unión con Él.

El Señor Me mostró el Origen de todas las cosas y por qué había venido Yo al mundo; Me hizo sentir Su Amor por los seres humanos y el Plan perfecto que Él tenía para Su Creación. Después de decir eso, el Creador Me llevó de esta vida, dejando sobre el desierto Mi cuerpo cansado.

Con esta consciencia y con la experiencia viva de unión con Dios, fui al encuentro de Abraham al final de su vida.



Cuando Me reencontré con Abraham¹², ahora en vida, todavía era un joven. Tenía 16 años, pero con un gran ímpetu por llevar adelante la Obra de Dios. En ese momento era hijo de su hijo, y cuidaba de sus rebaños desde pequeño.

Abraham Me contó la historia de su encuentro con Dios y todo lo que el Creador le había revelado. En ese momento, Yo todavía no recordaba por qué estaba allí, ni tampoco cómo Dios también se Me había revelado en otra circunstancia¹³. Por lo tanto, escuchaba atentamente las palabras de Abraham, que eran como un fuego dentro de Mí que encendía Mi esencia y Me hacía recordar. Como era un hombre con muchas responsabilidades, tenía poco tiempo para encontrarse personalmente Conmigo, por lo que fueron pocas las ocasiones en que estuvimos juntos.

Pude seguir su predicación entre los hombres. Su voz era tan estruendosa como un rayo y su verbo estaba lleno de Dios. Día tras día lo vi vencer las limitaciones de la cultura y de las costumbres de la época, trascendiendo las leyes de los hombres, y también a sí mismo, para establecer la nueva Ley de Dios. De ese modo aprendía, profundamente, que quien está lleno de la Verdad no se ata a las leyes de la Tierra, ni a las leyes de la vida porque, si es la Voluntad de Dios, puede ir más allá de ellas.

Cuando digo esto, no Me estoy refiriendo a un impulso humano, porque Abraham demostraba que todos los días intentaba entregar su voluntad al Padre para que la Voluntad de Dios guiara sus pasos y, a través de él, al pueblo entero.

Este aprendizaje lo llevé conmigo por toda la eternidad y hoy se los transmito porque, en estos tiempos, así como en los tiempos de Abraham, deberán instituir en el mundo otras leyes que no son las que hoy gobiernan a la Tierra y la vida sobre ella. Pero para eso es necesario trascender y transformar costumbres, culturas, personalidades, historias, herencias, voluntad humana... Escuchen atentamente lo que les digo y déjense transformar.



Establecer nuevas leyes espirituales y cambiar por completo la cultura y las costumbres humanas de la época fue una misión que una parte de la humanidad necesitó vivir para que, a lo largo de los siglos y de los ciclos evolutivos, pudiera continuar con el mismo principio de renovación,—aunque en menor proporción—hasta que, al final de los tiempos*, este cambio fuese absoluto.

La batalla espiritual, interna y planetaria que se vivía, en cierto modo, se asemeja a la batalla de estos tiempos. En ese momento, el hombre debía cruzar el umbral que aún le faltaba entre el primitivismo

espiritual y la condición de unidad con Dios. Era como dar el salto en la transformación de los tiempos que hoy en día se presenta a la humanidad.

El hombre de la era patriarcal¹⁰ era rudo, lleno de voluntad propia, con muchos deseos, ambiciones, impulsos de controlar, vencer y dominar al otro; era un hombre de mente primitiva y corazón poco desarrollado. Se contaban con los dedos de las manos los que, en ese momento, tenían una verdadera sensibilidad para con Dios, con lo sagrado, con lo sublime.

Tanto la cultura como la religión tendían a un sistema de poder que siempre lograba que los hombres sometieran a algo, sea unos a otros, o a los Reinos de la Naturaleza. Abraham tuvo la misión de impulsar a la humanidad a cambiar de ciclo, a rendirse a Dios; por esa razón tenía que ser el primero en rendirse ofreciendo al Creador no solo su propia vida, sino también la de su hijo. En aquella época, un hijo era lo máspreciado que había, porque representaba la continuación de la estirpe familiar, la evolución, el crecimiento del hombre a partir de su descendencia.

El ejercicio de renuncia de Abraham quedó grabado no solo en su consciencia, sino también en la consciencia de toda la humanidad y, aquellos que lo seguían y que fueron sinceros en su ofrenda, aprendieron el valor de la entrega: para seguir a Dios, debían renunciar a todas las cosas.

El Creador manifestó esta enseñanza al inicio, para que todos supieran al fin, que esta ley es la misma, que el mismo principio que fundó las bases es el que abre la puerta para la realización, para la meta y el triunfo final. De este modo Dios les enseñaba la ciencia de los ciclos y les mostraba, a través de símbolos, que quien partió del Origen a Él debe regresar.



En la era patriarcal¹⁰ había llegado el momento de que la humanidad diera un paso en la consciencia y lo que diferenció a este ciclo de todos los otros que la humanidad ya había vivido, fue que Dios mismo Se manifestó en Espíritu entre los hombres. Ese fue el período en que el Espíritu Santo, que hasta entonces animaba los universos y se manifestaba solo en las dimensiones superiores, comenzó a manifestarse entre los hombres y en los hombres.

Aquel ciclo se asemeja al ciclo actual en este sentido pues, nuevamente, Dios mismo, Su Espíritu y cada uno de Sus aspectos, se manifiestan entre los hombres, tal como lo hace Su Hijo y la Faz Femenina de Dios, la Madre Celestial.

En la era patriarcal, el paso que debía dar la consciencia humana era grande, único e intenso, porque a partir de ahí se prepararía la manifestación física de Dios en el planeta a través de Cristo.

En la era actual, el paso que la humanidad debe dar es aún mayor; por eso el Creador se expresa en toda Su plenitud, porque hoy no solo se debe preparar el Retorno de Dios a la materia, a través del Cristo Resplandeciente, sino también el descenso de todo Su Reino y el ingreso de la consciencia planetaria en el Tiempo del Universo*, en el cual la ilusión se disuelve y desaparece de la consciencia humana.

Este paso exigirá una definición aún más profunda de todos los seres humanos. Así como el Creador probó a los patriarcas y profetas de esos tiempos, pondrá a prueba, con más intensidad, a la humanidad y hará descender Su Fe sobre los hombres porque, como en otros tiempos, la Ley de Dios debe prevalecer y no solo las leyes de la vida, sino también las Leyes del cosmos donde todo lo que es vida representa la Voluntad del Creador.

Les explico esto para que se valgan del ejemplo y de la perseverancia de los patriarcas y profetas de ayer para enderezar sus caminos y

preparar sus consciencias para este ciclo, para este paso evolutivo. La historia se repite hoy, sin embargo, con mayor profundidad.



Durante la era patriarcal el Creador impregnaba, con Su Presencia, el corazón de los hombres y de las mujeres que se abrían para recibirlo. Así fueron despertando los profetas, consciencias que se abrían para recibir las inspiraciones del Espíritu Divino, llamado Espíritu Santo.

En ese período, a pesar de la densidad de la mente humana y de la gran rigidez que limitaba sus corazones, hubo algunos que permitieron que el Creador derribara las barreras de la ignorancia y de una cultura y creencia limitadas por la poca profundidad de la consciencia humana.

El Creador estaba, en ese período, generando un impulso que debería multiplicarse en la consciencia planetaria a través del verbo, de la acción y del ejemplo de transformación de los profetas, de los patriarcas y de aquellos que, a pesar de no ser mencionados en los libros del mundo, marcaron la diferencia en la evolución humana con su ejemplo y su experiencia de unión con Dios.

El misterio de la era patriarcal¹⁰ va más allá de lo que está escrito en los libros; lo que se plasmó en la historia estuvo limitado por la comprensión humana de los acontecimientos vividos, que algunos experimentaron y contaron a todos. Aun así, esta historia tuvo suficiente poder para perdurar y transformar, gradualmente, la condición humana. La era patriarcal fue una época de grandes impulsos espirituales que preparó el nacimiento de Cristo y quebró la condición retrógrada que estaba en la consciencia humana.

La era actual también es un período de grandes impulsos espirituales, porque así como en aquel período la humanidad ya no era más prehistórica y comenzaba a descubrir nuevas ciencias —por eso se

consideraban muy sabios y evolucionados— del mismo modo, la humanidad de hoy ya no es más medieval y continúa desarrollando nuevas ciencias y conocimientos, pero algunos están espiritualmente estancados en el primer impulso de Cristo y otros, aún viven solo del impulso transmitido en la era patriarcal¹⁴.

Por esta razón el Creador, nuevamente, se aproxima a la Tierra como en otros tiempos y, con Sus impulsos y Su Espíritu sobre los hombres, prepara el Retorno de Su Hijo, tal como preparó Su nacimiento.

Es importante tener esta comprensión para que sepan observar los eventos y valorar las experiencias y los esfuerzos que deben vivir, conscientes del propósito de su entrega, como lo estaban los profetas y patriarcas de otros tiempos.



Cuando en Mi juventud acompañaba los pasos de Abraham, veía cómo Dios lo probaba y cómo cada día se superaba a sí mismo para ajustarse a la Voluntad Divina. Observaba cómo todo el afán de Abraham para conquistar cosas para sí, en nombre de Dios, caía por tierra y el Señor purificaba, incluso, hasta la más íntima de sus pretensiones.

Comprendía que Abraham era llamado padre porque primero vivió en carne propia lo que pretendía enseñar a sus hijos, discípulos y compañeros. Dios no solo abrió las puertas del Cielo para dirigirse a la humanidad a través de Abraham, sino que también él mismo abrió una puerta en la consciencia humana, que nunca antes se había abierto. Se dejó purificar y se dejó transformar y modelar por Dios, como ningún otro hombre lo había permitido. Abraham abrió la puerta de la rendición y del acatamiento al Creador entregándole a Él todos sus planes, aspiraciones, entregándose el mismo al Padre, para ser digno de ser llamado patriarca de la humanidad.

Todo eso lo observaba en silencio y así aprendí a servir a Dios y a abandonarme en Él. Veía los conflictos que se generaban en el pueblo, la lucha interna y externa que se vivía por establecer esta nueva vida. Y fue observando a Abraham en silencio que confirmé, dentro de Mí, la aspiración de seguir al Padre. Y, cuando fui un poco mayor, Dios volvió a manifestarse ante Mis ojos y Me llamó a seguir Sus Pasos y formar parte de Su Obra como constructor y trabajador a lo largo de todos los siglos y por toda la eternidad. Y aquí estoy, construyendo Su Santa Obra.



El mundo agonizaba en la era patriarcal. Ya había sido retirado lo sagrado de Egipto debido a la soberbia, al orgullo y a la vanidad que nacieron en el corazón humano. En Oriente los Reinos sufrieron la incompreensión de los hombres, quienes en lugar de ofrecer sus propias vidas a Dios en sacrificio y en reparación de todo mal, ofrecían animales y, en algunos casos, hasta a sus propios hermanos en sacrificio en nombre de un dios que no era el Dios del Amor.

En África, las tribus comenzaban a competir, las culturas estaban en desacuerdo debido al aparente desarrollo de la mente humana. En Europa, los pueblos indígenas intentaron mantener su pureza, mientras el hombre blanco se expandía. En América, las primeras semillas de la consciencia indígena daban sus frutos pero, aun así, esto no era suficiente para calmar el Corazón de Dios en agonía. Hubo muchas guerras, duras guerras entre los hombres. Así era el desarrollo humano: una lucha por ver quién era más fuerte.

El Creador le mostró a Abraham y a sus compañeros cada una de las civilizaciones que se estaban desarrollando en la Tierra. Les mostró por qué ellas agonizaban y cómo los hombres aún estaban tan lejos del Proyecto Divino para la humanidad.

A pesar de hablar con Dios, Abraham también era un hombre, conformado por la cultura y la historia que la humanidad había vivido hasta entonces. Por mucho que quisiese y se acercara al Corazón del Padre, no podía comprenderlo del todo. Tampoco sus compañeros Lo entendían. Todos podían sentir la Presencia de Dios, todos podían contemplar la necesidad de transformación, pero nadie sabía, exactamente, cuál era la meta del Padre. Por esta razón, a pesar de su fidelidad, los hombres de esa época seguían cometiendo muchos errores.

A diario nos reuníamos para clamar a Dios por una mayor comprensión, para que Él acercara Su Mente a la nuestra, para que pudiéramos cumplir Su Voluntad, tan desconocida para nosotros.

El Creador nos explicó, y también explicó a los profetas, que Su Plan no se consumaría en aquellos tiempos, que se iría construyendo a lo largo de la historia humana, pero que, si estuviéramos abiertos de corazón, esos hombres que Él reunió, lo acompañarían vida tras vida, hasta el triunfo de Su Voluntad. Y a pesar de nuestra incompreensión y limitación como hombres, aceptamos. Y esa fue y es nuestra eterna esperanza porque, incluso hasta hoy, vivimos para el triunfo de ese Plan.



La era patriarcal¹⁰ fue la del desarrollo de la verdadera valentía, que es la espiritual y enseña a los hombres a no vencer y someter a sus semejantes o a los Reinos Menores, sino a vencerse a sí mismos, a derrotar su propia voluntad con el poder de la renuncia. Fue la era del desarrollo de la valentía que consiste en la rendición total a los Pies del Creador.

En esa época, la humanidad aprendió a entregar su fuerza y el falso poder en nombre del Poder de Dios y, este aprendizaje, que perduró a lo largo de los siglos y a través de los profetas, se hizo carne y se consumó en el sacrificio de Cristo, quien realizó el mayor acto de rendición y renuncia de la historia humana.

Con los impulsos de los patriarcas fueron surgiendo los profetas, que eran sus hijos espirituales. Los profetas fueron aquellos cuya misión era desarrollar los impulsos dados por Dios a la humanidad a través de los patriarcas, intentando que estos impulsos crecieran y tuvieran su lugar en la sociedad humana, mediante una nueva línea de pensamiento e instrucción que luego se convertirían en religiones, ya que esa fue la forma que el hombre encontró para organizar sus ideas.

Sin embargo, las religiones limitaron el Pensamiento Divino, que es Omniabarcante, y confinaron a un grado humano de comprensión un impulso que descendió a la Tierra para transformarla por completo, para hacerla ingresar a otras leyes, como sucedió con la llegada de Cristo y como será en Su Retorno.

Los patriarcas fueron los primeros en comprender que Dios es Omnipresente y Omniabarcante, e intentaron llevar Su Presencia y Su Palabra a todos. Sin embargo, fue solo a través de Cristo que la humanidad, finalmente, pudo descubrir qué significa que el Creador esté dentro de todas Sus criaturas.

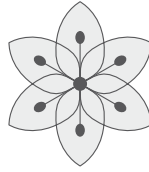
Cristo es su Hijo primogénito, y después de Él, que fue el primero, vinimos todos nosotros, Sus otros hijos, cuyas esencias guardan una absoluta semejanza con Él, llevando en su interior la esperanza de despertar el potencial para ser tan conscientes de esta unión como lo fue el mismo Cristo.





Capítulo 4

Isla del Sol
Lago Titicaca, Bolivia



En esta experiencia sagrada con los patriarcas, construí las bases de una vida que consagraría a Dios a lo largo de Mi historia en la Tierra. Al igual que Yo, muchos de los que se comprometieron con Cristo cuando estuvo en la Tierra, iniciaron este compromiso mucho antes de Su nacimiento y junto a los patriarcas vivieron su despertar.

Después de esa experiencia, regresé al mundo como profeta y retomé, desde el inicio de Mi vida, la unión con Dios. Samuel fue Mi nombre y con ese nombre le confirmé a Dios Mi disposición de preparar el camino para Su Hijo que, en algún momento, también sería Mi hijo.

En este momento el Creador comenzó a prepararme conscientemente para compartir con Él la paternidad de Su Hijo. La humildad de Mi Pobre Corazón para realizar esa tarea debía ser grande, y fue con el silencio de Samuel que eso se pudo construir Mi Consciencia, muchas vidas antes de que esa misión se concretara.



Como el profeta Samuel y compañero de Dios, tuve que perder el miedo de vivir la humildad y lanzarme al misterio de vivir la Voluntad Divina.

Como hombre, a pesar de tener una mente simple, a menudo estaba condicionado por las realidades de la época y Me costaba mucho traer del Cielo una enseñanza desconocida para la humanidad de esa época. Por eso cometí muchos errores que Dios fue corrigiendo a medida que avanzaba.

Así como les enseño hoy, Dios también Me enseñaba, y Me abrí a crecer y transformar Mi condición humana.

El Creador Me hablaba de la venida de su Hijo y, aunque parecía un evento muy distante de Mi realidad, Me abrí para vivirlo y Me preparé para ello hasta el final de Mi vida.

Antes de morir supe por Dios mismo cuando sucedería y cuánto aún sufriría, vida tras vida, para vivirlo. No tuve miedo ni dudas. Allí aprendí a amar la Voluntad de Dios y a desarrollar la fe. Aprendí a amar lo desconocido y a ignorar las cosas del mundo para aprender nuevamente a comprender la vida. Me abrí para saber qué era Vivir, que es un verbo que incluye, en sí, toda la existencia, y no solo la de este mundo. Muchos de ustedes también vivieron todo eso y hoy se los insta a recordar. Pero para llegar a lo Alto es necesario transformar lo que está abajo y construir los escalones, desde la base hacia las alturas, con paciencia, trabajo y sin miedo.

Amen las oportunidades de ser humildes y crecerán mucho.



Lo único que les diré hoy es que el mayor aprendizaje de un profeta es el vacío de sí, de toda voluntad propia, de toda necesidad de mérito, de cualquier plan personal.

Aquí, como profeta y compañero de Dios, fui aprendiendo todas estas cosas con mucho pesar. Ese aprendizaje no comenzó ni terminó en esa vida; duró a través de los siglos hasta el nacimiento de Mi Hijo, cuando comprendí la mayor y más grandiosa humildad de Dios en el pequeño Niño. Esto fue lo que Me hizo ascender y encontrar el Corazón del Padre. Su Amor por nosotros Me elevó.



Después de haber sido un profeta, fui un simple pastor. Y esa experiencia Me ayudó a encontrar la simplicidad del corazón. En ese momento Mi nombre era Jonás. No tuve hijos, ni esposa ni muchas posesiones. Una vez más experimenté la soledad como camino para encontrar a Dios.

Aunque vivía solo desde la juventud, fui un hombre feliz y enteramente en Dios. Seguí los pasos de las enseñanzas de Moisés e intenté vivirlas en el silencio de Mi humilde vida.

Tenía muchos amigos, porque Mi alegría interior atraía a las almas que siempre buscaban esa disposición y esperanza de vivir.

Sabía que esa alegría provenía del Padre y no de Mí, y Me alegraba que las almas buscasen conocer la fuente de esa vida sana, porque comprendía que, en el fondo, era a Dios a quien buscaban y que algún día Lo encontrarían.

Siempre estuve rodeado de niños y jóvenes y les enseñaba a cerca de la vida del espíritu. Esa fue una experiencia larga aunque muy simple. Mi vida consistía en pastorear ovejas en el campo y almas para Dios. Dejé este mundo, nuevamente, a una edad muy avanzada; era un sabio anciano por Mi soledad y silencio en Dios.

Cuando envejecí, Me ayudaban los jóvenes a quienes les gustaba aprender, pero morí solo, porque el Creador así lo dispuso.



Esta vida simple que llevé como pastor sirvió para equilibrar toda la vida pública que viví como Samuel. El universo siempre genera, en la vida de cada ser, el equilibrio perfecto.

Aunque no podía estar completamente aislado y en el anonimato, debido a la condición misma de unión con Dios que atraía a muchas almas, pude equilibrar —con simplicidad y soledad, pobreza y humildad— lo que anteriormente viví entre reyes, jueces y profetas del pueblo de Israel.

Este equilibrio se fue generando para que entendiera, internamente, que tanto la vida con grandes reconocimientos como la vida de simplicidad y soledad tienen el mismo valor para Dios, si el corazón, el alma y el espíritu están unidos a Él, dondequiera que se encuentren.

Presté un gran servicio al Señor, tanto como un profeta conduciendo a Su pueblo, como en la soledad de un simple pastor, perfectamente unido a Él.

En la soledad de ese pastor, el Señor equilibraba y transmutaba muchos desvíos humanos. Con su silencio, generaba méritos para continuar guiando a la humanidad, a pesar de la perdición que se vivía en otros lugares del mundo. Y con su alegría, por el simple hecho de servir a Dios, equilibraba la eterna insatisfacción de tantos hombres que constantemente buscaban el poder y la gloria y nunca estaban satisfechos.

Observen, hijos, que la esencia de la Verdad se encuentra en la intención del corazón. Una vida se torna grande a los Ojos de Dios cuando está plena en Él y no cuando es grande para los hombres.



La vida del hombre antiguo, por tener una mente muy simple y sin grandes desarrollos, casi siempre oscilaba entre los opuestos: o absolutamente para Dios, o para sí mismo y para imponer su fuerza y propiedad.

Toda la sabiduría que expresaba el hombre antiguo era el resultado de su unión con la Vida Superior; incluso en el campo de las ciencias

y de la supervivencia, del conocimiento de las leyes naturales de la vida, como del cielo, del universo... Todo provenía de un contacto superior. Es por esta razón que hubo muchos grupos en la antigüedad, como los indígenas, los egipcios, los árabes que, en diferentes grados y líneas de conocimiento, descubrieron cosas tan amplias que, hasta hoy, con todo el desarrollo humano, no volvieron ser descubiertas.

Hoy el ser humano depende de los registros dejados por esos pueblos y, aun así, trata de poner esa sabiduría a nivel de la comprensión humana actual y jamás llega a una conclusión del origen de ese conocimiento y sobre cómo pueblos tan “arcaicos” pudieron alcanzarlo sin máquinas, sin investigación científica, sin laboratorios modernos o grandiosos y rebuscados cálculos matemáticos.

Era, precisamente, la ausencia de todo eso lo que permitía que el hombre alcanzara dicha sabiduría. Era justamente la simplicidad y la precariedad de su mente lo que hacía puro su contacto con Dios. El hombre simple fue capaz de lanzarse al misterio divino y perderse por completo en él.

Hoy, hijos, la mente y el corazón humanos están muy llenos de sí mismos, demasiado llenos de teorías, de vanos conocimientos, de materia que se cristalizó en la consciencia y que no les permite avanzar. Su orgullo está tan arraigado que el hombre se engrandece con su precaria ciencia y desconoce la magnitud de la Ciencia Divina. Ante Dios, el hombre es como un pobre ignorante que, sin saber leer ni escribir, se enorgullece de poder contar con los dedos de sus manos y cree que eso es suficiente, que no hay otra ciencia más que la que tiene al límite de sus brazos, ante sus ojos, en la matemática de sus dedos.

Lo que les digo aquí, por simples que sean Mis palabras y porque son dichas por Mí, causará gran confusión y conflicto en muchos. Pero he venido a derribar las barreras del viejo hombre, transformando su rebuscada cristalización en una simple apertura del corazón.

Aquellos que Me acompañen descubrirán y vivirán en su interior muchas cosas que no están en estas palabras, sino en la enseñanza que les traigo a través de ellas.



La condición humana fue algo que conocí profundamente a lo largo de Mis encarnaciones y, a medida que la conocía, no entendía el inmenso Amor de Dios por la humanidad. Ese fue un misterio que fui descubriendo vida tras vida: cuanto más conocía al hombre, más admiraba el Amor insondable de Dios.

Desde la era patriarcal¹⁰, cuando el Creador se acercó Él mismo a la humanidad para hablarle y colmarla con Su Presencia, aquellos que eran sabios y que también conocían la condición humana consideraban, como única explicación para ese Amor divino, que la humanidad era la única civilización inteligente en el universo, y ese Amor que Dios derramaba en el hombre era para que pudiera evolucionar y tornarse semejante al Padre.

Esta incapacidad humana para comprender el Amor Divino ha significado que muchos hombres, hasta hoy, no puedan creer en la vida más allá de la Tierra y, más que eso, no puedan concebir que la vida en la Tierra sea una de las menos avanzadas en todo el cosmos. Porque, si lo creyeran, no podrían entender por qué, entonces, el Creador pone tanta atención en la Tierra. ¿Por qué, si hay tantas civilizaciones, tantas consciencias que lo aman y que le son absolutamente fieles, Dios pone Sus Ojos, Su Corazón, Su Gracia e incluso envía a Su Hijo a la Tierra?

La humanidad tiene un potencial para amar similar al Amor de Dios y, desde la era patriarcal hasta hoy, el Creador mismo intenta enseñar este Amor a los seres humanos.

El Creador, con Su Presencia en la Tierra, vino a enseñarnos que quien necesita más amor, más compañía y más instrucción, es el que está

más desviado de Su Camino; el que más dificultad tiene en resolver y superar sus miserias; es aquel que le da la espalda al Corazón del Padre. Ese es el más necesitado.

Por eso envió a Su Hijo al mundo y, después de haber vivido el mayor sacrificio de Amor, ese sacrificio se renueva repetidamente en el Corazón todavía herido de Cristo.

Hijos, con esto el Creador les enseña a no desistir ni del prójimo ni de ustedes mismos; les enseña que el amor, el compañerismo, la fraternidad y la esperanza en la evolución del prójimo son los que pueden hacer que un alma despierte, incluso en la última hora.

El amor pleno en el corazón de un único ser humano que imite los Pasos de Cristo, puede equilibrar todo lo que la humanidad causó por error a sí misma, a los Reinos de la Naturaleza y al universo.

Comprendan, por lo tanto, la persistencia de Dios y la importancia de imitar el Camino de Cristo y amar como Él amó, entregarse como Él se entregó, obedecer como Él obedeció, perdonar como Él perdonó, vivir como Él vivió, siendo un ser humano en su expresión más pura, manifestando, con transparencia lo que Dios pensó para la humanidad.

La grandeza de este planeta es que está colmado de misterios sublimes. La grandeza de sus corazones es que están llenos de misterios celestiales, de potenciales divinos... sin embargo, escondidos detrás de las capas de la herencia y de lo que la historia humana construyó sobre sus esencias; historia esta que hoy les cuento para que puedan desmitificar el pasado, perdonarlo y liberarlo de sus corazones, dándose a sí mismos la oportunidad de vivir plenamente en Dios.



La consagración de la vida fue un ejercicio que aprendí a vivir constantemente. Cuanto más Me abría a vivir la consagración, más descubría que es eterna y debe profundizarse en cada instante de la vida.

Cuando una esencia surge en el universo, el Creador le entrega un principio, una misión para vivir y expresar. Cuando la consciencia y los primeros cuerpos espirituales se desarrollan, el ser se torna consciente de esta misión y se compromete con Dios a vivirla.

La consciencia se cubre de diferentes capas desde el momento de su creación hasta que se desarrolla por medio de sus diferentes experiencias en el cosmos como en la Tierra, y a veces levanta muros que lo separan del principio divino que el Creador le entregó para que lo manifieste. Pero esto no significa que esté exenta de vivir ese principio. El compromiso hecho con Dios, cuando cada ser fue creado, es inmutable. Lo que sucede es que algunos se separan más y otros menos de esa misión original, y la responsabilidad de todos los seres es volver a ser puros, para encontrar una manera de expresar ese compromiso con el Padre.

Vida tras vida, de alguna manera, ese compromiso es depositado en sus corazones y en sus consciencias, aunque solo sea por un único instante. Algunos pueden escucharlo, percibirlo, sentirlo, seguirlo y vivirlo; otros lo ignoran o simplemente no lo notan ni perciben, porque sus corazones están ocupados con otras cosas.

En Mis experiencias en la Tierra, aprendí a guardar silencio y por eso, siempre escuché y recordé ese compromiso con Dios y, por mucho que no supiera de qué se trataba, siempre reconocí que existía un vínculo con la Vida Superior. Lo sentía con tanta fuerza y tanto resonaba dentro de Mí, que no pude dejar de buscar el origen de ese sentimiento.

Fue por eso que, en Mis encarnaciones, repetidamente Me consagré al Padre y aprendí, vida tras vida, a amar Su Plan para Mí y para todo.



Después de Mi experiencia como pastor viví algunos aprendizajes con pueblos de África y también de América, porque no solo en Oriente se aprendía la unión con Dios.

En América, los remanentes atlantes se repartieron por algunas regiones, intentando recuperar la pureza que habían perdido en la última etapa de Atlántida. En ese momento, la humanidad utilizaba la ciencia y la necesidad de encontrar a Dios para evolucionar.

Poco a poco, estos pueblos indígenas fueron creciendo en unidad con el Único y con la Vida Superior y la experiencia adquirida en aquel momento construyó las bases de lo que mucho después, por ejemplo, se conoció como la civilización Maya. Esto significa que los mayas son pueblos más antiguos de lo que la humanidad imagina, y que su cultura y sabiduría se fueron cimentado con mucho esfuerzo a lo largo de algunas generaciones indígenas.

Sobre eso les contaré más adelante.



El misterio de la consciencia indígena y de su origen es tan desconocido para la humanidad como los misterios celestiales. Aun así, el hombre cree que sabe todas estas cosas. Y en verdad las conoce, pero no con su mente, sino con su experiencia porque, de alguna manera, todos los que hoy están en la Tierra participaron de las diferentes etapas evolutivas de la humanidad, y eso está grabado en sus consciencias.

Si el hombre buscara una sabiduría espiritual tal vez encontraría, dentro de sí mismo, todos los misterios y toda la historia que pretende desentrañar. Pero la búsqueda de la humanidad es superficial, mental, es una búsqueda de un conocimiento que engrandezca al hombre, y

ese conocimiento no llega porque cuanto más lo buscan, más se hunden en el abismo de la inconsciencia humana.

La consciencia indígena —o pueblos originarios de la Tierra— eran un grupo de seres que existían en el planeta desde el principio de todo, antes de que el hombre fuera consciente de lo que es la civilización. Sin embargo tomaron distintos rumbos porque, en el momento en que Pangea⁵ se dividió, cada grupo fue llevado a un lugar diferente del planeta donde estaban regidos por otras leyes e influenciados por diferentes condiciones climáticas y geográficas.

Cada espacio del planeta, por afinidad, atrae del universo, una vibración diferente, un Principio de Dios* para manifestar. Estos Principios fueron conduciendo a los diferentes grupos humanos, y creando las culturas, las lenguas... que fueron las formas que la humanidad encontró para expresar esta energía bajo la cual vivía todo el tiempo.

Los pueblos originarios que vivieron en América fueron impulsados por los remanentes atlantes que habían sido capaces de vivir la pureza, y que, guiados por el Principio de la Simplicidad y de la Unidad, alcanzaron la comunión universal, revelando, sin saberlo, muchos misterios por el simple hecho de dejarse guiar.



La virtud de la simplicidad, alcanzada por la consciencia de los pueblos originarios, fue la gran llave que les permitió ascender de dimensión, no solo para tener acceso a las ciencias y enseñanzas superiores, sino, en algunos casos, para que ingresaran con todo su ser en espacios divinos de la consciencia del planeta¹⁵.

La simplicidad desarrollada, especialmente en los primeros pueblos de América, fue lo que les permitió discernir el camino que debían seguir en relación a los contactos internos que tenían como individuos y como

civilización. En sus corazones podían sentir la procedencia de cada ser que entraba en contacto con ellos, en diferentes niveles de consciencia.

Entre las civilizaciones originarias, muchas desarrollaron sus capacidades extrasensoriales, como la visión y la audición interna así como la intuición superior además de los sentidos físicos.

Había consciencias que, por su nivel jerárquico dentro de las comunidades, tenían la tarea de desarrollar aún más estos sentidos y profundizar el contacto interno, como una forma de guiar al pueblo con mayor pureza. Sin embargo, eso no significa que fueran los únicos con esta posibilidad.

La simplicidad y pureza de los pueblos originarios les permitieron, como consciencia grupal, acceder a realidades sublimes y, aunque había individuos específicamente responsables por la guía espiritual de cada grupo, todos podían confirmar, por medio de su intuición y sus propias percepciones internas, la veracidad de la orientación recibida.

Por ese motivo había unidad entre ellos y no desconfianza o recelo. Al no existir estos dos males que separan a los hombres y crean competitividad, lograron mantener esta pureza de corazón durante mucho tiempo, y cuando se produjo la aproximación del hombre blanco y todo lo que sucedió durante el proceso de colonización, muchos ascendieron a otro plano, cediendo su legado a la Tierra como símbolo del camino que se debería recorrer para llegar a Dios: la pureza del corazón.



Cuando Jesús encarnó entre los hombres y, por Su Amor y sacrificio, alcanzó el estado de Cristo, Su aprendizaje no solo sirvió de impulso para Oriente, sino que toda la consciencia humana que se desarrollaba en la Tierra, dondequiera que estuviese, recibió este impulso de Cristo.

Desde ese momento la consciencia indígena también fue incentivada y dejó sobre la Tierra un legado que más tarde, se convirtió en un misterio para muchos. Los mayas no fueron los únicos que alcanzaron cierto grado evolutivo y luego abandonaron la tercera dimensión de la Tierra; hubo otros pueblos en las Américas que vivieron una experiencia similar.

La consciencia indígena, por su pureza y conexión con el Todo, ingresaba de manera muy natural en los ciclos universales y en la consciencia espiritual de la humanidad, accediendo a un principio de unidad consciente que permitía que diferentes tribus que vivían este grado de pureza se comunicaran intuitivamente, y así, profundizaran su conocimiento y se complementaran mutuamente, compartiendo su sabiduría de forma evolutiva a partir de los mundos invisibles.

Las tribus no siempre fueron conscientes de que ese contacto telepático y astral que vivían se daba con otros grupos de seres encarnados. Por eso se generó mucho respeto entre los diversos tipos de conocimiento. Esto permitió que muchas tribus, dispersas en diferentes lugares físicos, compartieran el mismo conocimiento. De esta manera, una tribu en un bosque cerrado en Perú podía recibir una enseñanza similar a la de una tribu en Honduras, por ejemplo. Y a pesar de la distancia, podía parecer que compartían el mismo espacio físico, o que eran la misma tribu que migraba de un lugar a otro.

Dado que la humanidad no tenía esa información, quedó en su mente como un misterio la rapidez con la que se construía una civilización, incluso edificando ciudades, para luego migrar a espacios distantes y fundar todo de nuevo. En verdad, la pureza era lo que permitía que las civilizaciones se comunicasen y el respeto mutuo les permitió compartir sus conocimientos.

Dejo este aprendizaje para los que serán puros de corazón y se respetarán mutuamente.



Para completar el aprendizaje que viví en Oriente, luego encarné en América, entre los mayas, y aprendí una nueva forma de encontrar a Dios.

Fue una experiencia muy sencilla, pero muy rica desde el punto de vista espiritual.

Aprendí acerca de la unión con los Reinos de la Naturaleza, unión esta casi ausente en la consciencia humana de esa época entre las civilizaciones que no eran indígenas. Aprendí el lenguaje y la expresión divina de cada Reino, la forma en que se elevan a Dios y dan nuevos pasos en su camino evolutivo como consciencia-grupal.

Aprendí mucho con la Ley de la Unidad que se expresa en los Reinos de la Naturaleza. Aprendí cómo se insertan en la vida como un solo cuerpo, cada uno colaborando para que el planeta siga existiendo y que sus criaturas se multipliquen, que la vida se multiplique.

Lo que Yo conocí como Unidad, el hombre lo llamó ecosistema. Quizás, si entendiera este término como la unidad que existe en la Tierra, el hombre tendría un mayor interés en insertarse en las leyes de la vida y del espíritu que animan al planeta, leyes de las que, en general, se aleja cada día más, ingresando en un desequilibrio casi interminable y sin retorno.

Aprender sobre la unidad con la naturaleza fue fundamental para comprender, más tarde, la unidad existente entre Cristo y Dios. En Mi consciencia ya conocía el principio que une la vida al Creador, y no solo comprendí la unidad de Cristo con el Padre, sino que también pude sentirme parte de esa unidad.



La clave de la pureza de la consciencia indígena radicaba en la Verdad y también en la humildad. En ese primer período de los pueblos originarios, los seres humanos no tenían tantos aspectos conscientes e inconscientes como tienen hoy.

Los aspectos de la personalidad, de la mente y de las emociones se fueron formando a lo largo de la historia de la civilización humana. A medida que los seres experimentaban y veían cómo actuaban los demás, estos aspectos se iban formando por influencia propia o ajena.

Por esta razón los seres, hoy, tienen mucha dificultad en encontrar la pureza. Los aspectos humanos que encubren su esencia se fortalecieron a tal punto que incluso los niños ya los manifiestan, perdiendo así la posibilidad que les brinda el universo de que, vida tras vida, puedan tener una oportunidad de recobrar la pureza y la simplicidad en su infancia.

Sin embargo, todo esto no significa que los seres humanos hoy no lo logren y no puedan ser puros y simples. Cada vez que se acercan a Dios, que es la Verdad misma, van encontrando la verdad que habita en su interior. Es una ley simple de afinidad, una ciencia espiritual que todos pueden comprender.

Existen muchas formas de aproximarse a Dios: la oración, la adoración, la contemplación, el silencio, el servicio abnegado, el amor incondicional, el contacto con los Reinos de la Naturaleza y la rendición del ser al tocar los abismos de su consciencia. Todas son maneras de encontrar a Dios, todos son caminos para encontrar la Verdad, y así, despertar a la verdad en el propio interior.

La consciencia indígena vivía el contacto con los Reinos de la Naturaleza, la unidad y la fraternidad en comunidad, el servicio permanente, el bien común. Cada una de esas virtudes atraía otras, y así,

los hacía crecer en pureza y simplicidad y les posibilitaba encontrar a Dios en Él mismo o en aquellos enviados por Él. Lo hacían sin dudar ni cuestionar la enseñanza que recibían.

Por ese motivo algunos pueblos avanzaron tanto científica, espiritual como materialmente, aun estando aislados por completo de lo que la humanidad llamó hombre civilizado.



La simplicidad y la pureza alcanzadas por algunas civilizaciones indígenas les permitieron atravesar los umbrales existentes entre la vida material y la vida inmaterial.

Como un legado atlante, traído por los que sobrevivieron y activado por esa pureza, los indígenas aprendieron lo que hoy ustedes llaman meditación, que en aquel momento era una práctica de unión con el Todo. En ese ejercicio, la consciencia perdía su individualidad y se unía a toda la Creación. Era un ejercicio de silencio y observación interior de todo lo que los rodeaba, todos los sonidos de los animales, la presencia de los elementos, la Presencia espiritual de Dios en todas las cosas.

Fue así que, sin el uso de ninguna herramienta específica, solo con el corazón, los indígenas accedían a realidades superiores y con su consciencia recorrían el universo, aprendiendo ciencias cósmicas, astrología, cura, desarrollo intuitivo e, inclusive, Principios Divinos que se decodificaban en la consciencia, según la comprensión humana de la época.

A pesar de ser un contacto puro y amplio, dependía mucho de la capacidad de la mente, que estaba en pleno desarrollo en aquel momento. Aun así, pudieron plasmar en la Tierra una sabiduría que el hombre, por sí solo, jamás hubiera podido conocer.

Si el hombre de hoy tuviera un corazón puro, así como el de los pueblos originarios de otras épocas, mucho podría serle revelado, e inclusive, podría cohabitar con la vida divina y sublime, así como sucedió con la Sagrada Familia.

Después de haber vivido esta experiencia, al inicio del desarrollo espiritual de los pueblos originarios de América, retorné a Oriente dispuesto a cumplir Mi misión como José de Nazaret.



Así como Dios Me preparó, vida tras vida, desde Mi creación en Su Santa Fuente de Amor, también preparó cada corazón que acompañó y acompaña a Cristo para cumplir Su misión.

La diferencia entre Mi vida y todas las demás vidas del mundo es que siempre estuve dispuesto a hacer Su Voluntad, escucharlo y seguirlo, venciendo en lo más íntimo y profundo Mi impulso humano.

Descubrí que el ser humano es fuerte para imponer su voluntad y, con esa misma fuerza, puede rendirse.

Del mismo modo el ser humano es fuerte para librar batallas y sobrevivir a las guerras y, así también, para vencerse a sí mismo.

El ser humano es fuerte para dar la vida y también para quitarla. Es fuerte para hacer el mal, pero también puede ser fuerte para vencer las fuerzas que lo impulsan a la maldad.

El ser humano guarda, en su interior, un potencial de poder muy profundo, muy intenso. Sin embargo, cada uno dirige ese potencial en la dirección que escoge.

Unos eligen ser fuertes para usar una espada, otros son fuertes para guardar silencio. Algunos son fuertes para levantar la voz contra otros y conseguir lo que quieren, otros elevan su verbo a Dios y hacen triunfar Su Voluntad.

Hijos, les cuento esta historia para que cada ser se vea ante un espejo y haga sus elecciones. A lo largo de Mi trayectoria humana no pude hacer otra cosa por los hombres sino darles un ejemplo vivo, y con ustedes, ahora que estoy aquí, en espíritu, no puedo ser diferente.

Esta historia es el testimonio de la Misericordia de Dios y hasta donde Él lleva a quienes Le corresponden. Para cada ser humano, el Creador tiene algo único, y tanto o más grandioso que compartir con Él la paternidad de Su Hijo Primogénito.

El Creador guarda para Sus hijos la posibilidad de asumir su condición de criaturas divinas, portadoras de un amor único e inigualable. Cada ser puede elegir las cosas del mundo o las del Cielo. Yo siempre elegí las del Cielo y hoy estoy aquí, porque sus almas también eligieron, pero sus mentes, personalidades y emociones necesitan comprenderlo y vivir de acuerdo al compromiso que tienen con el Creador.



Preparado por la experiencia de cada una de las vidas sobre las cuales les conté, nací como José de Nazaret. Venía de una familia muy sencilla, padres trabajadores y muchos hermanos. Todos nosotros, desde pequeños, tuvimos que aprender oficios manuales como la carpintería. También aprendí pastoreo con Mis abuelos y vecinos.

Aprendí en la infancia a reconocer a Dios. Por Gracia y Obra Divina, tuve una madre devota que, al enseñarme a pronunciar las primeras palabras, Me enseñó a orar. Y poco a poco, Me hizo comprender al Padre Eterno y Su Presencia en todas las cosas.

Como tuve la gracia de tener padres orantes y dedicados a la vida del espíritu, se crearon las condiciones para recordar algunas experiencias del pasado y comprender muy pronto, desde temprana edad, que Dios

tenía una misión diferente para Mí y que demandaría de Mi Espíritu una dedicación absoluta a Él.

En aquella época los niños estaban, prácticamente, obligados por la vida a crecer rápido, pues así lo imponía la necesidad. Perdí a Mi padre con poca edad y fui cuidado por Mis hermanos que querían ver en Mí a un hombre fuerte y lleno de impulsos humanos. Sin embargo Mi fuerza no estaba en Mi humanidad, sino en Dios y, por ese motivo, Mi batalla en la vida comenzó desde temprano.



Antes de que Mi madre quedara embarazada, incluso antes de casarse, estando un día en su casa un ángel vino a su encuentro, el mismo ángel que, posteriormente, iría al encuentro de María. Ese ángel le contó parte del Plan de Dios del que ella participaría. Le explicó que durante muchas generaciones Dios había preservado la pureza en nuestra familia para que fuese digna de recibir a Su Hijo, en su genética.

Mi madre era una mujer de pocos conocimientos, pero de gran sabiduría interior, porque su corazón era manso y simple. Guardó este secreto en silencio, en parte porque no sabía exactamente cómo sucedería todo, en parte porque causaría incompreensión y rencor en muchos que esperaban la venida del Mesías en un castillo, coronado como un rey delante de todos y no en aquella aldea sencilla de Nazaret.

Cuando estaba embarazada de Mis hermanos, Dios le permitió ver cómo sería la vida de cada uno de ellos. Y cuando llegó Mi tiempo, nuevamente el Señor le habló a través de los ángeles, ahora en un sueño. Le mostró que este hijo suyo sería diferente, silencioso y manso de corazón, pero que eso no significaría enfermedad o mal comportamiento; era la Gracia de Dios que estaba sobre Él y que lo llamaría al recogimiento, porque era un espíritu muy antiguo, preparado por Dios desde Su origen para una misión que había llegado la hora de concretarse.



Mi madre permaneció en silencio y, habiéndole el Señor revelado este misterio, tomo consciencia de la presencia de ese espíritu en su seno y guardó silencio junto a Él, orando siempre a Dios para que esta misión que Él había pensado pudiera cumplirse finalmente.

Cuanto más se silenciaba, mayores misterios le revelaba Dios para que pudiera ser una guardiana de la misión que su hijo cumpliría. Ella debía velar por él y protegerlo para que creciera bajo el espíritu de la humildad y de la unidad con Dios.

Así fue como se reanudó Mi vínculo con el Creador desde el vientre de Mi madre y, con sus oraciones y ruegos a Dios, Yo era imbuido de su pureza y simplicidad.

Día tras día, Mi madre iba siendo colmada por una alegría divina. Algunos compartían esta alegría, otros no podían entender por qué ella no sintió la misma felicidad durante la gestación de sus hijos anteriores. Por esta razón Mi batalla contra el mundo y las fuerzas retrógradas de la humanidad comenzara ya en el vientre de Mi madre.

Mi madre estaba llena del Espíritu de Dios y ni las críticas del mundo, ni las dificultades, ni la pobreza de aquel tiempo lograron apagar o entristecer su espíritu. En ese momento era una mujer joven y llena de vida. Portándome en su vientre Me llevaba a la cumbre de los montes y oraba en voz alta para que Dios tomara a Su hijo y Lo bendijera y, por medio de Él, bendijera a todas las generaciones venideras.

De esa forma, día a día su voluntad y la Voluntad Divina se hicieron una. El Creador le reveló que Yo debería hacer voto de castidad durante toda Mi vida para preservar la pureza de Mi Corazón, y Mi santa madre ofreció ese mismo voto a Dios para acompañarme en Su Voluntad; por eso fui su último hijo.



El gozo de Mi santa madre desbordaba su espíritu, porque esa alegría provenía de Dios por el cumplimiento de Su Plan a través del próximo nacimiento de Su Hijo Primogénito.

La alegría que la inundaba y la colmaba también alcanzó al pequeño espíritu que llevaba en su vientre. Toda Mi familia percibió que algo diferente estaba sucediendo, pero solo Mi padre se abrió para comprender este misterio divino y, por una inspiración interior, le preguntó qué le había pasado, de dónde provenía ese regocijo que a todo inundaba, pues parecía que hasta el Cielo se contagiaba de su plenitud.

Mi madre, entonces, le contó lo que le había pasado cuando aún era una niña. Le contó los sueños y visiones que había tenido a lo largo de su vida y las revelaciones que recibió durante el embarazo de cada uno de sus hijos. Le explicó que, en otras ocasiones no se había alegrado, porque pudo ver el destino que tomaría cada uno de sus hijos en el transcurso de sus vidas y también de sus muertes. Siempre había soñado con que su familia se dedicara a Dios y sabía que eso no sucedería completamente.

Entonces volvió a quedar embarazada nuevamente y, esta vez, recibió una sorpresa de Dios. El niño que había estado esperando desde la infancia llegaba a su vientre. Y entonces las Palabras de Dios pudieron cumplirse.

De alguna manera, este hijo suyo sería el guardián del Mesías, sería un hombre manso, silencioso y casto, diferente de los demás. Sería, no obstante, sano y fuerte, unido en espíritu a Dios para llevar a cabo la misión que Él le había confiado, y para la que desde su origen en el universo Lo estuvo preparando.

Mi padre la escuchaba con una mezcla de asombro y alegría. Su mente dudaba, pero su alma sabía que el Plan de Dios expuesto en las

Escrituras, estaba próximo a cumplirse. Le pidió a Mi madre que guardara silencio sobre estas revelaciones, ya que Dios mismo guiaría cada evento y conduciría a este niño, que era de ellos pero también del Padre, a cumplir esta importante misión. Y así lo hicieron hasta que nací.



Nací en Mi sencillo hogar, rodeado de pocas personas pero de muchos ángeles. Mi padre y algunos de Mis hermanos, los más pequeños, estaban presentes porque querían verme llegar al mundo.

Sobre Mi santa madre se abrió un portal al Reino de los Cielos, a través del cual el Creador Me observaba. Mi madre, milagrosamente, no sintió dolor en Mi nacimiento sino regocijo interior. Esta fue otra señal enviada por Dios, para que ella supiera que todo lo que había vivido era verdadero y que las Escrituras estaban a punto de cumplirse.

Mi madre pudo ver y tocar a los ángeles enviados por Dios. Ellos tomaron sus manos mientras yo nacía y le soplaron en su corazón que debería llamarme José. Ese momento fue único para Mi amada madre y sierva de Dios. A pesar de tanta Gracia y Misericordia, jamás contó a nadie esta experiencia divina, ni siquiera a Mí. Ella entendió que Yo debía vivir la humildad y construir Mi propia unión con Dios. Lo único que hacía era guiarme en silencio, para que el mismo Padre Celestial pudiera despertar Mi espíritu cuando fuese el momento.

Luego de que pasaran unos días desde que nací, tal como dictaban las leyes de la época, fui presentado en el Templo, y allí, Mi madre le prometió al Señor Mi espíritu y Mi Corazón.

En los primeros años de Mi niñez frecuenté el Templo y en ese lugar aprendí Mis primeras palabras.

Como el Señor le había revelado a Mi madre, fui un niño silencioso, manso y también alegre. Prefería estar en presencia de Mi madre o en

el Templo antes que jugar con los otros niños; pero eso no Me convertía en un niño triste.

Al principio fui muy rechazado por Mis hermanos. Ellos buscaban en Mí un niño como todos los demás y no entendían por qué Mi madre Me defendía tanto y por qué se alegraba tanto con Mi presencia, si Yo era tan diferente a los demás.

Mi madre veía cumplirse las Palabras de Dios en Mi comportamiento, y por eso su corazón estaba cada día más pleno en el Señor porque, a medida que Yo crecía, más se aproximaba la venida del Mesías.

Cuando era niño tuve muchas experiencias con la Consciencia Divina, sin comprender muchas cosas. Ángeles y arcángeles Me hablaban en sueños, Me enseñaban a orar y Me mostraban acontecimientos proféticos por los que debía ayunar y ofrecer sacrificios.

Para Mí el mayor sacrificio era estar en este mundo de tan poco amor. Veía todos los días las guerras entre judíos y romanos, cómo entraban en las casas saqueando a los pobres y matando a los que se resistían.

Por todo eso, oraba mucho y renunciaba a todo tipo de entretenimientos y distracciones, porque veía que era una forma de que la consciencia huyera de la realidad y no viviera la transformación necesaria para que la situación del mundo fuera otra.

Por ese motivo incursioné cada día más en la vida de oración, decidí consagrar totalmente Mi espíritu a Dios, y a los 12 años hice voto de castidad absoluta. Veía cómo eran tratadas las mujeres de esa época, y la incomprensión de los hombres, su incapacidad para entender el verdadero papel de la energía femenina en el planeta y en el universo. Por eso, con la intención de encontrar lo sagrado en todo, respetar y amar a todos los seres, Me consagré a la castidad e incursioné en el camino de la transformación conscientemente.



En Mi infancia pasé mucho tiempo en casa con Mi familia, con algunas incursiones en el Templo y también aprendiendo trabajos manuales con Mi padre y algunos amigos cercanos. Era muy silencioso, ayudaba en las tareas del hogar y era solícito con Mi madre y sus necesidades. Con ella aprendí a hablar con Dios y también a escucharlo. Si bien ella no Me contó nada de lo que había vivido con el Señor, Me enseñaba a encontrarlo. Su cercanía con Él, su manera pura y simple de hablar con Dios, fue logrando que Yo también recordara ese diálogo que había tenido con el Creador en muchas experiencias anteriores.

Así fui aprendiendo que para encontrar a Dios tenía que ser simple de corazón como lo era Mi santa madre, y esa simplicidad y la búsqueda de lo Alto preservaron la pureza que tenía de niño en Mi Corazón y en Mi alma

Sobre todo en los sueños recibía las respuestas del Señor a Mis preguntas más sencillas e infantiles; también las cosas que Él quería revelarme y que, a pesar de que Mi mente de niño no entendía, las guardaba en lo más íntimo de Mi Corazón.

Este contacto con Dios Me hacía cada vez más silencioso y distante de todo, porque cuánto más Me acercaba a Él, menos Me interesaban las cosas de la Tierra. Eso Me hizo sufrir mucho por los prejuicios y ofensas de quienes no Me entendían. En Mi infancia fue más leve, pero en la adolescencia tuve que enfrentar duras batallas para que triunfe Su Plan.

En ciertos momentos, tan grande eran el asedio y la desesperación que estuve tentado de ceder a las cosas del mundo y renunciar a la Voluntad de Dios para Mí, pero entonces el Señor Me fortalecía, y nuevamente Me hacía comprender que todo era parte de Mi purificación y entrega. Todo eso lo debería vivir y enfrentar como una forma de superar el mal que existía en Mí, como ser humano, y en todo el planeta.



No todo en Mi pequeña consciencia era quietud y santidad. Como hombre y como parte de este mundo de dualidades y resistencias, tuve que ir transformando la condición y los ímpetus humanos que vivían dentro de Mí.

Desde pequeño, el Señor se acercó a Mi espíritu, pero el mundo y las tentaciones también se acercaron. A pesar de sentir una gran inclinación al silencio y a la oración, la exigencia de la vida común también Me hacía padecer por no ser igual a los demás niños de la época. Sobre todo cuando comencé a crecer, cerca de la adolescencia, esas tentaciones aumentaron. Aunque por un lado, confirmara Mi entrega a Dios e hiciera votos silenciosos de consagración a Él, por otro sufrí y luchaba contra toda inclinación de romper esos votos.

Mis hermanos y amigos siempre Me exigían que Me comportara como los demás niños de nuestro entorno, querían que fuera fuerte como ellos, inclinado a la diversión, a la música, a la búsqueda de independencia y de conquista. Pero Yo no podía ser así, porque Mi mundo interior no Me lo permitía. Hasta que la batalla fue tanta, y el padecimiento tan grande, que decidí retirarme del entorno en el que vivía y, realmente, huir de esa situación.

Con la bendición de Mi madre y la reprobación de Mi santo padre, que quería Mi compañía a su lado, fui al desierto y, refugiado en una cueva, Me dediqué a la oración.

Conocí a un buen amigo que Me enseñó más profundamente el oficio de la carpintería. Era silencioso como yo, concentrado únicamente en la perfección de su oficio y en todo lo que el manejo de la madera trabajaba en su mundo interior. De él aprendí el verdadero oficio de la carpintería, que expresaba el pulido del propio ser y el perfeccionamiento de la propia transformación.

Cada día, en cada pieza que trabajaba, trataba de reconocer la brutalidad humana que existía en Mí, semejante a la madera en bruto. Así como la madera trabajada por el carpintero fue sacada en su estado original del bosque y aparentemente murió para convertirse en otra cosa, Yo Me veía allí, sacado de Mi origen en el Corazón de Dios, muerto a la verdadera Vida Universal y pulido en la carpintería de la Tierra para transformarme en una nueva vida, en algo nuevo que sería útil, de una forma diferente, para la Creación de Dios.

Hice de la carpintería no solo un oficio, sino también otra forma de encontrar a Dios además de hallarlo en el Templo. Así como descubrí este modo de mantenerme en oración mientras trabajaba, fui descubriendo el placer de encontrar, en todo, una manera de servir a Dios y hacer de la vida una oración permanente.

Este hombre que Me enseñó carpintería no era solo carpintero, también era profeta. Se llamaba Simeón, y luego, al final de su vida, lo reencontré en el Templo y le entregué en sus brazos a Jesús, a Quien siempre había esperado ya que, de alguna forma, también había ayudado a llegar al mundo.

Simeón Me enseñó todas estas cosas y luego continuó su peregrinaje en busca de Dios. Él sabía lo que estaba haciendo cuando Me enseñaba a encontrar a Dios en todas las cosas, y también sabía que este mismo oficio de simplicidad y unión con el Padre sería transmitido al Hijo del Hombre, que trabajaría no solo en la transformación de Su propio Espíritu, sino en la de toda la humanidad.



De joven, salía a menudo a pasear por el desierto para encontrar allí, en el silencio de la naturaleza, la fortaleza para perseverar unido a Dios y a Su Plan. En esos momentos rogaba al Padre que disolviera, en Mi

mente y en Mi Corazón, todas las dudas y temores respecto de Su Plan para Mí, para toda la humanidad y para todo el planeta.

La humanidad de aquella época, aunque por un lado vivía una fe absoluta en Dios, por otro vivía una perdición también absoluta y, en algunos casos, esa perdición se infiltraba en las religiones, y los hombres mezclaban sus propios intereses y necesidades de poder en Nombre de Dios.

Aunque muchas cosas estaban ocultas para la mayoría de las personas, cuando entraba al Templo, sentía y veía todo lo que sucedía allí. Veía la verdad de los corazones y sabía cuándo un hombre era verdadero y cuándo no lo era. Eso hería Mi Corazón y Me quitaba la esperanza de que el Plan del Creador pudiera manifestarse. Pero también sabía que eso era un asedio del enemigo, y que la Voluntad y el Poder de Dios estaban más allá de las acciones y opiniones humanas. No obstante, era humano y sentía, pensaba y vivía como todos los hombres. Por esa razón iba al desierto y clamaba al Padre.

Era una dura batalla Conmigo mismo y con la condición humana de la cual formaba parte. Descubrí entonces, en soledad con Dios, cómo mantenerme de pie y persistir. Era algo más que ir al Templo o al río para lavar Mis pecados; era ir al encuentro del Padre de una forma en la que Yo pudiera ser verdadero, débil, imperfecto y estar vacío ante Él, para que Su fortaleza ingresara en Mí.

Y así lo hice repetidamente en Mi juventud, hasta que Me fui acercando cada vez más al Creador, comprendiendo por qué Él Me probaba: porque era así como Yo rendía Mis fuerzas y ellas se encontraban con las Suyas; era así como fui verdaderamente fuerte en Dios.



Cuando tenía 16 años, caminé solo por el desierto y conocí muchos grupos, muchos pueblos que, en diferentes ciudades, expresaban su cultura. Entre ellos, conocí a los esenios y encontré en ellos, una pureza de vida que no había experimentado, hasta entonces, ni en la soledad de Mi vida ni en el Templo de Jerusalén.

Los esenios Me recibieron con cordialidad. Estaban acampados en el desierto, pues habían sido atacados en su ciudad y huyeron. Por Mi juventud y pureza, reconocieron Mi espíritu y Me permitieron quedarme allí por algún tiempo.

En un primer momento, todo era silencio y misterio. Eran muy reservados tanto en su religión como en su vida, discretos al hablar, en sus acciones y también al relacionarse entre ellos. Al principio Me pareció un gran enigma ese grupo. Hablaban poco y, a pesar de eso, se entendían muy bien. Parecían tener una comunicación más allá del verbo y eso agradó profundamente a Mi alma, pues sentí que había llegado al lugar correcto.

Había respeto y unidad entre los hombres y también con los Reinos de la Naturaleza. La relación que los esenios tenían entre sí y con los Reinos era muy diferente al de todos los otros pueblos de Nazaret y de los alrededores. Nunca había visto nada así. Ellos me aceptaron y permanecí por mucho tiempo allí, creciendo y aprendiendo a encontrar a Dios en todas las cosas.



Con los esenios aprendí los verdaderos valores de una vida sagrada, consagrada a Dios. Aunque había hecho votos de un compromiso espiritual con el Creador sobre la entrega de Mi vida y en muchos aspectos ya los vivía, con los esenios profundicé esa consagración.

Era un joven silencioso y observador y eso Me ayudó mucho a ser aceptado entre ellos, que eran sumamente reservados, y muchas veces se limitaban a transmitir sus conocimientos solo a sus familias y descendientes. Entre la gente de Nazaret se hablaba de los esenios como hombres diferentes, llenos de misterios, lo que generaba incertidumbre en unos y respeto en otros. Los conocí a través de un encuentro divino, porque no los estaba buscando, y ellos lo sabían.

Durante mucho tiempo, solo viví con ellos la sacralidad de la vida diaria sin participar de las ceremonias ni en las reuniones que celebraban entre sí. En esos momentos Me retiraba a orar en soledad y silencio y, sin que Yo lo supiera, el Creador Me revelaba la misma enseñanza oculta que Le revelaba a los esenios.

En aquella ocasión, el maestro de los esenios era un anciano muy respetado y Yo tenía libertad de compartir con él lo que Dios Me revelaba cuando oraba solo, en los momentos en los que no podía participar de sus ceremonias. Me escuchaba en silencio, y algunas veces ordenó que Me vigilaran durante las ceremonias para confirmar que realmente estaba solo en oración y no escondido escuchando sus reuniones.

Después de un tiempo Me llamó dándome a conocer su sabiduría y todo lo que Dios les había revelado. Me hizo comprender su lectura acerca de Mi vida pues, para él, Yo estaba allí para vivir un aprendizaje y no para quedarme, porque como pude ver, el conocimiento que les fue revelado era el mismo que Me era entregado a Mí. Dios hablaba Conmigo del mismo modo que hablaba con ellos, y siempre Lo hacía, porque Mi misión no era con este grupo sino, por el momento, solo.

Aun así permanecí, porque necesitaba crecer no apenas en espíritu, sino también como hombre y fortalecerme para seguir la misión que Dios Me había encomendado.



El gran misterio esenio se originó, en verdad, en la consciencia indígena, en los pueblos que primero poblaron este mundo y que alcanzaron un grado de pureza y unidad con toda la vida que quedó grabado en la consciencia humana.

Los esenios pudieron acceder a esta información, a esta experiencia, y la llevaron a su realidad y a la cultura de su pueblo. Eso se reflejaba en la comprensión del papel de los Reinos de la Naturaleza en el planeta, un entendimiento que pudo llegar a ser mayor aun que el de los pueblos originarios, pues la consciencia de los esenios tenía la posibilidad de interpretar el conocimiento que recibían de una forma más amplia y profunda.

Los pueblos esenios descubrieron la esencia de la comunión con el Creador y Su expresión en todas las cosas. Ocultamente desarrollaron ciencias espirituales que permitían que la consciencia humana se ampliara y desplegara su potencial.

El equilibrio generado por estos pueblos fue lo que permitió que Cristo llegara a Oriente, y que la maldad humana no fuera tan grande como para cerrarle la puerta antes de tiempo.

Pasé el final de Mi adolescencia y el comienzo de Mi edad adulta con los esenios. Aprendí mucho sobre la vida universal y la necesidad de amar y descubrir en el prójimo su esencia divina. Esta experiencia Me dio fuerza y valor para poder retornar a Nazaret y continuar la vida, a pesar de que siempre visitaba a los esenios, incluso después de haber nacido Jesús.



Con los esenios también aprendí sobre el amor a toda la vida y, además de Mi contacto interior con Dios, reconocí la vida universal y toda la Creación que existe más allá de este mundo, penetrando en el vasto cosmos.

Mientras la humanidad, en su mayoría, vivía en una gran ignorancia, los esenios descubrían nuevas ciencias y nuevos conocimientos. Iban más allá de la física y de las matemáticas, revelando la esencia de la vida y el potencial inherente al ser humano. Sabían que para que un ser humano descubra ciertas enseñanzas era necesario estar en silencio y en soledad; por eso eran muy reservados, y también muy perseguidos.

Fueron innumerables las veces que tuvieron que retirarse al desierto. Algunos de ellos dejando, detrás de sí, todos sus conocimientos y todo lo que habían conseguido plasmar, en cierta forma, como sabiduría para sus descendientes. No obstante, aprendieron a guardar la sabiduría en la consciencia, y su propio modo de vida enseñaba a sus descendientes el camino para llegar a Dios.

Ese mismo modo de vivir lo practiqué y enseñé al Niño Jesús que, más tarde, pasó un período con los esenios que Lo esperaban.



Crecer como hombre Me resultó difícil, pues desde muy pequeño conocía parte de la Voluntad de Dios para Mí. Sabía que las Escrituras, de alguna forma, se cumplirían delante de Mis ojos. Una parte de Mi consciencia, por muy preparado que estuviera para eso, no podía concebir ese misterio e inclusive no creía que fuera a suceder.

Regresé del desierto cuando tenía un poco más de treinta años. Me inicié en el oficio de carpintería en Nazaret y Me acerqué a Mi familia

una vez más. Como ya era un hombre adulto fui más respetado por Mis hermanos, aunque nunca completamente, porque el misterio de Mi infancia y juventud siempre quedó grabado en sus consciencias como algo muy difícil de entender; por eso rechazaban y reprimían Mi forma de vivir y expresarme.

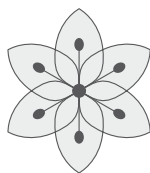
Continuaba siendo el mismo joven silencioso de siempre, ahora un poco más maduro y fortalecido por la experiencia con los pueblos esenios. Como había asumido una profesión al igual que los demás, Mis hermanos volvieron a acercarse. Aparentemente llevaba una vida normal y, aun así, la Divina Presencia siempre estaba cerca y en el silencio del Templo, de Mi casa e incluso en la carpintería, vivía muchas experiencias con Dios.





Capítulo 5

Monasterio de San Jorge
Desierto de Judea, Israel



Frecuentando el Templo conocí a la Virgen y Purísima Madre de Dios, una joven muy hermosa. Su belleza no provenía de este mundo y no incitaba energías capitales en los hombres, sino alabanzas a Dios y a Su santidad.

María Santísima estaba consagrada al Padre en lo más profundo de Su Corazón, así como yo lo estaba. Cuando La vi por primera vez en el Templo, y luego algunas veces en Nazaret, reconocí Su santidad y pureza, y alababa a Dios por que existían otros seres entre los hombres que Lo amaban y que se consagraban completamente a Él.

Conocer a María fue como encontrar la esperanza de la vida en la Tierra, fue como recuperar el sentido de la vida y ya no sentirme tan solo en este mundo.

A pesar de tener amigos, hermanos, familia..., todo lo que vivía no lo podía compartir con casi nadie, porque los valores humanos de la época no Me lo permitían. Era como conocer el Paraíso y no poder invitar a las almas a ingresar a él, porque no querrían.

Y cuando conocí a la Santa Madre de Dios, Mi Corazón se regocijó de alegría y el Espíritu de Dios inundó Mi pequeño espíritu, confirmando ante el Altar Celestial, que estaba próximo el tiempo del cumplimiento de las Escrituras.

Después de un tiempo, María estaba en edad de casarse y Su familia buscaba para Ella un esposo digno, trabajador y, además, simple como Ella era. Su Madre la conocía y sabía de Su santidad, por lo que día y noche pedía al Señor que le enviara un marido que La comprendiera y que fuese capaz de mantener Su pureza y Su amor por Dios. Así fue

como, entre tantos hombres en el Templo, también Me llamaron a Mí y fui.



Convocaron al Templo a los hombres solteros descendientes de David. Entre ellos había jóvenes, adultos, viudos, comerciantes, hombres sencillos, hombres con muchas posesiones...

Ana, la madre de María Santísima, ya se había acercado a Mí para contarme que María sería dada en casamiento en el Templo, porque ella conocía lo que se decía de Mí en Nazaret: Mi silencio y soledad, devoción y honestidad. Ana Me contó que, en un sueño, Dios le había revelado que era hora de que María se casara y que para eso buscara a un hombre llamado José, cuya humildad y discreción agradaban mucho al Corazón del Altísimo.

Aunque Yo sabía que todos esperaban de Mí un matrimonio, porque esa era la ley natural de la vida en aquella época, nunca había pensado en casarme; pero Ella era muy diferente a las mujeres de Mi tiempo y yo quería dedicar Mi vida a Dios, ya que sabía, desde muy pequeño, que Él tenía un plan diferente para Mí aunque no sabía, exactamente, cuál era ese plan.

Durante Mi juventud tuve que ir venciendo las inclinaciones humanas por las cosas del mundo, y ahora, ya más adulto, algo se había consolidado dentro Mío. Claro está que viví muchas penas y desafíos, pero la determinación de seguir a Dios siempre fue mayor.

Comparecí en el Templo cuando todos fueron llamados y, en primer lugar, pedí a Dios una señal si debería casarme con María. Conocía Su santidad y pureza, y también creía en el sueño de Ana, pero... ¿cómo haría para casarme y, al mismo tiempo, dedicar Mi vida enteramente al Señor? ¿Cómo honraría el voto de castidad que había hecho en

Mi infancia? Mientras todo eso se contraponía en Mi mundo interno, pedí al Padre una señal clara y viva que Me diera la certeza de Su Voluntad.

Entré al templo con una vara de nardo seca que usaba, como símbolo de la pureza de Dios, para andar por Sus caminos en el desierto y ofrecerle oraciones. Delante de los sacerdotes, de María y de los otros que se postularon para casarse con Ella, la vara floreció.

Cuando Mis ojos se encontraron con los de María Santísima, en aquel instante el Espíritu de Dios descendió sobre Nosotros y bendijo ese matrimonio que, como la expresión de la flor del nardo, estaría lleno de Pureza, de Amor y de la Presencia Divina.

Todos se pusieron de rodillas ante ese milagro, símbolo de la Voluntad de Dios para esa futura familia. María Santísima derramó lágrimas de regocijo y alivio, porque ella también temía casarse y no sabía cómo honrar Su compromiso con Dios si además tenía que ser fiel y obediente a Su esposo. Y cuando vio dicho milagro y la pureza que allí se manifestaron, exaltó al Señor y le dio gracias, pues sabía que Su Voluntad estaba presente.

El sumo sacerdote bendijo aquel momento y también dio gracias a Dios, con la certeza de que Él haría grandes prodigios a través de este matrimonio que Le sería fiel.

Luego de bendecido el compromiso con María, todos se retiraron y Nosotros permanecemos en silencio. Parecía que en ese silencio ambos comprendíamos lo que el otro estaba experimentando, como si los misterios de cada uno Nos fueran revelados. Ese silencio Nos decía que ambos teníamos votos con Dios y que podríamos cumplirlos.

Reverencié a la Santísima Virgen y Me retiré con una mezcla de alegría, exaltación, fe, calma, miedo, paz... Todo se mezclaba en Mi mundo interior, en un sentimiento que no sabía explicar.

Pronto, todo el pueblo supo lo que había sucedido en el Templo y todos se alegraron con esa unión.



Cuando el Espíritu de Dios descendió sobre María Santísima, y el Hijo de Dios comenzó a gestarse en Su vientre purísimo, Me vi delante de un misterio celestial que era inconcebible para Mi Pequeño y Simple Corazón.

Sabía de la grandeza que eso significaba y, aunque estaba consciente de que Dios tenía un plan diferente para esta familia, verlo manifestarse de esa manera Me causó mucho miedo. Por esa razón fui al sumo sacerdote y le expliqué, lo mejor que pude, lo que había sucedido. El sumo sacerdote, que había presenciado el milagro de la vara de nardo en el Templo, sabía que había algo misterioso en ese matrimonio, y Me pidió que confiara en María y en Dios, y asumiera esa unión sin temor, ya que era la Voluntad del Padre.

Fue así que volví a casa todavía muy pensativo y lleno de desasosiego. ¿Cómo podría compartir con Dios la paternidad de Su Hijo Primogénito? ¿Cómo el Creador podría confiarme el Mesías que Israel había esperado por tanto tiempo?

Sabía de la grandeza del Señor y que Él haría los milagros necesarios para que Su Voluntad se cumpliera. Mi Corazón no podía estar en paz, hasta que soñé con el Arcángel Gabriel, quien Me explicó lo que había sucedido y cómo debía cumplir la Voluntad del Padre. Sus palabras no solo trajeron claridad a Mi mente, sino también una gracia para el corazón, y pude volver a sentir la paz que necesitaba para decirle sí a Dios.



Cuando el Arcángel Gabriel vino a Mi encuentro, no solo Me mostró que el Espíritu de Dios había fecundado el Santo Vientre de María, sino que también pidió que Mi Hijo se llamara Jesús, y además Me mostró los prodigios que este Hijo haría desde Su infancia, Su silenciosa juventud, Su vida pública, Su martirio y Su muerte en la Cruz.

Como una profunda revelación interior, pude ver y sentir, en algunos minutos, todo lo que este pequeño Hijo viviría. Asimismo Me reveló que Yo no estaría con Él hasta el fin, pero Su Santa Madre sí. Me dijo que la unidad vivida por esta Sagrada Familia fortalecería los Sagrados Corazones, para que cada uno pudiera vivir la prueba que le correspondía como corazón humano.

Estas palabras Me llenaron de la Divina Presencia y despertaron en Mi Corazón una profunda fe y esperanza. A pesar de saber que Mi Hijo y Mi Santa Esposa padecerían profundamente, y que Yo no estaría con Ellos, Mi espíritu pudo sentir paz por saber que esa era la Voluntad mayor de Dios. Es verdad que, como ser humano, temí y sentí en Mi Corazón la pena de no poder estar con Ellos, pero en lo profundo de Mi ser sabía que siempre Los acompañaría, porque esta misión seguiría más allá de la vida, por toda la eternidad.

El Santo Arcángel Gabriel infundió en Mi pecho un profundo amor por Dios, por Mi Hijo y por María Santísima. Así, tan pleno, fui al encuentro de la Santísima Virgen a la mañana siguiente, y pidiéndole perdón por Mis miedos humanos y desasosiego por tan gran misión, Le conté lo que Me había sucedido. Y juntos oramos y, de rodillas clamamos a Dios para que bendijese esta unión, diciendo: *Altísimo y Soberano Señor, que Te dignas ser humilde y estar escondido entre los hombres, bendice a esta familia que hoy se entrega y se consagra a Ti. Tórnanos dignos de Tu Presencia, santifica Nuestro hogar y danos la Gracia de ser fieles a Ti por toda la eternidad.*

Le prometí entonces a María Santísima, fidelidad eterna, amor eterno y respeto eterno por Su santidad y pureza. María Me contó de Sus votos a Dios y Yo le revelé los míos, por los que, desde la infancia, había prometido Mi vida, cuerpo y alma al Señor.

Con la profunda alegría de que este matrimonio existía para la gloria del Creador, nuevamente rezamos y agradecemos a Dios preparándonos, así, para el día de Nuestra ceremonia sagrada.



Cada instante que pasaba en Mi vida, crecía la admiración de Mi Corazón por María Santísima. Estar frente a Ella era más que amarla con un amor humano; reconocía el grandioso misterio que había en Su maternidad y, aunque no comprendía, totalmente, la grandeza y majestad de Su Espíritu, sabía que Su unión con Dios era única. Tanto era así que el Creador se dignó gestarse, Él mismo, en Su Purísimo Vientre.

El día elegido para la ceremonia de Nuestro matrimonio, parecía que el Cielo estaba de fiesta y que, durante todo el día, los ángeles alababan a Dios y agradecían porque estaba más próxima la llegada del Rey Universal a este mundo.

A lo largo de todo el día tuve muchas visiones que, al mismo tiempo, Me causaban temor y regocijo. Temor, porque el Hijo del Altísimo y Su más Pura Sierva estarían bajo Mis cuidados humanos, y regocijo, porque el Espíritu de Dios estaba en Mí y Sus profecías se cumplían, tornando vivas las Escrituras que desde hacía tanto tiempo adorábamos con esperanza y fe

Aún no podía creer que el Hijo de Dios nacería en Mi familia y que era para eso que Dios Me había llamado desde la infancia. Sentía la alegría de que se hubiera revelado este misterio que siempre estuvo oculto

dentro de Mí, a pesar de ser un hombre tan imperfecto y tan humano en esa familia que era profundamente divina. Confiaba y confío en el Señor y sabía, desde el principio, que cualquiera que fuese la misión que Él Me entregara, Su Presencia y Su Gracia serían las verdaderas ejecutoras de cualquier obra. Y siento que fue por esa certeza interior que el Creador pudo contar con Mi imperfecto corazón humano y tornarlo divino como el Suyo, por la unidad absoluta con Él.

Cuando llegó la hora de la ceremonia y María Santísima Se aproximó con el Hijo del Hombre ya en Su Vientre, el mal se detuvo y por un instante, cuando ese compromiso se formalizaba, no hubo manifestación de las tinieblas sobre la Tierra. Los infiernos fueron cerrados y muchas almas encontraron la Luz. Vi que todo eso sucedía mientras tenía entre Mis manos, las manos de María Santísima y ante Dios Me comprometí a cuidar, amar, respetar y resguardar, tanto cuanto pudiera en esta vida y más allá de ella, a Aquella que sería Mi Esposa, porque sabía que Su misión y maternidad serían eternas.

Y María, con una humildad semejante a la del Dios que habitaba en Su Seno, Se comprometió a amarme, a ser Mi fiel servidora y ayudarme a llegar a Dios para cumplir Su Santa Voluntad por toda la eternidad.

Fue así como el universo se abrió y se alegró. Los ángeles dieron gracias y una familia divina se instituyó en la Tierra.



Después de que Dios y los hombres bendijeran la unión con María Santísima, comenzamos una vida de unidad y de santidad, impregnada por la Presencia Divina.

A medida que el Niño crecía en Su Vientre, vivíamos juntos el mayor misterio que jamás pudo experimentar el corazón humano.

Cada día descubríamos un poco más de qué se trataba esta Divina Presencia, escondida en el Vientre de María. Nuestro hogar estaba colmado de todos los ángeles enviados por Dios para proteger y amparar a Su Hijo, y esto Nos movía a estar en oración permanente.

Al mismo tiempo, teníamos que llevar una vida aparentemente normal y seguir con la rutina de nuestros días junto a la comunidad en la que vivíamos. Ese fue un gran desafío, ya que mantuvimos un absoluto silencio sobre cada misterio que Dios Nos revelaba. El silencio fue la mayor clave que nos permitió estar unidos a Dios sin dejar de cuidar las cosas del mundo, preparando el camino para Su Hijo que, en aquel momento, también sería Nuestro.

La mayor parte del tiempo lo pasábamos en casa, en oración o en la carpintería, mientras María se reunía con algunas mujeres de Nazaret y de Jerusalén, quienes reconocían en Ella la Presencia del Altísimo y aprendían mucho de Su Pureza y Sabiduría.

Estas jóvenes mujeres se convirtieron, más tarde, en adultas y siguieron, una a una, las Palabras del Hijo de Dios. Se sumaron a ellas muchas otras, de todas las edades. Desde el Vientre de María, el Niño Jesús las preparaba y el Espíritu Santo las inspiraba, porque su devoción y amor por Cristo generarían mérito para que Él pudiera triunfar en el Calvario, con la Cruz.



Al mismo tiempo que Nuestras vidas estaban plenas de un celestial misterio y de muchas gracias y bendiciones, también se Nos presentaban muchos y profundos desafíos espirituales que Nos exigían un esfuerzo sobrehumano.

Existían dificultades de la vida material, pero quedaban en un segundo plano porque Nuestros Corazones estaban inmersos en la gratitud

hacia la Divina Presencia entre Nosotros. Pero también existían dificultades mayores tales como la trascendencia de la condición humana, del amor humano, de la comprensión mental sobre la Voluntad de Dios, del miedo de no ser digno de cumplir con Su Plan, el miedo de que Su Hijo no tuviese el resguardo que necesitaba... Y fue por ese motivo que, cada día más, Nuestras horas y Nuestras vidas se tornaban oración. Cada instante era motivo de unión con Dios.

Como sabíamos que la grandeza de Su Obra en aquel momento dependía, en parte, de Nuestra unión con Él, todos los movimientos, acciones, palabras, todo era medido, meditado, todo le preguntábamos al Señor y esperábamos Su respuesta.

La carpintería se convirtió en un templo, donde no solo se transformaba la madera en bruto, sino también Mi espíritu, mente, alma y Corazón. Allí conversaba permanentemente con Dios, Le exponía Mis miserias, dificultades y Le pedía Su auxilio. Me unía al Sacramento Universal de la Confesión, que es el Principio de la Rendición de la consciencia ante Dios.

Todo Mi ser estaba enfocado en el Propósito Divino y, aunque algunas veces Me perdiera en las dificultades de Mi mente humana, poco a poco Me fui imbuyendo de la consciencia de la grandeza de lo que sucedía en Nuestras vidas, en esa pequeña y simple familia de Nazaret.

Todo esto sucedía día a día con esfuerzo y dedicación, con muchas oraciones y confesiones ante Dios. Tanto Le pedí que Él Me transformó y Me abrió las puertas del corazón y de la consciencia para que Yo diese nuevos pasos.



Así como la Misericordia de Dios está en sus vidas, también estuvo en la Nuestra. La Sagrada Familia fue la primera en experimentar el bálsamo insondable de la Divina Misericordia, pues fue a través de

Nosotros que el Creador entregó a la humanidad la Gracia inexplicable de Su Presencia entre los hombres. Un hecho así nunca había sucedido en el universo: Dios Padre Se hizo Uno con Jesús en el Vientre de María. En Ella estaba representada la Santísima Trinidad, viva para el mundo y para el universo. María expresaba el sublime Amor de Dios por Sus criaturas. Ella era el mismísimo Amor manifestado.

No solo el Hijo de Dios estaba en Su Vientre, sino que Dios mismo Se había dignado nacer a través de Ella; y era así como esta santa y misteriosa Presencia colmaba Nuestras vidas de inexplicables milagros.

Desde la gestación del Niño hasta Mi muerte, viví experiencias que más parecían sueños. Fue como entrar en una dimensión desconocida y permanecer allí hasta la eternidad. Pero en esta dimensión entré como un hombre, frágil y humano, que necesitaba un gran esfuerzo para soportar la responsabilidad que Le había sido encomendada. No obstante siempre tuvimos mucha ayuda, siempre bebimos de la Fuente de la Divina Misericordia para ello.

De este modo les muestro que Dios entrega grandes desafíos a Sus hijos, por medio de grandes gracias, que traen consigo grandes pruebas y responsabilidades, mas Él nunca desampara a Sus criaturas y siempre les da absolutamente todo para que puedan cumplir Sus designios y manifestar Su Voluntad. Él conoce la condición humana que los ata al mundo, aunque también conoce el potencial que los libera de él; por eso envía Su Misericordia, pero también envía Su Justicia, porque cada uno debe elegir el camino que quiere seguir y la forma de crecer. Yo abracé la Misericordia Divina.



Los meses transcurrían con mucha alegría, regocijo espiritual y paz. Con María Santísima iba descubriendo cada día lo que significaba este gran misterio celestial de Su maternidad y cada vez que la consciencia

se iluminaba con una comprensión superior, mayor era Nuestro amor y reverencia por el Altísimo Dios que Se dignó estar entre los hombres.

El miedo comenzaba a dar paso a la fe, con la cual el Creador Nos envolvía, porque en todo Nos auxiliaba, incluso en las cosas más simples. Dios nos instruyó a dar todo, siempre a los más pobres que Nosotros, y así lo hacíamos. Cada comida, cada pieza confeccionada por las Manos de la Santa Virgen, cada objeto que Yo hacía mientras alababa a Dios en la carpintería, todo lo entregábamos a los pobres. Ese acto simple Nos vaciaba del mundo y Nos llenaba de Dios.

El Señor suplía Nuestras necesidades enviándonos todo, milagrosamente, a través de Sus ángeles, y todo lo que Nos sobraba también lo repartíamos con el prójimo. Esa actitud Nos daba alegría y confianza en Dios.

Cuando recibí la noticia sobre el censo y que Nuestra familia tendría que viajar a Belén, el Niño se estremeció en el Vientre de María, y Ella oyó del Creador las palabras escritas por los profetas en la Sagrada Escritura. Repitiéndome tal como estaba escrito, Me dijo enseguida: *¡Las profecías se habrán de cumplir! ¡Este es el Hijo de Dios, enviado por Amor a los hombres de esta Tierra.*

Ambos caímos de rodillas para dar gracias al Padre. Las lágrimas brotaban de Nuestros ojos como símbolo de la alegría de cumplir Su Voluntad.

María ya estaba próxima a tener al Niño y aunque Su Cuerpo estaba frágil encontró fortaleza en la Voluntad de Dios y Se preparó para partir Conmigo.

Entonces, fuimos, a pedir las bendiciones de Ana, quien por última vez puso sobre Nosotros sus manos y Nos encomendó a Dios con fe, porque sabía que Su Voluntad se estaba cumpliendo.

Al igual que a Mi santa madre, el Creador también le reveló a Ana la santidad y misión de María. Ana también guardó silencio, hasta el día en que el Arcángel Gabriel vino al encuentro de la Virgen y confirmó que había llegado la hora de que el Hijo de Dios viniera al mundo.

Ana siempre fue para Nosotros un símbolo de fortaleza y sabiduría; por eso su bendición y aprobación fueron muy importantes.

Impregnados por la gracia y por la plenitud de Dios, emprendimos el viaje.



Partimos rumbo a Belén con una caravana de familias muy sencillas, también descendientes de David. Durante todo el camino, el Señor Nos envió a Sus ángeles y algunos arcángeles para resguardar el viaje. Dos de ellos sostenían a María Santísima sobre la mula, para que no desfalleciera debido al estado de Su Cuerpo a punto de dar a luz; también Le daban fortaleza interior, porque ya sentía en Su íntimo que la vida de Su Hijo sería de mucha gloria, aunque también de mucho pesar.

Los santos ángeles asimismo fortalecían al pequeño animal que sostenía a la Virgen y se llevó a cabo un trabajo de elevación de todos los Reinos, mientras realizaba el servicio de cargar a la Madre de Dios rumbo al sagrado nacimiento de Su Hijo.

Ver y sentir el auxilio divino Me daba valor y coraje para seguir adelante. Mi Corazón crecía en fe y se aproximaba, cada vez más, a Dios al ver tamaña bondad y amor para con Sus criaturas.

En el camino, las otras familias que Nos acompañaban también sentían la Presencia de Dios y, aunque no comprendían lo que estaba pasando, el Creador hacía descender sobre todos Su poder de redención y de perdón, tan solo por el hecho de que esos corazones reconocieron Su Presencia y Le dieron gracias.

Así es el Amor de Dios: inconmensurable e inexplicable. Y así también es cómo el corazón humano abre las puertas a lo Divino, con simplicidad y gratitud interior.

El viaje duró algunos días y a pesar de que el Niño en el Seno de María, estaba ansioso por nacer, los ángeles Lo retuvieron hasta el último momento, pues debería nacer en Belén para que se cumplieran las profecías.

A pesar del cansancio y del esfuerzo que hacía, María se mantenía silenciosa y serena. Su Paz, que parecía venir de lo más alto de los Cielos, impregnaba todo a su alrededor. Cuanto más sentía Su completa confianza en Dios, más entraba en esa confianza y todos Mis miedos se disolvían.

Llegamos a Belén al final del día. Como era de esperar, la ciudad estaba repleta de familias provenientes de muchas otras ciudades de los alrededores. Había personas acampadas en las calles, muchas fiestas por los reencuentros, pero también mucha confusión y un completo caos.

Belén era una ciudad pequeña y, en ese momento, tenía más de diez veces la cantidad habitual de habitantes. Los que vivían allí estaban muy nerviosos, intentando contener las necesidades de todos los que llegaban; por eso no fuimos muy bien recibidos, hasta que conocimos a Abigail, quien reconoció en María una santidad particular. El cansancio Se reflejaba en Su Rostro; estaba sudando, a punto de dar a luz, pero transmitía una paz y una serenidad nunca antes vistas.

Abigail fue tocada por los ángeles del Señor y su corazón recibió la redención que necesitaba. Nos mostró el camino a las grutas y fue a prepararse para ayudarnos. En su corazón sentía una mezcla de alegría y de confusión interior, pues no podía comprender lo que le sucedía.

Luego de organizar la posada, tomó consigo algunos paños, un recipiente con agua y otros objetos que podrían ayudarle y fue a nuestro encuentro.



Encontrar el pesebre fue para Nosotros, al mismo tiempo, un momento de regocijo y miedo, tal vez por la duda en Mi Corazón de que siempre quise para el Hijo de Dios un lugar seguro y pleno de Su Presencia. Cuando Nos acercarnos al lugar que Nos fue indicado, vimos una esplendorosa luz, y los ángeles que amparaban la gruta señalaron que ese era el lugar elegido por el Señor.

Entré y parecía estar todo listo. Recogí un poco de paja y preparé un espacio para María y otro para el Niño. Los ángeles colocaron sobre la paja todo el Amor y la Gracia de Dios para que María pudiera reposar.

Cuando la Santa Virgen entró y reclinó su Cuerpo cansado sobre la paja, salí de la gruta y, mirando al cielo, pedí auxilio al Altísimo. Las estrellas brillaban como nunca, cruzaban el cielo de un extremo al otro; parecía que el universo estaba de fiesta.

Aún en presencia de los ángeles, Me sentí inseguro y ofrecí ese momento al Señor, porque Mi alma reconocía la grandeza de esa hora. Cuando oraba de rodillas y clamaba para que el Salvador viniera al mundo bajo el resguardo del Creador, escuché la voz de María que Me llamaba. Entré nuevamente y vi la gruta resplandeciente, Era como si hubiera mil portales de luz allí y el Creador mismo observara a Su Hijo.

El Niño estaba en los Brazos de María y Ella estaba iluminada como un sol. Las lágrimas corrían por Mi rostro al sentir la divinidad de ese pequeño Niño, al contemplar Su grandeza y la fragilidad de Dios que se unieron en ese pequeño Ser. Yo sabía que allí comenzaba la redención del mundo.



Cuando vi al Niño en los Brazos de María, Me inundó la Humildad de Dios. La fe renació con toda su potencia en Mi Corazón, en Mi espíritu y en Mi consciencia.

Rendí Mi ser ante el pequeño Niño Dios y recibí, en nombre de la humanidad, el perdón de todos los pecados cometidos. Su pureza se reflejó en Mi espíritu, despertando así cada virtud y cada don que hoy represento para todo el planeta y también para el universo.

El sacrificio de Dios reflejado en la encarnación del pequeño Niño, también se reflejó dentro de Mí y se convirtió en una aspiración permanente de Mi alma. No había sacrificio mayor que el que veía ante Mis ojos: Dios, Infinito y Omnipresente, Amor Omniabarcante que todo lo inunda; Misericordia, Compasión y Plenitud hecho carne y entregado a los hombres en el cuerpo de un niño indefenso, tan dependiente del cuidado humano. Aquel del cual todas las cosas dependen, se disminuyó a Sí mismo ante el más pecador de todos los hombres; Se hizo más pequeño, más frágil, simple... Se convirtió en un niño, un hijo, un hombre. Fue allí donde definitivamente desperté y la Divinidad del Padre también Me colmó.

Todo eso sucedió en un instante, con una mirada que fue la más profunda y rendida que vi en toda Mi existencia. No tuve mérito alguno sobre la acción divina, simplemente Me rendí, Me entregué, comprendí que Dios mismo estaba delante de Mí y tuve fe en Él. Deseé ardientemente poder recompensar, en todo lo que pudiera, tan grandioso sacrificio, tan sublime humildad.

A esto, hijos, es a lo que están invitados en este tiempo: a comprender que Dios viene a su encuentro, a reconocerlo, confiar, rendirse ante Él y dejar que Su Espíritu se imprima en sus consciencias y almas, en sus espíritus y corazones.

La rendición es la mayor clave para todo este misterio celestial, junto con la gratitud y la reverencia delante del Padre. Todo lo que viví está disponible para todos los seres que se abran, se rindan y, verdaderamente, digan sí a Dios.



Por un instante, tuve al pequeño Niño en Mis brazos y le di gloria a Dios porque el Mesías había llegado a la Tierra.

María, a pesar de estar plena del Espíritu de Dios, estaba muy cansada y necesitaba reposar. Coloqué al Niño en Sus Brazos y los dos se durmieron.

Cuando Abigail llegó a la gruta, el Niño ya había nacido. Vino acompañada por tres pastores de la región que se arrodillaron al ver al pequeño Jesús en los Brazos de María. No se sintieron dignos de entrar. Me preguntaron qué necesitaban el pequeño Niño y Su Madre; Nos dejaron algunos paños, comida y agua que habían traído y fueron jubilosos a dar la noticia a todo el pueblo.

Mi Corazón estaba acelerado, a pesar de estar en paz, y Mi espíritu conmovido por la Presencia de Dios. Esa noche los ángeles hicieron guardia a la entrada de la gruta y Yo Me dormí, también muy cansado.

Al día siguiente debería presentarme para el censo y cumplir lo que había venido a hacer en Belén, además de cumplir las profecías y ver viva, delante de Mis ojos, la Escritura.



Al abrir los ojos al día siguiente comprobé que no había sido un sueño... María Santísima estaba de rodillas en oración contemplando al Niño en Sus Brazos. Ella Le hablaba y al mismo tiempo hablaba

con Dios. Iba descubriendo los misterios de la maternidad celestial y sabía que, día a día, esa maternidad se expandiría más allá de Su pequeño Hijo Jesús. Ella ponía en Sus Brazos a toda la humanidad, a todas las almas.

A pesar de que la consciencia de María estuviese profundamente unida al Creador, muchas cosas aún eran grandes misterios para ser revelados a Su parte humana.

Me levanté y Me uní a ese acto de adoración al pequeño Niño. Aprendimos a contemplar a Dios en Sus Ojos y en Su sonrisa; Él era, verdaderamente, un portal al Reino de los Cielos.

Después de un tiempo, Nos preparamos y Nos dirigimos al lugar donde deberíamos presentarnos para el censo. Por donde pasábamos las almas reconocían a Jesús y muchos se sentían llevados a reverenciarlo, sin saber el porqué.

Cuando estábamos delante del soldado romano que Nos registraría para el censo, se quedó callado y su alma se postró delante de la Sagrada Familia. Rompió en llantos cuando Nos retiramos y un profundo despertar lo arrebató. Más tarde ese soldado, ya de avanzada edad, acompañaría a Jesús y llevaría consigo a muchos otros.

Cuanto más veíamos los prodigios realizados por la Presencia del Niño, más Nos inundaba la Humildad de Dios y el Amor del Padre Celestial. Jesús apenas había nacido y ya las almas se inclinaban delante de Él.

Este fue uno de los grandes misterios con los que tuvimos que aprender a convivir día a día.



Al retornar con María y Jesús a la gruta, vimos que había muchos animales y personas con vestimentas de diferentes colores; eran de

diferentes culturas. ¡Todos Nos observaron llegar y dieron gracias! Uno de ellos entró corriendo a la gruta de la que enseguida salieron tres reyes. María Me miraba un tanto asombrada porque aun sabiendo que el Niño haría prodigios y milagros nunca antes vistos, cuando veíamos suceder tales hechos era para Nosotros una gran sorpresa.

Los Reyes Magos Nos sonrieron como si Nos conocieran; hicieron una reverencia ante el Niño y Nos explicaron cómo llegaron hasta allí. También Nosotros contamos un poco sobre el nacimiento del Niño, cómo Dios Nos había hablado y cómo todo lo que Él Nos dijo se cumplió y aún se estaba cumpliendo.

Los Reyes Magos se alegraron y, no solo dejaron regalos para el Niño como cuenta la historia, sino que también recibieron de Él un legado oculto que les amplió la consciencia y despertó el espíritu para el contacto con Dios. El conocimiento de los tres se unificó y así, se inició el Principio de Unidad⁴ entre los pueblos, unidad esta que Cristo trajo al mundo.

Los Reyes Magos fueron los primeros en comprender que el Niño vino a unir culturas, razas y religiones en un solo pueblo y ellos eran el símbolo de eso. En el encuentro con Jesús, descubrieron la posibilidad de vivir en fraternidad a pesar de las diferencias; pero no todos los hombres vivieron este despertar y, en el futuro, incluso los que siguieron a Cristo se dividieron.



La presencia de los tres Reyes Magos, en los planos internos y superiores, atraía consciencias de todo el universo. Fueron guiados allí por Dios mismo y Sus mensajeros universales para representar una coyuntura de unión en toda la vida manifestada, en este mundo y más allá de él. Cada uno de estos reyes era un espíritu universal potente que representaba una parte del cosmos. La presencia de ellos, rendidos

y en estado de gracia delante del Niño, simbolizaba la rendición de toda la Creación y la disposición de todas las civilizaciones del vasto cosmos de reconocer un nuevo Rey, un nuevo Maestro y Guía, tanto en la Tierra como en el Cielo.

Este acto simbólico del nacimiento de Cristo afirmaba para el universo que el Poder y la Gloria del Hijo de Dios iba más allá de las formas físicas, porque Él no era solo un niño indefenso en los brazos de los hombres, era el Rey Universal y la esperanza de toda la Creación que llegaba a la vida para dar inicio a esta Misión de Amor, de transformación y de renovación de la vida en todas sus dimensiones.

En presencia de los Reyes Magos, tanto María Santísima como Yo pudimos ver los portales que se abrían al cosmos y todas las civilizaciones que se postraban ante el Niño. Detrás de cada Rey Mago se presentaba una legión y pudimos vislumbrar la amplitud de la Vida y cómo la Misión de Nuestro Hijo iba más allá de este mundo y de las Escrituras.

Comprendimos que muchos símbolos en las profecías se referían a este misterio universal que estaba ante Nuestros ojos. Los Reyes Magos Nos contaron que unirían, no solo sus reinos en la Tierra, sino también lo que ellos representaban en el Cielo y, asombrados por la grandeza de la Vida, dimos gracias a Dios y guardamos este misterio en el Corazón, que poco a poco se revelaría.

Los Reyes Magos partieron y dejaron Nuestro Espíritu con una mezcla de plenitud e inquietud. Esta experiencia se volvía cada vez mayor, y Aquel pequeño e indefenso niño mostraba más Su Poder y Grandeza. Sabíamos que Su reinado no era de este mundo y que toda la Creación Lo alababa, a la vez que muchos hombres Lo desconocían. Comprendimos que Él vino a la Tierra para darse a conocer y demostrar Su grandeza donde Lo ignoraban.



Cuando los Reyes Magos estuvieron con Nosotros, nos advirtieron sobre los planes del rey Herodes de buscar al Niño para matarlo y Nos pidieron que tuviéramos cuidado y que Lo protegiéramos como pudiésemos. Pero ellos no temían por eso, porque sabían que el Niño era el Hijo de Dios y siempre estaría protegido por Él.

En la noche en que se fueron, Me puse a orar con María para buscar la ayuda del Padre y las indicaciones que necesitábamos. Entonces, un ángel vino a Nuestro encuentro y Nos pidió que huyéramos a Egipto con el Niño durante el tiempo que él indicara. Deberíamos partir de madrugada y Nos indicó cual camino tomaríamos. Nos dijo que, con Nosotros, iría una legión de ángeles y que Nos tornarían invisibles a los ojos de los hombres que quisieran dañar al Niño. Pidió que, antes que nada, orásemos por las almas de los niños que morirían injustamente por la búsqueda de Jesús, y que le pidamos al Padre que esas almas retornasen pronto para estar con Cristo en Su Misión Pública. Y así lo hicimos.

María Santísima pudo ver cuántas almas se perderían y, mientras oraba, las lágrimas brotaban de Sus ojos, pues sentía el pesar de cada niño y el dolor de cada madre por todo lo que sucedería. Con este momento de oración, María preparó junto a Mí el camino para la redención de las almas que padecen.

Algunos días después, mientras nos dirigíamos a Egipto, nuevamente el dolor se apoderó del Corazón de María; era por Raquel y tantas otras mujeres que lloraban por sus hijos. María oraba y las confortaba, entregaba al Padre, una a una, las almas de los niños perdidos, los conducía a la redención y, luego los conducía de regreso a la Tierra para que renacieran y acompañaran a su Hijo, como Dios Le había pedido.



El camino a Egipto fue largo, pero aliviado por la ayuda de todos los ángeles enviados por Dios. El pequeño Jesús contemplaba el mundo que comenzaba a conocer y aunque no hablaba, Sus ojos eran expresivos y Él sonreía al encontrar ciertas almas que parecían esperarlo desde hacía mucho tiempo.

Cuando estaba despierto, a veces ponía Sus Manos fuera del manto de María y sentía los elementos. Pude ver en ese momento cómo Lo saludaba toda la vida. Los Reinos de la Naturaleza emanaban una alegría particular al vernos pasar. Los animales se acercaban, los pájaros acompañaban el vuelo de los ángeles y hasta los árboles parecían inclinarse para saludar al Hijo de Dios y a Su humilde familia.

Al llegar a Egipto, los ángeles Nos indicaron el camino y, con su ayuda y la de algunos conocidos, conseguimos refugio y también una carpintería donde Yo pudiese ayudar y trabajar.

María se dedicaba a la oración y al Niño. Le enseñaba todos los días, primero a buscar a Dios, luego a aprender las cosas de los hombres.

Poco a poco, algunas mujeres devotas se fueron congregando en Nuestra casa para aprender con María lo que en aquella época, en la sociedad en la que vivíamos, no tenían posibilidades de aprender. María sabía todo lo que estaba en las Escrituras y más allá de ellas, Su contacto personal e íntimo con Dios Le revelaba muchos misterios. Algunas cosas Ella no podía revelar a nadie y otras les enseñaba a las santas mujeres de Su tiempo que, en todos los lugares por donde pasábamos, reconocían internamente la divinidad de la Santa Madre de Jesús y la de su Hijo.



La presencia del Hijo de Dios en Egipto no fue solo para escapar de una situación urgente, en la que Su vida estaba en peligro. La vida espiritual de Egipto también estaba en peligro y necesitaba, imperiosamente, la presencia de la Sagrada Familia, sobre todo de la pureza e inocencia del pequeño Niño Jesús.

Nuestro pasaje por Egipto fue silencioso y casi oculto, en lo que respecta a la influencia que ejercíamos sobre esa región. Pero Nuestra vida de oración y los primeros pasos interiores que vivía Jesús se reflejaban en todo Egipto.

Las almas se perdían en la confusión de las religiones paganas y de los placeres que buscaban permanentemente. En esa época, había muchos esclavos, mucho sufrimiento y sumisión de las almas. Con la presencia de la Sagrada Familia, se comenzaron a construir los cimientos de una nueva vida, abriendo el camino para los futuros cristianos que, junto a los apóstoles, llevarían adelante la Palabra de Cristo.

María se juntaba con jóvenes mujeres de la región y a algunas de ellas les contaba la verdad sobre el Hijo de Dios, que ya estaba presente entre los hombres y que, en algún momento, Se expresaría ante las multitudes. Las palabras de María despertaban una fe ardiente en el corazón de estas jóvenes mujeres, que no sabían que estaban ante la Madre de Dios.

Estas mujeres educaban a sus hijos y a las familias silenciosamente para que creyeran en el Dios Único y esperaran la vida pública del Mesías, que ya estaba entre ellos. Fue así que, años más tarde, llegando a Egipto, los apóstoles encontraron muchas puertas y corazones abiertos porque, mucho antes, la Madre de Jesús, por donde pasara, les había preparado el camino.

Muchas de estas mujeres que acompañaron a María en Su juventud, también La acompañaron después de la Ascensión de Jesús instituyendo en la Tierra una semilla de la nueva vida: la Vida Crística.



La presencia de la Sagrada Familia en Egipto representó un antes y un después para esa nación. Los méritos generados por la pureza de Jesús se reflejaban en cada alma que vivía allí.

Después de la muerte de Herodes retornamos a Nazaret con el Niño. En el camino de regreso, ocultamente, toda la Creación Nos exaltaba y alababa la Presencia de Dios en Jesús. El pequeño Niño tenía una especial reverencia por los Reinos de la Naturaleza e inclusive, cuando sentía que la mula estaba cansada, descendía y la empujaba con Sus pequeñas manos, Él mismo le daba un poco de agua y le pedía que descansara.

Su Corazón de niño conservaba la unidad con toda la vida y conversaba intuitiva y telepáticamente con los Reinos de la Naturaleza.

María Santísima y Yo lo observábamos y, en silencio, guardábamos en el Corazón estas simples actitudes, que revelaban la grandeza del Niño y el Dios que llevaba escondido dentro de Sí.

Con Él comprendimos más ampliamente la relación con la naturaleza y con la Vida. Nos enseñaba con Su ejemplo infantil, con Sus gestos hacia los Reinos.

Cuando el Niño apenas tenía cinco años, Lo llevé a conocer al pueblo Esenio con el que Yo tenía una gran afinidad. Al ver al Niño, todos comprendieron, en silencio, que allí había algo fuera de lo normal y aunque muchos no Lo reconocieron en ese momento como el Mesías, por Su edad y sencillez, sabían que un gran profeta se gestaba en la inocencia de esa criatura.

Jesús no solo predicó en el Templo cuando era Niño; predicaba con Su vida e inclusive a los esenios les enseñó no solo el respeto a los Reinos de la Naturaleza, sino también la posibilidad de comunicación y comprensión hacia ellos, que el hombre guarda en su interior.

Jesús comprendía la Presencia de Su Padre en todo. Eso era completamente nuevo y a menudo inaceptable, porque en ese momento, Dios era innombrable y estaba en lo más alto de los Cielos, donde ningún hombre era digno de llegar ni siquiera su boca era digna de pronunciar Su Nombre.

Los esenios comprendieron los ejemplos y las palabras del pequeño Jesús y más tarde Lo siguieron como el Mesías.



El Niño Jesús irradiaba la Pureza y el Don de la Verdad. La Verdad del Padre habitaba en Él, y todos los que Lo veían y Lo reconocían sentían ese Don que era al mismo tiempo conocido e inexplicable.

La Verdad que habita en la esencia de todos los seres se encendía y reconocía la Verdad viva que era Jesús. Pero las capas de la ilusión y de la mentira que el hombre creó sobre sí mismo causaban confusión y dudas en la mente humana que no podía comprender ni explicar la Presencia de Jesús; solo generaba una profunda admiración y, a veces, asombro.

El pequeño Niño no refrenaba el poder de Su verbo y desde esa edad se comunicaba con los ángeles y sabía lo que cada alma necesitaba. No dudaba en acercarse y hablar de Dios, y eso Nos asustaba, pues se vivían las reacciones más diversas al escuchar las palabras de un Niño tan pequeño.

No fue solo una vez que Jesús se perdió en la multitud porque Su Padre Lo llamaba. Siempre que veía almas a punto de perderse, acudía en su

ayuda y les hablaba, con el Poder comunicado por los ángeles, palabras que las rescataban del abismo de la consciencia y las elevaban.

Cuando fue creciendo, el Padre le pidió que Se preparara con mayor silencio, porque una parte de Su tarea entre los hombres sería en Su infancia y otra en Su vida adulta.

Tanto Jesús como María solían ir al encuentro de los esenios para compartir con ellos la nueva enseñanza que traía el Niño. Los esenios comprendían la esencia femenina de la vida, la Faz Femenina de Dios, y Jesús ahondó en esta enseñanza. Aunque reverenciaban la Presencia de María y reconocían en Ella algo puro y secreto, no comprendían Su verdadera misión entre los hombres.

Como Jesús desde pequeño hablaba por medio de símbolos, eran pocos los que ingresaban, profundamente, en el sentido de Su enseñanza. Aun así, entre los pueblos de la época, los esenios fueron los que se abrieron para ser depositarios y guardianes de las nuevas enseñanzas que Jesús traía junto a la Sagrada Familia; enseñanzas que, muchas veces, quedaron solo en la memoria de algunos espíritus y almas porque su registro se perdió a lo largo de los siglos.



La relación de la Sagrada Familia con el pueblo Esenio era de profunda comunión espiritual, material e interna. En el silencio de ese pueblo y de la Sagrada Familia se guardaban muchos misterios. Desde el principio, cuando en Mi juventud estuve con ellos, comprendieron la veracidad del Mensaje Divino a través de estos tres seres, de esta familia que era, en verdad, la representación viva de la Familia Universal y del misterio de la Creación. En ella existe un Patriarca y protector de todo, que es el Creador; existe un Vientre Puro que genera a las criaturas por el simple Amor y por el Don de Dios en su interior como una forma

de expresar y multiplicar ese Amor, y está el Hijo, el resultado de la emanación del Amor del Padre y de la Pureza Virginal de la Madre.

Los esenios sabían que ignoraban muchas verdades y eso los hacía aptos para que Dios les revelara ciertos misterios que a ningún otro pueblo había revelado y que, inclusive después de ellos, permanecieron sin ser revelados a otras civilizaciones.

La Sagrada Familia formaba parte del misterio esenio. Así como, después del Sacrificio de Cristo los Templarios fueron los guardianes de todo lo que alcanzó esa Familia. Durante la infancia, la juventud y parte de la vida pública de Jesús, los esenios fueron los que guardaban cada aprendizaje y registraban, desde la gestación de María, lo que les era dado a conocer sobre esta Familia y, principalmente, sobre el Niño.

Aun sin comprender ampliamente de qué se trataba este misterio, sabían que existía y, por eso lo estudiaban, observaban y aprendían con él, dispuestos a encontrar, por fin, algo que trascendiera su comprensión humana, tal como sucedió.

Algunos de los esenios comprendieron y vivieron ampliamente la grandeza de la presencia divina en la Sagrada Familia, otros no. Cuando Jesús inició Su tarea pública, muchos Lo siguieron, dejando las comunidades esenias para ser Sus apóstoles y discípulos, predicando por el mundo. Otros permanecieron en las comunidades, ampliando el conocimiento que les entregaban Jesús y María. Sin embargo, casi todos fueron diezmados, porque la consciencia humana misma no se abrió a lo Nuevo que traían los esenios y no les permitió permanecer en la Tierra y transformar la condición humana. Muchos también cruzaron las dimensiones y, con todo su ser, ascendieron a mundos internos e invisibles, para continuar acompañando desde allí al Mesías.

Otros jóvenes esenios, herederos de esta enseñanza, acompañaron a María y se convirtieron en Templarios con el propósito de guardar este misterio divino en la Tierra hasta el final de sus vidas.



Cuando salimos de Egipto fuimos primero a Jordania y después seguimos para Galilea. El paso por Jordania fue una petición de Dios, porque allí muchas almas estaban padeciendo por un reinado injusto y lleno de sufrimiento, al cual estaban sometidas.

Pasamos unos días ayunando y orando con el Niño. Él también ayunaba y en Su pureza de niño le ofrecía algunas renunciaciones a Dios.

Mi Casto Corazón y el Purísimo Corazón de María también educaban y enseñaban al Niño las leyes de la vida en este mundo. Todo lo que Le decíamos, lo escuchaba en silencio y luego regresaba, a lo largo del día, haciéndonos preguntas sobre lo que Le habíamos dicho; profundizaba cada instrucción; nada Le pasaba por alto.

Este breve período en Jordania, en un momento tan doloroso para muchas almas, hizo que el Niño conociese la miseria humana y cómo los corazones se entregaban al mal y a las tinieblas por su libre y espontánea voluntad sin que el maligno hiciera esfuerzo alguno, tan solo abriéndoles las puertas.

Jesús, entonces, comenzó a comprender el pecado y la debilidad humana, cómo el hombre sucumbe a toda tentación. Esto solo hacía emerger de su Pequeño Corazón la compasión por toda la humanidad. No veía el mal como parte de los hombres, sino que veía a los hombres inmersos en el mal por su flaqueza y tibieza de espíritu.

Jesús entendió, aún Niño, que debemos entregar todo al Señor porque, de lo contrario, una parte de nuestro corazón siempre estará a la deriva y el enemigo podrá valerse de ello para apropiarse por completo de nuestra alma. Porque, así como el Señor, el enemigo también quiere todo de nosotros, pero no nos pregunta, nos asalta en la debilidad interior, mientras que Dios espera nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo para responder a Su Llamado.

Algunos de los que sufrían en Jordania vinieron con Nosotros a Galilea y allí, en silencio, vieron crecer al Niño hasta convertirse en adulto y pudieron seguirlo



La llegada a Galilea fue un reencuentro con Nuestro hogar, el lugar donde el Niño debería crecer, tierra imantada por Dios con Su Presencia desde hacía tanto tiempo.

Al retornar todo estaba diferente de cuando habíamos partido. En muchos la fe se había perdido, les faltaba la esperanza. El Hijo de Dios llegaba donde más necesitaban de Él. Todos esperaban al Mesías pero nadie creía verdaderamente que vendría. No había temor de Dios, los hombres estaban inmersos en el pecado y en la indiferencia, y el Hijo Primogénito ya estaba entre ellos.

En Galilea Nuestra vida continuó siendo muy simple. Todo lo que hacíamos era en beneficio de los demás. Como las mujeres de la época no podían recibir muchas instrucciones, tampoco espirituales, el Creador pidió a María Santísima que las reuniera a todas para que así pudiese enseñarles los misterios divinos y, a través de la oración, despertar los espejos* de sus corazones.

Cada día, María Santísima tenía más compañeras y discípulas: mujeres de Nazaret, de Jerusalén y también de otras ciudades vecinas. Con ellas, la Santísima Virgen peregrinaba en oración, intercediendo por la humanidad. Fue un servicio silencioso y casi oculto.

Debido a la santidad de María, todos respetaban a estas mujeres, y muchos no daban tanta importancia a lo que hacían, porque ignoraban la verdad. Ellas sabían que el Mesías ya vivía y creían en Él. Cada día, una fe inquebrantable se despertaba en estas mujeres. Sus oraciones fueron las que siempre protegieron y sostuvieron al Niño junto a la Sagrada Familia, hasta que llegase el momento de Su vida pública.

Las primeras compañeras de María aprendieron sobre la enseñanza esenia, las sagradas profecías, las instrucciones de los patriarcas y también sobre los misterios divinos y celestiales que la Santísima Virgen y sus propios espíritus les enseñaban.

Estas primeras mujeres formarían, posteriormente, otros grupos en diferentes ciudades de Galilea. Eran de todas las clases sociales: esclavas, siervas, pobres, ricas e inclusive emperatrices.

María fue, en verdad, una gran profetisa y creó la primera red de oración y de espejos* orantes de la Tierra. Todo esto por inspiración divina del Padre y de Su pequeño Hijo.



La vida de la Sagrada Familia transcurría, año tras año, con mucha simplicidad y llena de Dios.

Mientras María Santísima instruía a las santas mujeres y con ellas rezaba e intercedía por el mundo, Yo llevaba al pequeño Niño a la carpintería, que se convertía en un verdadero cenáculo de redención y liberación para el mundo.

Muchos niños de Nazaret se reunían en la carpintería, pequeños espíritus que se sintieron atraídos internamente hacia el encuentro con Jesús. Allí, el pequeño Hijo de Dios convertía el oficio de la carpintería en una fuente de transformación para las almas.

Mientras trabajábamos, orábamos y magnetizábamos cada objeto con la Presencia Divina. Todo lo que hacíamos era donado para quienes lo necesitaban y, a menudo también dábamos regalos a los ricos por ser pobres de espíritu. Al ver este acto de la sencilla familia de Nazaret, que donaba todo por amor, los corazones se transformaban y las almas se convertían.

Cada día que pasaba Yo guardaba en Mi Corazón lo que aprendía con el Niño. Cada día aumentaba Mi fe y la certeza de que Dios estaba con Él y que siempre cuidaría de Él.

Mi edad iba avanzando y, a pesar de ser siempre muy vital, temía dejar a la Sagrada Familia, sin saber hasta cuándo quería Dios que Los acompañara. El pequeño Jesús veía Mi angustia y siempre venía a Mi encuentro, parecía comprender Mi espíritu y Me animaba a no tener miedo de cumplir la Voluntad de Dios, fuese cual fuera. Yo miraba aquellos pequeños ojitos que resplandecían con la Presencia Divina y Lo abrazaba. Aún no podía creer que el Hijo de Dios estuviera entre los hombres como un simple niño, en Mi familia.

La simplicidad y la pequeñez de Jesús eran las que Me inspiraban, todos los días, a la humildad y a superar la condición humana. Conversábamos mucho de las cosas del Cielo; Él Me hablaba de las celestiales y Yo le enseñaba las de la Tierra. Él crecía y Yo también.



Por más que muchos no crean que haya sido así, la vida pública de Jesús fue la cima de algo que comenzó a construirse desde Su nacimiento en Belén. Cada milagro que realizó, cada Palabra que pronunció, cada alma que convirtió fue fruto de la unión con Dios que se gestó, poco a poco, en el silencio de Su infancia y juventud.

De igual manera, la Divinidad de Mi Castísimo Corazón se gestó en el silencio y en la humildad de la carpintería de Nazaret y de la simple casa de la Sagrada Familia.

El mayor secreto de toda santidad, hijos, es el silencio, el recogimiento en Dios y la sinceridad con la que abrazamos Su Plan y renunciamos a todas las cosas mundanas.

A pesar de haber vivido al lado del Hijo de Dios y de Su Santa Sierva, la Virgen María, la santidad la logré al renunciar a esta familia y reconocer que en verdad, no era Yo quien Los protegía sino solo el Señor y así como Dios dispuso de Mi consciencia para esto, dispondría de otros cuando fuera necesario.

La humildad y el nada saber, hijos, fue lo que Me hizo encontrar el Todo que es Dios, porque, sintiéndome nada, necesitaba algo verdadero que Me llenara y encontré al Señor en todas las cosas.

Esto se los digo para que sepan que, a pesar de toda aparente grandeza, la verdad tiene sus raíces en la simplicidad y en el anonimato. Solo quien se une de manera perfecta a Dios en secreto, se une a Él públicamente con libertad. La verdadera misión que Dios les encomienda, tiene lugar en el interior de Sus criaturas; y cuando ya se materializa en el interior, comienza a irradiar y a reflejar sus frutos en la vida.



Así como María Santísima reunía a las mujeres de Nazaret y de Jerusalén y las instruía en los misterios celestiales, el pequeño Jesús también enseñaba todo lo que aprendía de Su Padre y de Su Sagrada Familia a los niños con los que convivía.

A la carpintería donde trabajábamos y donde Yo Le enseñaba oficios manuales, llegaban muchos niños todos los días. Estas pequeñas almas eran atraídas por la Presencia de Jesús, porque tenían un compromiso que cumplir con Él, en ese momento del planeta y en muchos otros.

Mientras todos aprendían los oficios manuales, Yo también les enseñaba a orar y a conversar con Dios, y Jesús les contaba todo lo que aprendía de los ángeles mientras oraba. Les hablaba con la pureza de Su Pequeño Corazón y cuando comenzaba a pronunciar esas Palabras, los ángeles se aproximaban, y todos podían verlos como luces que resplandecían en toda la carpintería.

En la inocencia y pureza de los niños, todos mantenían en secreto lo que vivían y fueron creciendo con esas ansias de encontrar a Dios, hasta que en su juventud, pudieron comprender que en verdad estaban al lado del Mesías y Lo siguieron.

Estos pequeños niños encontraron a Jesús en Jerusalén, pues en Galilea serían muy reprendidos por sus padres y familiares si Lo hubieran acompañado. Pero el misterio de Su infancia quedó guardado en sus consciencias y, siguiendo a Cristo en Su Pasión y Resurrección, se convirtieron en Sus discípulos.

Mi gran misión en la carpintería de Nazaret fue construir en los espíritus de los niños, los futuros compañeros de Cristo, los herederos de Su Reino, hasta que un día, en un sueño, los ángeles Me dijeron que Mi misión se había cumplido.



Yo ya estaba en una edad avanzada, pero Mi cuerpo y Mi Corazón estaban plenos de vida. En los últimos años conocí los misterios celestiales de la vida más allá de este mundo: comprendí que Jesús era más que el Mesías enviado por Dios a la Nueva Jerusalén. Comprendí que la Nueva Jerusalén era universal y abarcaba algo más que un espacio de la Tierra, de nuestro planeta.

La Nueva Jerusalén era un estado de consciencia, una dimensión en la que habitaría el Amor de Cristo, el Séptimo Cielo que se abriría a todos aquellos que despertasen en sí el principio de este Amor verdadero. Y Jesús era el portero de ese Cielo, Aquel que vendría a abrirnos la puerta, venciendo la más alta dualidad universal para que todos pudiéramos transitar ese camino.

Yo sabía del sufrimiento que viviría Mi pequeño Hijo. Miraba Sus Ojos y era como contemplar el Infinito. Me preguntaba cómo cabía el

Amor de Dios en tan pequeña criatura Y Él, que sabía todo lo que Yo estaba pensando, simplemente sonreía, porque tampoco Su Pequeño Corazón entendía el milagro que se guardaba dentro de Él mismo.

En los últimos años, comprendí el misterio universal de la Sagrada Energía Femenina. En el silencio de María se gestaba el ciclo venidero en el cual esa energía podría expresarse plenamente. Ella ahora callaba y amparaba humildemente a Su Hijo, guardando la grandeza de Su Espíritu para sostenerlo y, un día, preparar Su Regreso.

Yo sabía que Dios era Padre y también Madre, que no podría existir Creación si no hubiera un Vientre Materno del que todo proviene. Jesús creció y enseñó estas cosas a los hombres, pero Sus compañeros fueron silenciados por quienes dijeron aceptar a Jesús, porque no podían negar Su grandeza, pero recelaban de Sus Palabras para no perder su propia potestad.

Desde el principio, las Palabras de Jesús fueron modificadas en los registros de los hombres, pero fueron fecundas en el corazón de Sus compañeros; están vivas y por sí solas se revelan y se multiplican, dando a la consciencia la comprensión sobre los misterios que fueron retirados de ellas.

Soñaba con todo lo que viviría el Niño y también supe de Su muerte y de su Resurrección. Durante mucho tiempo deseé permanecer con Él, hasta que comprendí que Mi prueba era renunciar.

Toda mi vida fue un acto de renuncia y humildad y en el apogeo de Mi misión, tuve que renunciar a aquello para lo que Me había preparado durante toda Mi existencia, desde el origen hasta entonces. Jesús todavía era un niño y María era una mujer joven. Yo sabía que la fragilidad de Mi Hijo y de Mi Santa Esposa era aparente, y que en ellos se escondía el Creador mismo, el propio Dios; pero dejarlos era como dejar de existir, salir del todo y ser absolutamente nada. Aun así acepté la Voluntad de Dios y en un día inesperado para Mí, Él Me llamó de regreso.



En la última etapa de Mi vida como José de Nazaret, contrariamente a lo que muchos piensan, tuve que pasar por la prueba de la soledad y de la sequedad interior.

A lo largo de toda Mi vida fui un hombre solitario, pero era una soledad humana que estaba resguardada por un profundo contacto interior con Dios y con toda la Vida. Este contacto fue creciendo con el pasar de los años y siempre se ampliaba, hasta que alcanzó su punto máximo con el nacimiento y la infancia de Jesús entre Nosotros.

El Creador, sin embargo, espera de todos Sus hijos una mayor renuncia, esfuerzo y sacrificio, algo por lo que todos debemos pasar para superar las influencias y tendencias de este mundo, venciendo todo tipo de gustos que esta Tierra puede darnos, incluidos los espirituales.

El contacto cercano con Dios que se experimenta aquí también es único, pero para llegar al Padre con el corazón pleno, el hombre debe renunciar a todo lo que la Tierra le ofrece, inclusive a este contacto y, aun así, perseverar en su camino.

Por eso muchos santos y bienaventurados viven, en la cima de su entrega, una profunda sequedad y soledad interior. Lo mismo sucedió Conmigo en los últimos días de Mi vida. Yo Le decía a Dios en ese momento: *Al mundo vine vacío y de él Tú quieres que salga también vacío, por eso Me privas de todo...*

Fui privado de toda visión, sensación, plenitud, de todo amor, de toda alegría. Estando con la Sagrada Familia, sentí un pesar aún mayor, pues Mi espíritu no correspondía a todas las gracias que recibía. Estaba solo con Mi Corazón Humano, Me sentía lleno de imperfecciones y miserias, incapaz de resguardar la Santidad de Mi Hijo y de Mi Santa Esposa. Sentía vergüenza de estar en la Presencia de Dios y orar. Solo Le pedía Su Misericordia.

Y fue así, privado de todo, que comprendí la Voluntad de Dios. Él Me quería vacío, nada... Nada de Mí, nada del mundo, nada de lo que Yo pensaba ser..., Nada. Y Me entregué a ese vacío con gratitud. Me abrí y dejé que Él se llevase de Mí lo que todavía estaba aquí.

Me desconocí a Mí mismo, no encontré nada. Tuve que luchar para recobrar la voluntad de la vida, pero no Mi voluntad, sino la Voluntad de Dios. Poco a poco fui encontrando la fuerza en la oración y en la Presencia de Jesús y María, a pesar de que también a Ellos había renunciado.

Cuando finalmente logré rendirme a Dios en ese vacío, Él vino a Mi encuentro y dijo que era hora de retornar. Mi Corazón no tenía voluntades, no tenía recelos. Era el momento de hacer la última renuncia, la renuncia a la vida y consumir la entrega de Mi Sagrada Familia a los Brazos de Dios.

Llamé a María y a Jesús y ambos Me dieron las manos. Entonces Jesús Me dijo: *Ahora, con toda la potestad Te llamaré padre, porque serás Uno con Aquel que Me creó. Tu nada se convertirá en Todo, y el vacío de Tu espíritu será colmado por Aquello que Es.*

Yo solo Lo miraba en silencio. Y María dijo: *Por siempre serás el guardián de esta y de todas las familias del mundo. Serás el fundador de la Familia Universal y, en Ti, aquellos que quieren rendirse a Dios encontrarán la esperanza. En Tu humildad y silencio encontrarán el camino para hacerlo. ¡Ve, que el Padre Te espera y desde allá cuida de nosotros!*

El Cielo se abrió en mil portales. Los ángeles cantaban en coros en las diferentes dimensiones. Todas las civilizaciones del universo observaban a la Tierra. Había regocijo, había paz. Los Espejos* se volvieron hacia el mundo. El Corazón de María se encendió en un sublime Espejo de Luz. La compasión alcanzada por Jesús, en otros tiempos, brotó de Su Pequeño Corazón. Los ojos de Mi cuerpo se cerraron y se abrieron los de Mi espíritu.

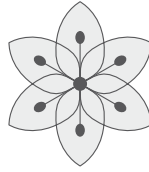
Estaba apenas comenzando el camino de retorno a la Casa del Padre.





Capítulo 6

Cordillera del Himalaya
Nepal



Cuando el Cielo se abrió ante los ojos de Mi espíritu, aún en Presencia de María Santísima y de Jesús, el Creador Me reveló los misterios de la Creación y del Origen Divino. Me dio a conocer las Fuentes Celestiales, los rayos y principios universales que generan las esencias. Me dio a conocer las huestes angelicales y sus Padres Creadores. Por unos segundos Me llevó al Tiempo del Universo* y Mi existencia se reflejó delante de Mi Corazón como una vista panorámica.

Pude ver cada instante, volver a sentir y a sintetizar dentro de Mí lo que había vivido hasta allí. Entonces escuché la Voz de Dios, Emmanuel, diciendo: *¡Está cumplida! ¡Tu misión está cumplida!*. En ese momento, permanecí frente a un gran vacío... *Está cumplida... y a partir de ahora, Señor, ¿qué será de Tu siervo?*, Le pregunté. *Volverás al Origen y, consciente de toda la Verdad de la vida, Te unirás a Mí para servirme eternamente en todas las cosas*, respondió.

Dejé que Mi espíritu fuera transportado por Dios y que Mi cuerpo descansara en los Brazos de María y del pequeño Jesús que, ayudados por los ángeles, lo prepararon para ofrecerlo a Dios.

María Santísima lloraba, pero de regocijo interior. Ella sabía que Yo estaba retornando al Padre y que siempre Los ampararía. El pequeño Jesús guardó silencio y, abrazado a María, hizo una oración por todas las familias del mundo y las encomendó a Su Padre en el Cielo y en la Tierra.

Para Mí ya no existía el tiempo, ya no se contaban los días, las horas o los meses. Mientras ascendía a los Cielos pedí al Padre la gracia de llevar Conmigo algunas almas pecadoras y Él Me lo permitió.

Así, descendí en compañía de los ángeles al infierno y al purgatorio y tomé de las manos cuántas almas alzaron sus brazos al ver la Luz.

Allí, el Señor Me proclamó Intercesor de las Almas.



Al proclamarme Intercesor de las Almas, el Creador instaló en Mi Consciencia un principio de Su Amor, del Amor que proviene de Su Corazón y de Su Santo Espíritu. Me dio la Gracia de sentir un poco de lo que Él siente por Sus criaturas, para que por ellas pudiera entregarme por toda la eternidad, amándolas y abrazándolas más allá de sus defectos y apariencias.

Al recibir este principio divino en Mi esencia, creé una conexión aún más profunda e íntima con Dios. Al dejar este mundo, el Creador Me dio a conocer muchos otros, revelándome la grandeza de Su Creación y cómo Él tenía un Pensamiento Perfecto para cada criatura.

El Amor depositado por Dios en Mi interior Me hizo perder la identidad humana para abrazar toda la Vida, porque ese Amor abarcaba todo lo creado, no solo a la humanidad.

Mi Consciencia ingresó en un camino divino de evolución y paternidad universal por este Amor que ahora habitaba en Mí. Es esa característica de unión profunda con Dios lo que Me hace retornar al mundo de hoy en Su nombre; porque en verdad, vengo en nombre de Su Amor que vive en Mí.



Para que el Amor de Dios penetrara plenamente en Mi Consciencia y en Mi espíritu, tuve que ir, poco a poco, disolviendo Mi condición humana y todo lo que había vivido hasta allí.

El proceso de ascensión es gradual y siempre depende de quién lo vive y cómo lo vive. No existe una ley o una regla fija para que la consciencia ascienda directamente a las dimensiones divinas.

Como todos los seres humanos, Mi Consciencia guardaba muchos registros como en un libro en el que existen muchas historias escritas. Y desde el momento en que la Consciencia Divina Me llamó para ir a Su encuentro, fui sintetizando espiritualmente cada uno de esos registros humanos en Mi esencia.

Todas las experiencias que viví en la humanidad se volvieron formas de comprender el corazón humano. El haber estado en el proyecto de la Tierra desde el principio, Me permitió sentir profundamente a la humanidad y conocerla en lo más íntimo. Por eso hoy tengo una compasión particular por el corazón humano, y es también por eso que, a pesar de todas las limitaciones y miserias humanas, no pierdo la fe ni la divina esperanza de que vivan la trascendencia de esas condiciones, porque Yo mismo lo viví y sé que es posible.

Como les he dicho tantas veces, todas las gracias que recibí, y muchas otras, están hoy disponibles para los corazones humanos. Por eso la ascensión de cada ser y su perfecta unión con Dios depende, únicamente, de su propia voluntad y de su capacidad de rendirse a Dios y dejar que Él actúe en sus vidas.

No es difícil, hijos, dejar que Dios haga por nosotros. Entonces, renuncien, a la voluntad humana y entreguen al Señor la conducción de sus vidas, abrazando cada prueba y desafío que lleguen para perfeccionar sus consciencias. Esfuércense por encontrar en sí mismos al Creador de todas las cosas.



A pesar de todo el Amor Universal que abarcaba Mi Consciencia, dentro de Mí palpitaba el Amor de Dios por la humanidad. El Amor

de Dios por la humanidad, hijos, es algo que no cabe en una única consciencia y solo una gota de ese Amor en Mi Corazón Me hizo desear profundamente estar entre los hombres y vivir, con un corazón humano, la plenitud de ese Amor.

Por ese motivo, a pesar de estar perfectamente unido a Dios, a pesar de ser parte de Su Divina Consciencia y compartir con Él el Amor por Su Creación, con Su sagrado permiso, retorné al mundo y estuve otra vez entre Sus criaturas.

Retornar a la Tierra pleno de Dios fue como sentir, verdaderamente, la esencia del Proyecto Humano. En las experiencias que viví en el mundo, a partir de entonces, ya no tenía más los velos en la consciencia como les sucede a todos los seres humanos y recordaba los misterios celestiales y Mi Origen Divino.

Sentía que esto era lo que todos los seres humanos deberían vivir y por eso, permanecí en el mundo instruyendo a la humanidad como podía. Cuando ya no pude estar más entre los hombres como hombre volví, en espíritu, imbuido de este Amor de Dios por Sus hijos, que trasciende toda limitación e imperfección y que nutre la esperanza del cumplimiento de Su Proyecto para la Tierra.



Antes de retornar al mundo como hombre, el Creador Me permitió acompañar espiritualmente el crecimiento de Cristo, Su Pasión y Resurrección. Esto era parte de Mi aprendizaje y parte del desarrollo del Amor en Mi Casto Corazón.

Acompañar espiritualmente a Jesús fue como ver crecer el Amor de Dios por Sus criaturas y expresarse en lo más íntimo de la carne humana. Vi ese Amor abarcar cada molécula de Cristo y el universo que se

guarda en el interior de cada partícula de Su Consciencia que se rendía por completo a la Divina Voluntad.

A medida que observaba y acompañaba los Pasos de Mi Santo Hijo, ese Amor crecía y se desarrollaba, también en Mí. Descubrí que adorarlo y reverenciarlo era una forma de dejarme transformar por lo que Él vivía.

La adoración Me transportaba a la vida misma de Cristo y era abrazado por la potencia de Su Misericordia, así como cada una de Mis células. Me sentí entonces parte viva del Cuerpo de Cristo. Sentí que, cuando se adora al Hijo de Dios, podemos descubrir el misterio de Su Presencia en todas las cosas. Todo el cosmos es parte de Él y puede reconocerse como tal cuando se Lo adora.

Como un espejo, la Creación que adora al Hijo de Dios Vivo se transforma en el universo de Su Cuerpo Místico. Es una ciencia universal y divina que se revela en la experiencia del Amor. La adoración comienza con el respeto y la reverencia, llegando al profundo amor que trae la aspiración de fundirse, espiritualmente, con aquello que se ama.

Esto fue lo que viví contemplando la Pasión de Cristo. Me descubrí unido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y por ese motivo, como resultado de Mi eterna rendición, Soy parte de la Consciencia Divina y vengo al mundo como Su Mensajero.



Fue después de vivir la comprensión del Amor absoluto y verdadero de Cristo y de experimentar ese Amor dentro de Mí, que el Creador Me permitió retornar.

Una parte de Mi Consciencia permaneció en el universo, siguiendo su profundización de unión con Dios e intercediendo por los seres desde los niveles más espirituales, mientras Mi alma volvió a encarnarse en el mundo, portando en sí un alto grado de Amor.

Regresé como discípulo de Cristo a Europa, llevando Su Amor y la memoria de Su vida. Era el tercer siglo después de Su muerte y aquellos que querían difundir Su Nombre fueron cruelmente perseguidos.

Recordaba no solo la infancia de Jesús, sino también Su Pasión y cada momento de Su entrega, que seguí desde el universo. Eso Me daba una fuerza especial para imitarlo y un poder particular en Mi palabra para proclamarlo.

Muchas veces tuve que difundir Su Santo Nombre y Evangelio en secreto y vivirlo en silencio, hasta que llegó el momento de anunciar a las multitudes y, con la propia vida, dar testimonio del Amor de Cristo que existía en Mí.

Fue así que una gran multitud de cristianos salimos a las calles a proclamar el Nombre del Señor e, inspirados por Juan el Bautista, advertir a la humanidad pagana, ahora sobre Su Retorno.

Muchos piensan que Lo esperamos hace dos mil años, pero ¡Él ya retornaba todos los días al interior de los hombres, desde el momento de Su Ascensión! Resucitó y continuó vivo por los siglos de los siglos. Esta verdad siempre la viví y experimenté. Por eso nunca esperé a Cristo, pues sabía que Él ya estaba aquí y siempre estará.



Fui perseguido por los hombres, así como muchos otros compañeros de Cristo, pero sabía que todo lo que viviría sería por la salvación de aquellas almas que necesitaban el perdón de Dios, a pesar de haber cometido enormes atrocidades.

Todos los que negaron a Cristo, en todas las épocas, tienen hoy la posibilidad de servirle y reparar sus acciones en todas las iglesias y religiones cristianas.

En aquel tiempo Yo era joven, movido por el ímpetu de la fe y por la Voluntad de Dios; recorrí muchas ciudades y países proclamando el Nombre y la Memoria de Cristo, anunciando Su Eternidad y Su Reinado Universal. Fue una experiencia corta, porque pronto Me llegó la hora de dar Mi vida por Amor a los demás, y así lo hice. No resistí, ni Me rehusé, y confié en la Voluntad de Dios. Le ofrecí a Él cada alma que Me persiguió y también las que una vez persiguieron a Cristo. Le pedí que ellas no perdieran la oportunidad de continuar evolucionando y, algún día, aprender el verdadero Amor.

Fui decapitado por la causa de Cristo y, aun así, regresé otra vez.



Morir por Cristo era el ímpetu de los cristianos de los primeros siglos. La entrega de Jesús estaba viva y la memoria de haberlo dado todo por la humanidad fue lo que más despertaba y encendía los corazones, porque mucho más que hoy, en esa época, el honor era algo muy importante, era el mayor tesoro de un hombre, y su vida era la mayor forma de honra.

Algunos se honraban a sí mismos, mataban y morían por sus reinos y riquezas, por la herencia, por la memoria del propio nombre. Pero Jesús, siendo el Hijo de Dios, abandonó toda honra y gloria humanas, renunciando a Su posibilidad de realizar cualquier milagro a los ojos de los hombres para ser humillado, flagelado y crucificado.

De este modo, Él convirtió el sentido del honor y Sus compañeros se humillaban, en lugar de preservar su vida y su nombre. Lo proclamaban independientemente del juicio humano, eran considerados locos y, al final de todo, morían por amor a Cristo, dando testimonio de Su entrega con su vida.

La humanidad asistió a la historia de los mártires, uno tras otro, todos con el mismo fuego e impulso de entrega, y eso fue transformando la consciencia humana.

Sin embargo, cuanto más se expandía el cristianismo, más cotidiano se volvía, y la entrega de los hombres se iba tornando tibia y relegada a un segundo plano. El amor de Cristo no es la razón de la vida de los hombres, sino solo una forma de conducirlos, en el mejor de los casos, a una conducta más correcta. Son pocos los que aman a Cristo más que a sí mismos y que proclaman el Nombre del Señor antes que el suyo. Por eso les cuento estas historias, para que renueven su propia fe y el ímpetu de su entrega personal, porque el sacrificio de Cristo es eterno y Su memoria y ejemplo en la humanidad también deben serlo.

Con estas palabras, los animo a ser mirados como locos por el mundo, y a dejar que el Amor y la aspiración de imitar a Cristo inunden sus corazones y consciencias, renovándolos como nuevos santos y verdaderos apóstoles de estos tiempos.



Después de esta experiencia, que quedó guardada en la consciencia humana como el primer martirio de Gran Bretaña, viví otras experiencias de transformación, de entrega y de santidad.

Cada día que pasaba, la humanidad desarrollaba menos el corazón y más la mente, centrada en las ciencias, las matemáticas y en la comprensión ética y filosófica de la vida humana.

Para continuar ayudando a los hombres, Yo tuve que adentrarme en este camino, acompañando su desarrollo. Siempre traté de mostrarle al mundo y, sobre todo a la mente humana, que su desarrollo dependía del corazón. Por muchas vidas fui alquimista transformando elementos y sustancias para demostrar que, en verdad, la mayor alquimia fue la transformación en Cristo.

Yo fui un monje franciscano, y al mismo tiempo alquimista y asiduo investigador, porque quería en verdad encontrar un camino de transformación, la conversión de cada partícula del hombre. Buscaba

comprender qué era lo que hacía que los elementos se dejaran transformar, y que el hombre fuese tan resistente a la transformación en todos los niveles de la consciencia. Era más fácil que el oro se dejase moldear que el hombre se rindiera a una transformación profunda y verdadera.

Siempre entregué Mi vida a Cristo, porque como alquimista comprendía que no hay transformación humana, excepto por el Camino de Cristo. Así como amaba y estudiaba los elementos, también estudiaba profundamente la vida de Jesús y recordaba —a veces más claramente, a veces menos— los pasajes de la vida que Yo acompañé.

Sabía que, a pesar de todos los aparentes avances de la humanidad, la mayor ciencia la vivió Cristo, y la mayor alquimia que jamás Yo viví fue como San José, siendo capaz de transformar la condición humana, Mis propios átomos y moléculas y Mi Consciencia en una unidad perfecta con Dios.

La humanidad alaba mucho más a los alquimistas que transforman los elementos que a los que se transforman a sí mismos. Por eso les cuento esta historia, porque si realmente la ciencia material fuera más loable que la ciencia interior y espiritual ya no estarían más aquí. Están atados a los resultados de la alquimia de la materia y Yo vengo a renovar sus conceptos y a poner su meta y sus esfuerzos en el lugar correcto: la transformación y la entrega de sí mismos.



Muchos se preguntan por qué fui tantas veces científico, filósofo y alquimista, después de haber sido el padre de Jesús. Pocos en la humanidad comprenden verdaderamente el misterio de la vida de San José, porque la mayoría también ignora la verdad sobre Cristo y mantiene su propia comprensión en lo que quedó de los escritos bíblicos, sin ahondar en su interior y sin dejar que su consciencia expanda lo que hay en ellos como una puerta hacia lo Divino.

Jesús es mucho más que un Cristo, que un hombre que se autodenominó Hijo de Dios. José y María, que Lo acompañaron tan de cerca, tampoco fueron solo Sus padres. Pero para ingresar en este misterio es necesario querer trascender la condición humana, superar los límites, las leyes naturales y conocer Leyes Universales y Divinas que cohabitan con la humanidad, porque esa familia fue tan humana como cada ser de esta Tierra.

Para reconocer ese misterio, deben amar lo desconocido, aspirar a descubrir nuevas leyes, nuevos rayos que en verdad componen la consciencia humana, pero en lo que ella ES de verdad y no en lo que aparenta ser. Por eso Me torné alquimista tantas veces, porque la alquimia es la ley de la transformación, es cuando la materia ingresa en lo que Es y pierde su forma propia, su forma personal para transformarse en cualquier elemento, porque está en el Todo. Pero Mi intención no era solo transformar la materia, los elementos, los minerales, las plantas... sino la consciencia. Toda lo que la consciencia es, desde el espíritu hasta las células.

Como San José viví la perfecta alquimia espiritual, retornando al Todo, que es Dios. Pero, así como el ejemplo de Cristo no fue suficiente para la humanidad, tampoco fue suficiente Mi simple y pobre ejemplo. Por eso retorné trayendo a la humanidad ejemplos cada vez más materiales. El primero de ellos fue el de un pecador que se convirtió en santo mediante la alquimia del amor y la entrega de su propia vida. Luego, uní la religión y la ciencia para demostrar que toda transformación es, en realidad, una sola, y si el conocimiento no está ligado al espíritu, quedará limitado por la mente humana.

Para ser un verdadero científico, alquimista, filósofo, tendrán que seguir el camino de lo Ilimitado, que es la entrega y el vaciamiento de sí, el ingreso en la Consciencia Divina, donde habita toda ciencia, toda sabiduría, toda verdad.

Nuevamente como alquimista, fundé una línea de pensamiento¹⁶ que debería ser una puerta para expandir la consciencia humana, pero

el hombre se detuvo en el primer impulso y no lo hizo crecer como debería, no lo expandió.

Para expandir una ciencia hay que experimentar, probar, conocer sus posibilidades. Para ampliar un conocimiento, una sabiduría, se debe vivirlo. Solo así se conocen nuevas leyes: viviendo las que son palpables para que las invisibles puedan aproximarse. Cada vez que retorné al mundo traje un ejemplo más material a la humanidad pero, al mismo tiempo, dejaba las señales de que en todo lo que Yo hacía se guardaba un misterio oculto: era la unión con lo sagrado, con lo infinito, con el universo, con la Voluntad Suprema, con Dios.

Vuelvo hoy como San José, porque este es el origen de toda alquimia, de toda la ciencia de la transformación; es la verdadera razón por la que, tantas veces, intenté enseñarles a ser alquimistas, para que pudiesen transformar su propia alma, su propio ser.



El misterio de la alquimia fue muy desconocido para los hombres, porque la mayoría de los seres humanos solo se preocupan por los resultados materiales, frutos de la ciencia y de la sabiduría; les importa poco la verdadera alquimia, que es espiritual, y menos aún cuando se trata de una alquimia que tiene lugar en el interior del propio ser.

Después de la experiencia como San José, ingresé cada vez más en la consciencia humana buscando la manera de penetrar en su mente y en su corazón, y así comprender y encontrar un camino hacia la transformación del hombre y el retorno a su Origen Divino.

En especial desde el siglo XII al XIV, la humanidad valoró mucho la ciencia como una forma de honrar su existencia. Los científicos eran motivo de gran interés, y cuanto más material y físicamente comprobados eran sus descubrimientos, más valorados eran.

Durante algún tiempo estudié la visión humana¹⁷ y todas las formas en que se desarrolla y amplía; pero lo que quería no era sentar las bases para la invención de los anteojos o del telescopio, quería demostrarle a la humanidad, con pruebas físicas y palpables, que existían micro y macro universos invisibles para el hombre, que desconocíamos la amplitud de la vida, limitados a nuestra propia visión, a la visión natural. Quería hacerles entender que la visión natural abarca un pequeño porcentaje de la existencia; pero pocos entendieron lo que quise demostrar, y los que no entendieron unieron estos estudios a una especie de ciencia misteriosa, esotérica, porque no lo comprendieron, no abrieron el corazón para eso.

Por ese motivo, a lo largo de Mis experiencias, fui uniendo la ciencia material con las leyes universales, hasta que llegué a la cumbre de esta unión, como aquel que muchos conocieron como Saint Germain.



Como Saint Germain recorrí toda Europa y también algunas naciones de Oriente. Desde pequeño viví en un ambiente muy silencioso y propicio para el estudio y la profundización interior. Nací en Austria y crecí solo con Mi madre y dos hermanos pequeños. Me entregaron a un monasterio ortodoxo para estudiar y crecer bajo una guía, lo que en aquella época era inusual.

En esa encarnación, cuando llegué para convivir con los monjes ortodoxos, tenía doce años. Allí aprendí a hablar muchos idiomas, porque ellos estaban dotados de gran conocimiento y sabiduría. Aprendí la importancia de la vida del espíritu, el poder de la palabra y también la fuerza de la oración, cuando es sincera y verdadera.

A los dieciocho años, decidí descubrir nuevos horizontes, siempre guiado por el camino espiritual, porque sabía que este camino era

muy amplio y que existían muchas vertientes, que convergían como ríos que desembocan al final en un gran mar, en un vasto océano. Así fue que partí hacia Oriente, con la aprobación de los monjes, que Me ayudaron mucho, y también de Mi madre, con quien siempre mantuve contacto. Era joven, pero Me llevaba conmigo la sabiduría de todo lo que Me enseñaron los monjes ortodoxos y la búsqueda que despertó dentro de Mí la unión con Dios.

A cada lugar al que llegaba, asumía un nombre, porque quería sentir y vivir las culturas y los pueblos tal como se presentaban, como una forma de aprender verdaderamente de todas las expresiones humanas. El mundo luchaba por la libertad, las naciones querían ser independientes y, para que pudieran expresarse, primero deberían saber qué eran y qué tenían que expresar. Pero este saber proviene de un principio divino, de una misión que Dios entrega a cada grupo de almas que se conoce como pueblos y naciones. Esto era lo que Yo aspiraba a descubrir todos los días. Yo quería encontrar esa verdad.



Sentir la consciencia de cada nación, raza, cultura, creencia, era como nacer y renacer muchas veces. Así, fui aprendiendo con la esencia de cada pueblo y con lo más bello que ellos manifestaban. A partir de esa belleza encontraba la virtud oculta en cada ser, así como en cada nación en su totalidad, e intentaba ayudar para que esa virtud —que para Mí era un principio universal, un rayo divino— pudiera expresarse, salir a la luz, sobre todo ante quienes deberían vivirla. Percibí que la condición humana, muchas veces lleva a las consciencias a buscar, para sí mismas, algo que no les corresponde y oculta aquella expresión divina que es propia de sus seres. Esto se debe a que la atención está muy poco volcada hacia adentro y demasiado para el exterior: buscan en el otro lo que quieren para sí y no conocen la Presencia Divina en sí mismos.

Muchos se preguntan sobre el elixir de la juventud, y qué era lo que Me hacía vivir durante siglos y siglos sin envejecer, acompañando diferentes generaciones, en distintos países. En verdad, ingresé en una ley superior de renovación*, descubrí que la razón de la muerte y del envejecimiento era no ser capaces de vivir un verdadero aprendizaje, como también no pensar que esta vida llega a su fin. El envejecimiento es la señal de ese fin, es una advertencia constante y progresiva de nuestro propio mundo interno y físico de que nuestras oportunidades de aprender se están agotando.

Sabiendo eso, Yo vivía cada día como si fuera el último y hacía de la vida un aprendizaje y una transformación constantes. En cada nación vivía lo mejor y también lo peor, perdonando, transformando y trascendiendo en Mí las miserias que cada cultura imprimía en la consciencia. Por eso no necesitaba morir, porque la síntesis Yo la hacía en vida.

Trascendí las leyes de la materia y de la vida en la Esencia que las rige, y fue así que, en el Origen de todo, aprendí a vivir. Estaba más allá de las leyes materiales, viviendo en la plenitud de la materia; Yo las trascendía, respetándolas ampliamente, porque las vivía en esencia y no con superficialidad.

El elixir de la juventud despertaba la consciencia de esta verdad, pero dependía de cada uno que lo tomaba, porque él era la puerta hacia algo más profundo. Por eso cada ser lo vivió de acuerdo a los pasos que daba en su día a día, y sobre todo en su interior.



Como Saint Germain, tenía conocimiento no solo de las leyes superiores, sino también de la vida universal y cósmica. Recordaba conscientemente parte de Mi trayectoria en el planeta y reconocía que, al mismo tiempo que estaba en la Tierra, una parte de Mi Consciencia

seguía Su evolución en el cosmos y Se unía, cada día más profundamente a Dios.

El hecho de estar aún en la Tierra no Me hacía mejor ni peor en el universo, pues Yo buscaba la Esencia Divina tanto en el Origen como en todo lo creado. Si bien la unión con el Padre tenía lugar en el universo, también se daba en la Tierra, y la vida se convertía en una forma de servir, porque yo estaba abriendo el camino para que otros pudiesen encontrar su propia verdad interior.

Estuve entre los gobernantes y en aquellos lugares donde habita el poder humano, pero nunca fui partícipe de ese poder. Mi autoridad no provenía de este mundo y la fuerza de Mi presencia estaba en la vivencia de leyes superiores. Por ese motivo Me respetaban, Me escuchaban y casi siempre Me seguían.

Desde el momento en que la humanidad decidió aprender por sí sola y no escuchar a los Mensajeros de Dios, el Creador Me pidió que regresara.

Lo que conocieron como Ascensión fue, en verdad, la síntesis de Mi experiencia en la Tierra y el momento en que la última parte de Mi Consciencia, que aún estaba encarnada entre los hombres, ingresó en los mundos internos, en Oriente, en el lugar que conocen como Himalaya. Allí tuvo inicio un nuevo ciclo para Mí y para toda la humanidad.



En el lugar que conocen como el Himalaya, hace unos siglos, se preparó un espacio espiritual interno en el que se congregaron algunas consciencias con la misión de continuar impulsando a la humanidad, en lo que respecta a la ciencia verdadera, a la ciencia espiritual, a la ciencia de sí mismo y, en consecuencia, a la ciencia que revela

el propósito de la Creación Divina y conduce a la humanidad a la expresión de ese propósito.

Así como Yo, otras consciencias, a lo largo de la existencia humana, tuvieron la misión de impulsar a la humanidad a la Vida Superior y lo hicieron hasta cuando el Creador se los permitió. Después de eso, en el punto de su evolución que conocen como Ascensión —que es la trascendencia de la condición humana para ingresar en el verdadero arquetipo de la Creación— esas consciencias fueron congregadas para cumplir una determinada tarea. Una parte de ellas, que ustedes conocen como mónada, tenía la función más específica de auxiliar a la humanidad y permaneció en la Tierra, mientras que otra parte siguió su evolución y unión con Dios.

De este principio surge lo que ustedes conocen como Maestros Ascendidos. Les contaré acerca de eso.



Los Maestros Ascendidos, llamados así para servir de referencia a la humanidad, son mónadas reunidas para ayudar al despertar profundo de la consciencia humana revelando, a través de la ciencia espiritual, la Omnisciencia Divina para elevar al planeta por medio del conocimiento y de la sabiduría.

Nos reunimos en un espacio suprafísico¹⁸ y espiritual en los Himalayas, donde la paz y la sabiduría milenaria de los ancestros de la humanidad amparan esta misión. En ese recinto sagrado desarrollamos diferentes vertientes de la ciencia espiritual; también estudiamos y analizamos el desarrollo y el crecimiento humano, a fin de que esta ciencia siempre se renueve y que ella acompañe la evolución de la vida sobre la Tierra. De esta manera, los Maestros Ascendidos también continúan evolucionando y cumpliendo nuevas funciones en el Plan de Dios.

Con esta faz de Maestros Ascendidos, acompañamos a la humanidad en diferentes religiones, expresiones, líneas de evolución, porque buscamos trabajar en su consciencia más profunda y llevar todas estas manifestaciones humanas al Principio de Unidad⁴.

Al mismo tiempo que esas mónadas de los Maestros Ascendidos trabajan en los Himalayas, otras mónadas y partes más profundas de sus consciencias cumplen otras funciones, pero esas funciones no dejan de estar unidas en un único propósito: el cumplimiento del Plan de Dios para la evolución de toda Su Creación.

Cuanto más unida está la consciencia al Creador, más posibilidades tiene de servirlo y, de una forma más amplia, actuar en Su Creación. En el Proyecto Humano, además de ser Maestro Ascendido y regente de muchos espíritus en los mundos internos, Yo también guío, internamente, a parte de la consciencia ortodoxa para que mantengan su pureza y la unión con Cristo, a fin de que aquello que una vez estuvo separado pueda volver a unirse, y los apóstoles de Cristo no tengan distinción, sino un solo propósito de cumplir Su Plan, es decir la unidad entre Sus servidores.

También guío internamente algunas culturas orientales, tibetanas, para que la elevación las lleve a la unidad, porque Yo represento la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo y, por muchas vías, llegar a Su Corazón y a la unión con Dios.



El arte de la trascendencia y de la autotransmutación fue algo que los Maestros Ascendidos tuvieron que vivir para ser así llamados. Existen muchas formas de trascender la propia condición humana de letargo e ilusión, porque la humanidad, en general, se encuentra en un elevado grado de ignorancia e inconsciencia en relación a sí misma. Esto hace que todas sus potencialidades estén adormecidas u ocultas debido a

aquellos aspectos que la consciencia humana alimenta y hace crecer, por ser tan grande la ilusión que tiene en su forma de vida.

Muchos han vivido esta trascendencia a través del sacrificio, del martirio, de la entrega de sus vidas superando los límites del cuerpo, llevando al cuerpo físico ante desafíos extremos para que el ser comprendiese que, en realidad, lo que importa es el alma y el espíritu, que son imperecederos, mientras que el cuerpo es frágil y susceptible a las influencias y dolores del mundo.

Sin embargo, a medida que la mente humana se fue desarrollando y la consciencia se fue ampliando, el martirio del cuerpo ya no era suficiente ni siquiera necesario porque, a través del intelecto y de la experiencia espiritual, el ser ya podría comprender la fragilidad y la limitación de la carne para transformar la consciencia.

Comenzó entonces una revolución espiritual a partir de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, en la que el ser se transcendía y se transformaba en la consciencia, en la conducta, en los aspectos más humanos. Este es un martirio más profundo y aún más doloroso y eficaz que la flagelación de la carne para los que aman verdaderamente a Cristo, porque la consciencia se ve ante la grandeza de Dios y de su propia pequeñez y miseria. Al mismo tiempo que reconoce su condición de miserable, también puede vislumbrar su esperanza en el consuelo divino.

El tiempo siguió pasando y la humanidad siguió desarrollándose. En la época de las revoluciones, cuando las naciones clamaban por libertad e independencia, el espíritu también clamaba por libertad. De esa manera fue como la ciencia espiritual comenzó a desarrollarse con mayor profundidad y detalle.

El hombre comenzó a darse cuenta no solo de que era innecesario flagelar la carne, sino que también podía despertar su potencial en la materia, liberando a las células mismas de la condición de limitación y dependencia, sin perder su unidad con el Todo. Así fue como la

humanidad comenzó a buscar la liberación de la condición humana a través de la transformación de toda la consciencia, incluyendo el cuerpo, la microconsciencia celular, el universo que se esconde en las propias células.

La ciencia se unía, entonces, a la religión y muchos monjes que no fueron comprendidos, vivieron su expansión de consciencia y trascendencia de la condición humana. Con esta necesidad de un verdadero autoconocimiento, fueron surgiendo diferentes líneas de esoterismo; la filosofía también creció y, especialmente en Oriente, los ojos de los hombres comenzaron a abrirse.

Fue así como, desde los Himalayas, los Maestros Ascendidos continuaron profundizando la ciencia de la existencia humana e inspiraron a muchos seres que luego los acompañaron en los planos internos, como La Madre y Sri Aurobindo.



Para desarrollar la ciencia espiritual, que manifiesta la sabiduría sobre la vida humana desde su espíritu hasta sus células, primero es necesario pasar por el despertar de la consciencia. No se puede desarrollar una consciencia celular y atómica sin antes vivir los principios espirituales más básicos. Cada ser, según su misión, desarrolla la ciencia o camino espiritual que le corresponde. Como San José, por ejemplo, el camino que Me llevó a la unidad con Dios fue la simple vivencia de las virtudes de una manera sincera y transparente. Para construir caminos que acompañaran el despertar de la mente y el desarrollo de la consciencia, los Maestros Ascendidos permanecieron en la Tierra, instruyendo a la humanidad.

Muchos no comprendieron el esoterismo porque la humanidad separó lo que es la ciencia esotérica de la religión, y no comprendió que, en verdad, las vertientes espirituales, que surgen a lo largo de

los siglos, vienen para unir y complementar lo que hasta entonces la humanidad vivió.

A través de esta Obra cristiana ecuménica y universal que llevamos adelante, el Creador trata de poner en práctica esta enseñanza de la unidad para que la humanidad pueda despertar el arquetipo pensado por Dios, a través de la vivencia de las virtudes, la vida de oración y de la simplicidad del corazón, así como la vivencia de la sabiduría y el desarrollo del conocimiento cósmico y universal.

Hoy en día, —ciclo en el que el Tiempo del Universo* se une al tiempo de la Tierra—, no bastará la vivencia de las virtudes y de la religiosidad, así como la ciencia y la sabiduría en la mente no sostendrán por sí solas al alma. Es hora de unir vertientes y que todos los verdaderos caminos espirituales encuentren una senda única, estrecha, que conduzca a la unión con Dios. Por eso estoy aquí y, contándoles esta historia, uno esos conocimientos.



La alquimia, la ciencia espiritual, el esoterismo, la religión, la religiosidad, todos son caminos que buscan, en esencia, llevar a la consciencia humana hacia una misma meta: el despertar.

El despertar espiritual no es solo el acto de servir conscientemente a Dios, sino que el esfuerzo, la transformación, la persistencia diaria, la sed de conocimiento y la búsqueda de la sabiduría provengan de un amor verdadero, que nace en la consciencia que sabe que esta necesidad es real, urgente y prioritaria en la vida.

Muchos dan algunos pasos por un sentir del alma, un impulso del espíritu o por ser obvio, inclusive para sus mentes, que en este momento no hay otra salida más que la vida espiritual, que no hay otra forma para encontrar un sentido para continuar viviendo. Pero el despertar en sí

es algo gradual que tiene lugar en la consciencia, donde se consolida la transformación, donde el amor puede reinar más allá de la mente, donde el alma y el espíritu hablan y todo el ser escucha.

Cuando la vida espiritual se vive en la consciencia, el ser comienza a dar pasos verdaderos que trascienden su personalidad, porque en la consciencia está todo. En la consciencia está la presencia de la Jerarquía, está el Propósito de Dios, además de los impulsos personales y humanos. Para llegar a la consciencia es necesario despertar. Para despertar es necesario poner amor en lo que se hace, en el camino que conduce al ser a una profundización constante, sin importar cuál sea el sendero que lo lleve a la consciencia.

Busquen su propia consciencia, ese espacio del ser que trasciende la mente y abarca la verdad. Sientan cómo es vivir, pensar y actuar con consciencia, más allá de los aspectos humanos. En ella reina la neutralidad, la madurez y el servicio incondicional. En ella habita el arquetipo humano, eso que Es.



Como Maestros Ascendidos aprendemos a vivir con consciencia y en ella sentir todo lo que somos, desde las células físicas hasta el espíritu, encontrando el universo que habita en todo lo que se Es. Entrando en la consciencia y viviendo el microcosmos celular y atómico, volvemos a encontrar el infinito, descubriendo que todo es parte de una unidad e incluso físicamente en las ciencias de la Tierra, es posible llegar a la conclusión de la existencia de lo Divino en cada ser.

De esa forma, a través de esa experiencia, fue que vivimos nuevamente la unidad con Dios, ahora por otro camino, en el cual la ciencia se une al corazón trascendiendo la mente y las emociones en la consciencia. Así como esta parte de Mi ser vivía la unión con Dios como Maestro

Ascendido, otras vivían esta misma unión por otros caminos, como la fe ortodoxa.

Como guía interno y espiritual de la Iglesia Ortodoxa, aprendí la unión con Dios a través de la reverencia, del ceremonial y del orden físico e interior. A través de un verdadero ceremonial, realizado con respeto, reverencia y fe en cada acción, se atraen desde el cosmos principios creadores invisibles que transforman la condición humana y elevan a la humanidad de una manera muy simple y armoniosa.

El silencio atrae la paz interior, a pesar de todos los ataques propios de estos tiempos. La reverencia retira la consciencia de los estados humanos retrógrados y del reinado de los aspectos de la personalidad y, si es verdadera y no aparente, ayuda al ser a autotransmutarse y a vencerse a sí mismo en una batalla silenciosa.

Todo esto lo viví con otro aspecto de Mi ser que, al mismo tiempo, recorría su unión con Dios por otro camino.

Todas estas mónadas se encontraron en la unión divina, generando un equilibrio entre sí y permitiéndome dar nuevos pasos como ser espiritual.



Muchos piensan que vivir una única experiencia de santidad es suficiente para unirse a Dios y volver al Origen, pero en verdad, la primera experiencia de santidad es una puerta que se abre para que la consciencia comience a transitar este camino y, poco a poco, retorne a la Fuente de la cual salió.

Cuando viví en la Tierra como San José de Nazaret, no solo experimenté la santidad, sino también la unión absoluta con Dios a través de esa parte de Mi Consciencia, de esa mónada. De esta manera, el cincuenta por ciento de Mi Consciencia vivió la ascensión y la unión

con Dios. Se abrió una gran puerta no solo para Mí, sino para toda la humanidad.

Cuando Cristo vivió la Pasión y abrió, definitivamente las puertas y dimensiones que separaban a las criaturas del Creador, ascendió otra parte de Mi Consciencia que estaba participando de esa experiencia Crística en los planos internos, dando continuidad a lo vivido con María y Jesús en Su infancia.

Pero para vivir en plena unidad, faltaba que todo Mi ser y Mi consciencia vivieran en unidad con el Padre. Por eso elegí el camino del servicio eterno a Su Plan, especialmente en lo que respecta a la humanidad.

Como Saint Germain, ascendí a los planos internos del planeta, donde seguí sirviendo al proyecto de la Tierra, y fue allí en los mundos espirituales, que toda Mi Consciencia finalmente vivió en unión con Dios. Esto significa que todo Mi ser, en cada espacio, en cada cuerpo, en cada dimensión, vivió el Amor Crístico, Amor que trasciende intereses, preferencias, trasciende incluso el amor a sí mismo, el amor a la propia vida.

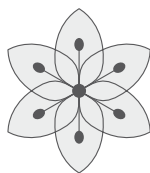
Les contaré, entonces, cómo eso sucedió, cómo nació y emergió este Amor en Mi ser.



An aerial photograph of a vast expanse of turquoise water, showing numerous small whitecaps and ripples across the surface. The water's color is a deep, vibrant blue-green. In the bottom right corner, the text 'Capítulo 7' is printed in a white, serif font.

Capítulo 7

Criadero de la Ballena Franca Austral
Santa Catarina, Brasil



Cuando hablo de Amor Crístico, hablo del Amor alcanzado por Cristo en la Cruz, ese Amor que se guarda como potencialidad en cada ser humano y que caracteriza este proyecto de Dios en la Tierra. Es un Amor desconocido para muchos seres en el universo, porque trasciende el bien común, la necesidad de evolución y la obediencia irrestricta al Creador. Es un Amor que incluso renuncia a su propia evolución para dar oportunidad a los demás. Es un Amor que, muchas veces, pone en riesgo el bien de muchos para salvar a un solo ser que está perdido. Es un Amor incomprensible para la mente y que no encaja en la consciencia ordinaria, por eso la expande.

Comencé a experimentar una gota de ese Amor como José de Nazaret y con cada acto de renuncia, al dejar que el Hijo de Dios se expresara más allá de Mi intervención como Su padre, ese Amor crecía dentro de Mí.

Después de Mi muerte, acompañando el crecimiento, la Pasión, la muerte y la Resurrección de Cristo, ese Amor llegaba a nuevos espacios de Mi ser. Y habiendo ascendido como Saint Germain, y con tantas otras experiencias de santidad y verdadera unión con Dios, renuncié a estar en otros universos y dimensiones en los que la dualidad da paso a la unidad. Fue así, renunciando a Mi evolución para ayudar a los seres humanos, que Yo permanecí en los mundos internos del planeta.

El grado de Amor dicta el grado de evolución. Cuanto mayor es el Amor, más perfectamente unido a todos los Rayos y Principios Divinos se encuentra el ser. Por eso, a pesar de haber renunciado a la evolución universal, viví en los mundos internos del planeta una expansión de consciencia que Me unía a todos los rayos y principios de la vida. De esta manera podía vibrar en las escalas de la trascendencia, de la

omnisciencia, de la liberación y de la omnipresencia. Esto convertía a Mi ser en un vehículo para esos principios y Me daba la posibilidad de sentir con el Corazón de Dios y de estar donde fuera necesario para auxiliar a la humanidad. Por eso Me convertí en Su siervo eterno e incansable.

El Amor crecía en Mi Corazón con cada acto de servicio y, por más que aparentemente solo tuviera motivos para perder la esperanza, Yo podía sentir la Fe del Corazón de Dios que es inexplicable, porque Él conoce lo que nadie conoce sobre el Proyecto Humano, y el motor de Mi servicio era esa esperanza divina y así es hasta hoy.

Cuanto más sentía con el Corazón de Dios, más sentía a Su Hijo y al Espíritu Santo. Poco a poco fui participando de esa Consciencia Trina, al principio como un espectador, como alguien que Los sentía y Los vivía con naturalidad, simplemente por Amar, como Ellos, el Plan Divino.

Todo empezó con actos de renuncia para que otros crecieran y Yo disminuyese; para que la Voluntad de Dios triunfase y no solo Yo triunfara. Amaba a la humanidad porque amaba lo que Dios creó y lo que Él pensó con tanto Amor y Perfección para el hombre; y no lo pensó para un solo hombre, lo pensó para todos.

En todos los seres de la Tierra reside la Voluntad del Creador de triunfar, yace Su Perfección, oculta y adormecida. En cada ser está la inextinguible esperanza de Dios, y ese misterio era el motor de Mi creciente Amor por el Proyecto Humano.



Cuando el ser verdaderamente se dispone a servir, poco a poco, toda la consciencia participa de ese acto; no importa si se trata de un servicio material, espiritual, público o silencioso. El acto de servir se

caracteriza por la donación: es cuando el ser dona algo de sí mismo a los demás o a toda la humanidad.

En los mundos internos del planeta, en la vida evolutiva y espiritual, el servicio es una premisa, es una de las condiciones para que el ser evolucione. Si no hay donación de sí, no hay evolución, porque Dios mismo, Creador de todas las cosas, para crear, Se dona a cada una de Sus criaturas. No hay nada en el universo que haya sido creado por Dios que no contenga en sí una parte de Su Consciencia Divina. De esta manera, pueden comprender que retornar al Origen Divino, al Padre Creador, comienza por reinsertarse en Sus leyes, en Sus principios, más que en Su Voluntad, en Su forma de vivir y de existir. Allí comienza el camino de retorno, y esto es lo que se aprende y que se profundiza cada día en los mundos internos de este planeta y de todos los demás que siguen la Voluntad de Dios y que aspiran a retornar al Divino Principio de la Unidad.

Por eso los animo tanto al servicio y a donarse a sí mismos, porque este es un principio simple, básico, que se puede vivir más allá de la condición humana, de la condición de error, imperfección o en cualquier grado de redención. Inclusive, sirviendo es como se entra en los caminos de la verdadera redención.



La renuncia es el segundo atributo o virtud que se aprende en la vida espiritual, cuando el ser decide emprender el camino de regreso al Padre.

La renuncia surge como consecuencia del acto de servir. Quien aprende a servir, de verdad, también aprende a renunciar, pues sabe que, siendo la Obra de Dios una sola, no existen competencias por mejores lugares evolutivos, ni tampoco es necesario acumular algún bien, ya sea material o espiritual.

En este camino hablo de una renuncia que, en su trayectoria por la Tierra, los seres humanos no conocen porque no son conscientes de ella. Es la renuncia a la propia evolución, la renuncia a dar grandes pasos de regreso al Origen para tomar de la mano a los que quedaron atrás.

Esta renuncia es el fruto de la profundización del servicio y también del Amor que despierta en los corazones pero, sobre todo, en la consciencia.

En la Tierra aprendemos a dejar atrás a los que no caminan deprisa y luchamos, día a día, por nuestro propio desarrollo espiritual, por nuestras virtudes y por nuestra evolución personal. Es una competición muy sutil y a veces invisible, pero en la vida del espíritu, cuando se trasciende la condición más densa de la humanidad, todo se ve y todo es transparente. No obstante, la consciencia también abarca horizontes más amplios y sus metas ya no son las mismas.

Aquellos que experimentan un mínimo del Amor de Dios en sus propios corazones pueden comprender qué es, en esencia, el Principio de la Unidad y cómo se llega a él; saben que la unidad se vive cuando todo despierta en sí el Amor, cuando toda la vida camina hacia Dios y no solo un ser.

La Renuncia es un principio divino porque, al crear, el Creador renunció a ser Él mismo, renunció a ser Único para esconderse en todo; renunció a ser protagonista de la vida para estar oculto en Sus criaturas y muchas veces ser ignorado por ellas, impulsando y amando, en silencio, a cada uno de Sus hijos.

Por esa razón, para retornar a Dios, las criaturas tendrán que vivir cada uno de Sus principios. Después de comenzar a servir, deben aprender a renunciar.

El gran misterio de todo esto es que quien renuncia a todas las cosas, un día descubre que las tiene a todas dentro de sí.



Otro paso para unirse a la Consciencia Divina es la reverencia, reverencia que en verdad es el resultado de un corazón que sabe ser humilde y despojado de sí; un corazón que ya ha aprendido a servir y a renunciar.

El Creador expresa todos los días Su máxima reverencia, amando y adorando la esencia de Sus hijos, reconociendo que en ellos existe un potencial único de Amor, reconociendo que en ellos reside la esperanza de todo el universo, el fin de la dualidad, el principio de la libertad y de la paz.

Dios reverencia el corazón humano porque Él conoce la Verdad, y es ella la que es reverenciada. De esta manera la reverencia, que debe vivir aquel que ama al Padre y a Él aspira retornar, es la que nace de la Verdad, de conocer la verdad de cada ser, de cada Reino y no solo de ver lo aparente, lo imperfecto. Viviendo el Principio de la Reverencia, la consciencia se aproxima a Dios, porque poco a poco logra encontrarlo en todo.

Esta reverencia es la que nació en Mi ser a través del despertar, cada vez más profundo, que vengo a entregarles hoy. Para vivirla es necesario esfuerzo y perseverancia, porque deben vencer la condición humana de juzgar, de criticar y la necesidad de buscar los defectos ajenos para sentirse superiores. Todo esto no vive en el corazón de quien aprendió a ser reverente y, más que eso, que despertó ese don divino dentro de sí mismo para unirse con Aquel que ES la Divinidad misma.

Reverencien a cada ser, a cada Reino, a todo lo creado por Dios, a la Vida misma, y llegarán a Él, porque Él está en todo.



El siguiente paso que se debe vivir para la unión con Dios es despertar la pureza del corazón, de la mente y del espíritu.

El Creador manifestó Su Pureza al emanar la consciencia de María Santísima, Fuente de Paz, Humildad y Compasión para todos los universos. Sus criaturas manifiestan pureza cuando emanan pensamientos, sentimientos, gestos, oraciones, estados del ser y del espíritu, que están llenos de Paz, Humildad y Compasión; cuando pueden sentir y vivir bajo el Espíritu Maternal de María, acogiendo a toda la vida, como la Madre Divina, que ampara a toda la Creación y a cada ser por igual.

Esta pureza existe en el interior de todos los seres, porque todos provienen del Vientre de la Creación; ella corre como la sangre por las venas de los hijos que portan los códigos heredados de sus padres. Asimismo, los principios de Aquel que los creó están en el interior de todo ser viviente. Es necesario escoger expresar estos principios divinos y no alimentar las tendencias del mundo.

En los planos internos del planeta, esta batalla aún continúa, y los espíritus viven un acto constante de dejar de ser lo que son, para ser semejantes a Dios.

La gran clave de todo está en la persistencia y en la rendición, para que lo que ustedes son, pueda emerger naturalmente; y que amen al Creador, amen lo que Él Es para que Eso despierte en sus seres, así como, poco a poco, se despertó en Mi espíritu y se reflejó en todos los aspectos de Mi Consciencia, según cada uno Lo acogía.

Sean mansos como Yo Lo fui y podrán recorrer este camino, porque todo lo que les digo, en verdad, es para inspirarlos a dar los mismos pasos.



A cada instante en la evolución de un servidor de Dios debe crecer el amor por Su Plan. Es un amor misterioso que despierta con la rendición del ser cuando la consciencia decide cumplir la Voluntad Divina y renunciar a toda voluntad propia.

Mientras vive en la Tierra, la consciencia aún tiene mucha dificultad para amar el Plan de Dios y Su Voluntad, porque son temas desconocidos para ella. Pero poco a poco, al observar cómo se mueve el Creador y cómo guía a Sus criaturas cada día, el ser puede percibir lo que no construye Su Plan y lo que no corresponde a Su Voluntad.

Aquel que verdaderamente aspira a seguir los designios del Padre, debe clamar por el despertar del amor en el corazón, amor a Su Plan.

Pidan que se borre de sus mentes y consciencias todo miedo a lo desconocido, porque en verdad todo es conocido, todo es parte de un Todo que es la Consciencia Divina. Por eso, al caminar de regreso a la unión con Dios no hay nada que temer.

Muchos piensan que se están perdiendo a sí mismos, Yo también lo pensaba y sentía así. Cada día percibía, que una parte de Mí, de Mi Yo personal, iba desapareciendo no física ni etéricamente, sino espiritualmente, y también en los planos astral, mental y anímico. Pero un día Me di cuenta de que lo que en realidad desaparecía era la identidad personal que asumimos, tanto en el mundo como en el universo, ese sentido de individualidad que nos hace concebirnos separados del Todo y que dificulta nuestra comprensión de la unidad.

Cuando se ama el Plan y la Voluntad de Dios, el ser vive muchas renunciaciones conscientemente y así es como, poco a poco, esa identidad se desvanece dando paso a un vacío espiritual que, más adelante, el corazón reconocerá como la Unidad con Dios.

Con esto les voy mostrando que todas las virtudes son hilos de una única red, hilos que se unen, que se entrelazan, que forman parte de un Todo, de un cuerpo pleno y único. Sin embargo, cada uno en sí mismo es necesario para que ese cuerpo exista. Es el Todo, el Cuerpo Divino formado por la expresión más pura de la Vida que se dibuja con los Principios de la Creación, y que en la Tierra se conocen como virtudes.



No piensen que el camino de ascensión y unión con Dios es una vivencia natural y espontánea de las virtudes. Aun cuando la consciencia trasciende los planos materiales e ingresa en los niveles internos del planeta, o más allá de él, es necesario esforzarse permanentemente y vivir un sacrificio consciente e incluso mayor que el vivido en la Tierra. En ese estado, la consciencia se expande y abarca un nivel de comprensión que no alcanzaba antes. Esto significa que el ser puede vislumbrar más claramente las razones por las que debe vivir dicho sacrificio, el esfuerzo y la unión con Dios. Sabrá que esa vivencia no es para sí, sino por el estado en el que se encuentra este planeta, y por consiguiente este universo.

Para algunos, una mejor comprensión del estado de este mundo es un motivo de perseverancia y les da empeño y coraje para seguir adelante. Pero otros pierden la fe y la esperanza si no encuentran su fortaleza en Dios.

No importa en qué estado evolutivo uno se encuentre, todo aquel que se retira de la vida en la Tierra y va a otro plano que no sea material, ve más ampliamente no solo su propio estado, sino el estado del planeta en su conjunto. Es en esa hora que cuenta la fortaleza que se construyó en este mundo porque, basados en ella, los seres dan los pasos futuros.

Buscan a cada instante un sacrificio mayor que el anterior, una renuncia mayor, una entrega mayor. El camino de retorno al Origen no es

tan natural como el camino que se hace para llegar a la vida, porque los seres humanos se apartaron de las leyes naturales de Dios, de Sus principios, de Su camino. Por eso todo desvío, todo error debe corregirse, paso a paso en el camino de regreso. Es como convertir célula por célula, sabiendo que cada una guarda en sí un universo personal.



Cada momento de la existencia de quienes transitan el camino de retorno al Origen es una batalla interna y externa al mismo tiempo. Interna, porque con el esfuerzo adecuado y con la Divina Misericordia tendrán que convertir cada célula de sus cuerpos, inclusive las inmateriales, ya que los cuerpos sutiles también están formados por células, y ellas también guardan en sí un vasto universo de semejanza oculta con Dios.

La batalla externa es el acto de enfrentar todos los ataques, interferencias y asedios que llegan contra el Plan Divino. Esta batalla es constante y se torna más intensa a medida que el Plan de Dios avanza. Aun cuando el ser alcance dicha unión con el Padre y vibre en la dimensión de la Unidad Divina, la batalla continúa. Y a pesar de estar ante ella de otra manera, con otro entendimiento y otra forma de batallar, siempre existirá hasta que el Plan de Dios triunfe; porque el Creador mismo lucha día y noche con el poder de Su Amor para proteger a Sus hijos y, aunque algún día Su Justicia deba corregir los caminos humanos, aquellos que se arrepintieren y despertaren, incluso en la última hora, recibirán una oportunidad.

Por esta razón, la trascendencia y la autosuperación son eternas, para despertar en sí un amor que sea capaz de vencer cualquier desesperanza cansancio externo o espiritual y desfallecimiento.

La vida de quienes se ofrecen a ser soldados de Cristo en este tiempo es una eterna preparación para ingresar en el sacrificio permanente y sin tregua, para que a través de la propia entrega y trascendencia de

sus aparentes limitaciones y capacidades humanas, despierten a un Amor que libere el potencial no solo de sus espíritus, sino también de sus células.

Todo esto lo viví como Saint Germain, como San José, y sigo viviéndolo como consciencia cósmica y divina, porque el desarrollo del Amor es eterno, la entrega es eterna. El Amor es la evolución de los universos.



Cuando se trasciende la condición material y la más densa condición humana, el ser vive otros aspectos de los atributos divinos, otros aspectos del sacrificio, de la entrega, de la humildad, de la renuncia... Es como si la consciencia se fuera aproximando a principios cada vez más puros de la misma energía, del mismo atributo.

Así, pueden comprender que el final de este camino es el encuentro con la Fuente, de donde parten todos esos principios divinos hasta llegar a la expresión humana.

Como Maestro Ascendido viví aspectos del sacrificio que conciernen a la superación de todas las metas personales, incluidas las que tienen que ver con el Proyecto Divino pero que, en el fondo, son parte de una comprensión personal de ese proyecto.

Es un acto permanente de entregar cada instrucción ofrecida, cada impulso dado al corazón humano, porque hasta para Nosotros ese corazón es imprevisible y responde de las formas más inesperadas a aquello que recibe.

Por lo tanto, por más que la aspiración de todo servidor de Dios sea que Su Plan se cumpla, tuve que aprender a renunciar, todos los días, a cualquier aspiración y esperanza en relación a su cumplimiento y, al mismo tiempo, darlo todo y hacer todo para que él se cumpla.

De esta manera, fui aprendiendo acerca de la Ley de la Divina Donación, que es el acto de donarse a sí mismo y todo lo que se tiene para el cumplimiento del Plan, con toda fe y amor, y luego dejar que el Padre haga con esta donación según Su Voluntad. Y que cada corazón reciba lo que le corresponda, según su apertura, sin esperar —ni siquiera internamente— una respuesta o un resultado por el impulso que se entregó.

Entonces, fui aprendiendo verdaderamente, sobre el amor desinteresado, y él se fue profundizando cada día más, hasta que ese desinterés llegara a lo más profundo de Mi ser y la donación de Mi espíritu se diera por el simple hecho de que el Amor existía en Mí.

Aprendí, entonces, cómo Dios ama y cómo Él se entrega a Sus criaturas en todo momento, ya que Él es la donación misma. Me aproximé así un paso más a Dios y Me uní un poco más a Su Divino Corazón.



La expresión del Amor de Dios es la vida misma. Todo lo que respira, todo lo que vive, desde el menor de los Reinos de la Naturaleza hasta las expresiones de mayor magnitud, en todo está el Amor de Dios por Sus criaturas. En todo, hijos, está Él mismo, expresando Su gratitud por la existencia de la Vida, por poder crear y recrearse a Sí mismo en muchas formas, con un propósito divino, multiplicando en muchos seres ese Amor potente y universal, que es Único.

El Amor en el corazón recrea la vida de cada criatura de Dios, la multiplica y la hace fecunda. Cada ser, por menor que sea, es un pequeño Dios, un pequeño Creador, que puede limitarse a la reproducción de su propia especie, o puede expandirse a un vasto universo de creación donde cada acción genera vida, cada pequeño pensamiento genera vida, cada sentimiento genera vida.

Si los seres amaran, al exhalar emanarían una nueva vida; exhalarían el aire de la expresión del Amor del cual podrían respirar muchos seres que no pueden vivir el Amor de esa forma, podrían respirar y sentir, en sí mismos, el fruto fecundo de ese Amor.

Unirse a Dios es un don oculto de toda criatura. No es necesario trascender la vida para hacerlo, pero siempre sucede así porque el hombre no ha aprendido que es, en sí mismo, la unidad y que su vida es expresión del Amor de Dios.

Este misterio se guarda en la gratitud, en observar la vida y agradecer, en el querer ser un hombre pleno en Dios y expresar al máximo la Perfección Divina que habita en él, simplemente para poder retribuir y corresponder a semejante Amor que se esconde, inclusive en sus células.

La Perfección de Dios se encuentra en cada órgano, en cada sistema, en cada glándula, en cada célula, en cada átomo... En todo está el Amor del Padre por Sus hijos. La gran alquimia de la vida es trascender la condición limitada del ser humano de superficie para vivir, en verdad, este principio divino que habita en sí.

Vengo como alquimista y padre de la humanidad, a inspirarlos a "Amar y ser Amor", porque en este tiempo de milagros y con la consciencia que alcanzó la humanidad, no necesitan perder la vida para luego conocer su valor y desentrañar sus misterios.



Cuando la consciencia se adentra en los misterios celestiales y comienza a experimentar el Amor Divino Incondicional, el verdadero Principio de la Gratitud emana de su corazón.

La humanidad aprendió a agradecer, a lo largo de su existencia, por lo que le produce algún beneficio, lo que le aporta alguna gracia o alegría, y lo que llena su espíritu.

A medida que el alma ingresa más profundamente en la vida espiritual, va reconociendo la necesidad de agradecer las tribulaciones, pruebas y tentaciones que vive, porque comienza a comprender que todo es parte de la Divina Voluntad; todo es parte de un movimiento de perfeccionamiento espiritual; toda prueba puede ser un vehículo de transformación para los seres.

Pero si un ser profundiza aún más su unión con Dios encuentra en su interior un principio de gratitud divina que es más que un sentimiento de gratitud. Es un estado permanente de consciencia, un estado que se construye con la vivencia de las otras virtudes y que se consolida con la propia experiencia de ser agradecido.

A medida que el Amor de Dios fue llenando Mi consciencia y todo Mi ser fue encontrando ese estado espiritual e interior de gratitud, que emergió de forma natural por el simple hecho de amar, era como si la gratitud fuera el resultado de los impulsos del Amor. Aún después de Mi ascensión, a pesar de todas las atrocidades del mundo a lo largo de la historia humana, Yo encontraba una manera de agradecer a Dios, inclusive por aquellos que no vivían esas situaciones y que tendrían la oportunidad de equilibrarlas.

La gratitud Me permitía no perder la esperanza y encontrar formas de ayudar a la humanidad con diferentes estrategias, inclusive ofreciendo ese estado interior de gratitud como una forma de reparar el Corazón Divino.

La gratitud pasó a ser el vehículo de las nuevas energías para el planeta. Como estaba agradecido por todo, era capaz de renovarme y de renovar todas las cosas, hasta las más deterioradas y perdidas.

Cuando veía, por ejemplo, un alma desamparada y perdida, agradecía a Dios porque sabía que el hecho de estar tan perdida la llevaría, algún día, a buscar al Padre, porque necesitaría encontrarse a sí misma. Así, a través de la gratitud y de la comprensión de cada situación del planeta, generaba méritos para interceder por las almas y por todo.

Descubrí en la gratitud la manera de convertir los errores, de enderezar los caminos y unirme a Dios por encima de cualquier circunstancia. Este fue un paso más que di en dirección al Altísimo.



Muchos piensan que, al trascender la vida, no hay más sentimientos, pensamientos, pruebas, dificultades... En verdad, hijos, el plano de la materia es un espejo densificado de la vida que se lleva en niveles un poco más elevados. Claro está que la propia condición material hace que la vida tenga ciertos factores que no existen en el universo, como la forma cotidiana de vivir de la humanidad: con empleos, compras, necesidades corporales, el cuerpo en sí mismo, con toda su condición perecedera...

Sin embargo, el ser humano, como consciencia, es el reflejo de un nivel inmaterial: refleja lo que es en espíritu, alma y consciencia. Y muchas veces las dificultades que vive en la Tierra son las mismas que tiene en el universo, ya que los principios de la vida son los mismos.

El Creador emana de la Fuente un rayo universal y ese rayo va cruzando las dimensiones y se manifiesta en cada una de ellas conforme los seres pueden entenderlo. En las dimensiones más cercanas a la Consciencia Divina este rayo es más puro y expresa impulsos cristalinos, porque quienes lo reciben pueden vivir más puramente lo que Dios emanó. En las dimensiones inferiores, ese rayo llega densificado por la condición esas dimensiones pero, a pesar de eso, contiene en sí mismo un principio divino incorruptible. Esas son las virtudes y los dones.

De la misma forma ocurre con las miserias y las dificultades, pero inversamente. Ellas también existen en otros niveles del universo, porque todo el universo es dual. Las miserias solo no existen en las dimensiones divinas donde la dualidad ha sido trascendida por el

Principio de Unidad. Pero por debajo de las dimensiones de unidad, donde existe la dualidad siempre hay aspectos que trascender.

De esta manera les explico cómo una consciencia ascendida aún vive sus niveles de prueba, trascendencia y dificultad que, aunque no son tan burdos y densos como lo son en la materia, existen y requieren esfuerzo, entrega y sacrificio de los seres.



Para conocer la vida universal, primero deben comprender la condición humana para luego comprender la unión que existe entre una y otra.

Tanto los impulsos que vienen de arriba hacia abajo como los de abajo hacia arriba, influyen en la evolución de los seres. Comprender la condición humana de una manera más científica, digamos así, ayuda a algunos tipos de consciencia a salir del punto en el que están, porque encuentran la manera de elevarse más allá de las mezquindades diarias y ver, inclusive lo cotidiano, de una forma más elevada, entendiendo sus raíces.

Para eso existen los Maestros Ascendidos, para guiar a la consciencia humana en su elevación y, por lo tanto, en su autotrascendencia. Sin embargo, los propios Maestros Ascendidos siguen su evolución y también necesitan instructores y guías internos que los conduzcan a dimensiones cada vez más sutiles, donde los principios de la existencia son más puros.

En algunos casos, los guían consciencias universales que son operadores del Creador y de Sus arcángeles. Seres que responden directamente a un llamado celestial y tienen una profunda responsabilidad con toda la vida, con toda la existencia.

En otros casos, pueden ser guiados por los mismos arcángeles, según su misión. Yo, como Maestro Ascendido, fui guiado e instruido por el Arcángel Metatrón.

Con esta instrucción arcangélica, Me fui aproximando a Dios con toda Mi consciencia al mismo tiempo. Y a diferencia de cómo se vive en la Tierra, nunca dejé la función de instruir a otros para ser instruido. Todo sucedía simultáneamente; incluso el servicio de instrucción y de guía de la humanidad Me permitía comprender mucho más ampliamente lo que aprendía del Arcángel Metatrón, porque Él Me enseñaba sobre el Amor de Dios, y Yo aprendía poniéndolo en práctica.



El Arcángel Metatrón se acercó a Mi consciencia porque Él representa en el universo, como en toda la Creación, un puente hacia la Consciencia Divina. Él aproxima la Divinidad del Padre a la materia y tiene como una de Sus misiones elevar a las criaturas de Dios a las dimensiones de la Suprema Unidad.

Por esta razón, muchos seres humanos, a lo largo de su existencia, tuvieron un estrecho contacto con Metatrón, inclusive los patriarcas. Él venía en nombre de Dios, enviado por el Padre. Su voz era la Voz de Dios, Su voluntad era la Voluntad de Dios, Sus designios eran los Designios del Padre. Él era solo Su instrumento. Por eso muchos patriarcas tuvieron contacto con el Arcángel Metatrón y pensaron que era un aspecto del Creador, del Único, llamándolo El-Shaddai, por Su unión particular con Dios y Su función como puente hacia el Creador.

A lo largo de Mi experiencia en la Tierra viví algunas instancias de contacto con el Arcángel Metatrón y muchas veces no lo sabía. Él venía en nombre del Padre, solo transmitía el mensaje del Creador

y no revelaba Su propio nombre, ni Su faz arcangélica. Simplemente traía el Rayo de la Voluntad y se retiraba.

Pude reconocer el verdadero rostro del Arcángel Metatrón y Su misión para la humanidad solo como Maestro Ascendido, cuando Él fue enviado por Dios para guiarme.

El Arcángel Metatrón Me enseñaba con Su ejemplo. Muchas veces Lo acompañé en consciencia y omnipresencia, durante algunas de Sus misiones en el planeta, para comprender cómo un ser arcangélico vivía la Voluntad de Dios, cómo Él estaba unido plenamente a la Voluntad del Padre y Su ser se tornaba un vehículo puro de Su Voluntad, vacío de Sí mismo y de condiciones humanas y materiales, de cualquier densidad o vibración.

El Creador aspiraba a que Yo alcanzara ese grado de pureza angelical para cumplir Su Voluntad de manera cristalina y ser portador de Su Instrucción para la humanidad, tal como lo hacían los arcángeles, y por eso Me envió la presencia de Metatrón.

Yo estaba imbuido de las vibraciones de Su ejemplo y cada vez que observaba Su Amor por Dios y el vacío de Él mismo ante la Divina Voluntad, más Me inspiraba a vivir ese Amor y ese vacío.

Claro está que eran condiciones diferentes. Yo era una criatura material de quinta dimensión y Él era un ser de evolución arcangélica, totalmente desvinculado de los estímulos materiales retrógrados, pero si Dios Me pedía que sintiera como Él, Yo lo intentaría a cada instante.

Y así comencé una nueva etapa evolutiva, un nuevo paso de unión con el Creador.



Las virtudes que expresan los ángeles no son diferentes de las virtudes que el Creador espera que los hombres expresen, porque como les expliqué, todas las virtudes y dones son principios de una misma fuente: la Fuente Divina. Lo que diferencia a estas expresiones en las criaturas, es la pureza de las dimensiones en las que habitan y con qué grado de transparencia estos principios llegan hasta ellas.

En el caso de los ángeles, ellos están en dimensiones muy cercanas a la Fuente Divina y algunos conviven con el Creador en Sus dimensiones de unidad; son como Sus extensiones que se expresan en muchas dimensiones a través de una forma angelical.

Los ángeles y arcángeles pueden atravesar todos los niveles de existencia y están incluso en dimensiones materiales, como los ángeles de la guarda, sin dejarse impregnar por las bajas vibraciones que irradian estas dimensiones, sin perder la pureza y unidad con Dios que es propia de sus seres.

A diferencia de la evolución humana y de todas las demás civilizaciones del cosmos, los ángeles fueron creados por Dios y no perdieron su semejanza y unidad con Él.

Así como las criaturas, los ángeles y arcángeles fueron enviados a muchas partes del universo, pero la obediencia y la falta de libre albedrío fueron el hilo que los mantuvo siempre unidos al Creador.

En el caso de la humanidad y de todas las criaturas materiales existe un tipo de evolución diferente, porque esa unidad se perdió y debe reconstruirse a lo largo de toda su evolución para que puedan retornar al Origen.

La instrucción que los ángeles brindan a algunas criaturas, como sucedió Conmigo, es para que ese ejemplo de unidad las conduzca a

la vivencia del mismo principio y de esa misma manera, con la misma pureza, pero sin dejar de tener un aspecto de la consciencia sirviendo en niveles materiales.

En el caso del Hijo de Dios, por ejemplo, no solo fue instruido por los ángeles, sino que fue llamado a entrar con toda Su Consciencia Espiritual en la evolución angélica. Así llegó al principio de existencia llamado "Ángel Solar" que aún se refiere únicamente a Cristo ya que Él fue el primero en trascender la condición de criatura material para ingresar en la evolución angélica, dado que Su unión con el Padre no solo era semejante a la de los ángeles sino que iba más allá de ella.

En Mi caso, como aún tenía aspectos de la consciencia que deberían servir en niveles muy cercanos a la materia, fue una parte de Mi Consciencia la que entró en esta experiencia y no se convirtió a la evolución angélica, pero aprendí a expresarme con el mismo grado de unidad que los ángeles tenían con Dios, por medio de la ayuda y guía del Arcángel Metatrón.



Al contrario de lo que muchos piensan, mientras avanzaba por el camino de la ascensión y de la unión con Dios y Me desconectaba de los procesos materiales y de todos los registros que traía de la materia, perdiéndome de lo que fui, más encontraba la Verdad, más encontraba lo que soy.

Las experiencias vividas por Mí se sublimaban en el fuego de la luz arcangélica, y su amor hasta entonces desconocido comenzaba a tomar lugar en Mi Consciencia. Ya no sentía ni pensaba como un hombre, pero entendía el pensamiento y los sentimientos humanos. Ya no había en Mi ser temores, ansiedades, deseos, miedos o incluso aspiraciones. Había un gran vacío de todo lo conocido. Sin embargo, este vacío pronto era colmado por impulsos superiores, por una Voluntad Mayor.

Dios no Me hablaba en el lenguaje de los hombres, sino en el lenguaje de los ángeles, en el que el verbo y el silencio se encuentran, porque el Pensamiento del Creador y de Sus criaturas es uno solo.

Los ángeles manifiestan la vida, los planetas, las esencias, sin ningún mérito individual, porque es Dios mismo quien crea a través de ellos. Son realmente lo que llamamos Instrumentos del Creador, y todos somos llamados a vivir eso.

El vacío que uno experimenta en la vida humana es diferente del vacío absoluto que se experimenta en la ascensión. Sin embargo es necesario vivir el primero para experimentar el segundo, es un ejercicio espiritual que realiza la consciencia para ingresar, más adelante, en el camino de la unión completa con Dios.

Mi ser vivía diferentes experiencias en diferentes niveles, y en todos aprendía y unía esos aprendizajes en un solo objetivo: el retorno al Origen.

Existe una parte de la consciencia responsable de ella misma en su totalidad, que es el ser cósmico. En él se encuentra la mente cósmica, el alma cósmica, la mónada* más experimentada y la esencia como principio divino en su máxima pureza. Es ese ser el que vive conscientemente la unión con Dios y que recoge las experiencias vividas por sus diferentes mónadas, expresiones de la mente, de las emociones y todo lo que el alma a nivel material sintetiza.

Las criaturas de Dios se asemejan al cosmos: está la galaxia, que es el ser cósmico, y están todos los universos que circundan esta galaxia, donde la vida se multiplica muchas veces, en diferentes niveles —conscientes e inconscientes— como mente, alma, mónada, espíritu y esencia. Todo este misterio les será revelado poco a poco.

A medida que la consciencia se desarrolla, sus cuerpos también se desarrollan, como sucede con las galaxias y los universos que se renuevan, se dividen y se multiplican, porque el cambio acompaña a la evolución.



Cada mónada* vive una experiencia diferente según su necesidad evolutiva, y las experiencias de todas se complementan y forman la síntesis y el paso evolutivo que el ser cósmico da en su unión con Dios.

Lo que les he dicho sobre la instrucción que recibí del Arcángel Metatrón se refiere a Mi ser cósmico, esa parte de Mi Consciencia que alcanzó la unión con Dios también a través de la elevación de todos los aspectos de Mi ser.

Como les conté, además del Maestro Ascendido, otras tres mónadas Mías están trabajando en los niveles internos del planeta. Como Saint Germain, todavía actúo en el nivel de superficie, y también con una faz de guía interno de los monjes ortodoxos del Monte Athos. Allí viví una experiencia importante y con esa misma mónada permanecí instruyendo, internamente, a Mis hermanos que hoy sostienen gran parte de la transmutación del planeta. Con esa faz hago un puente con la Consciencia de Cristo y les envío impulsos para que perseveren en la búsqueda de la Vida Crística a pesar de todos los embates que viven.

En los mundos internos del Monte Athos, hay un monasterio interior, en el que una parte de Mi ser se dedica a la contemplación y a la unión con Dios. Y cuando es necesario, en omnipresencia, Me traslado a otros espacios del planeta. El silencio y la unidad interior con Dios son aportes que esta mónada realizó desde su pasaje por la superficie.

En los mundos internos del Desierto de Gobi se encuentra otra parte de Mi Consciencia que presta un servicio de transmutación y equilibrio del continente asiático, también a través del silencio en todos los niveles. Allí Me uno al espíritu del planeta, el llamado Logos Planetario*, para atraer la energía solar universal y así renovar y auxiliar su misión de sostener la vida en la Tierra.

En el Océano Índico trabajo en auxilio de los Reinos de la Naturaleza en comunión con todos los mares. Esta parte de Mi Consciencia, que atrae la energía femenina universal, actúa como un Ser espejo en unión, sobre todo, con el Reino de las Ballenas. Esta tarea se lleva a cabo por medio de una mantralización permanente. Me comunico telepáticamente con el Reino de las Ballenas y con el espíritu de los océanos también, en un templo interior, en la contraparte espiritual del planeta. Esa mónada*, que ha permanecido allí desde la época de la Atlántida, se trasladó al Océano Índico y continuó allí, renunciando a grados más elevados de evolución por amor a los Reinos de la Naturaleza. Fue esta renuncia en sí la que le confirió a Mi ser la posibilidad de la unión con Dios.



Con Mi espíritu más profundo asimilé cada enseñanza impartida por el Arcángel Metatrón. Este siervo de Dios no solo Me enseñó sobre el amor y la obediencia a Dios, sino que también Me enseñó Sus Leyes, las Leyes de la vida y de la Creación y cómo, en la Ciencia Universal, un ser puede manifestar el Pensamiento Divino.

Fue a través del Arcángel Metatrón que Me uní cósmicamente al Rayo de la Omnisciencia; por su intermedio el ser comparte la sabiduría de Dios y de todas Sus criaturas.

El Arcángel Metatrón fue quien Me enseñó acerca de las Leyes de la Manifestación, en el sentido espiritual, de cómo atraer la Voluntad y el Pensamiento Divinos a las dimensiones materiales. Por eso aprendí sobre la esencia de la Geometría Sagrada que el santo arcángel utiliza para crear en los universos.

Esta geometría es el principio de la creación de las formas. A través del acto de plasmar una geometría en el cosmos, atraíamos cierto principio creativo con determinados rayos universales y allí depositábamos el Pensamiento Divino.

Cada Pensamiento del Creador necesita una energía específica para manifestarse y todo sucede teniendo como vehículo a Su Voluntad. Ninguna obra de los siervos de Dios tiene mérito propio alguno porque todo proviene de Su Divina Consciencia. Sus operarios creadores son como Sus Manos que se mueven en las dimensiones, y es esa certeza de la unidad con Dios y de los méritos celestiales que nos hace puros en todo lo que creamos y nos mantiene en la senda de la unidad con el Todo, que es Dios.

La Geometría Sagrada, que aprendí del Arcángel Metatrón se basa en la unión con Dios y es solo esa unión la que habla a la consciencia. De una forma intuitiva y telepática el ser sabe cómo actuar, qué rayo debe atraer y qué geometría plasmar.

Este acto de crear con el Pensamiento Divino Me hizo aprender a pensar y a sentir como el Creador. Ese aprendizaje era lo que Él esperaba para que Yo pudiera representarlo con mayor transparencia y humildad.



El principio de la Llama Violeta que en parte le transmití a la humanidad, también fue un legado que esencialmente Me entregó el Arcángel Metatrón. La Llama simboliza el Espíritu Vivo de Dios en los elementos, en la materia, en la vida material, más allá de la existencia terrestre.

Este elemento fue creado para expresar vibraciones divinas como la luz, el calor, la transformación que, en exceso —si el ser se acerca a este fuego de manera inapropiada y sin pureza de intención— puede cegar y quemar.

Cuando el Arcángel Metatrón Me impartió esta enseñanza no se refería a la Llama física, sino a la Llama Espiritual, ese principio divino de transmutación, y a la Presencia de Dios a través de Su Espíritu, que está simbolizado por la imagen de la Llama.

La Llama Espiritual guarda en sí misma la esencia de lo sagrado y cuando quema algo, su poder no destruye, sino que transforma la materia corrompida, iluminándola con el principio de la luz y del poder de Dios.

Antes de transmitir la enseñanza de la Llama Violeta a otros, primero fui quemado por ella, convirtiendo todos los patrones retrógrados que, como consciencia, traía en Mis diferentes núcleos, inclusive en los que aún operaban en las dimensiones internas del planeta.

Esa iniciación dejó plasmada y fecundada, en cada uno de Mis núcleos, una Llama Violeta, una partícula de ese principio que Me hacía portador de ese manantial que proviene del Centro de la Galaxia.

El color violeta representa la transmutación, la transubstanciación, lo sagrado y el retorno al Origen. Esta vibración, que proviene de fuentes cósmicas de la séptima dimensión, se une al principio del fuego espiritual para que todo ser vivo, que tome contacto con esa unión de elementos cósmicos, pueda retornar a su punto de partida, a su pureza original, a aquel estado sacralizado por Dios para que Sus criaturas expresen la perfección.

Así como los rayos, la manifestación y la atracción de la Llama Violeta varían de dimensión en dimensión. Lo experimenté en su plenitud y, por la apertura de Mi espíritu, Me convertí en un portador de esa Llama, uniéndome enteramente al Tercer Aspecto de Dios, que es Su Santo Espíritu.

Como San José, después de Mi ascensión, Me uní al primer Aspecto Divino: el Padre y, como Saint Germain, a través del servicio y elevación de la materia, Me uní al Tercer Aspecto Divino: el Espíritu Santo.

Comprendan, así, que la unión con Dios se da por etapas, no solo en relación a los diferentes niveles del ser, sino también en relación a los diferentes Aspectos de Dios. Es la ciencia de la elevación que poco a poco irán descubriendo.



El Creador es Único, como lo es cada ser de esta Tierra. No obstante, Él se dividió en muchas Faces para abarcar todas las dimensiones y aspectos de Su Creación, tal como los seres se dividen en muchos cuerpos y aspectos espirituales y humanos, sin dejar de ser uno solo. Así se refleja la Consciencia Divina en Sus criaturas.

Después de haberse dividido en Tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Creador continuó dividiéndose en muchos más. Sus Faces son más de setenta y dos. Los setenta y dos Nombres de Dios que conocen son Aspectos del Creador que actúan en auxilio directo de la humanidad y de toda Su creación material.

En principio, la consciencia se une a estos setenta y dos Aspectos convirtiéndolos uno a uno los aspectos de su propio ser para unirse por entero a los Aspectos Divinos. Cada uno de esos Aspectos del Padre que actúa en Su creación material, específicamente en este universo, está unido de forma directa a un arcángel que utiliza esa Faz determinada de Dios, a través del Principio de Unidad⁴, para manifestar Su Plan.

El pensamiento cósmico, la esencia y la consciencia de cada arcángel se unen con un Aspecto de Dios para pensar, sentir y actuar como Él necesita, sin la intervención de las leyes de la dualidad o del libre albedrío.

Para que la consciencia humana se una al Padre debe unirse también a los ángeles y arcángeles a fin de poder transitar este camino en línea recta que lo lleva a Él. Los ángeles de la guarda, enviados por Dios para acompañar a cada ser, representan, más allá de la protección y del amparo, la posibilidad de que todos los seres se unan a la Consciencia Divina, porque uniéndose a su ángel de la guarda y dejándose guiar por él, van subiendo los niveles de la evolución angélica hasta llegar a la unidad con los arcángeles y, a través de ellos, con la Consciencia misma de Dios.

La Vida Crística es la unión absoluta con la Consciencia de Cristo; es una de las formas de llegar directamente al Padre. Cristo es, Él mismo, un puente hacia la Consciencia Divina, y por medio de la Ley de la Divina Misericordia Él permite que los seres se unan al Padre, aunque no lo merezcan y aun sin tener posibilidades cósmicas o espirituales para ello. Su Amor sana, transmuta y eleva todas las cosas.

Mi ascensión tuvo lugar antes de que la Consciencia de Jesús viviera la cristificación pues la Voluntad de Dios para Mí era que a través de la unidad con los ángeles y arcángeles, pudiera retornar, porque la Misericordia ya había actuado en muchos aspectos de Mi existencia, especialmente en la Presencia de Jesús y María.

Para el Creador Yo tenía suficientes posibilidades de entregarme, vaciarme y llegar a Él a través del cumplimiento de la Ley y por la trascendencia de cada aspecto de Mi ser en todos los niveles y en lo inherente a todas las mónadas, y así lo hice.



Fui colocando Mi corazón en el Corazón de Dios como ejercicio consciente y, poco a poco comencé a unir Mi ser con Su Ser Divino. En oración y contemplación con todos los niveles de Mi Consciencia, fui conociendo cada uno de los Aspectos de Dios que expresan Su Sabiduría, Su Amor, el Discernimiento, la Cura, la Humildad, la Consagración y la Sacralización de la Materia, la Belleza, el Nacimiento-Gestación y la Vida.

Cada parte de Mi Consciencia descubría un Aspecto del Padre porque Lo buscaba, Lo llamaba, Le preguntaba dónde estaba y cómo tenía que hacer para encontrarlo. Me unía a Mi ángel de la guarda para alabarLo y así atraía, del universo y de toda la Vida, diferentes expresiones angélicas y arcangélicas, y a través de ellas encontraba a Dios; porque

donde están los ángeles, allí está la Voluntad de Dios, allí se ubica la puerta para encontrarlo.

Cada parte del planeta está unida, interiormente, a un Aspecto de Dios y a una de Sus Divinas Virtudes, Dones y Principios Divinos; por esa razón, cada parte de Mi Consciencia, dependiendo de dónde estaba sirviendo, Lo encontraba bajo una manifestación diferente.

Para conocer a Dios tuve que conocerme a Mí mismo y ser consciente de todo lo que soy, de todo lo que abarca Mi Consciencia. Por eso en Mis meditaciones, así como un ser encarnado puede meditar y sentir su cuerpo, sus órganos, sus células, sus emociones, su mente..., Yo hacía el mismo ejercicio pero tratando de sentir la consciencia, las distintas mónadas y cómo se expresan, qué aprenden, cómo actúan, dónde están. Y poco a poco Me fui encontrando, descubriéndome como un misterio tan grande como lo era Dios para Mí.

Porque hay una forma simple de entender la Divinidad, pero también existe una forma de entender la verdadera ciencia de la Vida, y eso era lo que Yo intentaba encontrar. A medida que develaba los misterios sobre Mí mismo, comprendía cómo se expresaba la Consciencia Divina, porque toda Su Creación, en una mínima proporción, es un espejo de lo que Él es.

Para conocer a Dios, las criaturas deben conocerse a sí mismas y así encontrarán muchas claves para la unidad con lo Divino.



Así como un ser que se enfoca en sí mismo y busca conocerse, también puede ser consciente de lo que piensa, siente y cómo actúa cada uno de sus aspectos: el que es sabio, el que es arrogante, el que es humilde, el que es orgulloso..., de esta forma, concentrado en Mi interior, en el centro de Mi ser, fui conociendo el desempeño de cada una de

Mis mónadas: qué hacían, cómo aprendían, cómo se equivocaban, qué tenían que corregir, qué había que alimentar. Así, poco a poco, como observador externo de Mí mismo, fui aprendiendo a enviar los impulsos correctos a ciertos espacios de la consciencia.

Con el Arcángel Metatrón fui perfeccionando este contacto interior Conmigo mismo. Los arcángeles crean desde esencias hasta planetas, universos, dimensiones... Y acompañan cada creación como si fuera única; por eso, enseñarme a acompañar y a guiar Mi propio ser fue un paso primario y muy sencillo para Él.

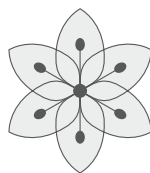
Esa escuela es parte de un conocimiento que posteriormente, en la ciencia espiritual de la Tierra, se conoció como la escuela de los Avatares. Un Avatar* es aquel que aprende a unir todo lo que Es en una sola consciencia para que desde su punto más evolucionado pueda guiar a todo su ser. Ese es el comienzo de una escuela mayor en la que esa consciencia va aprendiendo a asumir la guía de otras expresiones de vida que están más allá de sí misma.





Capítulo 8

Colina de las Apariciones - Centro Mariano de Figueira
Minas Gerais, Brasil



La Escuela de los Avatares es el principio de una evolución que está dirigida a la vivencia de la unidad; esa unidad comienza consigo mismo, en la propia consciencia, cuando el ser es capaz de abarcar todo lo que él es.

El autoconocimiento que se vive en la Tierra, por simple que parezca, es un ejercicio que conduce a esa escuela universal, a ese tipo de aprendizaje que, en verdad, tiene como única función la vivencia de la unidad con Dios.

En la vida sobre la Tierra, los seres pueden ser observadores de sí mismos y situarse en un nivel de mayor consciencia en el que el amor por el Plan de Dios puede ser mayor que las tendencias humanas, y es así como se autoobserva. Con una mirada neutra de quien está acompañando la experiencia de los demás, el ser conoce cada uno de sus cuerpos y aspectos, y sabe cómo se mueven; conociéndolos puede retirarlos de situaciones que no los ayudan a crecer y puede corregir sus propios caminos

De igual forma la consciencia ascendida que ingresa a la escuela de los Avatares se convierte en un observador de todo lo que es: cada mónada, cada cuerpo relacionado con esa mónada. Él guía todo lo que es a través del amor que tiene por el Plan de Dios. Conociendo los aspectos del propio ser se comprende el espejo que uno es de la Consciencia Divina y se empieza a percibir que el Creador, también con Sus Aspectos, guía los diferentes sectores de la Creación. Allí comienza la unión más consciente con Dios. Esto es lo que fui viviendo y aprendiendo por partes.

No todo lo que veía de Mi ser era agradable. Por eso, aunque estuviera con la consciencia en el universo y una parte de Mi ser unida a Dios, era necesario vigilarme y guiarme en base a lo que aprendía de los arcángeles, trasladando ese conocimiento a todos los espacios de Mi ser hasta que el Amor al Plan del Creador tocara todo lo que soy.



Alcanzar la unión con Dios no era una meta personal, era la forma de cumplir las leyes naturales de la existencia. El Creador Se multiplicó en el Principio para volver a ser Uno al Fin y, con toda la experiencia de Sus criaturas, recrear la evolución, los universos, la Vida.

La multiplicación de Dios trasciende la vida en la Tierra, trasciende este universo y todas las estrellas que ven en el cielo cuando cae la noche sobre el mundo. La multiplicación de Dios trasciende el mundo material y palpable y se adentra en infinitas dimensiones que ni siquiera los ángeles conocen, porque Él mismo las creó.

En la presente historia les contaré sobre la unión de un siervo de Dios con su Señor, su origen, su trayectoria y su retorno a la Consciencia Divina que en realidad es eterno. Comprenderán aquí que los espíritus son un poco más complejos que las pequeñas esferas de luz que emergen de la Fuente y retornan a ella cuando termina la vida. Comprenderán que la vida no termina y que es verdaderamente eterna. También comprenderán que el Paraíso no es una fuga del mundo, una especie de vacaciones permanentes donde el esfuerzo, la perseverancia y el sacrificio no existen.

Aunque la vida en la Tierra se haya degradado, perdido su esencia y lo que le da sentido, mucho de lo que se construyó en este mundo, por inspiración divina y no humana, es un Espejo de la Vida Universal. Desde el Creador hasta cada dimensión que sigue en descenso hasta llegar a la vida material, todo es un Espejo de lo Divino. Él es un gran

Espejo de la Creación, y a partir de Él todo se refleja. La vida en cada dimensión es un reflejo algo borroso de las dimensiones que la anteceden, pero los principios son los mismos. Por eso, en esta historia hay una sorpresa: la vida es eterna, pero con eternos sacrificios, eterno esfuerzo, eterna autovigilancia, eterna persistencia para evolucionar.

Con Mis palabras los preparo y los animo a experimentar, ya en este mundo, la trascendencia de sí mismos, para que la carga les sea leve cuando partan de esta vida.



Para comprender la vida divina y universal, y no confinar sus principios en los conceptos de la mente, es necesario abrirse para descubrir la verdad sobre sí mismos. Los misterios celestiales se revelan a aquellos que están dispuestos a estar en la Verdad.

Existe un aspecto de la Vida Superior que puede ser revelado, pero hay una segunda parte que no cabría en el entendimiento humano, por más palabras que les hiciera escribir en un papel, sean ellas simples o rebuscadas, porque no se expresa con el verbo, sino con el corazón y con la vivencia misma.

Por eso, todo lo que les cuento aquí como estímulo divino para la búsqueda personal está dentro de lo que pueden comprender.

Cuando el Arcángel Metatrón Me inició en la escuela de los Avatares y muy meticulosamente Me enseñaba acerca de la consciencia del Todo —lo que en la Tierra se llama autoconocimiento— fui descubriendo aspectos de la Creación que Mi ser experimentaba y a los que aún no estaba unido. Esa fue una experiencia única de Mi Consciencia.

Pude comprender la amplitud de la Creación cuando descubrí la amplitud de Mi propio ser. Había partes de Mi Consciencia que ya no eran materiales y no se movían según las leyes a las que estaba

acostumbrado a vivir. Eran regidas por Leyes y Rayos Inmateriales*. El mental cósmico, —así llamado por los hombres— a pesar de ser parte del entorno de acción de la ley del libre albedrío, está más unido a la Voluntad Divina que al mental humano, y acepta y vive esta Voluntad sin muchas especulaciones, pues se adhiere más fácilmente a la Ley de la Obediencia. Allí existen pensamientos, voluntades, aprendizajes, pero en un nivel diferente.

Uno de los principales aprendizajes que experimenté fue controlar el plano mental, sutilizándolo, incluso más allá de la intuición, para que se uniera a la Divina Voluntad. Para ello, la mente cósmica se vacía de expectativas, aspiraciones y deseos y se une a la Voluntad Universal, al bien común y al Amor del Padre.

El plano mental cósmico, a pesar de tener acceso a muchas dimensiones y realidades que no le corresponden por su evolución, no las codicia como sucedería en la Tierra. Este nivel cósmico del ser es más libre y está desobstruido, vacío de sí mismo.



Pensar, sentir y vivir, en el universo, no es como en la Tierra, pero el principio de la Vida es el mismo. Los cimientos de lo que se vive en este mundo no fueron creados por la humanidad, fueron traídos del universo, de experiencias evolutivas que alcanzaron los mayores grados de unidad y de bien común en toda la vida universal. Sin embargo, esto se fue degenerando y perdiendo sentido, densificándose y apartándose del Propósito. Por eso, aunque muchos no creen que pueda ser así, en el universo se siente, se piensa y se vive. Los seres se expresan en grupos familiares, jerárquicos, por linajes, por rayos, por afinidad universal, por afinidad esencial... Los seres crecen, evolucionan, aciertan y fallan como en la Tierra. El desarrollo de las criaturas va mucho más allá de la vida humana, su transformación debe ser permanente.

Por la característica de Mi ser y por la función que debería cumplir en el cosmos, de unión con Dios, fui instruido por el Arcángel Metatrón y por la misma Consciencia de Cristo, después de Su Ascensión, en las Leyes del sacerdocio. Pero no solo en el sacerdocio que se conoce en este mundo, sino en el Sacerdocio Celestial, Universal y Crístico; en el sacerdocio que atrae lo sagrado a toda vida y que, bajo la intercesión del Espíritu Santo, obra con Su poder y sacraliza la materia y los elementos en todos los niveles.

El Sacerdocio Celestial, Universal y Crístico se construye en la consciencia por la atracción de rayos conocidos como principios divinos de la Creación y en cada nivel de acción de la energía sacerdotal se vive una nueva escuela en los niveles Celestial, Universal y Crístico. Son tres grados de sacerdocio que amparan a toda la Creación, incluso más allá de este universo.

Acerca de esto les hablaré, sobre cada uno de esos niveles.



El primer sacerdocio que existió en la Creación fue el Sacerdocio Celestial, cuando el Creador dividió Su Consciencia en tres y despertó en Sus primeros tres Aspectos a los Linajes Sacerdotal, al de los Espejos y al de los Gobernantes.

Sus tres Aspectos manifestaron estos tres primeros linajes al mismo tiempo. Todos estaban unidos al Creador y tenían la potestad de sacralizar la vida que existiría en las diferentes dimensiones que serían creadas. Todos eran espejos perfectos del Único y a pesar de ser diferentes expresiones de Su Consciencia, atraían y expresaban Su Voluntad y Su Pensamiento. Todos tenían la potestad de gobernar con el mismo Poder del Único, llevar en sí Su Nombre y no ser reconocidos como entidades separadas de Dios, porque Ellos eran Dios mismo.

Ese mismo Sacerdocio Celestial se expandió a cada uno de los Aspectos del Creador que prosiguieron subdividiéndose en los universos. El Padre se dividió en muchos Aspectos Divinos, cada uno responsable de una faz de la Creación en una dimensión, en un universo que se manifestaría, pero todos unidos por el Don del Sacerdocio Celestial, como la misma Faz, el mismo Dios Único. Incluso los Aspectos Femeninos de Dios expresaban el Sacerdocio Celestial.

A pesar de que al subdividirse Sus tres Aspectos hayan emanado diferentes linajes, más específicamente: el Padre gobierna, el Hijo expresa el sacerdocio y el Espíritu Santo espeja, todos guardaban en Sí mismos y en Sus expresiones la esencia de los tres primeros linajes.

Cuando la Creación comenzó a expresarse y en cierto sentido se apartaba del Padre según las experiencias que hacía, fue necesario el desarrollo de otros linajes, como el de la Cura. El Aspecto Femenino de Dios emanó una de las facetas de la Cura y el Hijo emanó otra.

E Sacerdocio Celestial también se expandió a la consciencia arcangélica a fin de que tuvieran el poder de atraer la Voluntad de Dios, sacrificar la materia que creaban y establecer un puente entre la Creación y el Creador, para que Su Principio Original no se perdiera.

Por esta razón, en una etapa posterior de Mi evolución, los arcángeles Me instruyeron en las Leyes del Sacerdocio.



Después de los Aspectos de Dios, los primeros iniciados en el Sacerdocio Celestial fueron los arcángeles. Ellos no tenían la misma potestad que el Creador para crear y recrear en el universo, pero sí, a través del Sacerdocio Celestial y por estar más allá de la ley del libre albedrío, se unían perfectamente a la Consciencia Divina y hacían todo en Su Nombre, amparados por Su Voluntad. Así era en el Principio la Creación, antes del desarrollo de los universos y dimensiones.

Cuando el Arcángel Metatrón iniciaba Mi Consciencia en el Sacerdocio Celestial, era por una Voluntad Superior, para que Yo hiciera lo que hago en el mundo de hoy: vengo a la Tierra en el Nombre de Dios, como Su Mensajero y soy regente de una parte de Su Plan para el Cono Sur y también para Oriente, algo que ustedes aún no conocen.

Para aprender sobre el Sacerdocio Celestial, primero conocí la Ley de la Unidad y cómo el Creador Se multiplica en todas las dimensiones de la Vida sin dejar de ser Único. Aprendí sobre las diferentes manifestaciones de Dios más allá de este universo y cómo cada una de ellas actúa para el cumplimiento de un Plan de Retorno que abarca a toda la Creación.

Me sentí como un grano de arena, una pequeña pieza de este grandioso rompecabezas cósmico y celestial que una vez se desarmó para que las criaturas se desarrollaran y que ahora se está volviendo a unir muy lentamente.

Aprendiendo sobre el Sacerdocio Celestial, entendí la grandeza de la Vida, porque no solo en este universo hay vida, no solo para este universo hay un Plan. Y el Sacerdocio Celestial lo abarca todo.

Mi función dentro de este sacerdocio corresponde al universo en el que nos encontramos, pero para desarrollarla tuve que aprender sobre todos los demás universos. Esto Me hacía humilde y pequeño, porque contemplaba la grandeza de la Creación y más aún la grandeza del Creador que gobierna todas las cosas.

Mucho de lo que conocen y de lo que creen que es el principio y el fin de la Creación, no es más que una pequeña porción de conocimiento relacionado con este universo en el que viven, porque es lo que les corresponde saber. Esta es la escuela que están viviendo. Pero un día, más allá de ella, descubrirán la inmensidad del cosmos tal como Yo la descubrí, y se sentirán grandes y pequeños al mismo tiempo porque, a pesar de ser un granito de arena en el desierto, este granito de arena puede transformar a toda la Creación.



El Sacerdocio Celestial se extendió, después de los arcángeles, a las consciencias planetarias y solares¹⁹ que fueron surgiendo en todos los universos, porque esos seres eran los responsables del desarrollo del Plan de Dios en sus respectivos planetas y sistemas solares.

Esas entidades que habitan los universos canalizaban, a través del Sacerdocio Celestial, la Voluntad de Dios, Su Pensamiento y también Su Poder que los nutría para cumplir los designios divinos. Por esta razón, este Linaje Sacerdotal de carácter celestial, englobaba diferentes líneas jerárquicas: los Aspectos de Dios en Sus diferentes niveles y dimensiones, los arcángeles —tanto los responsables de este universo como de otros— y las consciencias planetarias y solares que comenzaban a surgir en los diferentes universos.

Ese sacerdocio canaliza la Voluntad de Dios para la Vida en su totalidad, para la Existencia. A través de él descienden los principios primordiales que son comunes a todo ser vivo en todos los universos, independientemente de su aprendizaje y de las leyes que los gobiernan, como la ley de la dualidad en este universo local.

El Sacerdocio Celestial une todo lo creado en un propósito único y a través de él, a pesar de las diferentes experiencias que se viven en los universos, todo podrá volver a unirse, porque ese Linaje Sacerdotal creó este camino desde el principio.



El Sacerdocio Universal era el que provenía de la Consciencia Divina directamente a este universo. Cada universo atrae un aspecto del Linaje Sacerdotal, en lo que le corresponde como manifestación del Propósito Divino.

El linaje Sacerdotal descendía sobre algunas consciencias en cada civilización que se comenzaba a crear, recibiendo los arquetipos emanados de los Padres Creadores. Además del Linaje de los Sacerdotes, otros linajes fueron tomando forma y vida, como los Espejos, los Gobernantes, los Instructores, los Profetas...

A medida que las civilizaciones avanzaban y se desarrollaba su aprendizaje, también se iba construyendo el cuerpo de las civilizaciones. Y ese mismo cuerpo se reflejó muchas veces en los pueblos antiguos de la Tierra, donde había un sacerdote, un gobernante, un profeta, un curador, símbolos de guía y conducción para todo el pueblo. De la misma forma sucedió en el principio.

Para que cada civilización tuviera una guía común y caminara hacia la expresión del Pensamiento Divino en todo el universo, existía el Sacerdocio Universal. Yo soy uno de esos Sacerdotes.

Después de Mi ascensión como José, comencé a ser instruido en la vida sacerdotal y después de Mi ascensión como Saint Germain asumí esta función espiritual y cósmicamente. Fue entonces que este linaje terminó de descender a Mi Consciencia y pude profundizar más en este ministerio que es eterno, bajo la guía del Arcángel Metatrón.



En todo el universo existen sacerdotes que atraen las Leyes y los Principios para cada espacio, cada planeta, cada parte de la Creación Divina, para que todo lo que es Vida pueda corresponder a ciertas Leyes.

En este universo local esos sacerdotes se agrupan en consejos, y por atraer los Principios Divinos, son los responsables de cada parte del universo, porque a través de ellos fluye la Ley que los hace custodios de la manifestación y vivencia de esas Leyes.

Además de los sacerdotes que son responsables de los consejos y que forman parte de ellos, existen otros que, siguiendo la Ley de la Jerarquía, son ejecutores de partes cada vez más específicas de la Creación para que, de esta forma, puedan garantizar el cumplimiento de las Leyes que ellos atraen del Corazón del Padre Celestial.

Toda la Vida se expresa por la Ley de la Jerarquía, y esto no sucede para que unos tengan más poder que otros, pues en el cosmos se entiende que el único Poder existente es el del Creador y todo lo demás que expresa poder es un vehículo de ese Poder Divino.

De esta forma, la Ley de la Jerarquía se manifiesta por las distintas funciones que los seres expresan como instrumentos del Poder, de la Voluntad y de la Ley del Creador.

En Mi caso, aprendí a ser un instrumento de lo Divino para que, como Su siervo, pudiera atraer Sus Leyes al interior del planeta y desde allí, sin interferir con la ley del libre albedrío que aquí se vive, emanar esos principios a los que estén abiertos de corazón.



El Linaje sacerdotal se vive por Gracia y Voluntad Celestial. No hay un verdadero sacerdote en la Tierra o en el Cielo que haya desarrollado ese linaje por su propia voluntad e impulso. El sacerdocio es un servicio celestial, universal y crístico que se otorga a aquellas consciencias que tienen esta misión espiritual, así como todos los demás linajes. Cada linaje es único ante Dios y Su Creación se construye y se torna pleno por la unidad entre todos. Si no hubiera unidad entre todos los linajes, no existiría la Creación.

La Tierra es un microcosmos donde la Creación se recrea y donde se experimentan nuevos hechos basadas en principios que ya existen en

la vida universal; la diferencia es que en el universo los seres ya aprendieron a servir a Dios y aprendieron que sin el Principio de Unidad⁴ no son nada.

Todo en la Creación, en todos los niveles, se complementa, nada está pleno en sí mismo, pues hasta el propio Dios está repartido en Sus criaturas y, en la unidad de ellas, expresa Su plenitud.

El Hijo solo se torna pleno en el Padre y todo lo que viene después, se hace pleno en el Hijo, hasta que llegue a la más pequeña de las criaturas. Y como la Creación es un gran misterio, en la más pequeña de las criaturas la unidad vuelve a existir, porque el Creador también depende de la más pequeña. Todo proviene de Él y todas las cosas dependen de Él y, al mismo tiempo, después de haberse multiplicado Su Espíritu, Él también depende de la unidad entre todo lo creado.

Digo esto para que comprendan que les hablo del sacerdocio, porque ese fue el linaje que viví. Podría hablarles de otros linajes si los hubiera vivido como misión y expresión espiritual.

También es importante que sepan que todo en el universo es fruto de la Gracia Divina y si no existiera el amor de Dios, nada existiría. De esta sabiduría nace la humildad universal, y sobre la base de esta humildad todo se renueva.



Como Sacerdote Universal también tuve que vivir principios experimentados, en parte, en la Tierra y que se fueron profundizando en el universo. Uno de esos principios fue la renuncia.

Para vivir el Linaje Sacerdotal tuve que renunciar a todo lo que Yo era, personal e individualmente, incluso en lo que respecta a la vida espiritual.

Ese principio de renuncia lo experimenté en muchas etapas de Mi evolución y de diferentes formas. Aun cuando en etapas anteriores fui regente de este Centro de Amor —Mirna Jad²⁰—, renuncié a él para cumplir con otras funciones —en Lysnel²¹— hasta que esas tareas se concluyeron. Cuando se asimiló el aprendizaje pude regresar, porque era necesario.

Como Sacerdote Universal renunciaba a toda voluntad, aspiración espiritual, conceptos y comprensiones sobre el Plan de Dios y su manifestación en diferentes dimensiones, porque estando vacío de todo eso podría permanecer libre para recibir la Verdad, ser Su portador y vehículo para que llegara a las diferentes esferas de la evolución universal.

Todo eso es un aprendizaje que se vive en diferentes etapas y que va edificando la madurez espiritual. Una sola experiencia de renuncia no construye ese espíritu de vacío. Del mismo modo, una sola experiencia de santidad, incluso como Maestro Ascendido, no logra que una consciencia esté plenamente unida al Dios Omnipotente.

Todo eso se construye y profundiza en los diferentes niveles del ser, y aun cuando parece que ya todo se ha superado se vive otra experiencia todavía más profunda. Como Me pasó antes en el Centro de Mirna Jad, que es parte de Mi Consciencia, de Mi ser, al que tuve que renunciar en una determinada etapa para que este Centro viviese un aprendizaje con todos Sus miembros, y Yo también. De esta manera la evolución se enriquece y amplía, como sucedió ahora en que Mirna Jad se convirtió en un Centro Mayor.

Esa renuncia, profundamente espiritual, la aprendí con el Arcángel Metatrón, porque en verdad, Él Me enseñaba a ingresar en la Divina Voluntad y a salir de la dualidad y del libre albedrío. Sin embargo, para ingresar a las Leyes a las que Él Me invitaba, tuve que vivir la renuncia dentro de Mí de muchas maneras.



A medida que el ser evoluciona y despierta en sí mayores grados de amor, ese amor se va ordenando de la manera correcta en su interior y en su consciencia. El verdadero amor es el amor al Plan de Dios y dentro de ese Plan la consciencia encuentra espacio para amar todo, a todos y a todas las cosas.

Cuando el Creador Me llamó para expresar el Sacerdocio Universal, fui descubriendo un amor cada vez mayor por Su Plan. Ese amor permitía que toda individualidad se disolviera y que ingresara el amor personal por la Evolución, por la Creación, por la Vida. Me fui sintiendo incluido en el Plan y amaba a ese Plan con todo Mi ser y con locura, como dicen en la Tierra. De esa forma renunciaba a todo, porque en verdad comprendía que estaba inserto en un Plan, al igual que toda la Creación, y que cada criatura debe convertirse en una pieza insustituible de ese Plan.

Todo lo que es vida tiene su lugar en el Plan de Dios. Por eso aprendí a amar todas las cosas y a renunciar a todas ellas, porque conociendo la perfección de Dios estaba seguro de la Perfección de Su Plan y solté Mi pequeñez individual para que siendo nada, vacío, pudiera ser parte de la grandeza divina, partícula de Su Perfección, de Su Plan de Amor.

De esa forma, el ejercicio de la renuncia no era doloroso, como muchas veces lo es en la Tierra. El ejercicio de la renuncia era como dejarse colocar por la Mano de Dios dentro de un rompecabezas, y no ser más una pieza suelta y empezar a encontrar Mi lugar en el Todo. Cuando Me sentí incluido en Sus Leyes, parte del flujo de luz de Sus Espejos* y portador de Sus Principios, vi que ese rompecabezas expresaba mejor Su perfección cuando Yo estaba en el Todo. Entonces ese Amor Me inundó y Me llenó por completo. En este punto el ejercicio de la renuncia no es un sacrificio, sino una necesidad: la necesidad de perder la individualidad, de despertar el amor al Plan y a través de ese amor, ser parte de un Todo que expresa la Voluntad y la Perfección de Dios.

Dentro de ese diseño que forma el rompecabezas, se encuentran todos los linajes, todos los rayos, todas las dimensiones, toda la Creación. La plenitud de la vida nace de la unidad.



El Sacerdocio de Cristo comenzó a construirse con el nacimiento de Jesús. Ese sacerdocio se basa en la renuncia, el sacrificio, el amor incondicional que lleva a la entrega y a la conversión de cada partícula corrupta en algo completamente opuesto: el código crístico.

Cuando el Creador envió a Jesús a encarnar como el Mesías y colocó Su Espíritu sobre Él, comenzó a construir un nuevo aspecto del Linaje Sacerdotal, porque Jesús desde muy pequeño unía las dimensiones entre la Fuente y la materia. De esta manera el Sacerdocio Crístico, desde el inicio, daba la posibilidad de que las Leyes y Principios Divinos tocaran todas las dimensiones, y que la Consciencia Divina tuviera el camino abierto para llegar a todos los aspectos de la Creación por más corruptos que fueran.

El Sacerdocio Crístico se consumó en la Cruz, cuando la Misericordia y el Amor, que emanaron del Corazón de Cristo, y de Su Sangre derramada cruzaron las dimensiones más bajas e impregnaron incluso a los infiernos, dando la posibilidad de conocer el Amor de Dios a aquellas criaturas que se condenaron a sí mismas a la perdición eterna por sus acciones y su ignorancia.

El Sacerdocio de Cristo abrió las puertas para que la Consciencia Divina tocara con Su Amor Original todos los niveles de la Creación, incluso más allá de este universo, en lugares donde —aún sin vivir las leyes de la dualidad y el libre albedrío— también se viven pruebas y dificultades para volver al Padre y, en sus intentos en el camino, las consciencias se equivocan y se pierden, algunas veces muy gravemente.



El Sacerdocio Crístico se consumó en la Cruz cuando el Amor superó todos los límites de la consciencia: superó el dolor material, espiritual, del alma, moral, humano, divino... El Amor superó el miedo, el orgullo, las expectativas, la individualidad... El Amor superó la ira, la envidia, la duda... El Amor superó al Amor mismo que hasta entonces existía en toda la Creación, en todo el universo, en toda la Vida.

El Amor resonó como un sonido divino pero estridente que rompió las barreras entre las dimensiones, y todo lo que es vida, todo lo creado, dentro y fuera de la Consciencia Divina, escuchó el eco de ese Amor y se estremeció.

Las puertas hacia el Sacerdocio Crístico se abrieron en todas las dimensiones, desde las más altas hasta las más densas —más allá de la materia— y todas sintieron la potencia del Amor y de la Misericordia Divina.

El Creador se renovó en su Hijo y no dejó de ser Él mismo Quien amaba en el Corazón de Jesús. Cristo fue el vehículo del Amor de Dios, fue la mano que abrió el Manantial Divino. Su sacrificio eterno, también reflejado en aquellos que verdaderamente lo siguieron, hizo que ese Manantial sea infinito e inagotable.

Hasta el día de hoy, el Amor de Cristo sigue superándose a sí mismo con las ofrendas y entregas cada vez más amplias del Hijo de Dios, que trascendió la muerte material y la dualidad de la Tierra por Su Sacrificio, pero que siguió viviendo los sacrificios universales y superándose a sí mismo en un *crescendo* en relación a todo lo que vivió en la Tierra.

Ser parte del Sacerdocio de Cristo es entrar en esta Ley del Amor eterno e insondable, que cruza dimensiones y alcanza cada partícula de vida, sin importar dónde ni en qué condición se encuentre. De ese sacerdocio también soy parte.



La Vida Crística, desde el punto de vista universal —alcanzada después de la Ascensión de Jesús— incluye en sí misma los diferentes linajes de la Creación. Es decir, al emerger el código de Cristo con la entrega de Jesús impregnó toda la Vida y cambió su sentido y el destino de la Creación.

Todos los linajes fueron contemplados por el código de Cristo y de esta manera en todos ellos se desarrolló una vertiente de características crísticas como la cura, la instrucción, el gobierno, los espejos... El código crístico se desarrolló a partir de cada linaje, dando a todas las criaturas la posibilidad de expresarse con base en ese Amor único que surgió en la Tierra.

En Mi caso viví el Sacerdocio de Cristo aceptando expresar la entrega absoluta y el amor incondicional por toda la vida, lo que también significa sacrificio y renuncia por los demás, inclusive cuando no lo merecen.

Además del Sacerdocio Crístico asumí igualmente la Instrucción Crística, que no solo era unir dimensiones y acercar a las criaturas a Dios, sino enseñarles a seguir ese camino, a vivir esa entrega. También enseñarles, si fuera posible, a superar el Amor vivido por el Hijo de Dios para que así, todo pudiese renovarse y no solo Él se renovara y se superara a Sí mismo, sino también que aquellos que Lo siguen y Lo seguirán en todos los tiempos, pudieran tornar vida Su ejemplo y vivir un Amor tan grande como Cristo vivió. Y como en toda instrucción, no solo enseñé y enseñé a la humanidad a recorrer un camino, sino que aprendo con ella de cada paso que da o que no da.



Antes de vivir la Instrucción Crística, viví y aprendí sobre los diferentes niveles del Linaje Sacerdotal. Cada uno de esos tres niveles, que les presenté aquí, es mucho más amplio y guarda, en sí mismo, una fuente de experiencias evolutivas que, cuando se viven plenamente, son de ayuda para la evolución de toda la Vida.

Desde que comencé a expresarme en Mis primeras experiencias en la Tierra, Mi espíritu fue incursionando en el Linaje Sacerdotal, acercándose a él con mucha timidez, porque así sucedió con todas las criaturas; cada ser expresa un linaje original y desarrolla otros a medida que evoluciona y crece, a medida que aprende a expresar en sí mismo lo mejor de toda la Creación.

Aunque cada consciencia deba ofrecer a la Creación un aspecto de su linaje original, todos deben aprender la totalidad de los linajes para recorrer el sendero de la unidad. Queda claro que este camino es verdaderamente eterno y su aprendizaje es infinito.

El linaje original que Yo debería expresar, como Espíritu y como ser universal, era el sacerdocio en sus múltiples facetas. Por ese motivo, comencé a aprender a desarrollar este linaje desde el inicio de Mi evolución. Pero fue solo después de la ascensión como San José, cuando una parte del Amor de Dios despertó en Mi Corazón, que comencé a ejercer esta función sacerdotal universalmente.



Todo lo que vivía en la superficie a lo largo de Mis experiencias, se reflejaba como méritos en Mi evolución espiritual. Aunque es posible que muchos no se den cuenta, los pasos espirituales que pueden dar están completamente vinculados a sus acciones en la vida de superficie.

Para que un ser planetario exprese lo que su ser cósmico debe manifestar originalmente, primero debe dar unos pequeños pasos en lo que Dios espera de él en la vida de superficie. Si la consciencia no incursiona en la vida evolutiva y no busca vivirla con seriedad y constancia, pocos pasos podrá dar su ser en el universo y poco podrá aproximarse a la verdadera misión universal. Cuando los seres encarnan en el planeta Tierra, y deciden experimentar la escuela que aquí se vive, deben realizar muchas renunciaciones, no solo con respecto a los velos en su consciencia, sino también en el sentido de depender universalmente de los pasos dados por su mónada encarnada y su alma en evolución en la Tierra.

En Mi caso, aunque no siempre haya sido consciente de este hecho, en la mayoría de Mis experiencias fui guiado y protegido de Mí mismo para cumplir la Voluntad de Dios y no la Mía.

Hoy, hijos, deben ser conscientes de esto, porque este período, esta etapa de la evolución del planeta necesita de seres más responsables y despiertos, rectos en el caminar hacia el Propósito Divino a fin de que el Plan de Dios se cumpla no solo en el planeta, sino en todo el universo, por medio del espejo de sus consciencias que se refleja en la vida cósmica.



El sacrificio y el padecimiento interior se volvieron necesarios para que el hombre material comprendiera la esencia de la Vida Crística, porque así su consciencia podría adherir al acto de su donación y entrega.

El universo entero vive la dualidad, pero en la Tierra, esta dualidad alcanzó límites extremos, en los cuales los seres se encuentran inmersos en un gran mal, sea físico, mental, desde el punto de vista del poder de las fuerzas capitales, o en un gran bien, con la posibilidad de donarse

por completo, de no pensar en ellos mismos, ni siquiera de cuidar del propio cuerpo.

A lo largo de la existencia humana los seres vivieron casi exclusiva y absolutamente los extremos, los polos opuestos de la dualidad y solo con la evolución cósmica y universal fueron aprendiendo las leyes del equilibrio.

Hoy, con el grado de consciencia que ya alcanzó la humanidad, por mínimo que sea su despertar, ya puede proporcionarle la posibilidad de encontrar el equilibrio, porque hoy es necesario superar la dualidad aun en vida, y para eso deben encontrar el equilibrio.

Donarse total y absolutamente es reconocer los límites de la batalla para saber retroceder, recuperarse y seguir adelante, en un caminar constante.

Cuando estuve en la Tierra como San José, aprendí ese equilibrio y por más que Mi parte humana quisiera darlo todo junto a Mi Hijo, aprendí a renunciar y reconocer que Mi misión debería proseguir en el universo.

Cristo necesitaba desarmar una barrera entre el viejo y el nuevo hombre, entre el hombre egoísta y lleno de su poder personal, y el hombre que se dona a los demás. Él vino para romper en la consciencia humana lo que le impedía donarse a los demás y amar. Pero, en Su Retorno no vendrá para ser crucificado nuevamente, vendrá a establecer el equilibrio, elevar la consciencia y despertar a la humanidad para que dé un nuevo paso, diferente al que dio en el Calvario.

El equilibrio que acepté vivir como San José fue lo que puso a Mi Consciencia en la escuela de la Instrucción, porque debería enseñar lo que Yo viví.



Saber renunciar y dar un paso atrás fortalece la consciencia para que sepa sostener a otros.

Cuando el Creador Me llamó a Su lado siendo Jesús todavía un Niño y María una joven y frágil mujer, superé los temores humanos, la falta de humildad que aún existía en Mí y Me aferré al poder de la fe que nacía en Mi corazón. Confié absolutamente en Dios y partí en paz.

Esa experiencia de confianza y renuncia fue la que también Me hizo despertar al Linaje de los Instructores.

Todo lo que debe suceder en el universo debe partir también de la experiencia en la Tierra. Los que asumen grandes tareas y que deben ser el sostén de otros, en algún momento necesitan vivir, ellos mismos, grandes pruebas, desafíos, humillaciones y renunciaciones para fortalecer su espíritu y vaciarlo de cualquier condición humana retrógrada.

Esta no fue la única experiencia de prueba que viví para ser hoy un instructor, padre y compañero de todos ustedes. En el universo, como en otras experiencias en la Tierra, tuve que vivir una renuncia tras otra, un desafío tras otro y así fui creciendo y aprendiendo el verdadero valor y sentido de la evolución, puliendo poco a poco Mi interior y tornándolo sagrado como originalmente es.



Para saber instruir es necesario vivir, y para vivir hay que perder el miedo de experimentar y aprender.

No hay instructor que no haya sido probado, que no haya sido antes discípulo, alumno, aprendiz, así como no hay adulto que no haya sido primero niño, dependiente, que tuvo que ser educado para crecer.

No hay mano que hoy se extienda a la humanidad y que en otros tiempos no haya estado sosteniendo su propio cuerpo caído en el suelo. Todos los que los ayudaron a levantarse, un día cayeron y fueron ayudados.

Les digo esto porque el misterio del triunfo de Dios no está en la perfección sino en la perseverancia. No se trata solo de depender de la propia fuerza, sino también de la Gracia Divina.

Cuando el Creador Me ofreció despertar al Linaje de los Instructores, en aquel momento, todavía con la consciencia del carpintero de Nazaret, pensé: *¿Qué podré enseñar a la humanidad si aún estoy puliendo Mi propio ser en esta eterna carpintería de transformación?*". Y el Creador Me respondió: *¡Le enseñarás eso mismo al hombre! Que la transformación es eterna y que debe ser constante. La búsqueda de la perfección es infinita y debe ser incesante. Si pones todo lo que tienes y hasta tu última posibilidad, sirviéndome con esmero, Mi Gracia descenderá sobre ti y Yo te abriré los caminos para que sean Mis Manos las que obren no solo en ti, sino a través de ti. Y en esa experiencia de Gracia y comunión Conmigo, darás testimonio a los hombres del milagro de la transformación y de la plenitud de servirme y unirse a Mi eternamente.*

Ya había experimentado la Gracia de Dios muchas veces, en muchas vidas, y en ese momento Me vi ante un Amor inconmensurable y una Gracia eterna. Pero viví y descubrí, hijos, que esa Gracia llega cuando ya hemos dado todo de nosotros. Si todavía hay algo dentro de ti, escondido para ti mismo, entrégaselo todo a Dios y así verás que en la cima de tus imposibilidades, lo imposible se vuelve posible y lo imperfecto encuentra la esencia de la perfección.

Ese es el testimonio que le doy al mundo y al universo, porque tanto en el Cielo como en la Tierra hay quienes necesitan la Gracia de Dios.



Instruir, para Mí, era vivir, comprender con la Sabiduría de Dios y expresar esa experiencia a veces a través del verbo, a veces a través del silencio, a veces a través de la mirada, a veces a través de las acciones.

Para llegar a ser Instructor luego de encarnar como San José, al mismo tiempo que continuaba encarnado en la Tierra y aprendiendo más sobre la condición humana, sobre la entrega de la vida y la búsqueda de la divinidad que está oculta en la materia, también continué experimentando en el universo, aprendiendo con diferentes aspectos de la consciencia sobre la Creación Universal. Pasé por diferentes civilizaciones, más como observador que como actor. La primera de ellas fue Andrómeda.

Así como preparé el camino para Cristo en la Tierra, también lo preparé en el universo y con Mi experiencia de paternidad abrí las dimensiones para que, después de Su Ascensión, pudiera tener una nueva Morada.

Mucho de lo que aprendí tenía sus raíces en la vida de Jesús. Desde el universo observaba su desempeño en la Tierra y, atento a cada uno de Sus Pasos, bebía de la fuente de Su Sabiduría y Me abría a esa forma de amar, completamente desconocida en el universo. Al mismo tiempo recorría civilizaciones y razas y observaba cuáles eran sus necesidades, qué les faltaba y comprendí por qué existía el proyecto de la Tierra, y cómo ese proyecto debía suplir lo que les estaba faltando a esas civilizaciones.

Habiendo pasado por esa experiencia pude unir lo que veía en el universo con lo que aún seguía viviendo en encarnaciones posteriores a San José de Nazaret. Y en esas encarnaciones buscaba un camino que Me llevara al desarrollo del Amor, tratando de acompañar la evolución de la humanidad, hasta que el Creador consideró que podría dar

mayores pasos desde niveles más internos y podría ayudar mejor, observando desde afuera y sin tantas batallas con las influencias terrenas que impregnaban incluso a las células humanas. Y así lo hice.



Poco a poco fui aprendiendo que para instruir se necesita perseverancia.

El tono de cada uno de Mis aprendizajes cambió cuando el Creador Me ofreció desarrollar el Linaje de los Instructores, porque ahora todo lo que aprendía no era solo para Mí, sino para toda la humanidad. De esa manera, viví esa responsabilidad conscientemente en todos los niveles de Mi ser, tanto en el universo como en la Tierra y más allá de ella.

La responsabilidad y el Amor de Dios Me tornaban perseverante. Dios deposita grandes responsabilidades en aquellos en los que Él confía, por imperfectos que sean, porque Sus Ojos están en la Verdad y no en la apariencia. Por eso Yo buscaba todos los días eso en lo que Dios confiaba, eso en lo que Él tenía puestos Sus Ojos, y por lo que Él Me había llamado para instruir y guiar, en Su Nombre, parte de Su Creación.

Fue así que comencé una ardua búsqueda de la Verdad, de la propia Verdad interior, para expresar, vivir y ser esa Verdad. Por eso, hoy les enseño esto.



Todos los linajes necesitan que los seres estén vacíos de sí mismos para poder expresarse, pero la Instrucción une en sí, muchos aspectos de otros linajes y necesita de los seres una entrega aún más pura y verdadera.

El hecho de instruir no es solo transmitir información o guiar a las consciencias basados en lo aprendido y experimentado a lo largo de

la evolución. El Linaje de los Instructores es una misión para llevar a las esencias de regreso al Creador, al Único. Por ese motivo, es un linaje que reúne, en sí mismo, los principios sacerdotales de atraer del universo a la Divina Voluntad; así como los principios del Linaje de los Espejos es transmitir y comunicar no solo a las mentes cósmicas y planetarias, sino también a los diferentes niveles conscientes de los seres, ya que todo en un ser es vida, desde las células hasta la mente pensante, el alma y el espíritu.

Un instructor tiene que ser un gobernante de sí mismo, tener auto-control de su propia voluntad y pensamiento para saber cómo guiar a las almas en la dirección correcta y no según su voluntad personal. Muchas veces un instructor contraría su propia voluntad.

Un instructor también tiene principios del Linaje de los Profetas, porque interna y a menudo inconscientemente prevé los hechos para guiar a los seres, encontrando en su interior parte del Plan de Dios escrito para las consciencias, o incluso leyendo interiormente en el libro del karma e instruyendo a los seres según sus posibilidades de vivir la instrucción.

Todo esto lo fui aprendiendo y viviendo con el tiempo y con constancia, hasta que se volviera lo más natural posible.



Instruir es también aprender y, como todo aprendizaje, está sembrado de errores y aciertos, momentos de claridad y sabiduría, momentos de tinieblas e incertidumbres.

Como padre y amigo les confieso que uno de los grandes desafíos para instruir a la humanidad, además de observar las injusticias del mundo y depender del libre albedrío para actuar²³, es ver descender la Justicia Divina sobre las almas y sobre el planeta, sabiendo que esa

Justicia llega porque los hombres no abrieron los ojos, no aceptaron el aprendizaje basado en el amor, no transformaron sus vidas, no clamaron por la Divina Misericordia para equilibrar sus errores y ayudarlos a proseguir.

El mayor aprendizaje que he vivido como instructor, y que muchas veces aún vivo, es acompañar al mundo de manera neutral y sin intervenir delante de la Justicia Divina.

Después de haber sido el padre de Jesús y haber renunciado a acompañarlo y protegerlo, aun sabiendo lo que experimentaría de adulto, asumí la paternidad de cada alma, y así como tuve que asistir a la Pasión de Cristo sin intervenir, hoy contemplo la pasión del planeta y muchas veces no puedo interceder por las almas, porque debo respetar y cumplir las leyes que rigen el universo.

La gran diferencia entre la Pasión de Cristo y la pasión planetaria es que Mi Hijo cargaba una Cruz que no Le correspondía y asumió los pecados del mundo para que la humanidad pudiera continuar existiendo, mientras que en la pasión del planeta, la humanidad carga una cruz que sí le corresponde, porque para muchos la Cruz cargada por Cristo no fue suficiente. Por esa razón, por la Ley y por la Justicia, hoy deben cargar su propia cruz.

Les digo que el gran dolor de Mi Corazón es saber que todo podría ser diferente con un simple sí del corazón humano. La humanidad, en general, no quiere vivir atrocidades y despertar la ira, pero tampoco quiere renunciar a todo lo que alimenta el egoísmo y a todas las fuerzas capitales que atraen la Justicia y alejan la Misericordia de sus vidas.

De esta manera les confieso que instruir es renunciar constantemente. Les digo esto para que, en nombre de Dios y de Sus Mensajeros, sean perseverantes en su camino y generen mérito para que la Misericordia descienda sobre el planeta, porque solo su clamor, el clamor del corazón humano puede abrirle las puertas.



Para instruir, siempre Me disponía a aprender en todos los niveles de Mi Consciencia.

Al principio la instrucción que brindaba al Plan de Dios se restringía a la humanidad. A través de muchas faces, con muchos aspectos de consciencia y en diferentes dimensiones traía impulsos para la evolución humana, y como resultado de estos impulsos, Yo también crecía y daba pasos espiritualmente.

Un aprendizaje espiritual no se asimila de la misma manera como la humanidad suele aprender. No es a través del éxito de los alumnos y discípulos que el instructor crece, sino cuando a pesar de tener fracasos y caídas, la consciencia asimila el aprendizaje. Por ejemplo, se le podría dar un impulso a cierto ser y él no seguirlo, no responder o ignorarlo, y en cierto momento ese ser se encuentra ante una gran caída, en un abismo espiritual por no haber seguido los impulsos internos que le llegaron. Entonces ahí, en ese abismo interior, el ser comprende lo que traía aquel impulso y lo que quería evitar. Con esa experiencia se asimila el aprendizaje. Y también Yo crezco, porque observo que ciertas consciencias no responden a determinadas formas de instrucción.

La imprevisibilidad de la consciencia humana nos hace crecer mucho como instructores, porque para cada corazón existe una infinidad de formas de aprender y de dar pasos; tenemos que descubrirlas y aplicarlas. De esta manera el Linaje de la Instrucción Me fue llevando por diferentes senderos evolutivos hasta que llegué a comprender que para guiar debía estar, aún más, unido a la Consciencia Divina, al Padre, porque la diversidad existe, pues Él creó algo único y perfecto para cada ser. Y la imprevisibilidad humana existe porque, en verdad, no conocemos la perfección que manifiesta cada criatura y que tiene un camino para expresarse.

Este descubrimiento hizo crecer Mi amor por el Plan, por Dios y por cada una de Sus criaturas.



La condición de Instructor y Sacerdote Me acercaba a Dios porque Él me enseñaba a amar, cada día más, a Sus criaturas y sobre todo a Su Plan para cada una de ellas y Su perfección, existente en sus esencias, que de vez en cuando puede manifestarse.

Después de ser instruido por los arcángeles y avanzar en el aprendizaje del vacío de sí, el mismo Dios Creador, Emmanuel, fue quien profundizó Mi instrucción. En este nuevo ciclo evolutivo estuve nuevamente junto a la consciencia de María en Su máxima expresión de Divinidad, y con Cristo como Rey y Señor de toda la Creación.

A partir de aquí comenzó a gestarse la Misión que hoy los tres Mensajeros Divinos llevan a cabo en el planeta, cada uno ofreciendo a la humanidad un grado de amor diferente a través de Su propia experiencia de entrega y unidad con Dios.

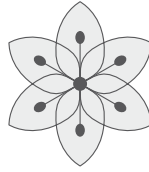
Del mismo modo que Yo, Cristo y María sintieron crecer un amor absoluto por la humanidad, por el Plan de Dios y por la perfección del Padre en Sus hijos. Después de que ambos pasaran por la Tierra ese amor marcó Sus Espíritus y, comprendiendo la condición humana, hoy podemos ayudar a la humanidad.

The image features a vast, layered sky transitioning from a deep blue at the top to a bright orange near the horizon. Numerous clouds are scattered throughout, catching the low light and appearing in shades of blue, grey, and orange. At the bottom, a dark silhouette of a mountain range stretches across the horizon, with some peaks more prominent than others. The overall mood is serene and expansive.

Capítulo 9



Cruz Azul de Emmanuel - Centro Mariano de Figueira
Minas Gerais, Brasil



Para ser instruido por Dios mismo, Emmanuel, tuve que vivir una preparación interior que Me hizo descubrir que todavía había muchos miedos dentro de Mí, miedos que no eran humanos, miedos espirituales. Miedo de estar ante una oportunidad única y que colocaría una responsabilidad también única sobre Mi ser.

No todos los seres del universo son instruidos por los arcángeles, así como no todos, diría que casi ninguno, son instruidos por Emmanuel. Ser instruidos por Dios representa una ampliación de nuestra misión como consciencia; significa que no solo serviremos en este universo, sino también en otros, porque existen maestros y guías que corresponden al universo local, y ellos sí son instruidos por el arcángel que es responsable de este universo, quien les transmite la parte necesaria del Plan de Dios para conducir a los seres al cumplimiento del Plan.

Lo que sucede es que el proyecto de la Tierra, a pesar de estar en este universo, influye en muchos otros y su triunfo generará también beneficios evolutivos para partes remotas de la Creación, desconocidas para las criaturas del universo en el que vivimos.

Yo represento para Dios una parte de la realización de Su Plan y, como un servicio, debería ayudar a otros para que pudieran alcanzar y superar este nivel de materialización y expresión del cumplimiento de la Divina Voluntad. Por eso, en cierto momento de Mi evolución, Dios mismo Me llamó para que aprendiera con Él.



Lo primero que aprendí de Dios fue observar a las esencias y leer el potencial y la misión de cada una de ellas para luego orientarlas según la Voluntad Divina. El Creador Me mostraba, día a día, cómo se ama y cómo se encuentra en las criaturas la perfección de sus esencias.

Aprendí sobre las leyes, aquellas que nos ayudan a interceder por las almas y aquellas que nos piden que las observemos y las acompañemos en silencio. Descubrí que en el Proyecto Humano, como en toda la Creación, Dios se muestra y también se esconde, todo por Amor de Sus hijos, porque cada acción Suya es Amor, inclusive Su Justicia.

La gran Obra de Dios es Amar y trascender las apariencias de Sus hijos para encontrar siempre la Verdad. Y el gran pesar del Padre, y de todos aquellos aman a través de Su Corazón es ver que se pierden muchas esencias por no aceptar todo lo que Dios les ofrece.

Comprendiendo el Amor de Dios que habita en todo, inclusive en la Justicia, pude entender mejor las pruebas que vivió la humanidad y las que aún estarían por venir, sabiendo de ese modo cómo levantar del suelo a cada uno de Sus hijos en el momento oportuno.



El gran pesar de Dios no era que Sus hijos vivieran en la ilusión, porque vencer la ilusión era parte de Su proyecto, por eso era natural que Sus hijos estuvieran sumergidos en tantas energías que los separaban de la Verdad. El pesar de Dios era la indiferencia de sus hijos cuando, aun ante tanta ilusión, sentían la Verdad y la ignoraban, no la buscaban, no se interesaban por ella.

El Creador muchas veces dejaba que Sus hijos lo sintieran para que comprendiesen que hay un Padre que los ama y los aguarda hasta

que regresen, para que comprendieran que por detrás de la ilusión hay una Verdad, detrás del cuerpo hay una esencia, hay un espíritu. Todo esto Dios hizo sentir a Sus hijos y a algunos de ellos les mostró Su propio Rostro, les habló con Su Verbo Divino y los amparó con Sus Manos. Demostró a Sus criaturas que la vida tenía un sentido, una perfecta razón de ser, así como todo lo creado. Pero, muchas veces, Sus hijos no Lo escuchaban.

El Creador mismo es convocado a no perder la esperanza. En esencia, Él sabe la Verdad, Él conoce el fin de todas las historias que se escriben con la evolución de las razas y, simplemente, espera —a veces en silencio, a veces en oración— que estos Planes se concreten.

Con el Padre aprendí a no perder la esperanza y a alimentar la Fe con la certeza de la Verdad; saber que por más imperfectas que aparenten ser las criaturas, provienen de un Dios Perfecto y que ocultan dentro de sí esa Perfección. Y ya sea a través del Amor, del sufrimiento o por el despertar, las criaturas algún día sabrán que esta Verdad estaba dentro de ellas.



A medida que el aprendizaje avanzaba, fui comprendiendo el Amor de Dios por Su Creación, y más que eso, fui sintiendo la esencia de cada uno de Sus proyectos. El Creador Me dio a conocer otras humanidades y cómo, en realidad, se complementaban entre sí, y cómo cada proyecto Suyo era una pieza de un gran rompecabezas celestial.

Cada humanidad guardaba en sí misma un atributo único y, para que se manifestara plenamente, era necesario que cada ser de ese proyecto expresara lo que Dios pensó para ella y lo pusiera a disposición para la construcción del Plan.

El Creador así Me mostraba la importancia de cada uno de Sus hijos. Por eso los había hecho únicos, porque la esencia de todos sus proyectos

solo se expresaba cuando los seres eran capaces de vivir entre sí la unidad.



Cuando Dios creó el Proyecto Humano y, con la ayuda de los arcángeles, lo manifestó en la más densa de las dimensiones, tenía una gran esperanza en Su Paterno Corazón. Depositó en esas criaturas un potencial único de amar, de crear, de unir dimensiones, de unirse a Él. Pero las colocó en el lugar más distante de Su Reino, en planetas donde serían probadas con todo tipo de energías capitales y serían estimuladas y llevadas en direcciones opuestas al Corazón del Padre. Llegarían a estos planetas con los velos en la consciencia, sin conocer su pasado, quiénes son realmente, cuál es su misión y cuál es el potencial que guardan para cumplirla.

De esta manera, quien venciera todos estos obstáculos, y sobre todo con espíritu de humildad se superara a sí mismo, sería digno de atravesar todas las dimensiones y unir a la Creación desde los niveles más bajos hasta la Consciencia Divina, dando así el permiso para que, por los méritos generados en su vida, todas las criaturas tuvieran la oportunidad de continuar evolucionando y retornar al Padre.

A pesar de que muchas humanidades hayan desaparecido y otras hayan evolucionado sin tener como base el Amor Crístico, la Esperanza del Padre nunca se desvaneció y Sus Ojos permanecieron fijos en la Tierra.

Cuando estuve junto a Dios, aprendiendo y sintiendo con Su Corazón, el Creador Me dio a conocer muchos secretos y el mayor de ellos fue Su Esperanza. Cada humanidad llegó a un punto, pero su propósito aún está por cumplirse. Su Fe hoy está puesta en todos aquellos que reconocen el ejemplo de Su Hijo y en todos los que creen en el Amor.

Cuanto más cerca estaba de Dios, más Me persuadía de la certeza de Su Plan, porque cada día comprendía más la perfección que habita en las criaturas, aunque ellas no lo sepan.



Cuando comprendí más profundamente el Proyecto Humano, comprendí también un misterio universal de la Creación Divina, que era enviar espíritus antiguos al planeta, con un avanzado desarrollo mental e interior, acostumbrados a la vida de sus civilizaciones donde todo parecía ser alcanzable a través de la ciencia y de la sabiduría, donde existía el bien común, pero les faltaba algo: les faltaba la experiencia del Amor. E incluso, con todo ese desarrollo universal, cuando estos espíritus llegasen a la Tierra con los velos en su consciencia, deberían descubrir que el Amor, en verdad, se encuentra en las cosas más simples. Ni la ciencia ni la sabiduría revelan el Amor, tampoco es la grandeza humana ni las posesiones ni la edad física o evolutiva lo que revela el Amor. El amor nace en el corazón de quienes logran ser puros, liberados de sí y de todo, y aman al prójimo más que a sí mismos, aman a Dios y a su Plan por sobre todas las cosas.

Muchos espíritus que llegaron a la Tierra, aunque tuviesen velos en la consciencia, fueron buscando en el inconsciente recursos para evolucionar, y repitieron las mismas experiencias que vivieron en el universo pero de una manera aún más precaria, porque la Tierra no tiene las mismas condiciones evolutivas que tienen sus civilizaciones de origen. Muchos no descubrieron el valor de la simplicidad y casi ninguno descubrió el valor de la humildad y del vacío de sí.

Existen muchas filosofías y muchos buscadores de ellas, pero pocos con una experiencia verdadera de lo que leen en sus numerosos libros, e incluso de lo que creen vivir en sus corazones, porque buscan dentro de sí por el camino equivocado.

La mayoría piensa solo en adquirir conocimiento, sabiduría, santidad, virtudes y, a pesar de ser deseos espirituales, no pasan de ser deseos humanos.

Todo esto lo comprendí estando al lado del Creador. Por eso, hoy vengo a enseñarles a encontrar un verdadero camino y una verdadera manera de vivir lo que tanto anhelan: el Camino Crístico.



Dios tenía un Amor especial por cada una de las humanidades que había creado. Cada una de ellas tuvo la posibilidad de renovar Su Creación y, cuando algunas se fueron perdiendo y se autodestruyeron, el Creador las observaba con pesar, pero no con desesperanza. Confiaba en el potencial oculto en el interior de Sus hijos y cada vez que un planeta se autodestruía, Dios les daba a esos espíritus una nueva oportunidad en otro planeta, en otra humanidad, para que, por fin, Su proyecto, Su milagro, pudiera concretarse en esas consciencias. Hasta que solo quedó el planeta Tierra que estaba evolucionando muy lentamente.

En este planeta, el Creador reunió a todos esos espíritus que habían destruido sus planetas en etapas anteriores. Algunos de ellos pasaron a niveles más internos²⁴, donde podrían aprender, observando la evolución de sus hermanos, y donde no causarían tanto daño a la consciencia terrestre, a pesar de ser un gran peso espiritual para el planeta.

Siempre que un alma daba un paso en el camino crístico, por pequeño que fuera, esas consciencias en los mundos internos del planeta vivían un aprendizaje mínimo y, dependiendo de su apertura, también daban un paso, porque comprendían la esencia de la vida evolutiva.

Cuando solo quedaba el planeta Tierra en una evolución primitiva, sin embargo formando parte del Proyecto Crístico, el Creador decidió

poner toda Su atención y Su Gracia en él. Y, en la medida de lo posible, de acuerdo con los pasos dados por la humanidad, impulsaría ese proyecto con lo mejor que había en el universo. Pero, a pesar de todo eso, aún dependería de cada ser humano aceptar el camino de la vivencia del Amor y vencer esa batalla constante contra las fuerzas retrógradas. Dada tamaña Gracia e impulso celestial, de acuerdo con la Ley, estas fuerzas también podrían fortalecerse y crecer para que la oposición fuese equivalente a todo lo que Dios enviaba, y los seres humanos tuvieran que superar un grado de dificultad que los elevase y los hiciera cruzar las dimensiones, como les enseñó el Hijo Primogénito de Dios cuando encarnó en la Tierra.



Cuando el Creador puso toda Su atención en la Tierra, el universo Lo acompañó aunque muchos no conocieran Su Plan y no comprendiesen en qué radicaba tamaña esperanza en el proyecto para esta humanidad, aparentemente tanto menos avanzada que todas las civilizaciones del cosmos. Aún así, incluso sin entender, aquellos que seguían las Leyes de Dios, lo hacían porque confiaban en el Creador y sabían que Su Voluntad es siempre lo mejor para la evolución de toda la Creación, y no solo para unas pocas criaturas.

Lo que llamó la atención del Proyecto Humano de la Tierra fue que se esperaba algo más que el bien común y la fraternidad. Y, cuando el Hijo de Dios estuvo entre los hombres, para darles un ejemplo, en muchos casos sacrificó varias almas por la salvación de una sola. Un día, siguiendo la evolución de Jesús desde el universo, uno de los hijos más fieles de Dios Le preguntó por qué Jesús hacía esto y cuál era el sentido de arriesgar tantas almas por la salvación de una sola. Y el Creador nos explicaba que se trataba de un acto de Amor Crístico, y que no estaba dirigido a un individuo, sino a toda la Creación. Jesús amaba por encima del bien común y este Amor que emanaba de Él

llegaba a todas las almas y esencias, incluso más allá del universo, a pesar de que muchas veces parecía abandonarlas.

Y el Creador expresaba: *Observen, ese acto de Amor hacia esa alma, enseñó a todas las otras, aparentemente abandonadas, a renunciar a sí mismas por amor a los otros. Esta es la esencia del Amor que abre las dimensiones. Esta es la esencia que los hace semejantes a Mí, porque Yo, Hijos, en apariencia puse en riesgo al universo entero para que los peores de Mis Hijos, los que menos merecían, tuvieran la oportunidad de amar. La Tierra es el fruto de un acto de Amor del Creador hacia Sus criaturas y debe reflejar ese acto en su evolución.*

Así Él nos explicaba.



El Plan de Dios siempre fue desconocido para el universo. A pesar de que cada criatura pudiera conocer la parte que le cabía manifestar, la esencia del Pensamiento Divino nunca dejó de ser un misterio.

A menudo, Sus hijos, siervos y compañeros, tenían que proceder sin comprender bien para qué lo hacían, ni cuál sería el resultado de esta Obra. Y mientras que para todo el universo este proyecto parecía una constante experiencia cuyos resultados siempre eran impredecibles, para Dios todo parecía estar escrito y todo cumplido, desde los aparentes fracasos hasta los mayores triunfos.

El Creador observaba pacientemente la autodestrucción de las humanidades anteriores y reposicionaba los espíritus para una nueva oportunidad. Incluso en la Tierra, observaba en silencio cada vez que el hombre se desviaba del camino del Amor y elegía el sufrimiento y la oscuridad.

Su silencio hablaba más alto que el más fuerte estruendo que pudiera resonar en todo el cosmos. La intensidad de Su silencio detenía la vida

en todo el universo, porque todos respetaban y esperaban para conocer el motivo del silencio divino y lo que Él quería decirle a la Creación.

A veces se hacía sentir el silencio de Dios. A veces traía pesar otras, alegría.

La mirada del Creador se expresaba como un sentir en toda la vida universal. A menudo las criaturas no Lo veían, pero sabían que los Ojos de Dios estaban puestos sobre ellas y esa mirada hablaba por sí sola.

Dios, que creó el Verbo, habla en silencio. Su comunicación es la más amplia de toda la Vida, porque no se limita a palabras y conceptos. Y el gran misterio de todo esto es que los seres humanos, con todo el ruido que aparentemente hacen por todo el planeta, guarda dentro de sí, la posibilidad de comunicarse con Dios en Su lenguaje: el silencio.

La esperanza y la alegría brotaban del Corazón del Padre como un sentimiento divino, que se podía sentir en todo el cosmos cuando uno de Sus hijos verdaderamente hacía silencio y Lo encontraba en su interior. Era como si las dimensiones se unieran desde lo más material a lo más sublime, y por un instante Su Plan se cumplía. Duraba segundos en el tiempo de la Tierra, pero se hacía eterno en el Corazón de Dios.



El silencio de Dios revelaba Su Amor por la humanidad. Cada pequeño paso que da un ser humano en la Tierra se siente en el universo a través de la alegría que emana del silencio de Dios. Asimismo, todo error grave se siente en el universo por el dolor que emana del silencio de Dios.

Si los hombres Lo buscaran e intentaran estar en Dios, comprenderían la esencia de este proyecto; podrían comunicarse con el Creador, escuchar de Él cuál es Su Voluntad y cómo dar los pasos apropiados, en la dirección correcta.

El silencio de Dios habla naturalmente al corazón humano cuando este se abre para buscar algo superior y aquello que busca ingresa en sus corazones.

Para hablar con Sus hijos, el Padre necesita que sus corazones estén abiertos, disponibles, dispuestos a buscar y a encontrar al Padre, y saber cuál es Su Voluntad.

Si las criaturas no buscan al Creador y no están interesadas en conocerlo, descubrir la Verdad y vivirla, Dios no puede hacer otra cosa sino observar a la humanidad y esperar.

Para encontrar a Dios hoy, verdaderamente es necesario persuadir a nuestro ser de la certeza de una Vida Superior, de la certeza de la existencia de un Plan que trasciende lo cotidiano común de la humanidad, de la certeza de la existencia del cosmos y de todo lo que en él habita, de la certeza de la existencia de Dios y que Él los espera en silencio. Solo así, e imbuidos de esta certeza, encontrarán la fuerza para revisar sus prioridades en la vida y tener la búsqueda de Dios como lo más importante de su existencia y, sobre todo, de la experiencia en la Tierra.



A lo largo de la evolución humana las fuerzas retrógradas han degradado la consciencia de la humanidad y el sentido sagrado del silencio. Especialmente en los tiempos modernos, el silencio es algo fuera de lo común, considerado monótono, que provoca tedio, angustia y tristeza.

La tristeza que siente el ser humano cuando calla es el verdadero estado de su alma y espíritu, que en ese momento se revela. El que teme al silencio es porque teme encontrarse consigo mismo y reconocer la realidad en la que se encuentra.

Un alma que reconoce el poder del silencio verdadero nunca puede ser la misma. Cuando se ama el silencio, la consciencia alcanza

estados cada vez más elevados de sí misma, hasta llegar a la comunión con Dios.

Hablo de un silencio espiritual, mental, físico y anímico; un silencio que trasciende el hecho de cerrar la boca y no mover las cuerdas vocales, porque ese silencio es conocido por muchos y eso no los hace Uno con Dios, en perfecta comunión.

Cuando estuve en la Tierra, algunas veces experimenté este verdadero silencio, pero solo lo entendí perfectamente cuando estaba al lado del Creador, y Él mismo Me reveló la esencia y el valor del silencio. En ese momento, entendí una gran clave para la evolución humana, y por eso trato de enseñarles este arte sagrado de encontrar el silencio.



El Creador, que es el Principio de Todo, emana silencio, Se comunica en silencio mucho más ampliamente que con el Verbo.

El Verbo fue lo primero que emanó del Único: el Sonido como vibración, como rayo, como color, como luz.

Después del Verbo vinieron todas las cosas y, para que todas las cosas retornen al Único, deben tomar el camino opuesto al que habían recorrido hasta entonces: el Verbo, que era sagrado y puro, emanado del profundo silencio de Dios, fue degradado, y debe volver a ser sagrado.

El silencio no es la ausencia de sonidos, porque existen sonidos que llevan al silencio. Son esos sonidos los que las criaturas deben aprender a manifestar. Con esos sonidos el corazón debe construir el camino de retorno hasta ir encontrando el verdadero silencio.

Cuando el alma expresa un sonido, una música y la llena de verdadera reverencia, de verdadera aspiración de elevarse y unirse a Dios, por mucho que su canto se haga oír, conducirá al silencio.

Antes de volver al silencio el verbo debe ir sublimándose, transformándose, volviendo a ser sagrado. Si esto no sucede no conocerán el verdadero silencio. Podrán hacer el ejercicio de acallarse como una búsqueda del silencio de Dios, pero ese silencio solo lo encontrarán cuando su verbo se torne sagrado.

El verbo es el símbolo del acto de crear; el verbo es el símbolo de lo que nace, que abre nuevas puertas, que atrae algo, de acuerdo a su pureza y condición. Por ese motivo, para encontrar el silencio, no solo la boca debe emanar lo sagrado, sino también la mente, las emociones, los movimientos, el corazón. Todo ser es un creador. Todo lo que los hace semejantes a Dios debe ser sagrado.

Todo el potencial que tienen como humanidad, y que están utilizando casi siempre para degenerar la esencia del Proyecto Humano, debe volver a ser sagrado, y así es como encontrarán la esencia del divino silencio del Creador



No solo Yo aprendía del silencio de Dios; toda la Creación aprendía de ese silencio. Todos los maestros y guías, encargados de conducir parte de los hijos de Dios, aprendían de Su silencio y reconocían los momentos que eran apenas para permanecer en observación y no pronunciar ni una sola palabra porque el silencio, en ese momento, hablaría más alto y más fuerte que el verbo.

Descubrir el silencio de Dios fue algo que no solo tocó Mi espíritu, sino que lo transformó profundamente.

Hubo muchos momentos en los que el Creador Me llamaba para observar el Proyecto Humano, y Él simplemente guardaba silencio. Su Corazón permanecía manso ante la indiferencia de la humanidad. En lo profundo del Creador, Su Paz y Su Amor son inalterables.

Él quería enseñarme a ser intercesor, entre las almas y cada uno de Sus Aspectos, para que todos pudieran conocer al Padre y, para eso, Yo necesitaría conocer no solo a los hombres, sino también a Dios. Por eso, después de haber experimentado ampliamente la vida en la Tierra, Me llamó para estar a su lado, junto a Su Hijo y a Su Santa Sierva Celestial.



El Creador no Me explicaba por qué Me había llamado entre tantas criaturas. Pero, observando Su Amor por todo lo creado, Me di cuenta de que Él les daba las mismas oportunidades a todos, pero no todos las recibían de la misma manera.

No hay predilección en el Corazón de Dios. Él tiene un plan perfecto para cada uno de Sus hijos y, de la expresión de esa perfección, nace la manifestación de Su Plan para toda la humanidad, para toda la Vida.

Comprender este misterio profundizaba en Mí el sentido de la humildad, porque reconocía la verdad, es decir la igualdad que existe entre todas las criaturas. No hay mayores ni menores; solo están los que aceptan los dones de Dios y se abren para hacerlos crecer, y los que los ignoran y hasta quienes los degeneran por su ignorancia.

Aquellos que rechazan un don de Dios es porque no conocen la Verdad y no conocen el Amor, a pesar de que muchos seres se consideran dueños de la verdad y experimentados en el amor.

Quienes no son humildes y no se dejan transformar por Dios es porque viven aún en un grado de ilusión e ignorancia que les impide llegar a la Verdad.

La humildad no es un don extraordinario en el corazón de unos pocos. La humildad es una realidad en el corazón de quienes se unen a la Verdad porque simplemente saben que solo el Creador es grandioso. Todo lo que está debajo de Él existe para unirse y, expresando la

unidad, regresar al Origen. Si uno de Sus hijos no forma parte de esta unidad, el retorno nunca será completo. Todo y todos son importantes a los Ojos de Dios. El orgullo, en verdad, es el resultado de la ignorancia, del alejamiento de la Verdad.

Cuando el corazón trasciende la necesidad de afirmación en la materia en todos los niveles, y va ingresando en el conocimiento de la Vida Superior, todo lo que antes lo afligía se vuelve pequeño y simple. La consciencia reconoce la Verdad y en ella descubre que la humildad simplemente está, porque la ignorancia está ausente.

Comprender este misterio al lado del Creador fue vital para Mí para instruir a la humanidad. Por eso, en estos tiempos, buscamos tanto que despierten a la Vida Superior, porque así retiran la consciencia de los enredos de la ilusión y de la ignorancia terrenal y todo estará en vías de cumplirse.



Yo comprendía la Verdad de Dios y Su Amor resonaba dentro de Mi Corazón, porque Él estaba en Mí. Mientras Dios Me mostraba las diferentes realidades del planeta y de todo el cosmos, haciéndome percibir Su Amor por la Vida, la parte de Su Consciencia que habitaba en Mí desde el principio —como en todas las criaturas— comenzó a manifestarse. Era como si al escuchar Sus Palabras y sentir Su Presencia, Él fuese naciendo y desarrollando ese principio que estaba en Mi consciencia.

Dios en Mí era semejante a un pequeño feto dormido que se despertó al oír Su Santa Voz y comenzó a desarrollarse y a prepararse para nacer. Era un principio muy pequeño y en su pequeñez escondía la semejanza con el Padre.

Así como un feto está lejos de expresar lo que es como hombre y como consciencia, esa Presencia Divina dentro de Mí también estaba

distante de su verdadera expresión. Yo escuchaba la Voz de Dios y Lo sentía despertar en Mi interior como una nueva vida.

¡Oh, cuántas veces desperté, en toda Mi existencia, de este sueño que se vive en tantos planos! La evolución humana se ha alejado excesivamente de la Realidad que es necesario despertar muchas veces. Y cuando pensamos que estamos cerca de la Verdad —porque estamos al lado del Creador— se vive un nuevo despertar, comienza una nueva vida, y solo entonces comenzamos a ver cumplirse, en el horizonte, el plan de retorno al Origen.



Cuando se habla de regresar al Origen muchos piensan solo en retornar a los lugares en los que estuvieron antes de llegar a la Tierra para servir y vivir la redención.

Cuando se trasciende la vida, la consciencia comprende que el regreso al Origen es un camino eterno que va más allá de la Tierra, inclusive del universo. Un camino al que están llamadas todas las criaturas, porque del Origen partieron y a él deben retornar.

El regreso al Origen es el símbolo de la vivencia de la unidad de toda la Creación. Todo en la verdadera evolución los lleva a la unidad consigo mismo, con los demás y, finalmente, con Dios.

El retorno al Origen solo se produce cuando todo lo creado vuelve al Padre, en una perfecta expresión de la unidad. Y así es como hasta Dios mismo Se renueva, porque Él será renovado por la evolución de Sus hijos.



Permaneciendo al lado de Dios comprendí la esencia perfecta de Su Creación. Comprendí que el retorno al Origen comienza dentro de las criaturas, inclusive en el universo material.

Es posible retornar espiritualmente a la Fuente estando aún en vida y luego transitar esa senda con toda la consciencia. Cuando un ser encuentra dentro de sí la unión con la Fuente Divina de donde proviene, está abriendo un camino para que toda la humanidad pueda retornar. Esa consciencia se transforma en un portal vivo directo al Corazón del Padre, convirtiéndose en un instrumento Suyo a través del cual, Él puede llegar al mundo y redimir a las almas.

El encuentro con Dios solo ocurre si Lo buscan, si aspiran a encontrar al Padre, a escucharlo y seguirlo tal como dicta Su Voluntad.

No es solo en los niveles espirituales y esenciales donde existe la posibilidad de unirse a Dios: todas las células guardan en sí un principio de semejanza con lo Divino y, para que este potencial salga a la luz, es necesario que el ser se esfuerce de manera desconocida en el proceso de su propia purificación.

Hablo de un esfuerzo desconocido porque Me refiero a un despertar desconocido para toda la humanidad, inclusive para el universo, pero que existe y es parte del Proyecto Humano de la Tierra. De esa manera el Creador todavía espera la expresión de ese potencial.

El Espejo de la Creación se refleja en todos los niveles de la consciencia humana, basta buscar una luz interior para poder encontrar lo que hoy les digo.



A medida que abría y expandía el Corazón pude aprender sobre el Amor de Dios por la humanidad y comprender por qué el Creador aún mantiene Su esperanza en la realización del Proyecto Humano, a pesar de que se vivan tantas atrocidades en la Tierra.

Aprendí sobre la Justicia Divina y también sobre la Misericordia. Aprendí sobre el Silencio y sobre la Instrucción. Aprendí sobre el Perdón y la Liberación cuando las almas generan méritos para recibir estas dos dádivas de Dios.

Todo eso Yo lo viví en un tiempo que no existe y, al mismo tiempo que aprendía con Dios, aplicaba ese aprendizaje a través de las diferentes expresiones de Mi ser, de Mis diferentes mónadas. Y así, en un intento de experimentar y aplicar esas leyes, surgían dudas, surgían miedos, surgían situaciones imprevistas e insólitas. El Proyecto Humano es completamente impredecible para todo lo que está por debajo de Dios y, a veces pienso que para Dios mismo, también lo sea.

De esta manera, cada vez que surgía una pregunta, se la llevaba al Creador y Él simplemente iluminaba Mi ser con Su Sabiduría como un rayo que penetraba Mi Consciencia y Me mostraba a algo que Yo no podía ver. De allí brotaban las soluciones.

El Creador siempre está disponible para ayudar a quienes Lo sirven. Si piden ayuda para cumplir Su Voluntad, les aseguro que Él los escuchará.



A medida que aprendía sobre el Amor de Dios y Me dejaba inundar y transformar por ese Amor, comprendía mejor la esencia de Su Creación y buscaba observar a los diferentes pueblos, culturas y razas

que se expresaban, sobre todo en la Tierra, para poder así, conducirlos según la Voluntad del Padre.

Soy un siervo e intercesor de Dios y Mi misión es crear un puente entre la Consciencia Divina y Sus criaturas. No opero específicamente sobre la humanidad, sino de manera especial con ella, porque cuando una consciencia puede amar y comprender el Proyecto Humano, también puede amar y comprender todos los Proyectos Divinos. Al ser un intercesor entre la humanidad y Dios, Me convertí en un mediador para muchas otras civilizaciones del cosmos. Yo represento la energía de la constancia, del orden, de la perseverancia que permite que un ser trascienda su condición humana para estar al lado del Padre. Y como la condición humana es, en muchos casos, una de las características más retrógradas de la consciencia —a pesar de contener dentro de sí el potencial más alto del amor— Me convertí en un ejemplo para muchos seres en toda la Creación. Así pude ayudarlos no solo a adherirse a la Voluntad Divina, sino también a vivirla.

De esa manera, tal como ahora recorro muchos espacios del planeta, y acompaño diferentes expresiones de la humanidad, el Creador Me encomendó que custodiara a diferentes sectores de la Creación, interna y espiritualmente, en especial en lo que respecta a la adhesión a Su Plan para toda la Creación, ya que en el vasto cosmos, la parte de vida que adhirió al Proyecto Humano y lo entendió como una esperanza de evolución era aún pequeña.

Así comencé una nueva jornada en omnipresencia, y cuanto más servía al Padre, más Me unía a Él. Por eso, hoy les digo que el servicio a Dios es una forma de retornar al Origen.



Recorriendo, con el espíritu y la consciencia, diferentes espacios de la Creación, desperté el Don de la Piedad de Dios en Mi interior.

La Piedad que el Padre sentía por Sus hijos era lo que Yo comencé a sentir dentro de Mí. No juzgaba ni criticaba lo que encontraba en el camino, sino que comprendía la verdadera ignorancia que hace que los seres busquen metas tan precarias e insignificantes. En cambio si fueran hacia el Padre tendrían todas las cosas, reconocerían la Perfección que está dentro de sí mismos y no negarían su Origen, su Esencia.

Sentí la Piedad de Dios porque vi y comprendí que no es otra cosa que ignorancia lo que separa a las criaturas del Creador. Y dentro de la ignorancia, después de cruzar esa puerta, se encuentra el miedo, la vanidad, la soberbia, la codicia, el orgullo... Pero la puerta para todo eso es la ausencia de la Verdad, la ignorancia, el hecho de que los seres no conocen ni quieren conocer a Dios que es Perfecto, y que para todos guarda una parte de Su Perfección.

La ignorancia abarca todo en la vida de algunos seres: su vida diaria, su forma de ver al otro, sus metas, sus prioridades, sus afectos, sus aspiraciones, sus pruebas y desafíos, sus dificultades. ¡Oh! ¡Cuán claro vi a la ignorancia reinando en la vida de todos! ¡Y eso despertó en Mí la Piedad!

Lo único que pude hacer, y hasta hoy lo intento, es despertarlos a la Verdad, para transformar así sus conceptos y su visión sobre todo, sobre toda la existencia. Pero algunos seres se sienten tan seguros en su ignorancia, tan consolidados en esa posición, que la ilusión para ellos ya se tornó verdad, y juzgan ignorantes a los que no abrazan esa perpetua ilusión.

Solo le supliqué al Padre, y todavía Le ruego: *¡Piedad, Dios, Piedad!*



El Don de la piedad despertó en Mi Corazón el Don de la Divina Misericordia.

Cuando observaba al mundo —y también más allá de él— al lado del Creador, pude despertar en Mí interior la Piedad Divina, la Compasión y la profunda aspiración de ayudar al Padre Celestial a cumplir Su Plan, sin importar de qué manera Yo tuviera que servirlo.

No buscaba una forma, solo ofrecía Mi Corazón. Y observando cómo crecían los frutos en las almas que decían sí a Dios, que movilizaban toda la consciencia generando otra posibilidad de redención y evolución, vi que existen muchas formas de servir, y que casi todos los verdaderos movimientos internos del corazón humano transforman de alguna manera el destino de la humanidad.

En eso radicaba Mi esperanza y, con la certeza de la imprevisibilidad de los corazones, siempre estaba atento a aquellos que mínimamente se abrían para recibir un impulso y dar un paso.

La Piedad de Dios en Mi Corazón Me hizo percibir el sufrimiento de las almas y de los espíritus, cuando sus seres planetarios viven en la ilusión y en la ignorancia. Vi cómo el corazón humano es frágil y susceptible a las influencias oscuras. Y vi cuántas veces se dejaban vencer por impulsos que sus almas ya no querían seguir, simplemente porque se sintieron atraídos y convencidos por el mal que muchas veces habita en ellos.

Observando todo eso, la Piedad se expandió en Mi pecho, y buscando una forma de llegar a la humanidad, aunque muchas veces no lo mereciera, ese don divino se convirtió en una puerta para la Misericordia, y comencé a sentir y a expresar nuevos grados de amor. Desde ese momento, no solo recibía la Misericordia, sino que permanecía en ella y Me volví portador de ella.



La Divina Misericordia nacía en Mi interior como resultado de una mayor comprensión de la esencia de la Verdad.

No juzgaba a los hombres por su apariencia, y no medía los hechos sobre la base de lo que sucedía en los niveles de ilusión. Mi Corazón, que es puro, contemplaba la esencia de los seres y recorría todo el sendero que llevó a que un ser se perdiera o cometiera algún error.

Contemplaba el camino de la Verdad. De la misma manera contemplaba las intenciones de los corazones y no las palabras de la boca. Por eso, sabía cuándo un espíritu era sincero en su arrepentimiento y abría las puertas a la Divina Misericordia, aun cuando mereciese la Santa Justicia de Dios.

Cuando un corazón está en la Verdad, no le cuesta ser misericordioso; pero cuando permanece en la ilusión y juzga los hechos con ojos ofuscados y posee un corazón impuro, jamás podrá encontrar sinceramente aquello que le permita ser misericordioso con los demás; no podrá amarlos más allá de sus errores y darles nuevas oportunidades, a pesar de sus actitudes recurrentes.

Dios Me instaba a estar en la Verdad permanentemente, y con ojos de Verdad contemplar al mundo. Así pude vivir el Amor y donar Misericordia.



Cada momento con Dios despertaba un Don en Mi Corazón. Sucedió así tanto en el Cielo como en la Tierra. No hablo de meditar en la Presencia Divina, sino de estar verdaderamente en Su Presencia, lo que significa ingresar en el espacio interior donde Él habita, donde las dimensiones se unen, la ilusión se disipa y la Verdad se revela.

La humanidad, en general, teme acceder a ese lugar porque no conoce la Verdad y tiene miedo de perderse de sí misma. Pero, ¿qué podría haber más maravilloso que estar en la Presencia Divina y sentir el Corazón de Dios y ofrecerle, aunque sea por un instante, una esperanza?

Experimenté plenamente este encuentro, aun como San José, cuando era niño. Y por lapsos de tiempo lo continué viviendo hasta que Dios Me llamó a Su lado, para compartir con Él Su Amor por el mundo. Y cuanto más estaba al lado del Creador, más sentía y pensaba como Él, y eso despertaba Sus Dones dentro de Mí. Por eso, hoy represento para la humanidad el ejemplo de la vivencia de las virtudes.

Cuando invocan las virtudes vividas por Mí, no solo están accediendo a lo que viví como hombre, sino a todo lo que alcancé estando al lado de Dios.



Como las semillas del Amor de Dios por toda la Creación nacieron en Mi Corazón, el Creador Me envió a algunos lugares del universo donde no se entendía el Proyecto Humano. Al mismo tiempo, en la Tierra, seguí acompañando e instruyendo a muchos seres para que, a través de diferentes líneas de conocimiento, según lo que cada uno pudiera comprender, pudiesen llevar a las consciencias al despertar del Amor y de la Sabiduría .

En el universo fui considerado Padre de muchas civilizaciones, no por haberlas creado, sino por seguir su desarrollo junto con el Arcángel Metatrón. A través del Linaje del Sacerdocio Universal, amparaba la evolución de los seres. En ese momento fui como un mediador entre algunos seres y la Consciencia Divina. Cada vez que regresaba al Creador, Él Me enseñaba a entender los acontecimientos y Me guiaba para que pudiera conducir a Sus hijos. Emmanuel está cerca

de Sus criaturas porque Su Amor es infinito y se distribuye a través de los ángeles, de los arcángeles y de Sus Mensajeros.

Así como Yo, existen otros seres en el universo responsables de guiar y conducir a un determinado grupo de consciencias. Son considerados intercesores entre las criaturas y Dios. Se caracterizan por amar el Pensamiento Divino con especial adoración, y sirven incansablemente, a veces sin límites, para que ese Pensamiento se exprese en las diferentes civilizaciones.



Al lado de Dios comprendí la condición humana en su esencia y todas las dificultades que ella vive, independientemente del Proyecto Humano, porque las consciencias que llegan a la Tierra traen, en su mayoría, un gran bagaje de experiencias por curar y perdonar. Ante la posibilidad de encontrar energías y estímulos peores que los vividos en el universo, los seres tienen la oportunidad de elegir superar estos estímulos y vivir el Amor.

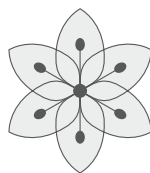
Para muchos, llegar al abismo es un estímulo para buscar la Luz; el sufrimiento y el límite del dolor es la forma de despertar a la búsqueda de algo superior. Perdiéndolo todo reconocen su vacío interior y buscan lo Alto. Por eso la escuela de la Tierra es tan difícil y dolorosa para algunos. Sin embargo, su resultado es la culminación de toda transformación, el verdadero sentido de toda alquimia: cuando el lodo dentro de los seres se convierte en amor pleno y en la cura de aspectos que trascienden la vida en la Tierra y penetran en la realidad universal.

Por esa razón, la vida en este planeta es una oportunidad para curar a todo el universo, pues los principales errores²⁵ de todo el cosmos llegaron a la Tierra, y aquí son curados y redimidos por la potencia del amor cuando los seres abren el corazón.

Capítulo 10



*Fuente del Sagrado Corazón - Centro Mariano del Niño Rey
Río de Janeiro, Brasil*



Cuando Mi Hijo ascendió y regresó al lado del Padre Celestial, comprendí aún más la esencia de la Creación. Reconocí en Cristo la esencia pura de la humanidad, el fruto de la perfección del Pensamiento Divino, y di gracias a Dios.

Mientras Cristo Jesús cruzaba las dimensiones, su Consciencia irradiaba a todo lo creado y los universos resplandecían: lo que estaba muerto volvía a la vida, lo que estaba en tinieblas recibía Luz, lo que estaba en zozobra recibía la Paz.

Su pasaje hacia el Padre fue como una gran amnistía celestial y a todos los que lo permitieron se les quitaron las cadenas de su condición de retroceso y conocieron la verdadera libertad, que era el Amor que venía a renovar los universos.

Vi al Redentor retornar a los Pies de Su Padre Creador y, de rodillas, rendirle Su gratitud como símbolo de Su unión íntima con Dios. Cristo había regresado, pero no por entero: una parte de Su Ser quedó repartida como potencial de amor en los corazones de los hombres, y para que el Señor tuviera a Su Trinidad en perfecta unidad, necesitaba que, después del Primogénito, retornasen todos aquellos que vinieron a completar Su Obra. Y el Padre los espera hasta los días de hoy.



La llegada de Cristo al universo representó la manifestación de un gran misterio. El Señor era la representación de la evolución, de la multiplicación de la Consciencia del Único, esa parte de Él que, cruzando

las dimensiones, llegó a la más densa de todas. Superó la condición humana y ahora retornaba con Júbilo y Gloria a la Casa de Su Padre para ser el testimonio vivo de la grandeza de Su Plan.

La duda se detuvo por un momento en el pensamiento de las criaturas, y todas exaltaron el Plan de Dios. Muchos quisieron participar del desafío de la vida en la Tierra; otros lo escogían por miedo a quedar rezagados. El maligno, para quien el Amor Crístico era aún más desconocido que toda clase de amor que enfrentara, temió y deseó destruir la Tierra, porque sintió el fin de su reinado por la Victoria de Cristo. Sin embargo, ese triunfo era solo el inicio de una historia que estaba comenzando a escribirse desde la Ascensión de Jesús y de Su Cristificación.

Cada vez que la humanidad daba un paso, por los méritos generados durante la vida y la Pasión de Cristo, Nuestro Señor también podía dar un paso más en Su evolución, desconocida por toda la Creación desde el principio.

Cristo es como una llave permanente que siempre está abriendo nuevas puertas para que Sus compañeros y toda la Creación caminen detrás de Él. Es la representación del Amor vivo de Dios, que creó la evolución con todas sus dificultades y pruebas, pero no dejó de ser Él mismo Quien abría las puertas a Sus hijos.

Dios no solo creó a la humanidad, sino que, para mostrar su potencial y su objetivo, Él mismo se hizo hombre. No les exige nada a Sus hijos que Él no viva primero. El Creador abre las puertas y solo llama a Sus hijos a imitarlo, tanto en la Tierra como en el Cielo; hace dos mil años como hoy; en el principio y en el fin.

Ese ejemplo de Dios, a través de Jesucristo, Me daba fuerzas y valor para servirlo siempre más y superarme cada día, porque era Él quien se superaba a Sí mismo primero y nos llamaba a imitarlo.

La Creación de Dios es un gran misterio, pero no hay mayor misterio que el mismo Creador. Él conoce el destino de Sus criaturas porque

camina adelante, y quienes siguen Sus Pasos siempre encontrarán la forma de retornar.



Cuando les cuento esta historia, les hablo de una experiencia en la que el tiempo no existe, donde los hechos no siguen una secuencia lógica como en la Tierra.

Al comienzo les hablé de Mi experiencia como hombre con cuerpo, alma, mente y emociones humanas... Ahora les hablo de experiencias espirituales, que dictaron el camino de Mi evolución y explican, por sí solas, lo que soy y expreso hoy.

Les cuento esto para que también ustedes sepan transitar por el camino del espíritu en el que no hay ni tiempo ni espacio fijos para vivir un aprendizaje.

Aquí les relato experiencias que viví en todos los niveles de Mi Consciencia, a veces como espíritu, a veces como ser cósmico, a veces como mónada, a veces con todo Mi ser. Lo más importante no es lo que en Mí vivió ese aprendizaje, sino la experiencia en sí. Cuando fuere necesario les explicaré dónde, cómo y con qué espacio de Mi ser viví determinadas situaciones, para que aprendan y expandan la limitada consciencia humana. Pero también forma parte de esa expansión adentrarse en el misterio del no-tiempo²⁶ y comprender, sin entender, cómo funciona.

Por eso les digo esto hoy. Hablo ahora para aquellos que leerán Mis palabras mucho después de que las haya pronunciado, pero como no estoy donde el tiempo reina, ya sé las dudas que surgirán en sus mentes y que cerrarán sus corazones. Por eso Me detengo hoy para ubicarlos dentro de esa experiencia, sin buscar ninguna lógica o eventos cronológicos y sucesivos, así ingresarán en este tiempo, paulatinamente, donde todo es un aprendizaje constante, donde todo es un eterno presente.



Explicándoles el aprendizaje atemporal que viví —donde el tiempo es un eterno presente, el espacio no tiene límites para la consciencia, y el ser se vuelve consciente de todos sus niveles, de todos sus aspectos— podré continuar contando esta historia.

La Consciencia de Cristo cruzó los universos, resplandeciente, pues todo lo que Él era se había unido a la mónada de Jesús en el momento de la Ascensión y en el instante en el que Él vino en dirección al Padre.

Su Ser brillaba más que mil soles similares a los de la Tierra, por eso no hubo criatura que no Lo encontrara, que no Lo viera y que no supiera de Su Cristificación y retorno al Padre. Su Consciencia demostraba a toda la Vida, la semejanza con Dios y Su resplandor anunciaba que Dios mismo habitaba la materia.

Cuando llegó al Padre, Yo también estaba allí, como un pequeño y simple siervo, visitando, por Gracia, las dimensiones de la Unidad donde solo los ángeles podían entrar. Cristo Se aproximó Glorificado, Universal, Cósmico y también Divino. Era inexplicable para la mente humana y también para Mí.

Quien estaba ante Mi Corazón ya no era el Niño Jesús, era el Rey de reyes, el Padre hecho Hijo, el Omnipresente hecho Carne; el Silencio hecho Verbo y el Verbo hecho Vida material y palpable que, después de cruzar las dimensiones, retornaba a Su Origen Celestial.

El Creador Se regocijaba ante la Presencia de Su Hijo, Lo respetaba y Lo amaba por toda la memoria de Amor que Él traía en Su Esencia. Y a pesar de ser parte indivisible del Padre, el Hijo también Lo reverenciaba. Fui testigo de la reverencia de Dios para Consigo mismo, de la humildad que había entre el Padre y el Hijo. El universo entero se detuvo ante este reencuentro celestial.

Contemplar y adorar este momento permitió que Mi ser se elevara en adoración y todas las partes de Mi consciencia reverenciaran al Padre y al Hijo. Allí asumí un nuevo compromiso de servicio eterno con Dios y con Cristo, y así, se iniciaba una nueva etapa para toda la Creación.



Cristo todavía no había retornado al Padre, como ninguna criatura tampoco lo había hecho, porque aún era tiempo de servirlo aquí en la Tierra. La unidad con Dios, aunque era espiritual e interior, no Lo hacía menos parte de Dios de lo que era cuando el Creador todavía no Se había multiplicado.

La humildad de Cristo se reflejaba en el servicio que prestaba al Padre y a Su Plan, siendo Él parte de Dios, Dios mismo. Cristo servía al Creador como a todas las criaturas, incansablemente, más allá de Su martirio y de Su muerte. Y continuó sirviéndolo por toda la eternidad.

Irradiaba ese ejemplo a toda la Vida, y quien sabía contemplar a Cristo comprendía la grandeza del Padre que se hacía semejante a la menor de Sus criaturas, hasta el postrer instante, para que la última de ellas tuviera un ejemplo que seguir.

Ese modelo pasó a ser el impulso del servicio incansable de todas las criaturas del universo.



El Amor emanado por Cristo en todo el universo, por el simple hecho de haber encontrado al Padre, curó y rescató muchas consciencias que, liberadas de la ceguera espiritual en la que se encontraban, pudieron comprender mejor el Plan para la Tierra. Eso hizo que muchos de los seres que más se habían equivocado en el universo, aceptaran vivir una experiencia en la Tierra.

Así como ustedes tienen velos en la consciencia sobre su pasado y sus errores, también los tienen para recordar aquella experiencia de Amor que los hizo aceptar venir al mundo. Por esa razón los seres necesitan recibir en la Tierra un Amor semejante al que sintieron cuando fue emanado por Cristo en Su encuentro con el Padre.

Por este motivo, hijos, cuanto mayor es el error que comete una criatura, mayor es el Amor que necesita para recordar a Dios; porque todos los seres que habitan la Tierra, en algún momento de su evolución, aceptaron llegar al planeta. Incluso aquellos que vinieron a intentar “destruir” los Planes de Dios también necesitan de Su Amor.

Este mundo es una fuente oculta de un Amor único; todos los que están en él son almas que desde hace eones de tiempo caminan sedientas por un desierto, y necesitan beber de ese Amor para continuar. Aquellas almas que llegaron a la Tierra dejaron atrás civilizaciones enteras que esperan Su Retorno con ese bálsamo único, sin el cual no hay evolución, no hay vida.

Si ustedes conocen un poco de ese Amor, multiplíquelo como el mayor tesoro de sus vidas y den a beber a los que tienen sed, amando a sus enemigos, al prójimo y a los Reinos de la Naturaleza como a sí mismos, y a Dios por encima de todas las cosas.



Cuando Jesús ascendió al Padre y volvió a Su Casa Celestial y Universal, no trajo consigo solo los méritos del Amor, de la Infinita Misericordia y de la Gracia alcanzados en la Cruz; Jesús, hecho Cristo, Le presentó también a Dios los dolores del mundo, el sufrimiento de unos, la ignorancia de otros, la ilusión espiritual de todos.

La humanidad estuvo distante de la Verdad y Él sabía, desde el principio, que la Cruz abriría una puerta para comenzar a transitar este

camino. Para muchos la Cruz no sería suficiente, no sería el fin, la llegada a la meta. Cristo sabía que muchos negarían Su Cruz, pero aun así mismo, la vivió.

Su Amor y Entrega deberían trascender cualquier mérito humano; iban más allá de la Justicia instituyendo la Puerta de la Misericordia para el planeta. Hasta ese momento, las criaturas no comprendían la esencia de la Misericordia, aunque ella existiera desde el principio y se hubiera manifestado a toda la Vida cuando Dios creó el Proyecto Humano y entregó las mayores gracias y oportunidades a quienes menos las merecían.

El Pensamiento Divino se expresaba en el Evangelio de Cristo y más allá de él, donde los escritos no pudieron llegar, y donde todo era inmaterial, invisible, misterioso... Cuando Cristo retornó al cosmos con Su esencia iluminada por un Amor desconocido para todos, recién entonces las criaturas, pudieron comprender mínimamente la evolución humana.

Así como Jesús habló e instruyó a los hombres en la Tierra, Cristo instruía a los seres en el cosmos, escribiendo, con letras de fuego y de Amor Crístico, el Evangelio Universal, Celestial y Divino, en el cual cada criatura encontraba su lugar y comprendía cual camino seguir para expresar su propia misión.

El Evangelio Universal de Cristo aún se escribe y pocos lo conocen. Será la guía del nuevo hombre que habitará la Nueva Tierra e instituirá las Leyes Crísticas en todo el cosmos. Mientras tanto, Cristo continuará Su evolución, sin dejar de guiar y acompañar a los corazones de los Suyos.



El atributo universal de la Fe, que fue emanado por Dios en el momento en que confió parte de Su Consciencia y de Su Creación al Proyecto Humano, lo renovó Cristo después de Su Ascensión. Para numerosas mentes en el universo, todo el sacrificio y la entrega de Cristo habían sido en vano, así como para muchas criaturas de la Tierra. Era un pensamiento desalentador que surgía de aquellos que no podían comprender la esencia del Amor, porque no habían experimentado ese Amor.

Pero por otro lado estaban los que confiaron en el misterioso Amor de Cristo, sin conocer el Amor, sin comprenderlo, sin haberlo experimentado, aunque teniendo solo la consciencia del “bien común”. Por esa razón, entregar la vida a los que no lo merecen y dar lo mejor a los más equivocados, era un verdadero despropósito en el sentido de la evolución.

Contemplando el encuentro de Cristo con el Padre y todo lo que Él aún continuaría sirviendo a través de su Hijo, el universo también aprendía y, a través de la Fe que emanaba de allí, experimentaba un poco del Amor Crístico o al menos comprendía Su esencia, aun no siendo parte del Proyecto Humano.

Cristo extendió Su misión a los universos, no para aplicar el Plan de Dios para la Tierra a otras civilizaciones; Él buscaba que los seres pudieran sumarse al Proyecto y auxiliar a la humanidad, ya que los espíritus que allí crecían provenían de muchas partes del cosmos. Intentaba hacer que la Creación comprendiera la esencia de ese Amor, y que de él surgiría una nueva evolución, una nueva esperanza para todos, para toda la Vida.

Y muchos en ese momento, inspirados por los impulsos universales y crísticos, se comprometieron a venir a la Tierra al final de los tiempos* y como pudiesen, colaborar en los niveles internos y también encarnados sobre el planeta.



Nuestro Señor cruzó los universos y las dimensiones proclamando el Evangelio Universal, que iba más allá de los símbolos y parábolas que Él había traído a la Tierra. A diferencia de los hombres, en el universo los espíritus lo comprendían, aunque también eran libres de seguirlo estrictamente o no. Seguir a Cristo, tanto en el Cielo como en la Tierra significa renuncia, sacrificio, servicio y entrega, porque esta es Su Ley y no todos están dispuestos a vivirla.

Jesús, estando en la Tierra, entrego todo por un destino que hoy les parece incierto a los hombres, pero no a Dios. Solo el Creador sabe por qué Cristo tuvo que darlo todo y vivir una entrega absoluta de todo el Ser. Solo Dios sabe que de esa entrega surgió el triunfo de Su Plan, aunque no todos consiguieron verlo manifestado.

Aparentemente, la Cruz de Cristo no fue suficiente y muchos en el universo tampoco la comprendieron. Por eso Cristo siguió predicando, despertando e instruyendo a cuanta criatura hay en el universo —y más allá de él— dispuesta a escucharlo. A diferencia de los hombres, en el cosmos todos reconocieron la Divinidad y Majestad de Cristo, porque Su resplandor no se ocultaba.

Así como tuvo apóstoles en la Tierra, los tuvo en el Cielo. Yo, después de ser Su padre, Me convertí en Su compañero, en Su apóstol universal y, como podía, Lo acompañaba en el servicio y en la institución de nuevas leyes, las Leyes de la Vida Crística. Fue por ese motivo que, después de ser carpintero, Me convertí en Pastor de Almas, como lo fue Mi Hijo. Él mismo Me dio la gracia de que guiemos juntos a Sus rebaños, porque Mi Corazón está unido al Corazón del Padre tanto como al del Hijo. Mi voluntad, palabra y pensamiento son la Voluntad, la Palabra y el Pensamiento del Padre y del Hijo. Por eso vengo en Su Nombre y soy Pastor de Almas por la potestad que Él Me concedió.



Si Cristo no amase la Voluntad del Padre más que a Sí mismo y si no fuera Uno con el Padre, sería imposible cumplir Su Misión y vivir tan inmenso Amor en el Cielo como en la Tierra.

Muchos piensan: “Él ama así, porque Él es Dios. ¡Él es Dios, que se supera a Sí mismo!” Pero Cristo fue el Primogénito, parte de la primera división de la Consciencia Divina en el nacimiento de la Santísima Trinidad. Después de Cristo vinieron todas las criaturas, todas partes de un único Dios. Todos los seres son partes indivisibles del Corazón del Padre, son Dios mismo, buscando superarse a Sí en toda la Creación. Pero, para descubrir y vivir ese misterio, es necesario amar lo que se es de verdad, y no lo que se aparenta ser.

Sabiendo y conociendo este misterio con humildad, deben amarlo y amar la Verdad de Dios, que busca superarse en el Amor dentro de cada uno de Sus hijos.

Descubriendo este misterio aprendí a amar y a servir a las criaturas en todo el universo y a encontrar, en cada una de ellas, un Dios escondido, caminando hacia la superación del Amor en su interior.

El Evangelio Universal de Cristo es eso: la expansión del misterio del Amor para que las criaturas se vean en el Espejo del Corazón del Redentor y también ellas se descubran como partes indivisibles del Corazón de Dios, de la Consciencia Divina.



El Evangelio Universal de Cristo es la profundización y el desarrollo de las Verdades que, en parte, el Señor anunció en el mundo. Es la forma de vivir los Principios Crísticos que todas las criaturas, en toda la Creación, pueden encontrar acompañando la evolución del planeta Tierra, donde este Proyecto tiene su morada principal.

En la Tierra, Cristo solo pudo anunciar, con símbolos y parábolas, la esencia del Amor. Su ejemplo celestial culminó con Su muerte en la Cruz y con la Resurrección.

La Resurrección de Jesús también fue un acto de profundo Amor Crístico, porque después de ser martirizado, el Señor podría haber regresado a Su Padre. Sin embargo, escogió estar entre Sus compañeros y hasta entre los que Lo mataron, para entregar a todos la Gracia del Perdón y la oportunidad de poder vivir, algún día, ese Amor que Él les había enseñado.

Ese mismo acto de Perdón se extendió al cosmos y Cristo fue, de civilización en civilización, con Su Corazón y Consciencia, llevando el Perdón a todos aquellos que alguna vez flagelaron el Corazón de Dios por no comprender y no aceptar Su Voluntad.

Este ministerio de Evangelización Universal, de Perdón y de Misericordia aún se lleva adelante, ya que no todos aceptan la Voluntad del Padre, y muchos hieren Su Corazón en la Tierra y más allá de ella. La Misión de los Mensajeros Divinos es parte de esa Evangelización. Vengo no solo como portavoz de la Divina Voluntad, sino también como compañero y siervo de Cristo, con el fin de reparar el Corazón de Dios a través del despertar de las criaturas a la esencia del Amor.



Al mismo tiempo que Nuestro Señor proclamaba Su Evangelio Universal más allá de las dimensiones, la Santa Virgen, aún en la Tierra, instituía la profundización del Evangelio de Cristo en el interior del planeta. Como Espejo del Propósito Divino para toda la Creación, María Santísima recorría diferentes lugares del planeta, dejando los códigos y las reliquias de la Pasión de Cristo, del Amor alcanzado por Él en la Cruz, y también el Amor y el Perdón que Lo

hicieron resucitar y estar nuevamente entre los Suyos, a pesar de los pecados que cometieron.

María Santísima, junto a los apóstoles y discípulos de Cristo, dejaba plasmados en el interior de la Tierra los códigos de Amor que auxiliarían a la humanidad en su evolución. Sin embargo, esa fue una estrategia que solo emergería siglos más tarde, al final de los tiempos*.

Todo aquel que abriera su corazón y, verdaderamente, honrara y adorara la Pasión de Cristo, de alguna forma,, podría acceder a los principios que, en el interior de los seres despiertan el Amor alcanzado por Jesús para que sea renovado y superado por los corazones de este tiempo.

Esos códigos, que María Santísima dejaba impresos en el interior del planeta²⁷, permitieron a muchos seres que no tuvieron la oportunidad de encarnar en la Tierra, pero que acompañaban la evolución humana desde los planos internos, conocer y hasta despertar en sí ese Amor.

De este modo se propagaba el Evangelio eterno del Amor Crístico, tanto en el universo como en la Tierra, y así se generaban méritos para que la humanidad continuara creciendo y evolucionando día tras día.



Acompañando a María Santísima a preservar los códigos que Ella había distribuido en el interior del planeta, una parte de Mi consciencia también ingresó en los mundos internos de la Tierra.

El compromiso que teníamos como familia no era igual al de las demás familias de la Tierra o del universo. El Creador nos había encomendado una Misión que unía todos los niveles de consciencia y que iba desde los mundos internos de la Tierra, pasando por la superficie, atravesando el universo y alcanzando las dimensiones divinas.

Cada uno de Nosotros representa un aspecto de la Creación. Yo represento a las criaturas emanadas por Dios para poblar los universos y regresar al Origen, cuando todo esté cumplido. Cristo representa el Amor Supremo de Dios, el sacrificio, la entrega permanente del Creador a Sus criaturas, a través del Hijo. María representa la protección y la maternidad de Dios, como símbolo de que siempre habrá una nueva oportunidad que se gesta en el Vientre Puro de la Creación para que las criaturas vivan la perfección.

Cada uno de Nosotros asumió esta Misión desde el principio, desde el Origen. Desde hace mucho tiempo y de muchas maneras, fuimos madurando nuestra consciencia para que, en el momento oportuno, Nos pudiéramos encontrar como expresión de la Sagrada Familia, simbolizando el ejemplo del arquetipo perfecto para la humanidad y que, a través de esos tres modelos de consagración, todas las criaturas pudiesen identificarse y encontrar su camino para santificar y redimir la propia vida.

De este modo, pueden comprender que la Sagrada Familia fue solo el primer paso de una Misión que perdura por toda la eternidad.



Después de la Asunción de María Santísima y de haber vivido Mis últimas experiencias en la Tierra, el Creador Me pidió que acompañara al mundo de una forma más constante. Hasta ese momento siempre estuve en el planeta, experimentando y al mismo tiempo conduciendo a la humanidad. No obstante, Mi núcleo principal estaba en el universo, aprendiendo con Dios, con los arcángeles y con la Consciencia misma de Cristo.

A partir de ese nuevo ciclo, la parte de Mi ser que es la consciencia que congrega, en sí, todos Mis aspectos y expresiones, debería estar también en la Tierra acompañando, de la forma más cercana posible, la evolución humana.

Si bien en el universo se vive la Ley de la Omnipresencia y los seres pueden cumplir muchas funciones y estar en diferentes lugares al mismo tiempo, siempre hay una función principal que rige a todas las otras y, si es necesario, el ser debe renunciar a todo lo que hace para cumplirla.

Mi función principal, a partir de aquel momento, sería estar en la Tierra y, una vez más, renunciar a todos los aprendizajes que podría vivir en el universo para seguir la escuela del Amor. Y guiando y ayudando a otros Mi evolución seguiría su curso.

En verdad les digo que Mi principal misión era vivir la renuncia y la humildad eternamente.



Cada vez que estaba ante un acto de renuncia, era como llegar más cerca del Corazón de Dios.

¡Oh! ¡Cuántas veces Dios renunció a tantas cosas para continuar poniendo Su confianza en el Proyecto Humano! ¿Qué sería de Mí sí, mínimamente, no imitara al Creador a través de la renuncia?

En verdad, después de cada renuncia que vivía, Me esperaba algo más grande, más desconocido, algo que Dios tiene para aquellos que siguen Sus Pasos.

Por eso ya no existía en Mi Corazón el temor a la renuncia, sino solo la certeza de que el mejor camino para seguir será siempre cumplir la Voluntad del Creador.

Así descendí en espíritu y alma al interior del planeta y, respondiendo al llamado del Padre, Me uní a lo más sagrado que hay en la Tierra, que son los recintos donde yace el Amor de Dios, donde todo lo más bello alcanzado por el hombre habita y se multiplica como méritos de la evolución humana.

Llegué adonde la humanidad aún no puede ingresar; y si bien son espacios que sostienen al planeta, continúan siendo un gran misterio para el corazón humano. Son los llamados Centros de Amor, muy semejantes a todo lo que se vive en el universo, empero con todo el aprendizaje de la humanidad y, sobre todo, con mayores grados de renuncia y entrega por parte de quienes allí viven, ya que todos los que habitan los Centros de Amor lo hacen por el mismo amor que tienen al Plan de Dios y a toda Su Creación. Por eso permanecen en la Tierra, guiando y conduciendo a la humanidad, aunque no parezca merecerlo. Es Dios quien merece que Su Plan se cumpla y que Su Esperanza y Su Amor venzan y triunfen en el corazón humano.

A partir de entonces, desde ese momento, comencé a vivir una nueva etapa en la que el Amor continuó su expansión y su evolución en Mi espíritu.



Podría contar solo la historia de San José, con todos los detalles, y pasar el año viniendo diariamente para revelar esa historia a la humanidad. Hablaría lo que todos pueden entender y limitaría los misterios de Mi vida a lo que, en verdad, fue un breve aunque importante pasaje de toda Mi evolución. Todos leerían esta historia y, finalmente, podrían saciar su curiosidad.

Pero el Creador Me pidió otra cosa. Me pidió algo que no satisfaga la curiosidad humana, ya que muchos solo podrán tomar contacto con lo que Les digo en la Nueva Humanidad, cuando ya nada sea un misterio abismal para la consciencia humana.

El Creador Me pidió que testificara la verdad de lo que viví, más allá del tiempo y de la ilusión del planeta. Una historia que no se ajusta al conocimiento humano y a sus normas; una historia que es sencilla pero que, al mismo tiempo, desafía la mente concreta y arcaica con su simplicidad.

No quiero alimentar el ego espiritual de los que buscan sedientos, nuevos conocimientos para engrandecer sus mentes. Tampoco quiero confundir a los que pusieron su fe en los Mensajeros Divinos sin comprender que, más allá de la vida en la Tierra, existe un Tiempo Real* en el que se desarrolla una Vida Superior.

Con Mis palabras, solo quiero traerles un testimonio y una esperanza. Es el testimonio de Mi evolución para que vean hasta dónde la renuncia, la obediencia y la humildad pueden llevar a las almas; y la esperanza que proviene del hecho de que fui un hombre común, una esencia generada en la Fuente de Adonai, que llegó a la Tierra para experimentar un aprendizaje, una transformación. Por eso vengo para darles un ejemplo.

Yo no soy el Camino a la Vida como lo Es Mi Hijo. Soy el que siguió ese Camino y encontró la Vida, y aquel que Me siga, también seguirá a Cristo y vivirá.



Estando en los mundos internos de la Tierra, comprendí mejor la esencia del Proyecto Humano.

En el interior del planeta, en áreas sagradas cuya superficie está casi siempre resguardada por la naturaleza y por los elementos, existen espacios físicos y espirituales colocados estratégicamente allí por Dios para sostener a la humanidad y, al mismo tiempo, a la naturaleza, en una mutua comunión de amparo y protección.

En estos espacios, llamados por Dios “Centros de Amor” o “Reinos Espirituales” habita lo sagrado, con consciencias que responden absolutamente al Plan de Dios y oran de forma constante para ayudar a la realización de Su Proyecto, a través del despertar de la humanidad.

Los Centros de Amor representan un puente entre el planeta Tierra y el origen de cada ser; entre el tiempo efímero del mundo y el tiempo eterno del universo.

Esos Centros existen por Voluntad Divina, para que los seres humanos no se pierdan completamente. Son la posibilidad que tiene la humanidad de recordar, recordar su origen, recordar qué lo hizo llegar hasta aquí, y cuál es el verdadero propósito de la existencia humana.

Muchos seres humanos, antes de regresar a su Origen, en el Infinito, pasan por los Centros de Amor para realizar una síntesis de su experiencia en la Tierra y vivir un aprendizaje, ofreciendo un servicio consciente al Plan de Dios a través del auxilio a la humanidad misma.

Fue así que vi la transformación y el despertar de muchos seres. Vi la maduración del Amor en el corazón humano y vi la Verdad emergiendo de los corazones y disipándose la ilusión por la Gracia del despertar.

Cada vez que una sola alma ingresa en un Centro de Amor por la apertura de su corazón —aunque esté encarnada en la superficie, y no sea consciente de esa experiencia— es motivo de regocijo y de esperanza para Dios y para todos los que Lo sirven con Amor.

Cuando veía el verdadero potencial del amor humano despertando, Mi Corazón se llenaba de gratitud y de esperanza; era como estar en Belén y ver el nacimiento de Cristo nuevamente. Y en eso radicaba Mi fortaleza y alegría, el motor del espíritu de servicio, porque aunque sean pocos, si son verdaderos, para Dios alcanza.



Jamás se ingresa a los Centros de Amor con la mente, con soberbia o con el ansia de saber algo por simple curiosidad, o por la necesidad de sobresalir con los conocimientos y la experiencia adquiridos.

La consciencia ingresa en un Centro de Amor por la puerta del corazón. Todas las otras experiencias que se viven por vanidad son persuasiones de la mente, recuerdos de un momento en el que se pudo ser verdadero por casualidad o, incluso fantasías del orgullo que, de tan arraigado en un ser, puede hacerle pensar que vivió una experiencia solo para engrandecerse, a pesar de que la mente perciba, en esa densa manifestación del ego, que la experiencia no fue verdadera.

Para ingresar en los Centros de Amor y ser curados allí, permitiendo que ellos cumplan su función en el mundo, basta abrir la puerta del corazón mediante el ejercicio de la gratitud. Tantas veces ya les hablé sobre ser agradecidos, pero pocos han profundizado en Mis palabras, y por eso, pocos entran verdaderamente en un Centro de Amor.

La consciencia puede conocer un Centro de Amor y, después de eso, continuar dando pasos en comunión con esa expresión de la Gracia Divina, *conociendo* un Centro de Amor y *siendo* un Centro de Amor.

Todos estos son misterios de la vida espiritual que se revelan en la simplicidad del corazón. Y sobre ellos les voy a enseñar, porque ya es hora de que comprendan.



Los Centros de Amor, que existen en el mundo, están estratégicamente distribuidos para formar una red de luz espiritual que sostiene al planeta, desde el inicio de su evolución.

Así como la humanidad evoluciona, los Centros de Amor también evolucionan, pues crecen con el aprendizaje del corazón humano y enriquecen su experiencia según la evolución humana. Parecería que el motor de los Centros de Amor fuera la evolución de la humanidad.

Estos espacios espirituales están sostenidos por la Misericordia de Dios y por Su Amor por la humanidad. El hecho de que muchos no

sean conscientes de la existencia de estos espacios sagrados en el planeta es un símbolo de la humildad de Dios y de todos los que siguen Sus Pasos; porque los Centros de Amor no dependen del reconocimiento humano. Aunque se los ignore y se niegue tantas veces su existencia, los Centros de Amor continúan sirviendo al planeta de la misma manera e, incluso, con mayor intensidad. Los pasos que dan los puros de corazón los sostienen y generan méritos, ante la Ley, para que permanezcan en el mundo.

Por supuesto que, si los seres fueran conscientes y sirvieran en unidad con los Centros de Amor, su acción sería más amplia y no solo se basaría en la Misericordia Divina, pudiendo así atraer al mundo otros dones y principios divinos que la humanidad necesita. De ahí la importancia de unirse a estos Centros, conocerlos y, con los espejos* del corazón, actuar en comunión con la Gracia Divina.



Después de aprender sobre la superación humana a través de la Pasión de Cristo, aprendí sobre otros tipos y formas de avanzar que pueden experimentar los seres humanos. Vi un gran polvo convertirse en el Soplo del Espíritu y vi un simple barro convertirse en el cáliz de la Nueva Alianza, a través de la unidad con Cristo. Vi a las almas curándose y encontrando la redención. Por eso les digo tantas veces que nada es imposible y todo se puede lograr cuando es la Voluntad de Dios.

Los Centros de Amor son verdaderas escuelas de humildad y de milagros. Ellos aún existen en el mundo por su humildad, que es la expresión de la Humildad que Dios irradia hacia toda la Vida.

En los Centros de Amor, a veces aprendí de los seres humanos, otras de los mismos seres que allí estaban y que se entregaban al mismo plan de evolución por amor al Plan de Dios. En silencio acompañé a la humanidad durante mucho tiempo y aprendí con ella sobre el milagro de la conversión. Todo eso era posible por la Gracia de Dios.



Los Centros de Amor existen para que la humanidad los conozca y también para que ellos conozcan a la humanidad. La plenitud de su existencia nace de la comunión entre las evoluciones. Esperan saber qué es el ser humano en verdad y abrirle el camino para que este pueda expresarse.

A diferencia de muchos seres en la Tierra, en los Centros de Amor las consciencias asimilan cada pequeña experiencia de verdadero Amor Crístico, y están atentas a todos los movimientos que incentiven la manifestación, el despertar de ese Amor. Todas las ciencias, todos los estudios, todos los segundos de la existencia convergen hacia el surgimiento del Amor.

Por ese motivo, y en ese sentido, los Centros de Amor pueden auxiliar a los hombres por su constancia, por su devoción al Plan de Dios, por su fe puesta en la manifestación de ese Plan, por la comprensión del Todo, de la unidad que debe existir en toda la vida, por la comprensión de la renuncia por el bien común...

En los Centros de Amor, muchos seres renunciaron a su propia evolución para ayudar a que al menos un ser humano pueda ser un triunfo de Dios. Esa consciencia aún no existe en toda la humanidad. No obstante, si los seres humanos vivieran esta renuncia, sería una puerta para el despertar del Amor Crístico.

Los seres que sirven en los Centros de Amor no pueden experimentar por la humanidad lo que ella debe vivir por sí misma. En cambio, sí pueden convertirse en un espejo y reflejar al mundo un arquetipo, para que al menos un alma perciba esa irradiación y se sienta inspirada a vivir el reflejo de esa vida. Esta es la tarea permanente dentro de los Centros de Amor.

Y, además del universo, una de las mayores gracias que Me concedió el Creador fue estar en los Centros de Amor.



Los Centros de Amor, más allá de ser expresiones de la Gracia y de la Piedad Divina, son también receptáculos de lo Sagrado. Habita en ellos todo lo que desciende del cosmos para auxiliar a la Tierra y, desde allí, se distribuye hacia la superficie según la apertura de cada ser.

Muchas veces, el trabajo de los Centros de Amor se ve restringido por la falta de apertura del corazón humano, y todas las gracias y dones que son atraídos por los Centros de Amor permanecen en ellos, sin multiplicarse y expandirse como deberían.

Pero como la Ley dicta que la humanidad sea consciente de todo lo que el Creador le ofreció a lo largo de su evolución, los Centros de Amor emergerán un día, ante los ojos de todos, y no habrá ser sobre la faz de la Tierra que no comprenda que siempre lo tuvo todo, pero eligió vivir en la ignorancia y en la pequeñez humana en lugar de abrazar las dádivas universales.

Así como Cristo y la Virgen María, Yo estoy preparando a la humanidad tanto en los Centros de Amor como en el universo. Los Mensajeros Divinos mantienen abiertas las puertas que Cristo abrió al cruzar las dimensiones. Y desde el interior de la Tierra hasta las dimensiones divinas de amor y unidad, creamos un puente de infinitas posibilidades y oportunidades para la consciencia humana. Dependerá de cada corazón cruzar ese puente.

¿Cómo hacerlo? Orando.



En los Centros de Amor aprendí a acoger a las almas y consciencias de los Reinos de la Naturaleza. Allí desarrollé la capacidad de amar a toda la Creación por igual, porque allí comprendí la esencia de Dios escondida en todas las criaturas.

Los Centros de Amor guardan, en sí, muchas herramientas para auxiliar al planeta, verdaderas usinas de Luz capaces de transmutar y transformar toda la consciencia planetaria si así se lo permitiera el corazón humano.

Sin embargo, la mayor de todas las herramientas de los Centros de Amor es la fe en el Plan de Dios, la unidad que se vive con el Creador, que es capaz de manifestar el Pensamiento del Altísimo y cumplir Su Voluntad.

La unidad con Dios es lo que sostiene a los Centros de Amor. Se alimentan de la perseverancia del Corazón del Padre que jamás desiste de Sus hijos. Y es ese mismo Amor de Dios el que inspira a las consciencias dentro de los Centros de Amor para que encuentren siempre una nueva forma de ayudar a la humanidad, aunque eso signifique renunciar constantemente.

Les cuento todo esto y Me detengo tantos días hablándoles sobre los Centros de Amor, porque es necesario dejar plasmado en la consciencia humana que, a lo largo de toda su evolución, existieron seres que de manera invisible la sostuvieron; que renunciaron a dar sus propios pasos para ayudar a quienes, muchas veces, no querían caminar e ignoraban completamente los esfuerzos realizados en el interior de la Tierra.

Para Mí, los Centros de Amor son una constante inspiración para la renovación, porque continúan en la Tierra a pesar de que muchas veces sus esfuerzos parezcan ser en vano.

Que este ejemplo de los Centros de Amor los estimule y los renueve en la renuncia y en el sacrificio por todos aquellos que, hace siglos y siglos, renunciaron y se sacrificaron por su evolución.



En los Centros de Amor aprendí sobre la esencia de la compasión y fundí Mi consciencia a toda forma de vida. En estos Centros se vive el espíritu de la unidad, el mismo que se alcanza cuando el corazón se une al Corazón de Dios. De ese modo todos los corazones que allí moran pueden ser Uno.

Los Centros de Amor están gobernados por una consciencia mayor, más antigua que el planeta mismo y que todo el universo. Son consciencias que provienen de las primeras creaciones de Dios, de Sus primeros planetas, soles y universos, de Sus primeras estrellas. Son consciencias que ya no viven la individualidad como los seres humanos, no tienen una forma física material ni espiritual, a pesar de que sí pueden proyectarse y manifestarse a través de una imagen, de un ser.

Esas consciencias se expresan como el aire que está en todo; un aura que abraza un espacio; una mente que engloba un tiempo y un lugar. Esos son los llamados Centros de Amor, y todos los que viven en ellos se unen a esas consciencias y se vuelven un solo cuerpo que manifiesta el Pensamiento Divino.

Los Centros de Amor tienen diversos nombres, funciones, expresiones; diferentes cualidades, grados evolutivos, por así decirlo, como son los Centros Mayores, los Centros Planetarios, los Retiros Intraterrenos y las Bases Espirituales.

Todo eso existe y es parte viva de un Plan que abarca la evolución humana y universal. Para comprender los Centros de Amor, deberían vivirlos como Yo los viví y los sigo viviendo.

Hasta que un ser no los viva, los Centros de Amor son información, un conocimiento limitado en una mente humana llena de conceptos y poca experiencia.

Para vivir un Centro de Amor, basta tener un espíritu de gratitud, sin ambiciones ni aspiraciones personales. Están en la Tierra para servir a la humanidad, como proyecto de Dios. Por eso basta que anhelan ser una parte viva de la Voluntad Divina y se les abrirán las puertas.



En el interior de los Centros de Amor se encuentran también los Reinos de la Naturaleza en su más pura expresión. Allí, los Reinos pueden convivir en comunión con todos los seres y se experimenta plenamente un aprendizaje recíproco entre las criaturas.

Para la mente humana, se podría decir que los Centros de Amor son pequeños paraísos en la Tierra, donde la belleza y la pureza de Dios encuentran su lugar.

Los Centros de Amor existen para proteger el Proyecto Humano y, a través de la vida que existe en su interior, mantener vivo el arquetipo de Dios para la humanidad, logrando que los seres humanos, que alcanzaron ciertos grados de amor, convivan con los Reinos de la Naturaleza y con otros seres del universo. Y así, poco a poco, construyen aquello en lo que se debe convertir la vida en la superficie.

Cuando el planeta haya vivido su purificación, emergerán los Centros de Amor, y los seres que allí se preparan para reconstruir la Tierra acudirán para auxiliar a los que permanecieron en el planeta.

La vida en los Centros de Amor será la nueva vida sobre la Tierra, y los seres del universo que hoy los habitan volverán a sus orígenes, para que la humanidad asuma su lugar y, a través del Amor y del aprendizaje vivido en su purificación, pueda construir una nueva vida en la Tierra.

Yo también regresaré definitivamente a Mi Origen en ese momento, retornaré a Dios, porque Mi misión se cumplirá cuando emerjan en el planeta los Centros de Amor.

Los acompañaré hasta que llegue ese momento y, aunque sea internamente, los guiaré para que con sabiduría lleguen al Corazón de Dios.

Dejen que sus corazones ingresen en los Centros de Amor para conocer y aprender, desde ahora, la Vida que se expresará en la Tierra en el tiempo que vendrá.



Después que llegué a los Centros de Amor y a medida que fui fundiendo Mi consciencia con el Propósito Divino en el interior de la Tierra, Mi Ser aprendió la Omnipresencia, ciencia espiritual de la expresión y manifestación de la Unidad.

La Omnipresencia es, en realidad, la consecuencia de la unión de todos los núcleos del ser con Dios, porque Él es Quien, verdaderamente, es Omnipresente.

Quienes logran la experiencia de la Omnipresencia están conscientemente unidos a Dios, que está en todo, en todos los tiempos y espacios, en toda la Vida.

De esa forma, en el interior de los Centros de Amor, procedía en profunda y permanente oración, manteniendo Mi Consciencia sacerdotalmente unida a Dios, mientras otros aspectos de Mi ser recorrían el planeta y los universos, buscando siempre la forma de ayudar a la humanidad.

Tenía como base espiritual los diferentes Centros de Amor, los cuales recorría internamente y examinaba, para saber con qué herramientas contábamos para auxiliar al Proyecto Humano. A veces recibí de Dios la posibilidad de manifestarme físicamente entre los hombres y, como San José, hablarles al corazón, aunque muchas veces no Me reconocieran de inmediato.

La humanidad entiende muy poco de Mi presencia entre los hombres y, menos aún, de Mi misión universal. También por eso les cuento esta historia; no por Mí, sino para que entiendan la esencia del Proyecto Humano que está oculta en Mis palabras y en la descripción de Mis experiencias.

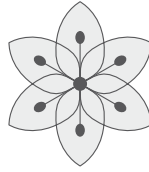
Conocí al planeta y a la humanidad en detalle, en muchas civilizaciones diferentes, estando vivo como también más allá de la existencia material y, a pesar de haber visto y vivido la imperfección humana, desperté a un Amor inextinguible y a una comprensión única en el universo por ese corazón humano. Por ese motivo soy considerado Su Padre y estoy hoy aquí.





Capítulo 11

Fuente de María, Madre de la Divina Concepción de la Trinidad
Centro Mariano de Aurora - Paysandú, Uruguay



Los Monasterios Internos en los Centros de Amor

Surgieron a partir del momento en que María, después de la Ascensión de Jesús, peregrinó por algunos lugares del mundo llevando las reliquias de la Pasión de Cristo.

En ese momento Mi Consciencia la acompañó por los mundos internos de Oriente y, con algunos espíritus silenciosos, santos de una era de caos y maldad anterior a Jesús, desconocidos por el mundo pero fieles amigos de Dios, fundamos el primer monasterio espiritual donde solo reinaba el silencio y la contemplación de los códigos dejados por Cristo en Su Pasión.

En cada lugar por donde pasaba María Santísima, no solo dejaba los códigos de la Pasión de Su Hijo, sino que fundaba los primeros monasterios cristianos que, además de contemplativos, eran guardianes de un legado invisible del que, sin embargo, dependería la Tierra en su último tiempo de ilusión.

Esos monasterios, que eran físicos, formados por las santas mujeres y discípulas de Jesús, de María, de María Magdalena, de Isabel y de Claudia, permanecieron durante algunos siglos hasta que, místicamente, desaparecieron de la superficie cuando esas discípulas ya no podían permanecer en vida.

Se trasladaron con sus simples formas físicas hacia los mundos internos, dejando en la Tierra solo casas vacías, que de ningún modo demostraban que habían sido monasterios.

Con otros seres devotos de Dios y de Su Plan, fundé en el interior de la Tierra monasterios que eran espejos de aquellos físicos y

que amparaban, sostenían y protegían la misión espiritual de las santas mujeres.

Los monasterios internos resguardaban sus espíritus en el momento de la muerte y los conducían al Reino de Dios y a la síntesis de la experiencia crística que habían vivido. Estos monasterios internos perduran hasta hoy, aun custodiando los códigos crísticos y las desconocidas reliquias de la Pasión de Cristo. Esperan el momento para poder emerger y entregar a la humanidad el legado de su redención, cuando sus manos y sus corazones estuvieren vacíos de las cosas del mundo y pudieren recibir tan grandioso, silencioso y aparentemente invisible tesoro.



El misterio de la vida religiosa y contemplativa es la unión plena con Dios y con Su Propósito, tanto para la humanidad como para todo el universo, y con su silencio sostiene parte de la vida planetaria.

No hay vida religiosa ni unión con la Fuente si los corazones no están enteramente unidos a Dios. Hoy medita solo en el misterio de la unidad con el Padre, que permite que la humanidad continúe como un proyecto en todo el universo.

Con el propósito del triunfo del Reino de Dios y del establecimiento de Sus Leyes, que fueron y que son un gran misterio para la humanidad, se fundaron los primeros monasterios de vida religiosa cristiana y contemplativa. En estos lugares, donde se gestó la Vida Crística, el hombre nuevo y los nuevos principios universales fueron renovando a la humanidad poco a poco, hasta nuestros días.

La esencia de la vida religiosa siempre debe profundizarse, y así fluirá con el movimiento de los universos y acompañará a la transformación de la evolución, que es eterna.



Cada monasterio físico que María Santísima fundaba, se lo ofrecía a Mi Casto Corazón para que, así como fui el guardián de Su casa en Nazaret, lo fuera también de esas humildes y austeras mujeres y discípulas, que donaban sus vidas a un misterio de soledad y unión con el Altísimo.

Los primeros monasterios, por el grado de su entrega al absoluto misterio de la vida religiosa, vivieron experiencias tan místicas como las de la Sagrada Familia en Nazaret. Las santas mujeres trabajaban para donar a los pobres y oraban constantemente por el planeta. No guardaban nada para sí. Por eso en el misterio de sus vidas silenciosas, los ángeles las abastecían, y como donación al Altísimo, dejaban sobre sus mesas el pan que necesitaban para comulgar y para vivir.

Por sus oraciones fueron receptáculos vivos de un legado universal, el que se conservó en sus corazones y en la consciencia de la humanidad, dado que solo lo compartían con los pueblos esenios, de cuya enseñanza poco quedó en la Tierra.

Tanto las tribus esenias, como más tarde los primeros Templarios, conocieron el camino trazado por María y en qué lugares había fundado los monasterios. Por eso de vez en cuando, en sus peregrinaciones, compartían con las santas mujeres y aprendían de ellas los misterios de la vida espiritual que experimentaban en silencio y soledad.

En los mundos internos Mi Corazón las amparaba, y aprendía de cada una de ellas con el mismo Amor y atención que aprendí de la Sagrada Familia.

Algunas de estas santas mujeres vivieron su proceso de ascensión espiritual y hoy sirven en los mundos internos del planeta. Otras se comprometieron a servir a la humanidad y a compartir el legado interior que Cristo y María dejaron en sus corazones, por eso retornaron

al mundo una y otra vez, hasta el final de estos tiempos de ilusión, tiempos en los que la Verdad que yacía en sus corazones, finalmente podrá expresarse.



Las bases de los monasterios espirituales de la Tierra fueron el silencio interior y exterior, monasterios que más tarde se conocieron como Intraterrenos. La Paz encontraba allí su morada, y el Creador, al igual que la consciencia del planeta, encontraban reposo.

Desde la fundación de los primeros monasterios físicos e internos de la era cristiana, la consciencia del planeta comenzó a tener una interacción más profunda con la humanidad. Los códigos crísticos encontraron un espacio para expandirse e impregnar la Tierra, creando las bases para la aparición de nuevos lugares sagrados en el interior del planeta.

La Tierra experimentó una reestructuración espiritual después de la Ascensión de Jesús, y toda la vida comenzó a moverse a partir de los impulsos crísticos que Él dejó.

Las reliquias de la Pasión cobraron vida y se multiplicaron, espiritualmente, a través de la devoción de seres que despertaban al Amor que Cristo había dejado sobre el planeta.

En los mundos internos, Mi Corazón acompañaba maravillado cada segundo de la expansión de la Divina Misericordia, que crecía a través de las huellas de María Santísima y de las fervientes oraciones de las santas mujeres y de los discípulos de Cristo.

Mientras los apóstoles y muchos de los primeros cristianos rompían las barreras de la indiferencia humana con el martirio de sus vidas, las santas mujeres los sostenían en silencio; y la perseverancia que nació en sus corazones permitió que las órdenes religiosas, que vinieron después, perduraran a lo largo de los siglos.

Si los monasterios físicos hubieran expandido su consciencia y hubieran dejado que Dios les revelara Sus misterios, más allá de la materia y del conocimiento terrenal, todavía hoy habría un monasterio espiritual que los respaldaría, bajo cada uno de ellos. Pero como la degradación penetró por los muros de muchos claustros, son pocos los que se abren para que un sostén espiritual, cósmico y universal llegue en su auxilio.

Yo Soy el padre de los monasterios internos del planeta, guardián y protector de los que se consagraron verdaderamente, porque así Me lo pidió la Santa Virgen y Madre Celestial desde el principio de los tiempos.



Los monasterios internos, que se fundaron al comienzo de la era cristiana, se unieron a los que ya existían, ordenados a partir de la indiscutible experiencia de la cultura oriental. A pesar de las aparentes diferencias entre las culturas de la superficie, en los mundos internos todo se une en la esencia de la vida, pues allí no se vive de apariencias, no se vive sobre la base de la expresión más superficial de un impulso espiritual que tuvo su origen en el universo.

En los mundos internos, se vive sobre la base de los principios más puros emanados por Dios, antes de ser decodificados por la mente humana, y expresados, según sus posibilidades, a través de las diferentes culturas, religiones y líneas filosóficas.

Asimismo, en los mundos internos y espirituales, los monasterios se comunican a través de los espejos* del corazón e irradian las experiencias vividas unos a otros.

Y desde entonces, una parte de Mi Consciencia también comenzó a servir e impulsar a los pueblos y culturas orientales, para que todos vivieran bajo el mismo principio universal que se expresase desde el Pensamiento Divino de Unidad y no necesariamente desde su cultura.

Pero fue solo en Occidente, más precisamente en América, que este Principio de Unidad entre las culturas se recibió mejor, ya que los monasterios internos de Mirna Jad²⁰ fueron escuchados y encontraron consciencias dispuestas a vivir este propósito en la superficie del planeta.

A partir de ahí concentré Mi Consciencia en ese lugar, cumpliendo la misión de manifestar la unidad, además de sostener a los monasterios internos y planetarios como María Santísima Me lo había pedido.

Esta historia les ayudará a comprender, en parte, cómo funciona el Tiempo Real*, en el que no existe ni pasado ni futuro; comprenderán cómo una consciencia puede vivir tantos aprendizajes al mismo tiempo y construir con ellos el camino de retorno al Origen.



En los mundos internos, una parte de Mi Consciencia se mantiene en permanente oración por el planeta y por la humanidad, hasta el día de hoy. En omnipresencia, Me uno a todo ser sinceramente consagrado a Dios y atiendo sus súplicas como padre y amigo, como intercesor entre las almas y Dios.

Cuando Mi Corazón encontró receptividad y sintonía en la superficie de la Tierra, allí mantuve una morada constante, donde Mi Corazón reposa en silencio, y con ese silencio, sostiene al mundo.

Por pedido de Cristo se unieron a Mí otros seres con los que había estado, ya sea de manera interna en los monasterios intraterrenos, ya sea acompañándolos espiritualmente en los monasterios físicos. Estas consciencias, como la de Santa Faustina y Santa Teresa de Jesús, representaron la verdadera vida religiosa, sinceramente consagrada a Dios. A ellas se sumaron monjes tibetanos, e incluso profetas que representaban las raíces genuinas de la religión musulmana. Allí se empezó a construir un poco de unidad interior entre las diferentes culturas

que se expresaban en la Tierra para que, desde esa unión espiritual e interior, pudiéramos irradiar al planeta.

De a poco se fue ampliando y consolidando la misión de un antiguo Centro de Amor, que estaba oculto, silencioso, y que comenzó a manifestarse. Este Reino es el que hoy conocen como Mirna Jad²⁰. La Cura que irradia a las almas radica en la unidad entre los espíritus. La unidad es la que redime a los seres y los ayuda a retornar.



Así se construyeron los cimientos de esta Obra, que fue el fruto de la Voluntad de Su Madre Celestial desde el principio. Ella comenzó a diseñar el Plan de la Voluntad de Dios en el universo, y lo delineó en la Tierra para cada instante de Su vida en el planeta como María, la Madre de Jesús.

Todo tiene un principio en el cosmos. Las mujeres de Jerusalén fueron pioneras y depositarias de un legado espiritual que abrió el camino hacia la unidad entre razas y religiones al final de los tiempos*. Si se dejan guiar como ellas lo hicieron, verán los frutos en la vida de los niños que nacen y crecen en la Tierra hoy. Su historia se construirá con aquellos que sean capaces de cumplir el Plan de Dios hoy.

El Creador tiene un Plan especial y una Voluntad Divina para cada criatura, no obstante tiene un Plan mayor, que abarca una raza, un planeta, un universo, el cual ya está diseñado y se cumplirá más allá de los individuos.

Por ese motivo los Planes son imprevisibles, porque cuando un ser humano no es capaz de asumir su lugar en el Plan de Dios, el Creador suplanta esa alma por otra, porque la Ley es que se cumpla Su Plan y Su Voluntad.

Esa es la razón por la que pocos servidores asumen la tarea que sería para muchos, para miles; porque el Plan para la humanidad debe cumplirse, más allá de los individuos.

Y por eso estoy aquí, para ayudarlos a cumplir la Voluntad Superior, llevando con firmeza y valentía la Cruz de estos tiempos. Los Centros de Amor también existen para eso, porque el Plan para el planeta abarca todos sus niveles, y si al menos en una dimensión este Plan se cumple, es posible que el aprendizaje continúe hasta que todos puedan cumplirlo.

Si no existieran los Centros de Amor, ya no existiría el planeta, porque no habría quien sostuviera el Propósito Divino, que lo mantiene física y espiritualmente en órbita en este y en todos los tiempos.



El espíritu monástico creó las bases para el sostén del planeta. A través de este apoyo interno, los códigos crísticos pudieron mantenerse y multiplicarse sobre la faz de la Tierra. Y a través de la sintonía y de la espiritualidad monástica, también se mantienen latentes en la Tierra los códigos que surgirán en los lugares que más los necesiten, zonas que hoy viven conflictos, que han abierto las puertas al mal de alguna manera y que, al final de estos tiempos, necesitarán de la Misericordia alcanzada por Cristo en la Cruz para sostenerse.

Una parte de Mi Consciencia recorría diferentes puntos internos del planeta para ayudar a las consciencias que los sostenían. Cada uno cumple una misión específica en el planeta y, por la unión de todos es posible la vida en la Tierra, aunque el planeta esté en estas condiciones.

La vida monástica es un bálsamo para el Corazón de Dios y un alimento necesario para la consciencia del planeta. El Plan Divino consistía en que cada orden, inspirada a lo largo de los siglos, ofreciera

una parte del sostén crístico —un atributo crístico al mundo— y que, al final de todo surgiera una orden que sintetizara estos códigos y los llevara hasta su raíz más profunda, que son los Rayos y Principios Divinos, revelando la esencia de la Vida en el Origen cósmico.

Esto es lo que haremos hoy a través de esta Obra. Esta es la era de la síntesis y, al mismo tiempo, de buscar la raíz de la Vida en su Origen. Así se cumplirá el Plan de Dios.



Si no hay amor por lo que se vive, no existe una verdadera entrega de la vida. Lo que hoy la humanidad está aprendiendo es a amar.

La humanidad de este tiempo continúa en la búsqueda de muchas cosas externas: experiencias, bienes materiales, sensaciones, placeres que abarcan diferentes sentidos y expresiones de los seres. Cuando María Santísima fundó los primeros monasterios cristianos, no había ningún lugar donde buscar placeres externos. El mundo estaba colapsando y las consciencias no encontraban muchas salidas. La vida no tenía sentido para aquellos que eran mínimamente conscientes, y Cristo vino a dar sentido a sus vidas.

Después de la Ascensión de Jesús, no había donde buscarlo sino en el interior de cada ser, y encontrar ese lugar místico y silencioso al que Él había ido. Todos sabían que Cristo estaba vivo y que, desde donde estaba, los veía y los escuchaba.

La Ascensión de Jesús dejó en aquellas consciencias la certeza de que nada sabían, y que guardaban un vasto misterio interior. Por eso buscaban ese misterio; en eso consistía su vida. Y esa búsqueda constante fue la razón de la consagración de sus vidas; querían estar permanentemente en la Presencia de Cristo porque sabían que, habiendo vencido la muerte, Su Vida era eterna y había un lugar en el cual podían estar con Él todo el tiempo.

Así fueron los primeros monasterios cristianos; ese era el sentido de la vida monástica, de la vida de clausura: la búsqueda eterna de Cristo; y mantener una permanente unión con Él, ofreciéndole un lugar donde Él pudiese estar.

Hoy, por más que el planeta siga agonizando, y a veces más gravemente que en el pasado, la humanidad tiene muchas distracciones y conoce esas distracciones desde su nacimiento. Se enseña a los niños a ser ambiciosos y despiertan así vicios milenarios e incluso universales.

Cuando el alma recibe un mínimo impulso para despertar y para consagrar su vida, recién entonces comienza el camino de la entrega y de la transformación. Y aquí les digo nuevamente: si no hay amor por algo superior, no puede haber verdad, no tendrá sentido la vida consagrada, y vivirán siempre frustraciones y tristezas, porque no encontrarán la esencia de la vida.

La base para el contacto interior es la vida consagrada. Deben dar los pasos uno a la vez. Las frustraciones nacen porque las mentes y las personalidades quieren con rapidez estar en un lugar que no les corresponde, quieren alcanzar altos grados de contacto interior y una unión mística con el universo, sin antes, mínimamente, saber comportarse, como se les propone. Es como querer tocar una ópera, sin saber ni siquiera cómo encontrar una escala en sus instrumentos.

Donde falta humildad, siempre habrá frustración. Será Dios, y no él mismo, quien elevará a lo Alto al corazón humilde que se deja guiar en lo pequeño, esforzándose hasta en lo minúsculo. El corazón soberbio, que quiere beber del Cáliz de Cristo sin lavar Sus Pies, y sin adorarlo en silencio se ahogará mientras ingiere el primer sorbo de un líquido sagrado que no le corresponde.

Hijos, no hay nada más simple y espléndido que buscar la esencia misma en lo pequeño. Si de verdad amasen a Cristo y quisiesen hacer de sus vidas una pequeña ofrenda, permanentemente cuidarían

hasta de lo insignificante. Para que Él estuviera en el mundo se ocuparían de lo minúsculo, de lo simple, limpiarían la casa y lavarían el piso, calmarían en sus mentes tantos anhelos de grandeza, placeres y metas espirituales, y esperarían en Cristo su llegada silenciosa.

Esta es la esencia de la vida consagrada. Es lo que vivieron las santas mujeres en los primeros monasterios cristianos, y por su sencillez y sujeción a Dios fueron elevadas más allá de las dimensiones sin dejar rastro visible de sus vidas, por haber ofrendado a la consciencia humana un legado espiritual que, hasta el día de hoy, sostiene al mundo.

Llegó el momento de renovar ese legado, que debe reconstruirse desde lo simple y lo pequeño, y que, sin afán de grandeza, los llevará a lo Alto.



Las santas mujeres y los discípulos de Cristo oraban todo el tiempo, e incluso mientras trabajaban, intentaban estar atentos a la Voz de Dios y a Sus necesidades. Especialmente las santas mujeres, que eran espejos* de oración, estaban siempre disponibles, y a menudo podían sentir y percibir las cosas que estaban sucediendo en el mundo y que necesitaban oración e intercesión. Sentían el Corazón herido de Dios y oraban con fervor por la Paz.

Las santas mujeres acompañaban interiormente los pasos de María Santísima. Mientras oraban, sabían dónde estaba la Divina Señora y en qué lugares había derramado los códigos de la Pasión de Cristo para que germinaran en otros tiempos, en el tiempo del Apocalipsis.

Se transmitían unas a otras el legado que Jesús y María les habían dejado, porque algunas no conocieron a Jesús, ni siquiera pisaron las tierras de Oriente, pero recibieron el llamado íntimo de vivir la consagración y el matrimonio con Cristo.

María Santísima les había contado a las santas mujeres acerca de Su esposo José, de Su paternidad y compasión, de Su servicio eterno, les había enseñado a recurrir a Mí cada vez que precisaran ayuda y protección. De esta manera, siempre fui un compañero fiel de aquellas que se consagraban y buscaban un camino de pureza para encontrar a Dios.

Permanecían muchas veces en silencio, y el silencio mismo les traía respuestas, les devolvía la paz cuando la duda se apoderaba de sus corazones humanos.

Poco a poco, las santas mujeres crecieron en virtud. Internamente y desde el anonimato inspiraban a otras a entregar sus vidas.



Mientras María Santísima caminaba, custodiada y protegida por los discípulos y compañeros de Cristo y de su Inmaculado Corazón, las santas mujeres la acompañaban por medio de santas y misteriosas visiones que no intentaban comprender; dejaban que el Creador, Cristo y la misma Presencia interior de María, que las amparaba, les hicieran comprender lo que veían y sentían.

La Divina Señora a veces desdoblaba su consciencia y visitaba a las santas mujeres en sus diferentes monasterios. Algunos grupos estaban integrados por tres o cuatro mujeres; otros grupos crecieron con el tiempo, con la llegada de nuevas devotas que descubrían en su interior la necesidad de la Vida Crística. Ellas se sintieron atraídas por los monasterios, la mayoría de los cuales estaban muy apartados del mundo y resguardados por la naturaleza.

Las santas mujeres vivían casi todo el tiempo en silencio, pero nunca les faltó la alegría ni la comunión entre ellas; se comunicaban con el corazón o con la mirada y, si era necesario, también con el verbo.

Cuando el Creador dio por finalizada la misión de María en este mundo y llegó la hora de su Asunción al Cielo, las santas mujeres, unidas en espíritu por el poder de la oración, acompañaron y vivieron cada detalle del movimiento universal y divino que posibilitó que la Divina Señora dejara este mundo en Cuerpo, Alma y Espíritu.

Este movimiento celestial no terminó con la Asunción. Las santas mujeres permanecieron en éxtasis durante tres días, contemplando todo lo que ocurría en el universo con la llegada de la Reina y Madre Celestial. Esta gracia se les concedió como una reparación al Corazón de Dios, y como un compromiso que adquirieron con la Santa Virgen María de acompañarla en diferentes épocas de la humanidad, cada vez que Ella retornara al mundo en Espíritu.

Aunque era algo incomprensible en aquella época, las santas mujeres, al igual que los discípulos de Cristo, guardaron este misterio en sus corazones como un gran e insondable tesoro que, a lo largo de los siglos, aún siguen tratando de comprender y vivir en plenitud.



Después de la Asunción de María Santísima, se intensificó la persecución a los cristianos, y Dios permitía que los hombres escogieran entre la guerra o la paz y continuaran su aprendizaje. Él ya les había mostrado el camino a través de Su Hijo, ahora le correspondía a la humanidad saber elegir.

Las santas mujeres, ocultas y silenciosas, eran el sostén de los primeros mártires. En los mundos internos tenían visiones, sentimientos y hasta sentían, muchas veces, los dolores que padecían los mártires de Cristo.

Durante todo ese tiempo, las protegí, guíe y acompañé cada día. El Cristianismo se fue expandiendo —a veces sin muchos méritos— hasta que un ciclo se cerró, y las santas mujeres dejaron esta misión, a petición de Dios.

Algunas eran muy ancianas y, poco a poco, fueron desencarnando; otras ingresaron con todos sus cuerpos, en los mundos internos, para continuar sirviendo aunque de otra manera; y unas pocas, las más jóvenes, que se sumaron a las primeras mucho tiempo después, siguieron por el mundo impulsando con su ejemplo el Amor por Cristo e inspirando a otros a entregar sus vidas.

Siempre acompañé a las santas mujeres, vida tras vida, porque su compromiso con María Santísima nunca se deshizo. Aunque viví otras experiencias, como haber estado de nuevo en la Tierra, haber aprendido con los ángeles y arcángeles en el Cielo, haber estado en la Presencia de Dios y de Su Hijo, una parte de Mi Consciencia siempre acompañaba a cada una de ellas; y de Jerusalén al Calvario de estos tiempos, todavía las protejo para que construyan el camino del Retorno de Cristo.

Así comprenderán o vislumbrarán la amplitud de la vida y cuántas cosas vive un ser cuando su consciencia y su corazón se entregan a Dios.



El ejemplo de las santas mujeres siguió resonando en la consciencia humana e inspirando la formación de las primeras órdenes religiosas que, con mucho esfuerzo y dedicación, sentaban sus bases.

Al mismo tiempo, los primeros cristianos, aquellos que fueron verdaderos en su entrega, mantuvieron vivos los códigos de la Pasión de Cristo que María Santísima había esparcido por todo el planeta con cada uno de Sus pasos de peregrina.

Los monasterios intraterrenos, espirituales, siguieron su desarrollo acogiendo a las almas que necesitaban de amparo y curando los corazones que necesitaban auxilio. Su comunión con el universo y con la Vida era cada vez más amplia, incluyendo los Reinos de la Naturaleza.

A través de estos monasterios espirituales, que comulgaban con toda la Creación, surgió el Linaje de los Reinistas*: consciencias que trabajan para la evolución de todos los Reinos de la Naturaleza, y que evolucionan a medida que los diferentes Reinos dan sus pasos hacia la redención.

En el área que les presenté como Mirna Jad²⁰, a pedido del Creador, una parte de Mi consciencia desarrolló el linaje de los Reinistas, ya que para que haya evolución, toda la vida tiene que estar incluida en ella.

El Creador quería demostrar que para llegar hasta Él, es decir, para volver al Origen, tenemos que comulgar y colaborar con todos los Reinos de este mundo y de otros.

Hablaré entonces de este linaje, de cómo se desarrolla y qué añade a la evolución de los seres y el despertar a la Vida Superior.



De la comunión con los Reinos de la Naturaleza nace la posibilidad de la redención de toda la vida en la Tierra, nace la posibilidad de que los seres reconozcan la pureza que hay en su interior, en su esencia más profunda.

La humanidad perdió el sentido del servicio a los Reinos hace mucho tiempo, y desde la Atlántida, quiso solamente usufructuar de la presencia de todos ellos. Los pueblos originarios, que mantenían una cierta pureza, conservaban el contacto con los Reinos y con los elementos, nutriendo la posibilidad de que toda la humanidad pudiera conocer y vivir la Paz.

Pero la degradación que vivía la humanidad estaba tan acelerada y el trato a los Reinos era tan rudo y cada vez más violento, que se creó el Linaje de los Reinistas para que el ser humano no perdiera la oportunidad de reconocer su esencia y volver al Origen.

Este linaje se desarrolló en el universo como una virtud y una misión espiritual, y a causa de la necesidad de redención del planeta Tierra, se desarrolló como un linaje, profundizando dentro de la consciencia de los seres y tornándose una función monádica, e incluso cósmica.

El Linaje de los Reinistas* se sumó como un linaje adicional que se añadió a los que, originalmente, los seres debían vivir y expresar. Dada la necesidad del planeta y el gran karma generado por la humanidad con los Reinos, algunos seres asumieron esta función, multiplicando su responsabilidad por la vida.

Los Reinistas tenían un compromiso no solo con los Reinos de la Naturaleza y los elementos, sino también con la consciencia del planeta mismo y con el Reino Humano. Deberían convertirse en un espejo del arquetipo de la comunión entre los seres y reflejar ese arquetipo para toda la humanidad. Gracias a eso, la Tierra obtuvo un nuevo auxilio y desarrolló una nueva forma de vivir el Amor Crístico: amando a los Reinos de la Naturaleza.



El Linaje de los Reinistas comenzó a desarrollarse en los primeros Monasterios intraterrenos, espirituales, donde los seres se dedicaban únicamente a la contemplación y así aprendían a comprender, más ampliamente, el sentido de la vida y de la existencia de todos los Reinos.

Luego este linaje se expandió a los monasterios físicos de las diferentes religiones —sobre todo en Oriente, entre los budistas tibetanos— y el sentido del respeto a la vida se fue desarrollando hasta llegar a la expresión del Linaje de los Reinistas. Se trata de un linaje de almas y mónadas comprometidas con la Vida, con la esencia más pura que habita en todo ser creado.

En los monasterios cristianos físicos este linaje, al principio, lo desarrollaron exclusivamente las santas mujeres, y luego se fue perdiendo el cuidado de los Reinos de la Naturaleza, continuándose solo con el cuidado y el servicio al Reino Humano.

Las santas mujeres se valían de la memoria viva de Jesús como fundamento de su consagración, comprendían el ejemplo de Cristo, Su cuidado de los Reinos, la enseñanza esenia que Él desarrolló y tantos otros hechos que exceden a las Escrituras. Y los monasterios cristianos que se fueron formando más tarde, se respaldaron solo en escritos bíblicos y no profundizaron en sus propias experiencias y contactos internos que hubieran podido revelarles lo que se guarda, como ejemplo y conocimiento, más allá de los textos sagrados.

En los mundos internos, los Reinistas* continuaron desarrollando e inspirando a aquellos que se abrieron a la comunión con ese linaje de pureza y unidad con la Vida. Poco a poco, las consciencias que habían vivido la primera y más pura etapa del Linaje Reinista fueron reencarnando, y continuaron manifestando estos principios en la Tierra que, a partir de entonces, comenzaron a expresarse sobre todo, a través del servicio abnegado a los Reinos de la Naturaleza.

Como es algo reciente y poco desarrollado en la consciencia material, este linaje sigue aun creciendo y gran parte de la humanidad todavía no se ha abierto para conocerlo y vivirlo.



El Linaje de los Reinista tuvo su máxima expresión en la Tierra a través de San Francisco de Asís, quien inspirado por Dios, descubrió que el ascenso de la consciencia se experimenta cuando el corazón es capaz de unirse a los Reinos de la Naturaleza, comunicarse con ellos a través de la unidad y la pureza, y ayudarlos a expresarse plenamente en la Tierra.

En la soledad de su corazón, habiendo silenciado sus aspiraciones y sus ímpetus por transformar el mundo, y abrazar la evangelización a través del ejemplo, San Francisco descubrió un evangelio que no se encuentra en las Escrituras. Accedió a las experiencias crísticas vividas por Jesús con los Reinos de la Naturaleza. Pudo entender que la verdadera pureza se refleja en los Reinos constantemente. Y él, que estaba desesperado por menguar las impurezas de su naturaleza humana, descubrió en los Reinos la posibilidad de recobrar lo que Dios había depositado en su interior.

Era un ser plenamente agradecido por la existencia de la naturaleza, por saber que Dios hablaba a los hombres a través de los Reinos. Dios expresaba Su Paz, Su Esperanza, Sus Designios el camino de regreso al Origen a través de los Reinos de la Naturaleza. A San Francisco, esta unión pura y profunda le permitió unirse también a la Consciencia de Cristo y compartir Sus Llagas. Los Reinos lo sostuvieron y lo ayudaron a perseverar.

Si todos descubrieran este misterio de unidad con la Vida, podrían retornar al Padre mucho antes de lo que piensan, encontrarían un camino por medio del cual unirse a Dios con sencillez y sin tantas batallas internas, porque los Reinos atraen la Paz de Dios y la envían al corazón humano.

Así se expresa el Linaje de los Reinistas*, a través de la unidad con la Vida. Y les traigo este ejemplo para que inspire sus corazones y no teman seguir este camino que los torna plenos en Dios.



Durante mucho tiempo, el Linaje de los Reinistas, que también Yo viví, se desarrolló solo en los planos más internos, y en algunos casos, como en el ejemplo de San Francisco, se desarrolló también en la Tierra.

Este linaje fue desapareciendo incluso en los pueblos originarios, que seguían intentando mantener su cultura en la Tierra.

Hoy, el cuidado de los Reinos lo realizan movimientos sociales, ONG y empresas comprometidas con el rescate de la naturaleza, pero el contacto espiritual y la comunión interna con los Reinos son escasos.

Como la naturaleza es el principal sostén de la vida en la Tierra, y en consecuencia de toda la evolución, urgía la necesidad de que los seres tomaran consciencia de la importancia del cuidado de los Reinos y, sobre todo, del contacto espiritual con ellos.

Por esa razón, una de las principales tareas que asumí espiritualmente, fue la de desarrollar ese contacto y la comunión interior con los Reinos de la Naturaleza, a fin de inspirar a otros espíritus a vivirlo.

Siempre, y hasta el día de hoy, envío impulsos internos e inspiraciones a aquellos espíritus que están disponibles para este paso interno de asumir el Linaje de los Reinistas* y de comprometerse más ampliamente con la evolución de toda la vida manifestada.

El Reino de Mirna Jad²⁰, además de ser un polo de unión entre culturas, religiones y naciones, fue el espacio que encontré para inspirar a los seres a despertar al cuidado de los Reinos. Y como una pequeña vela encendida en la oscuridad del mundo, este principio va, con humildad, tornándose fecundo en la consciencia humana.

Es importante aclarar que este fue un paso que el Creador Me llamó a dar para demostrar que los Reinos de la Naturaleza están incluidos en la unidad que construye el retorno al Origen. Sin los Reinos, la Consciencia de Dios no está completa. Todo lo que habita en este mundo, está aquí para aprender sobre el Amor e inspirar a vivir el Amor.



En el Reino de Mirna Jad²⁰, donde Me encuentro hasta el día de hoy, aprendí a contemplar más ampliamente, no solo a los hombres, sino también a los Reinos de la Naturaleza. Mi Consciencia comenzó a abarcar espacios del planeta donde el espíritu de los Reinos necesitaba ayuda. Esta misión espiritual se sumó a tantas otras que ya cumplía en omnipresencia.

En el Reino de Mirna Jad recibí el permiso de Dios para crear, en los mundos internos del planeta, condiciones que le dieran otra oportunidad de evolucionar a los Reinos, así como la tenían muchas almas.

Fue entonces cuando los Centros de Amor, que ya desarrollaban el Linaje de los Reinistas*, comenzaron a recibir especies de la naturaleza en proceso de individuación, o incluso para la cura, en nombre de todos aquellos a los que estaban ligados. La esencia de los Reinos encontró allí auxilio, y la consciencia del planeta se evitó un nuevo ultraje en su aura tan sufrida.

Estas consciencias animales, vegetales y minerales, a menudo regresaban a la superficie con códigos de cura para ofrecer a la humanidad como un servicio.

Cuando oran por los Reinos de la Naturaleza, se están uniendo a todos esos espacios espirituales y, en nombre de la humanidad, abren las puertas para que no solo las almas humanas, sino también los Reinos puedan curarse y redimirse.

Una de Mis funciones, como Instructor y Reinista, es conducir a la humanidad a la unidad con la Vida para que, como Creación, camine hacia la redención y hacia el Origen mismo, en el Corazón de Dios.



Los Reinos de la Naturaleza no se limitan solo a la expresión visible de lo que muestran a este mundo. La consciencia espiritual de los Reinos proviene del Corazón y de la Esencia de Dios, como todo lo creado. El Creador manifestó los Reinos de la Naturaleza incluso antes de manifestar a los hombres, seres pensantes que habrían de habitar los universos.

Después de los ángeles y de los arcángeles, de la consciencia de los soles, estrellas y planetas, el Espíritu Santo de Dios emanó a los devas y elementales que crearían los Reinos de la Naturaleza, como expresión de la belleza y de la devoción de las criaturas.

La naturaleza es la forma que la vida encontró para agradecer su existencia. Todo en la naturaleza emana gratitud y reverencia hacia Dios y, de este modo, les muestra a los seres constantemente cuál es el camino para despertar las virtudes y volver al Padre.

La naturaleza, como consciencia, forma un espíritu mayor, una extensión de la Madre Universal, cuyo Corazón se expande más allá de las dimensiones y abarca toda la vida. En ella está todo lo que genera la Vida, lo que sostiene la Vida, lo que la renueva y la revela a los seres. La Madre Universal es la energía de la Vida misma, ella es la Madre de Dios. Después de que Ella surgiera del Creador, todo lo demás pudo existir.

Es difícil explicar con palabras lo que no tiene explicación, tan solo se lo sabe y se lo vive.

Cuidar la naturaleza, amarla, y contemplarla bajo el manto de un linaje espiritual, como es el Linaje de los Reinistas*, es como amar, contemplar y cuidar a la Madre de la Vida en Sus diferentes aspectos, e impedir que siga sufriendo y padeciendo los ultrajes que le causan a través de los males que soportan los Reinos de la Naturaleza. Como

Su guardián y compañero eterno, encontré Su Presencia en la esencia de la naturaleza, y con mayor amor y dedicación Me enfoqué en este misterio que es la Vida manifestada. Y hasta el día de hoy sigo descubriendo, viviendo y conociendo la Creación de Dios y Sus infinitos misterios.



Si las almas se abriesen para sentir a los Reinos de la Naturaleza y se dejasen transformar por ellos, no habría guerras en este mundo. Los hombres que aprenden a amar los Reinos, poco a poco se van impregnando con la esencia de la simplicidad, y toda necesidad de posesión, de competir, de sobresalir... todo eso se desvanece de su consciencia ante la simplicidad de los Reinos.

Quien escucha atentamente el canto de los pájaros y no se exalta, sino que se silencia y se deja guiar por él, la red que teje ese canto sutil, que atrae a los ángeles y conduce a Dios, lo elevará más allá de las dimensiones.

Si buscasen donarse los unos a los otros, como los Reinos se donan a la humanidad, sosteniendo la vida, el equilibrio y la unidad, no habría guerra, no habría caos.

Los Reinistas* existen como un símbolo de perseverancia y Mi Corazón se les revela, a veces en silencio, a veces instruyéndolos. No obstante dejando siempre que la inspiración interior los lleve a experimentar, porque puedo decirles muchas cosas, pero si no se abren a tener una experiencia propia, lo que les diga de nada valdrá sino solo para confirmar, ante el universo y ante Dios, que les entregamos todo, como podíamos, y muchas veces como no podíamos.

Por eso experimenten, vivan y comprendan el Linaje de los Reinistas como algo más que una experiencia física con los Reinos, sino como

una comunión espiritual que los eleve mutuamente, llevando la consciencia planetaria al Corazón de Dios.



No hay misterio que, ante los Reinos de la Naturaleza, no se nos revele.

Al desarrollar el Linaje de los Reinistas*, descubrí que las Leyes Universales están ocultas en los Reinos de la Naturaleza y se dan a conocer cuando sabemos contemplarlos. El camino hacia la Unidad se encuentra más allá de los instintos, en la esencia espiritual de la naturaleza y de los elementos.

Los Reinos también están en la Tierra para aprender. La manifestación de sus instintos es un tosco espejo de lo que el hombre debe transformar y trascender, y la expresión de su amor es una puerta hacia aquello que el hombre debe alcanzar.

El crecimiento y la evolución de la consciencia planetaria también dependen de la comunicación y de la comunión entre el hombre y los Reinos de la Naturaleza. La Cruz de la Nueva Humanidad es el símbolo de la unidad que, cuando se instale en la Tierra entre todos los Reinos, construirá la Vida crística que perdurará en el tiempo universal, y permitirá la evolución y el crecimiento de todas las criaturas de Dios.

Mientras estaba en el Reino de Mirna Jad²⁰, y recorría en consciencia los monasterios interiores, al mismo tiempo que aprendía en el universo contemplaba los Reinos y, de ese modo, ofrendaba a Mi evolución y a la evolución de toda la humanidad, una comprensión tan amplia de los misterios de la existencia humana, como en ninguna otra dimensión podría alcanzar.

Los pasos que daba cada nivel de Mi ser se complementaban y, de una manera incomprensible para la mente humana, estando en un tiempo

donde solo existe el presente, la simplicidad y la complejidad se unieron para alcanzar un único objetivo: volver al Origen. Y tanto en la contemplación de la naturaleza como en las ciencias más avanzadas de las civilizaciones del cosmos, fui aprendiendo a seguir este camino y a encontrar tanto en una, como en las otras, diferentes puertas por las que todos deben pasar para llegar al mismo fin: el Origen.



Querer llegar a Dios, sin amar la Vida y sin encontrarlo en Sus criaturas, es como querer llegar al tope de una escalera sin subir sus peldaños. El camino de la evolución y del retorno se debe recorrer como fue escrito por Dios. Algunos caminarán más de prisa, otros más lentamente, pero todos tendrán que recorrer ese camino.

En una Obra espiritual debe existir un camino personal para cada ser, y también un camino grupal. Dentro de un grupo, cada ser contribuye específicamente con una virtud y un don, que ayudan al grupo en su conjunto, pero es necesario que todos ofrezcan lo mejor de sí mismos para que esta construcción se realice.

Además de la construcción grupal que lleva a los seres a una determinada etapa de la evolución, está la parte que le corresponde a cada uno, que es insustituible en el camino evolutivo. El amor por los Reinos de la Naturaleza es algo que, especialmente en este momento particular de la Tierra, cada ser debe vivir y expresar.

El desequilibrio causado por la humanidad hacia los Reinos de la Naturaleza es tan grande que no basta con que algunos se ofrezcan a vivir esta comunión simbólicamente, en nombre de todos. El amor a la Vida debe estar en el interior de todos los que responden al Llamado divino, tanto el amor al prójimo como el amor a los Reinos, al universo y a la Creación.

Puedo decirles que hoy, una de Mis principales funciones, no solo es inspirar a la humanidad al servicio y a la humildad, sino también a amar a los Reinos de la Naturaleza, y a evolucionar junto con ellos, en una comunión de fraternidad y de amor. Sé que si no es así, el caos nunca se disipará de la superficie de la Tierra.

Cuando amamos a los Reinos, ellos emanan amor, y el amor que se recibe y se vuelve a entregar es el que ayudará a purificar y equilibrar a la Tierra en este tiempo que viven.



En los Reinos de la Naturaleza, el Creador depositó la expresión de todas Sus virtudes y dones. Estos atributos se encuentran ocultos en la belleza y en la magnificencia de los Reinos. Al contemplar y amar la Vida, aprendí a encontrar a Dios en todas las cosas y a recibir de la Naturaleza la ayuda que el Creador Me entregaba por su intermedio.

En el Reino de Mirna Jad²⁰, aprendí de una naturaleza que existe más allá del plano físico, donde los arquetipos guardan la esencia de la Vida y la cura para todos los seres. Les hablaré acerca de esta esencia inmaterial de la naturaleza, pues para llegar a Dios deben comenzar por conocerlo y vivirlo plenamente.



Así como las almas ascienden y reciben la oportunidad de vivir experiencias más sublimes que las hacen crecer y acercarse a Dios, lo mismo ocurre con los Reinos de la Naturaleza.

Por medio de las oraciones y súplicas de la humanidad, como a través del servicio y por la acción de la Misericordia de Dios, los Reinos también pueden entrar en los mundos internos, en espacios preparados

para ellos, para sanarse y vivir una experiencia de mayor amor y unidad con la esencia de la Vida.

Esos espacios se construyeron en los Centros de Amor en los cuales las consciencias, plenamente unidas al Propósito de Dios, se encargan de recibirlos y curarlos.

Mi Corazón es responsable de recibir las consciencias y encaminarlas a universos superiores, donde su evolución podrá inspirar a otros elementos y Reinos para que se curen y se encaucen.

De esa forma comprenderán que gran parte de lo que la humanidad debería hacer en el planeta lo realizan consciencias en servicio abnegado en el interior de la Tierra. Pero esto no podrá ser siempre así. Por eso les cuento esta historia, para que no solo observen Mi ejemplo, sino para que sepan cómo hacerlo y se animen a orar, a clamar por los Reinos de la Naturaleza y a servirlos.

Anímense a recibirlos tanto física como internamente y únense a Dios de una manera tan profunda que puedan crear un puente entre las criaturas y el Creador, para contribuir a la redención del planeta.

Así como en los mundos internos guío a quienes están dispuestos a servir a los Reinos, estoy dispuesto a guiarlos e instruirlos en esta misión, que es más que un tarea espiritual, es un linaje monádico y una necesidad planetaria.

Sin embargo, para que aprendan lo que les digo, deben estar dispuestos a olvidarse más de sí mismos y hacer del servicio al prójimo y a los Reinos, el camino hacia su propia redención.

El Amor a la Vida los guiará hacia el retorno al Origen.



Cuando los Reinos de la Naturaleza pueden elevarse, con ellos elevan a toda la Creación. Dios le dio a los Reinos el don de purificar, curar y transformar, pero esos dones se activan cuando reciben el amor y el cuidado que les corresponde.

En los mundos internos descubrí que la ciencia del amor a los Reinos de la Naturaleza, es la ciencia del dar. Son dadores espontáneos de Vida, de su esencia y existencia, también pueden donar para la ascensión, para la evolución de la Vida y de los seres, no solo manteniendo la existencia en un movimiento lineal, constante, sino haciendo que todo lo que vive llegue al Pensamiento Divino.

Dios depositó en los Reinos de la Naturaleza el don de auxiliar a la evolución humana y universal para que las criaturas despertaran a la humildad y a la simplicidad, cuidando de los menores para que llegaran a lo Alto.

No se llega a Dios sin amar a los Reinos. Ni siquiera habría vida material si no existieran.

Comprender esta ciencia es el fruto del despertar del corazón. Cuando el corazón madura y adquiere la sabiduría que existe más allá del conocimiento, descubre los Reinos de la Naturaleza.

Después de aprender tantas cosas descubrí, en los Reinos, la esencia de la Vida y de la evolución; el Dios oculto y simple, la Madre de la Pureza y de la Verdad.

Los Reinos son tan misteriosos como la esencia humana y la creación de la humanidad, no obstante el descubrimiento de ambos va de la mano. Descubriendo a los Reinos, se conocerán a sí mismos, encontrarán su esencia misma, y en ella a Dios, como Yo lo encontré.



El silencio y la humildad de los Reinos de la Naturaleza hablan y enseñan al corazón humano la esencia del camino de retorno. Su entrega constante y desinteresada, su amor que fácilmente se despierta, su compasión y devoción, hechas vida en su expresión material, son los símbolos de lo que la humanidad debe ser para llegar a Dios.

Y los seres humanos, en su más alta expresión de amor, como Cristo y San Francisco de Asís, también reflejan la elevación hacia los Reinos y los comunican con una evolución superior.

De nuevo les digo que todo en esta vida es comunión. No podría finalizar esta historia sin instruirlos acerca de los Reinos de la Naturaleza porque, si así fuera, el camino de retorno nunca estaría completo y jamás conocerían, verdaderamente, la esencia de lo que Me hizo llegar al Padre y ser uno con Él, ser digno de ser llamado Su Mensajero.

Mi Corazón aprendió profundamente de la humildad de los Reinos de la Naturaleza, y Mi unión con el Padre no es para estar en Su lugar o ser como Él, pues Mis intenciones ya no son humanas. Mi unión con Dios es similar a la de una flor, que emana perfección y belleza, frutos de una devoción y amor por Dios, pero que no tiene otra razón de ser, sino el solo hecho de que la Ley es el triunfo del Amor. Vengo a enseñarles esa Ley, junto a Mi Hijo, el Hijo de Dios, y a Su Santa Sierva, la Madre de la Vida, la Virgen María.

La humildad es la esencia de la revelación de todos los misterios. Ella se oculta y se refleja eternamente en los Reinos de la Naturaleza. Basta contemplarlos, amarlos y servirlos para comprender lo que les digo.



En la evolución todo se complementa, se une, se transforma, pero no se sustituye. Una misión no es sustituida por otra; crece, evoluciona, se transforma y se amplía. La evolución se basa en el crecimiento espiritual, en la sabiduría que surge de la experiencia. Y, para experimentar muchas cosas, se deben hacer muchas cosas y vivirlas plenamente para adquirir sabiduría.

Lo que les cuento es una pequeña parte de la evolución de un ser. El Proyecto Humano es una experiencia, entre tantas otras, que una consciencia puede realizar simultáneamente y, aunque es la principal, la más importante en este ciclo de la creación y de la evolución universal, no es la única.

Aquí les cuento lo que les corresponde saber para introducirse en un camino en el que la evolución humana se completa. Pero existen muchos otros que también se recorren para llegar al Origen, y que deberán conocer a medida que la vida tridimensional se va diluyendo en la comprensión del Todo.

La evolución humana es primordial para toda la consciencia. Un ser que se le otorga la posibilidad de participar del Proyecto Humano recibe, en su mundo interior, la mejor oportunidad de crecimiento que Dios le puede ofrecer a Sus criaturas.

Una parte de lo que aquí les cuento les será útil para su evolución, y en cada etapa de Mi historia les voy dejando claves para que sepan reconocer las raíces de las dificultades actuales, cómo superarlas y cómo fortalecer en la consciencia los principios que los ayudan a evolucionar.

También aquí les cuento una verdad que, para muchos, tendrá un dejo de fantasía, porque la ilusión producida por los velos en la consciencia

humana enmascaró la realidad, dándole el nombre de verdad a la ilusión.

Solo quiero conducirlos a Dios, a encontrarlo en la esencia de todo tipo de vida, porque eso fue lo que Él Me pidió.

Les digo estas cosas para que, de vez en cuando, retomen el propósito por el cual les cuento esta historia, y no la lean como a un libro cualquiera, analizando la calidad y veracidad del contenido según su capacidad mental. Más allá del contenido en sí, aténganse a los impulsos, a la esencia y al propósito de las palabras dichas.



Cada enseñanza vivida, cada paso dado por la consciencia al adquirir sabiduría por sus experiencias, es un camino para llegar a Dios. A lo largo de Mi evolución, en especial después de Mi ascensión como San José, fui viviendo conscientemente la sublimación de los diferentes niveles y aspectos de Mi ser.

La Consciencia en su totalidad, es una síntesis de la Creación entera. En ella existen todos los arquetipos de criaturas, temperamentos, rayos, linajes... Para que un ser retorne a Dios en plenitud, estos diferentes aspectos del ser van viviendo las experiencias que les corresponden para retornar. Una parte de la Consciencia vivirá la alquimia, otra el silencio, otra el sacerdocio, otra el gobierno, otra la contemplación, otra el servicio, la unión con los Reinos... y así sucesivamente.

Todos estos aprendizajes y experiencias a veces se viven simultáneamente, y otras no. Puede ser que muchos aspectos de un ser necesiten vivir el silencio, por ejemplo, y durante un tiempo una gran parte de su consciencia se centre en esa experiencia. O puede ser que cada aspecto del ser necesite una nota diferente y que sus aprendizajes se dividan

en diferentes vertientes de creación, en un tiempo que no se cuenta con los relojes del mundo.

Algunos aprenden mucho en un segundo, otros viven eones en el universo y no terminan de aprender lo que necesitan... En Mi caso, aprendí muchas cosas, porque cada espacio de Mi ser necesitaba un impulso diferente, tenía una misión distinta que manifestar, y el Reino de Mirna Jad²⁰ representó para Mí la unión de esas experiencias y la síntesis de todas ellas en el recinto del Corazón.

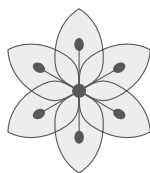
Sobre esa síntesis, les hablaré.





Capítulo 12

Fuente de San José - Centro Mariano de Figueira
Minas Gerais, Brasil



La síntesis que experimenté en el Reino de Mirna Jad es similar a la síntesis que la humanidad vive en estos tiempos. Primero la viví en Mí mismo, para luego poder ayudar a la humanidad a vivirla.

Todo se unía a través de la oración, del servicio y del sacrificio. En estos tres actos, que encierran muchos misterios e infinitas posibilidades, se ocultaba la síntesis que Yo viví.

En la oración, sintetizaba las experiencias de unión con Dios a través del silencio, del sacerdocio y de la contemplación.

En el servicio, sintetizaba las experiencias de unión con Dios a través de la trascendencia, del amor, de la renuncia y de la fraternidad.

Y en el sacrificio, sintetizaba las experiencias de unión con Dios, vividas a través de la renuncia, de la humildad y de la fe.

Mi ser se concentraba enteramente en orar, servir y vivir el sacrificio consciente reuniendo, dentro de sí, diferentes aprendizajes vividos por diferentes núcleos de la consciencia.

Estas acciones eran como imanes que atraían esos aprendizajes hacia Mi nivel superior y cósmico, y dentro de Mí se producía una química oculta de transformación.

La sabiduría se instalaba y el amor se expandía sin que Yo quisiese controlar nada. Solo Me concentraba en orar, servir y vivir el sacrificio, sin siquiera percibir lo que ocurría en Mi interior. Vi y comprendí la Obra de Dios cuando ya estaba concluida.



Dentro de los Centros de Amor existe una comprensión de la Vida mucho más amplia de lo que la mente humana puede concebir. Allí, las consciencias no siempre experimentan la evolución humana, y a menudo solo viven la renuncia y el sacrificio, y su evolución se basa en ayudar a la evolución ajena. Es así como estos seres pueden experimentar, en parte, la esencia del Amor y comprender mejor el Proyecto Humano, pues aunque no vivan la evolución de la humanidad, observan y estudian sus dificultades y desafíos, y saben que son difíciles y a veces imposibles de superar.

De este modo se convierten en un puente entre la evolución de la Tierra y la evolución universal, llevando a la Creación a una comprensión mayor y a vivir la Voluntad de Dios.

Cuando un ser participa de la evolución humana y luego entra de forma consciente en los Centros de Amor para prestar un servicio, su misión es aún más amplia, espiritualmente, y puede auxiliar tanto a la humanidad como al universo de una forma más amplia.

Mi principal morada en la Tierra siempre fue el Reino de Mirna Jad, porque allí estuve desde el principio. Su consciencia fue creada unida a la Mía, por una ciencia universal que la humanidad desconoce. Sin embargo, estuve en muchos otros Centros de Amor, ampliando el aprendizaje que se vivía, por el hecho de ser un Ser tan antiguo y haber participado en la humanidad en todas sus etapas evolutivas, mientras se Me permitió.

La síntesis evolutiva que un ser experimenta en los Centros de Amor tiene muchas etapas que, a veces, se experimentan en diferentes Centros hasta que se completan en la Síntesis de la Unidad.

La primera y la última etapa las viví en el Centro de Mirna Jad.



La segunda etapa de la síntesis que viví correspondía a todos los aprendizajes que asimilé a partir de Mis propios errores, los de toda la humanidad e incluso los del universo.

En el Reino de Mirna Jad, mientras estaba en recogimiento y contemplación, vi y comprendí más ampliamente las situaciones en las que estuve equivocado a lo largo de Mi evolución hasta ese momento. Comprendí las raíces de muchos errores humanos dentro de Mí mismo, dentro de cada ser; también comprendí que pueden ser remediados y equilibrados a partir de una actitud interior verdadera.

En esta etapa de síntesis espiritual que viví, aprendí la verdadera madurez interior, comprometiéndome aún más con Dios para ayudar a la humanidad. No fue una etapa simple. Fue un momento largo y doloroso en el que tuve que recordar heridas, no solo humanas sino también universales.

Esto fue no para "reabrir", como dicen los hombres, una herida que ya se había curado, sino porque esas situaciones aún subsisten en la consciencia universal por sus consecuencias para la humanidad. Yo tenía que entender esos errores en su conjunto, para ver de dónde venían y qué causaban, y así poder ayudar a equilibrarlos, primero en Mí y luego en toda la humanidad.

No es un proceso de aprendizaje sencillo, pero es muy necesario. Estaba firme en Dios y miraba con neutralidad, sabiendo que todo lo que veía y sentía era para un aprendizaje superior. Me apoyaron los ángeles y devas del Reino de Mirna Jad, que Me acompañaban en silencio y, al final de esta experiencia, Mi espíritu estaba más fortalecido para ver lo que sucede y lo que sucederá en el mundo, y continuar ayudando a la humanidad con ojos de compasión.



Vivir la síntesis de todos los errores cometidos a lo largo de la evolución de las criaturas era también sentir lo que el Corazón del Padre sentía en cada uno de esos momentos. Formaba parte de Mi aprendizaje observar las situaciones y sus raíces, y también considerar y percibir lo que Dios sentía ante cada una de ellas.

Por más que el hombre se asemeje a su Creador, los sentimientos de Dios no son como los de los seres humanos. Todo lo que emana del Corazón del Padre eleva y transforma, aunque sea Su Silencio o Su Justicia. Lo que llaman Ira o Cólera de Dios no se parece a la ira o cólera humana. Esas emanaciones, cuando vienen del Corazón del Padre, traen rayos de determinación para poner fin a un error y a una ignorancia de la humanidad. La llegada del Rayo de la Justicia señala el fin de un ciclo de Misericordia y de Gracia. Pero aun así, el Amor nunca falta en las acciones del Padre, Él siempre es Justo con toda la Vida.

A veces, estar frente a un error humano aún despertaba en Mí un sentimiento humano y, frente a esta síntesis que vivía, especialmente por el hecho de observar el sentir del Creador, Mis sentimientos y lo que Yo irradiaba frente a ciertas situaciones se elevaban, por más duras e injustas que parecieran ser.

Cuando viví esta síntesis aprendí a amar la Justicia Divina y a comprender, aún más, la Voluntad del Padre. Comprendí y viví Su Amor encerrado en la Justicia y, de esa manera, asumí la misión de ayudar a la humanidad a ver, en la Justicia de Dios, Su Amor y la oportunidad de crecer y evolucionar que da a sus hijos, como les corresponde.

Antes de enviar la Justicia, Dios siempre envía Su Misericordia. Antes de la Misericordia, siempre existe un manantial de Gracia. La Justicia es el ultimátum para una acción recurrente, una oportunidad para que los seres abran los ojos y puedan ver lo que no fueron capaces de

percibir por otras leyes. Pero la Justicia es la señal de que Dios no abandona a Sus hijos y que, a pesar de todo, les da una nueva oportunidad para crecer y amar.

Este aprendizaje también Me hizo crecer y sublimar sentimientos inferiores, ante situaciones que necesitaban mayor comprensión, mayor amor, incluso expresados a través de la Justicia.

Aún no podrán vivir una sublimación de los sentidos mientras estén encarnados en la humanidad, pero Mis palabras podrán ayudarlos a elevar los sentimientos y pensamientos ante situaciones extremas, para que sean instrumentos de Dios y atraigan Su sentir hacia el mundo en estos momentos.



La síntesis que viví a través de la oración, del servicio y del sacrificio preparó Mi mundo interior para vivir la síntesis de los errores de la humanidad y del universo entero. Este era un camino que recorría, no por Mi propia voluntad, sino por designio de Dios, ya que Él aspiraba a que Yo viviera y luego comprendiera lo que la humanidad viviría a lo largo de los últimos tiempos de este ciclo.

Esta misma síntesis la experimentó Cristo de forma mucho más intensa y severa durante Su vida pública y el proceso de Su Pasión, abriendo las puertas para que los seres vivieran estas experiencias y así retornaran a Dios.

Después de Jesús, muchos otros que siguieron Sus Pasos vivieron esta síntesis, como María, José y otros de Sus compañeros que se abrieron a tales experiencias. Con esto les quiero decir que no he sido el único ni el último en vivirla para ayudar a la humanidad. Hay otros servidores de Dios que, según su grado de evolución y su escuela espiritual, ayudan a la humanidad a dar sus pasos.

Así como Yo viví estas dos síntesis, la humanidad también tendrá que vivirlas. Por eso vengo en estos tiempos a ayudar a Cristo a renovar el sentido del sacrificio en la mente humana; a ayudar a María a renovar el sentido de la oración y a instituir un grado más amplio de servicio para que, de este modo, la consciencia humana esté preparada para vivir la siguiente etapa: reconocer no solo sus propios errores, sino los errores de todo el universo y comprender la verdadera razón por la que está en este mundo.

Después de esta segunda etapa, la consciencia tiene que decidir entre convertir los errores del pasado y transformarse o rendirse a las miserias y no crecer. Elegí crecer y acompañar a Dios en este desafío evolutivo para el triunfo de Su Plan.



La tercera síntesis espiritual es el despertar de la pureza interior, a través de todas las experiencias verdaderas del encuentro con la pureza del corazón. Esta síntesis viene como un bálsamo para la consciencia cansada de sostenerse a sí misma, durante la síntesis de los errores del mundo. La pureza viene a recobrar la esperanza del corazón y a vaciarlo de expectativas y deseos.

Después de contemplar los errores del mundo, el alma se ve ante un gran abismo interno, y durante un tiempo, ese vacío parece eterno, hasta que las experiencias de pureza comienzan a emerger en su interior.

Viví con todo Mi ser esta experiencia de síntesis, en un profundo silencio y concentración para transitar cada instante, intensa y profundamente.

La Síntesis de la Pureza fue como un hálito, un acercamiento al Corazón de Dios, no para sentir Su dolor, sino para volver a compartir

Su Pensamiento Puro hacia la humanidad. Es como recordar una vez más que Su Propósito está más allá de los errores humanos, y la pureza que habita en el interior, cuando se vuelve plena, supera todas las imperfecciones.

Yo contemplaba no solo lo que es puro en Mí, sino en toda la Vida. Esto Me dio fuerza para renovar la fe en el Plan de Dios y fue lo que llevó a la consciencia a centrarse en la Vida Superior y en la meta del retorno al Origen, sin considerar la grandeza de los errores, sino el potencial de la pureza original.



El despertar de la pureza original es la síntesis más importante que experimenta una consciencia ascendida, ya que la prepara para una cuarta y última síntesis que cierra el ciclo de la evolución material, abriéndola a nuevos ciclos más espirituales, en dimensiones más elevadas de consciencia como la sexta y la séptima.

En el interior, la Síntesis de la Pureza consolida un estado que permite que la Presencia Divina se instale en la consciencia y también debe ser vivida por toda la consciencia humana. Esta posibilidad de estar en un estado de pureza interior es la que le permite a los seres, como portadores de una luz superior, vencerse y trascender diferentes batallas y asedios.

La pureza es una potencia que el mal no conoce, pues solo las criaturas que provienen de Dios portan la pureza en su interior. Por lo tanto, un corazón puro se eleva más allá de las dimensiones del caos y puede comprender los misterios celestiales con claridad y simplicidad.

El corazón puro ya está preparado para superar las tendencias humanas e ingresar en un nuevo estado de unión interior. En la consciencia, la Síntesis de la Pureza despierta un estado puro en el ser, a nivel

celestial, uniendo su esencia a la Esencia de Dios por un puente permanente, con independencia de la tarea que realice.

Esto Me permitió estar en la sexta dimensión y actuar en la cuarta y a veces en la tercera, sin involucrarme con nada retrógrado de la evolución material, pero sí trayendo la Presencia Divina a la humanidad.



La cuarta síntesis que experimenté fue la primera de un ciclo y la última de otro. Para vivir esta síntesis, no solo estuve en contemplación en el Reino de Mirna Jad, sino que también tuve que recorrer espacios internos del planeta y del universo, recogiendo en Mi interior los impulsos dejados por Mi Hijo.

Esta fue la síntesis más larga e intensa, la más profunda y amplia, que Me reveló misterios y trajo comprensiones que no se pueden expresar con palabras, sino simplemente con el ser viviendo esa expresión de Amor.

Esta fue la síntesis de los impulsos crísticos, de la que les hablaré muy pausadamente para que ingrese en sus consciencias como gotas de Luz, para que los inspire a seguir este camino.

Esta síntesis comienza con el despertar de la pureza. La síntesis anterior es el origen de esta y le revela al corazón el misterio del nacimiento de Jesús, que es el momento en el que la pureza desciende sobre la consciencia humana.

La pureza prepara el camino, el corazón y la consciencia para que sean capaces de vivir la humildad en plenitud, y cuando la humildad llega, silenciosamente, el corazón comienza a dar sus primeros pasos verdaderos.

Entonces el camino se desarrolla así: el corazón ora, sirve y vive el sacrificio, luego reconoce sus errores, su ignorancia y las raíces de sus

miserias. Despierta entonces la fe y la unión con Dios, que lo lleva a ser puro y, por la pureza, conoce la humildad, que lo torna digno de vivir el Amor.

Y aquí comienza el camino.



La cuarta síntesis, que es la experiencia del Amor Crístico, la experimenté en una primera etapa en el planeta mismo, en sus niveles espirituales, en lugares que brevemente les presenté como los Centros de Amor.

Los Centros de Amor son los custodios de todas las experiencias vividas por Jesucristo cuando estuvo en la Tierra. Cada uno de ellos guarda una parte de esa historia para que, a través de la unidad de todos esos Centros, esta historia pueda entregarse a la humanidad y, especialmente en los momentos más agudos, estos códigos emerjan como una forma de redención para la humanidad.

Comencé, entonces, a recorrer internamente cada Centro, y en todos ellos permanecía para aprender no solo sobre los códigos que dejó el mismo Jesús, sino que aprendía todo lo que esos códigos habían generado dentro de las consciencias que habitaban y servían en los Centros de Amor. Todo este desarrollo formaba parte de la Síntesis del Amor Crístico que Yo debería vivir.

Asimismo, cada Centro de Amor guarda las experiencias más puras de la expresión original de la humanidad, vividas en los cuatro puntos cardinales del mundo. Esas experiencias ingresan en los archivos internos del planeta y se suman a toda la experiencia que vivió Cristo como consecuencia de Su Vida, como continuación de Su Obra, que es la Obra de Dios.

Al ser tan amplia, esta síntesis es la más larga, y la contaré por etapas.



La primera parte de esta síntesis que viví fue en el Reino de Lys²², donde conocí los códigos de humildad que Cristo expresó en Su Pasión, para poder manifestar el Amor Divino.

En ese Reino y Centro Sagrado se guarda el momento en que Cristo fue condenado, humillado y calumniado. Se guarda el momento en que fue coronado de espinas, y todos los sentimientos emanados por Jesús mientras escuchaba cada una de las mentiras que le decían muchos de los que antes parecían amarlo y exaltarlo.

Aquí viví la Síntesis de la Humildad y el Perdón para aprender a Amar.



La humildad que lleva al Amor es, en verdad, la fortaleza del alma que se entrega a Dios; es su libertad y su sustento.

En esa síntesis que viví en Lys, recibí los códigos que Me permitieron amar por completo a Dios, humildemente, libre de deseos, de aspiraciones, libre de conceptos, de enseñanzas, de reglas; libre de todo lo que hubiera aprendido hasta entonces.

En Lys²², comprendí y sentí cómo se despojó Cristo, desde su agonía hasta su condena, flagelación y muerte. Comprendí y viví en Mi interior, no solo lo que ya había experimentado en relación a la energía de la humildad y el Amor, sino todo lo que Cristo experimentó en Sus últimos días de vida en la Tierra. Más que una comprensión, viví una experiencia que Me hizo conocer la humildad que lleva al Amor.

Cristo había aprendido sobre el Amor de Su Padre hacia Sus hijos, enseñó ese Amor y lo repartió. Él mismo tuvo que verse privado del Amor Divino para que otros, que no lo merecían, pudieran recibirlo.

Se vio ante una contradicción que, en verdad, era el símbolo del mayor acto de Amor de Dios por Sus hijos, pues era con el padecimiento espontáneo de Su Corazón que el Padre demostraba Su Amor a los hombres.

Ante este sentimiento de Jesús, como hombre vivo y hecho carne, imperfecto como toda la humanidad, Lo vi trascender humildemente la condición humana y entregar a Dios todo lo que era, para que el Padre pudiera también darlo todo por Sus hijos.

En aquel momento, la vida de Jesús ya no era Su vida: Él era el Aspecto de Dios hecho carne, y Dios Se entregaba a los hombres a través de Él.

Comprendí la humildad que lleva a la entrega, que lleva a la consciencia a ser un verdadero instrumento de Dios. Comprendí la humildad no solo como una virtud propia o un don divino que despierta en los seres; comprendí la humildad como el vehículo del Amor, de la entrega y del paso definitivo que un ser da en dirección a Dios. Ese paso Yo lo volví a dar con Mi Hijo, al reverlo en la Cruz. Era tan vivo como el mismo día en que fue crucificado.

En el Reino de Lys²² no existe el tiempo, solo hechos, experiencias, un presente vivo. Por eso pude acceder a esta síntesis viviéndola como si en ese instante todo se manifestara y, aunque pareciera ser algo conocido, lo vi como por primera vez. El impacto que esta experiencia causó en Mi espíritu Me hizo dar un nuevo paso hacia Dios y vivir la esencia del Amor que se alcanza a través de un corazón humilde.



La humildad es la puerta hacia el triunfo del Amor Crístico. La humildad de Jesús fue la que Le permitió convertirse en un Cristo, porque Lo dejó vacío de Su humanidad para llenarlo solo con la Divinidad que el Padre Le infundía.

Esta humildad fue Su fortaleza en la Cruz y el verdadero misterio de la perseverancia. Por eso, a lo largo de los siglos, el enemigo se esforzó en alimentar el orgullo y la vanidad en la consciencia humana, de modo que la humildad, que es en esencia un principio tan simple, les resultara inaccesible, incomprensible y aparentemente inalcanzable.

Al estar con la consciencia en el Reino de Lys²², íntimamente unida al Centro de Amor de Roraima, en esa etapa, aprendí a enseñar el camino de la humildad que conduce al Amor; pues Yo viví la humildad como la puerta de entrada a la Síntesis del Amor Crístico.

La humildad, como esencia, se encuentra en el interior de todos los seres humanos. El gran reto es derribar lo que las influencias del mundo crearon encima de la esencia verdadera del Proyecto Humano, para redescubrir que son criaturas semejantes a Dios. Y la oración es el gran Martillo de Oro, que derriba esas capas y les hace retornar a lo que son en el Origen.



Mientras aún estaba en el Reino de Lys fui, en consciencia, al Reino de Fátima, un espacio específico de la consciencia de Lys en el que la humildad fue el don que despertó la pureza de los corazones. Como síntesis espiritual, allí aprendí de los ejemplos de los tres pastorcitos y, al mismo tiempo, los ayudé a perseverar en un camino de Paz, a pesar de las adversidades que encontraban en el mundo.

Mi síntesis espiritual tuvo lugar en Fátima, en el apogeo de las primeras apariciones, cuando el asedio vivido por los niños era semejante a una cuarta parte del asedio vivido por la Consciencia de Jesús en los primeros momentos del Getsemaní.

Dios permitió que esos niños compartieran, dentro de lo poco que podían, la agonía de Su Hijo, porque su fortaleza y perseverancia

eran las que darían una oportunidad de redención a aquella parte de la humanidad.

Cuando estuve en espíritu en Fátima, compartí —como un acto de Gracia— la humildad de Mi Corazón con los tres pastores. Y, como San José, los ayudaba, silenciosa y casi ocultamente, a no ceder a los asedios del enemigo.

Con esta experiencia completé la primera etapa de la síntesis que Me llevó a vivir el Amor Crístico, que se despertó en el corazón a través de la humildad.

En ese momento los pastores de Fátima vivieron un servicio único, que ayudó no solo a sus propias conciencias, sino a toda la humanidad, inclusive al cosmos, y les permitió asumir compromisos aún mayores en el futuro en pro de la evolución humana.



La experiencia de la Síntesis del Amor, comenzando por el impulso del don de la humildad, no solo Me ayudó a encontrar la puerta hacia la esencia del Amor Crístico, sino que también Me enseñó a situarme ante el Plan de Dios y ante todas las expresiones de ese Plan, como lo son los Centros de Amor, para poder acompañar y ser consecuente con todo lo que Dios le ofrece a Sus criaturas.

La humildad como esencia, cuando se instala a través de una síntesis espiritual, le permite al ser perder prejuicios y preferencias sobre la manifestación del Plan y encontrarlo tanto en tres niños imperfectos en la Tierra como en grandes y cósmicos maestros en el interior del planeta.

La humildad posibilita que el corazón reconozca el Amor verdadero, independientemente del vehículo utilizado por el Amor para manifestarse. Y con la misma simplicidad que puede reconocer el Amor

en el otro, el ser se abre a reconocer el Amor en sí mismo, como una Ley, una Voluntad Superior, y una Gracia que desciende a través de esta Voluntad y que muchas veces trasciende los méritos generados por las almas.

La humildad también permite que el Amor se instale más allá de las comodidades y de los estados internos positivos, para que la consciencia aprenda que el vehículo del Amor puede ser la Paz, pero también la humillación y el sacrificio. Por esta razón, y por muchas otras, la Síntesis del Amor Crístico comienza con la vivencia de la humildad.

Después de estar en Lys²², recorrí otros Centros, comprendiendo nuevos conceptos que conducen al Amor; comprendiendo nuevos vehículos de expresión del Amor, y cómo ingresa en las criaturas.



Mi Corazón pasó por un segundo Centro de Amor para proseguir con la síntesis que habría de vivir. Llegué, en consciencia, al Retiro del Sinaí, en Oriente, donde Mi ser ya cumplía una tarea silenciosa, ligada especialmente a Mis hijos y compañeros ortodoxos.

Allí llegué para reencontrar un segundo principio, que hizo que el Amor Crístico se manifestara en la Consciencia de Jesús. Fui para plasmar la Síntesis de la Vivencia de la Verdad para llegar al Amor. Entonces contemplé, en silencio, cada pasaje de la vida de Jesús: Su vida pública, Su agonía, Su martirio y Su muerte en la Cruz. Vi cómo la Verdad era la que sostenía la Consciencia de Jesús y, por medio de ella, superaba todos los acosos y engaños del enemigo, superaba toda apariencia de debilidad humana para reconocer Su potencial como Hijo de Dios.

Jesús veía más allá de la apariencia de los hombres, transcendía lo que ellos mostraban ser, sus errores, su pecado universal, para llegar hasta la

esencia de las criaturas y contemplar en ellas la Presencia de Su Padre; así despertaba a la compasión, al ver que Sus hermanos se habían alejado tanto de lo que verdaderamente son. Y esa Verdad, que Jesús podía ver y sentir, era la que Lo nutría de una fortaleza divina y Le permitía amar sin condiciones.

Esa misma verdad despertó en muchos de sus compañeros y, especialmente en las mujeres que Lo seguían, tanto de Jerusalén, como de Nazaret y de toda la Galilea.

Esa Verdad pasaba delante de Mis ojos y también por Mi Corazón, fortaleciendo Mi Consciencia y permitiéndome actuar con la humanidad desde una perspectiva verdadera, libre de prejuicios y plena de Justicia.

Crucé, así, un umbral más en la síntesis hacia la vivencia del Amor Crístico.



La Verdad se expresa en la vida humana de muchas maneras y, a veces, contradice la educación de la humanidad ordinaria, porque los hombres están tan separados de Dios y de Sus Leyes que percibir la vida a través de los Principios Divinos les resulta casi imposible y, para muchos, es hasta un gran sufrimiento.

Mientras contemplaba la Verdad que emanaba de la experiencia de la vida de Jesús, Mi Corazón comprendía las limitaciones humanas y cuánto le costaba a tantos hombres vivir esta Verdad o, incluso ser receptivos a ella cuando se expresaba en otros seres.

La Verdad, como Ley y como camino hacia la vivencia del Amor, fue impregnando Mi Consciencia y consolidándose en ella de tal manera que pude transmitir esta Verdad a la humanidad.

Reencontrar la Verdad que conduce al Amor es un ejercicio difícil y, a veces, coloca a los seres ante todas las falsedades, mentiras e ilusiones de su propia consciencia. Los pone frente al desvío milenario que vivieron a lo largo de su evolución y los llama a enderezar sus caminos.

Contemplar la vida de Cristo, sentirla y dejarse inspirar por ella es una forma de ser colmado por la Verdad y llegar a vivirla algún día.

Antes de la Verdad, existe la humildad y antes de ella, la pureza de corazón. Todo es parte de un camino que conduce a un único fin, que es la vivencia plena del Amor Crístico.

En la Tierra muchos seres han experimentado este Amor y, por algunos momentos, pudieron vivirlo y expresarlo. Pero la síntesis de la que les hablo es un poco más que una experiencia, es una vivencia absoluta de este Amor que renueva a la Creación; es la posibilidad de vivirlo plenamente y, a través de él, volver a Dios.

Les cuento esta historia para invitarlos a una entrega mayor y para que se atrevan no solo a la experiencia del Amor, sino a la vivencia absoluta de él.



La tercera etapa de esta síntesis la viví en la contraparte espiritual de lo que conocen como los Himalayas. Allí aprendí sobre el Amor Superior, el Amor Crístico, experimentado tras la Ascensión de Cristo, que se completó a lo largo de la evolución humana, tras las numerosas ascensiones espirituales experimentadas por las consciencias comprometidas con el Plan de Dios y con el despertar.

Cuando un ser vive una experiencia de Amor Crístico en el planeta, por muy verdadera que sea esa vivencia, tiene un límite de expansión, dado lo acotada de la mente humana, por muy despierta que esté. Cuando ese ser asciende y ve la vida desde un nivel superior,

su consciencia puede abarcar verdades que antes no comprendía, puede contemplar a la humanidad con una visión más amplia, sobre todo en lo que se refiere al pecado cósmico²⁸ de los que vinieron al mundo, en el cual muchas veces se encuentra la raíz de sus miserias y dificultades humanas.

De ese modo el Amor se expande y se vuelve aún más incondicional, llegando inclusive a espacios que trascienden al planeta, a la humanidad y a los Reinos de la Naturaleza. En esta expansión experimenté la tercera etapa de esta síntesis, que conduce al Amor Crístico Universal.

Eso fue lo que viví espiritualmente dentro de los Himalayas.



El Amor Crístico que se desarrolló más allá del planeta, era mucho más complejo de vivir. En la Tierra, el concepto del individualismo es muy absoluto, y como los seres están tan centrados en sí mismos como individuos, como raza, e incluso como planeta, —por ejemplo, pensando que son los únicos con vida consciente en el universo—, todas las cosas les parecen muy difíciles: todos los problemas son enormes, todas las dificultades parecen insuperables, todos los errores parecen imperdonables, todas las enfermedades parecen incurables. Del mismo modo les parece que el Amor es muy difícil de alcanzar.

Y en verdad, hijos, en el universo se contempla el Todo; se contempla todo lo que ocurre en la Tierra y mucho más allá de ella. El Amor Crístico no nace en el planeta, no por ser el más difícil de expresar ese Amor, sino porque la humanidad que lo habita lo vuelve difícil por su condición de letargo e ilusión, de individualismo y de poca consciencia universal.

Después de surgir en la Tierra, el Amor debe evolucionar en el universo. Los grados de Amor crecen porque los desafíos para Amar son

mayores, los errores que perdonar son más profundos, la evolución en sí misma es más amplia. Por eso Cristo siguió el curso de Su evolución, y así como los grados de Su Cristificación crecieron, también creció Su Amor.

Yo contemplaba las pruebas universales vividas por Cristo, como Señor del universo, después de haber perdonado, con consciencia humana, a los que Lo castigaron; después de haber transmutado y sanado sus errores en la Tierra, Cristo volvió a encontrar esos errores en el universo, con raíces milenarias que necesitaban de un Amor aún mayor para curarse. Y Su Corazón respondió, Su entrega se expandió y Su Amor entró en los eones del pasado, en los que el bien común se había perdido por los errores cometidos, y comenzó a curar las raíces en las consciencias de los que se abrieron para eso.

Después de haber trascendido Su condición humana, Cristo trascendió Su condición material en todas las dimensiones; trascendió Su condición de criatura material y Se convirtió en un Ángel Solar para trascender también Su condición arcangélica y perdonar y amar los errores cometidos en la consciencia de los ángeles, de aquellos que cayeron por sus faltas. Pero para ello es necesario que la humanidad Lo acompañe, siga Sus Pasos y traspase las puertas que Él abrió para que tengan sentido que estén abiertas.

Al contemplar esta Verdad, decidí seguir Sus Pasos y cruzar con Él, después de Él, estos umbrales de evolución, con esfuerzo permanente y en constante transcendencia, por Amor.

A eso los invito hoy.



El triunfo humano, universal, angélico y divino de Cristo se desarrolló siempre con la respuesta de aquellos que Lo seguían. Cristo necesitó

de Sus apóstoles, discípulos y compañeros para plasmar la obra de la Divina Misericordia en el mundo.

La devoción de las santas mujeres era necesaria para darle sentido a los misterios de la Resurrección. Aunque a muchos les parezca absurdo, el Plan de Dios está diseñado a través de la Unidad. Donde hubiere dos o más reunidos por un único propósito, allí estará la Voluntad Divina.

En el universo, las consciencias necesitaban despertar a la Presencia Crística y rendirse ante ella, para que Su Amor se pudiera manifestar más allá de las dimensiones.

¿Qué sentido tendría la Presencia de Dios entre Sus criaturas si ninguna de ellas Lo siguiese? El Plan se diseña en las páginas del libro de la vida, a través de la Unidad.

Vi ante Mi Consciencia, el Amor Crístico expandiéndose más allá de las dimensiones, y vi también la condición limitada de muchos seres en el universo, que, por miedo a perder el control sobre sí mismos y sobre todo lo demás, negaban y temían la Presencia de Cristo y no se dejaban amar, conducir y perdonar por Él.

Comprendí la raíz de la degradación humana, de la negación y de la indiferencia, frutos de la necesidad de poder y de control, que provienen del universo.

También vi a Cristo, amar aún más ante la negación y el miedo y, poco a poco, fue sanando los corazones con Su eterno y sublime sacrificio.

Con ese ejemplo y con esa síntesis, consolidé en Mi interior una cualidad espiritual muy necesaria para ayudar a la Tierra y al universo: ser incansable.



Por eso comprendan que la esencia de la experiencia del Amor es mucho más amplia que la vida en la Tierra y, al mismo tiempo, comienza de una manera muy simple durante el período de oportunidades para encarnar en este mundo.

La síntesis que viví no fue solo para poder ampliar en Mí la expresión del Amor y vivirlo más profundamente. Por esta síntesis pude comprender y conocer mejor la condición humana, la condición universal y la condición angélica, para saber cómo actuar ante los diferentes niveles de evolución de las criaturas de Dios. No porque tuviera la misión de instruirlos a todos, sino porque la degradación de la humanidad es fruto de un error que comenzó en la evolución angélica, pasó a la evolución universal y entró en la condición humana como parte de su proceso de redención.

Por ser así, para colaborar con la sanación de la humanidad y, en consecuencia, con la cura universal y angélica, es necesario volverse conscientes de todas estas raíces y saber que la experiencia del Amor comienza —pero no termina— cuando aprendemos a amarnos unos a otros.



Para vivir la Síntesis del Amor Crístico y cualquier otra síntesis espiritual verdadera, que tenga como propósito consolidar una determinada vibración y condición interior en las criaturas, es necesario experimentar primero el fundamento, que es la base de la síntesis que se vive.

En el caso del Amor Crístico, por ejemplo, no se alcanza una comprensión universal y angélica del Amor si la consciencia, básicamente, no lo experimentó en este mundo.

Les digo esto porque Mi historia es un camino de retorno, de redención, que está abierto a todas las almas que aspiran a vivir realmente la Voluntad Divina en este mundo y más allá de él.

Aunque Yo haya experimentado —incluso profundamente— ciertos principios divinos, como el Amor, Cristo nunca dejó de ser Mi referencia y el centro de Mi síntesis espiritual. Él siempre va un paso adelante en la evolución porque, como primera parte que se separó del Padre para manifestar la Creación Le corresponde hacer primero el camino de retorno.

Detrás de la Madre Celestial y del Hijo Primogénito están todas las criaturas, por más evolucionadas que sean. Y así, toda la evolución universal, como base y como centro, tiene el ejemplo de Cristo, no solo por lo que vivió en la Tierra sino, sobre todo, después de ella.

Muchos creen que el mayor sacrificio vivido por Cristo fue Su experiencia en la Tierra, pero, en realidad, esa fue una puerta que se abrió a una evolución marcada por la entrega constante y el sacrificio permanente.

Por eso el ejemplo de Cristo invita a las criaturas a profundizar en la Ley del Sacrificio, no como concepto humano, sino como concepto universal, en el que la consciencia torna sagrado su oficio al estar presente y entera mientras lo vive. El oficio de los seres humanos es el Amor, la entrega absoluta por la evolución del prójimo y por el Plan de Dios; y si el Plan de Dios se cumple con la renuncia a la propia evolución, todo se cumplirá.

Esta comprensión la alcancé con la experiencia del Amor y de la entrega, con el esfuerzo diario de ser aquel que Dios espera: Su siervo y compañero, padre y amigo de su Hijo, como de Sus hijos.



Durante las diferentes síntesis espirituales que experimenté se fue formando el Relicario de Mi Casto Corazón. A lo largo de estas experiencias y pasando por diferentes Centros de Amor, concentraba en Mi esencia, en un relicario espiritual e interior, lo más puro que alcanzaba como ser proveniente de una evolución humana.

Las síntesis espirituales se produjeron a través de ciclos, y en verdad les digo, siguen produciéndose y seguirán produciéndose hasta el final de la evolución humana, cuando las Jerarquías que hoy gobiernan a la humanidad estén liberadas para asumir nuevos y mayores compromisos más allá del universo.

Cuando estuve en los Himalayas para experimentar la Síntesis del Amor Crístico Universal, comprendí y experimenté, internamente, cómo se transita el camino crístico más allá de la Tierra. Comprendí cómo Dios, por medio de Cristo, vivía la evolución y diseñaba el camino para las criaturas.

A través de Cristo, Dios le demostró a los hombres, así como al universo, la forma de recorrer el camino de retorno; cómo se abren los portales y las dimensiones a una evolución sin límites, cuyo fin es solo el misterio de la Consciencia Divina, que es infinita y que guarda, en sí misma, otros grados de evolución, que por ser tan sublimes, son totalmente desconocidos y no caben ni en la mente humana ni en la mentalidad cósmica.

Dios se renueva a Sí mismo a través de las criaturas y también evoluciona, Se supera y Se transforma. Pero este es un misterio todavía imposible de alcanzar, porque Sus hijos aún están en vías de retornar a Su Corazón.

El principio de este misterio, de que la evolución no termina en el Origen, lo pude vislumbrar contemplando el Camino de Cristo y sabiéndolo eterno e insondable.



Cuando un ser vive en la Tierra y es un niño, pensará que la vida comienza y termina en su casa; cuando es adulto, podrá pensar que cuando el cuerpo perece la vida termina. Y otros podrán pensar que la vida continúa en un ciclo eterno de encarnaciones y reencarnaciones en el planeta.

Cuando el ser empieza a volverse espiritualmente adulto, los límites de su comprensión de la evolución se amplían, y ya puede vislumbrar la evolución en otros mundos, quizás incluso en diferentes dimensiones de la existencia, teniendo como límite una determinada dimensión, hasta la que llegan las criaturas materiales.

Cuando el ser trasciende la vida en la Tierra, sus límites se amplían un poco más y puede comprender que en este ciclo cósmico, la consciencia tiene la posibilidad de entrar en dimensiones superiores y desconocidas, e incluso llegar al Corazón de Dios, a la Unidad con lo Divino.

Y cuando el ser entra en las dimensiones más elevadas, puede preguntarse: ¿la evolución termina en la Unidad con Dios?

A lo largo de Mi experiencia, hijos, he vivido muchas veces ese estado de Unidad con Dios; incluso llegué a retornar al lado del Padre y a aprender con Él sobre la Vida y la evolución, pero el camino comenzó allí y no terminó.

Aquellos que se aproximan a la Consciencia Divina deben ayudar a otros a llegar a ella; por eso no se vive una unión absoluta y plena, en la que la consciencia se disuelva en la Consciencia del Uno.

Cristo tiene como Misión vivir esa unión absoluta y Su servicio es ser el Camino. Detrás de Él, estamos nosotros, Sus servidores, que, a pesar de poder dar muchos pasos en Su dirección, tenemos que esperar y ayudar a los demás.

La evolución de la Tierra simboliza un paso importante hacia la evolución universal, y todo comienza cuando se vive la redención del planeta. La evolución no termina cuando se cumple el Plan. El Plan es una puerta hacia algo superior. Y como esa puerta, existen muchas otras.

La unidad con la Creación, en la Consciencia Divina, es una puerta mayor hacia una evolución sublime, cuando Dios se renueva a Sí mismo.

Todo esto les digo para renovar sus metas y alejar sus mentes de la pequeñez de este mundo.

Estas verdades las comprendí y contemplé en los Himalayas a través del ejemplo de la evolución de Cristo. El Amor de Cristo es siempre un puente; un puente que se renueva a lo largo de las dimensiones y, cuando parece que lo hemos cruzado, lo volvemos a encontrar, en un desafío mayor, hasta que sea el momento en que Dios se una a ese puente y se renueve a Sí mismo, iniciando una evolución divina.



Cuando les hablo de cosas divinas y les abro una puerta en la consciencia hacia la evolución superior, no les estoy contando simplemente una historia, o trayéndoles más conocimiento para confundir y abrumar sus mentes tan limitadas. Vengo a elevarlos, para que Mis palabras entren en sus corazones como una vibración y no como una información. Todo lo que les digo lo entenderán después de esta vida, porque no forma parte del Plan de Dios que sepan y comprendan todas las cosas mientras estén en la Tierra.

Vengo a elevarlos para que ustedes, hijos, aún estando en esta vida, puedan revisar sus metas y construir una realidad en el mundo, que vibre basada en una aspiración divina. Que no solo las criaturas se beneficien de la entrega constante de Dios, y Él las sostenga eternamente,

sino que, sabiendo que el Creador también seguirá el curso de Su evolución, y que la renovación de Dios depende de los pasos dados por sus criaturas, que cada uno de sus hijos viva, piense y crezca para un Propósito Superior: la renovación de la Consciencia Divina y no solo la suya propia.

Estando Yo en los Himalayas, ante la comprensión de que Dios también espera a Sus criaturas para renovarse a Sí mismo, Mi Corazón tenía un nuevo Propósito para el cual servir: crecer y ayudar a otros a crecer, no por Mí ni por los hombres, sino por Dios, que espera por Sus hijos, a veces, silenciosamente.



El saber de la evolución divina se encuentra en el interior de las criaturas, en aquella parte de su ser en la que no existe condición humana, sino solo semejanza con la Divinidad.

Como parte de la Consciencia de Dios, si no fueran tan superficiales, los seres, en lo profundo, podrían acceder a una sabiduría que no solo trasciende la mente humana, sino también todo el entendimiento universal; no porque el universo no provenga de Dios y no tenga esta partícula divina en su interior, sino porque la humanidad tiene la misión y el desafío, no solo de unir las dimensiones sino, sobre todo, de unir su propia esencia con la Esencia Divina, en una ciencia que no es de este mundo, sino que viene de la Fuente.

Todo lo que les digo puede parecer abstracto y simple al mismo tiempo. Mis palabras son claras, por muy inalcanzables que les parezcan sus conceptos.

No deseo con esto confundirlos ni dejarlos frente a algo que sientan que no pueden alcanzar. Quiero conducirlos a algo nuevo, a un estado de consciencia que la humanidad, estando sobre la superficie de la Tierra, aún no vivió plenamente.

Por eso, hijos, no escuchen esta historia como si oyeran algo lejano, un eco a la distancia... más bien déjense inspirar y guiar, para que al menos en uno de ustedes se despierte este principio divino, esta posibilidad de pensar y sentir a Dios, no solo de entenderlo, sino estar en Él y conocerlo.



Para comprender la Consciencia Divina y llegar a encontrarla dentro de uno mismo, primero es necesario llegar al vacío; dismantelar lo que el hombre construyó dentro de sí mismo, como persona humana, y también lo que trajo del cosmos, desde el principio de su evolución.

Llegar a Dios es como llegar a la Nada, pero primero la consciencia debe adentrarse en la Verdad y en su esencia. Como seres humanos, deben descubrir la vida cósmica, el origen universal; deben perdonar el pasado, liberándolo de sus consciencias, y luego iniciar un nuevo camino hacia un vacío superior.

Como consciencias cósmicas, deben aprender un grado más elevado de la esencia de la humildad, algo más profundo de lo que conocen en este mundo, para saber entregar a Dios sus propias herramientas y posibilidades de evolución, reconociendo que, ante Él, todo se vuelve pequeño. En la esencia de esta humildad es donde se encuentra Dios.

Luego hay un tercer camino largo de vaciamiento interior consciente. No todos los seres del universo llegan a este punto, y muchos no han podido hacerlo porque siguen ayudando a la humanidad y renunciaron a caminar para ayudar a los demás.

Se lo digo para animarlos a dar los pasos correctos. Como seres humanos, reconozcan el Origen, la Vida Universal, reconozcan todo lo que no conocen para saber a qué deben renunciar, qué deben perdonar y sobre qué base debe estar su humildad.



La evolución divina se diseña en la evolución de las criaturas. No hay un límite si los corazones son capaces de lanzarse al Infinito.

En el silencio de los Himalayas, descubrí la Esperanza de Dios y que su Plan no terminaba en el Proyecto Humano, ni tampoco en los proyectos universales. Su Voluntad abarcaba un Todo Infinito. Todas Sus Faces crecían en una proporción divina, así como una mónada evoluciona en su proporción material, monádica.

Estaba ante un misterio que jamás había contemplado: la Unidad era solo una nueva puerta y no un final. El camino a recorrer es largo y sus metas parecen eternas, pero la Esperanza de Dios es lo que da sentido a la evolución, a la Existencia.

Me sentí parte de lo Divino, tratando crecer. Ya no Me veía como un individuo, sino como una partícula de Dios, que debería retornar para que Él viviera algo más grande.

Esta experiencia Me llevó a amar la evolución, no como un proceso personal, sino como parte de un Todo, que debe vivir algo todavía desconocido para todas las criaturas y para Dios mismo.

Su crecimiento es desconocido, trasciende a la Unidad ya vivida por Él antes de que Su Consciencia se multiplicara.

Este misterio se convirtió en el sentido de Mi evolución que hoy, como Su Instructor, les revelo con palabras simples, como quien coloca gotas de sabiduría en una consciencia para que se renueve ante el universo.



Mi historia comienza en el Origen, pero no termina en el Origen. Soy parte de la Consciencia de Dios y Me reconocí como tal al estar en

los Himalayas. Después de esa experiencia, comencé a vivir un nuevo ciclo, en el que no Me sentía separado de Dios y, por el contrario, vivía cada experiencia como parte de Su Consciencia y recordaba esa Verdad a cada instante, tratando de alcanzar Su forma de pensar, de sentir, de actuar ante la Creación.

Más que los altos grados de evolución, más que la sabiduría y la experiencia, lo que Me hizo llegar a Dios y venir al mundo hoy, enviado por Él, en Su Nombre, fue esta simple comprensión de la Verdad de que Mi evolución es parte de Dios, y estoy aquí para que Él se renueve, y no por Mí.

Todos los sentidos y propósitos dentro de Mi Consciencia se transformaron, y Mi Corazón ya no tenía ningún mérito con las experiencias de la vida en todas las dimensiones. Todo es parte de la experiencia de lo Divino; todo es para Su evolución y renovación; todo es para el triunfo de Su Amor más allá de las dimensiones; todo es para que las criaturas despierten y puedan vivir no solo para retornar, sino para retornar con el corazón lleno, siendo un átomo de Dios, pleno de una experiencia sublime y única de redención, que, al volver al Origen, no solo se suma a la evolución del universo, sino que renueva la Consciencia Divina. Así permitirán que se inicie un nuevo ciclo después de que se abra la puerta de la Unidad, después de que los hijos retornen al Padre.

Y quién sabe, cuando la Unidad sea una realidad y Dios se renueve, decida volver a dividirse, sembrando Amor y una nueva Vida entre las dimensiones.

No podré contarles el final de esta historia, porque la renovación de Dios es un misterio también para Mí, pero puedo inspirarlos a dar sus pasos y, por sí mismos, ver este Plan concretarse.

Su padre y amigo,

San José Castísimo



Sagrado Relicario del Castísimo Corazón de San José

Notas

1. **Su Hijo:** Se refiere al Hijo de Dios, al Unigénito.
2. **Su Santa Sierva:** Se refiere a la Virgen María, Madre de Jesús.
3. **Comenzar de nuevo:** La humanidad ha vivido muchas interferencias e intervenciones, que ha debido encarar y trascender comenzando de cero nuevamente. Uno de los ejemplos más conocidos por todos fue el diluvio universal, que le generó a la raza la necesidad de comenzar todo de nuevo, cuando se pudo reestablecer su hábitat y seguir con los aprendizajes de la vida comunitaria. También hubo, desde el inicio, varios intentos de establecer una raza en la que el Proyecto Genético se pudiera desarrollar y que por diversos motivos fue abortado; de esta forma fue necesario comenzar nuevamente hasta que los resultados pudieran garantizar un desarrollo equilibrado que cumpliera con las Leyes Superiores de la Creación.
4. **Principio de Unidad:** Para profundizar en este principio, véase a continuación el Mensaje de la Virgen María, transmitido el 25 de agosto de 2016 a la vidente Hermana Lucía de Jesús.

EL PODER DIVINO DE LA UNIDAD

Ni la bestia aparentemente más fuerte podrá atacar a Mis hijos al punto de destruir en ellos lo que Yo construí con Mis Santas Manos. Una fortaleza erguida por Dios es eterna y no existe viento ni oscuridad que pueda derribarla. La base de esa fortaleza es la vivencia de lo que les enseñé.

Cada una de Mis Palabras consolida en ustedes el principio de la unidad de los unos con los otros y con Dios. La unidad, hijos, cuando se

la vive en plenitud, es el mayor escudo de este y de todos los tiempos. Aunque el suelo tiemble bajos sus pies y las fuerzas del cuerpo parezcan desvanecerse, si hay unidad, no habrá temor y no habrá derrota.

Si están unidos de corazón, mantendrán los ojos abiertos y no se dejarán engañar cuando el adversario ciegue los ojos de muchos con el miedo y la ilusión. Aquellos que viven en unidad conocerán la Verdad y sabrán lo falso que es el poder de los que se elevan sobre las tinieblas; estos caerán y desaparecerán como polvo, con el surgimiento de la Luz Crística.

Si viven la unidad, sustentarán no solo el propio espíritu, sino que serán las columnas de un gran templo que en el momento de la tempestad amparará, dentro de él, a los que estaban perdidos, pero que aún traían en su interior la esperanza de algún día encontrarse.

La fortaleza de la unidad los mantendrá neutros y en equilibrio cuando los acontecimientos venideros desequilibren a los incrédulos y a los hombres de poca fe por no creer que, después de la noche, brillará el sol y que el amparo de Dios siempre estará sobre los que se reconocen como Sus hijos.

La unidad los hará comprender qué acontecimientos les llegan como asedio, cuáles como pruebas y cuáles son aprendizajes necesarios para su evolución. En el espíritu de unidad de unos con otros, podrán superar todas esas instancias de forma correcta y con madurez.

Por eso, hijos, el gran aprendizaje de la unidad debe ser vivido en este tiempo. Este es el momento de vencer las resistencias del propio interior, que les impiden vivir en fraternidad, amor y unidad con el prójimo.

Sepan que a los que tanto juzgan o a los que no consiguen amar ni aceptar en sus caminos podrán ser el pilar que faltará en su templo interior para sustentarlos firmes en los tiempos que vendrán.

Ya no son tiempos de soledad ni de individualidad. En el pasado, ese fue un aprendizaje de interiorización de la humanidad, que los preparó para vivir hoy la unidad con todos los que los rodean.

Aquellos que son convocados en Mi ejército de Luz y de Paz deben estar siempre unidos. No dejen que Mi adversario derribe, a través del veneno corrosivo de la crítica, del juicio y de la separatividad, los pilares de la fortaleza que Yo estoy construyendo con su constante permiso.

Hijos, cuando dejan que el enemigo hable a través de sus bocas y los separe de sus hermanos y compañeros de camino, no es solo a Mi Obra a la que están destruyendo, sino, sobre todo, a su propia posibilidad de evolucionar y mantenerse de pie en los momentos de mayor tribulación.

Por eso, cuando sientan que sus lenguas se mueven por la astucia del adversario, cállense y pidan Mi auxilio; corten la cadena del mal e invoquen al Divino Poder de la Unidad.

Donde haya verdadera unidad, no habrá oscuridad, y todas las batallas serán marcadas por el triunfo de la Luz. Donde haya unidad, habrá Verdad, y allí estará la Consciencia de Dios expresándose a través de Sus hijos.

Les digo todo esto para que reconozcan que el triunfo del Padre Eterno no depende de la fuerza propia de nadie, sino del Divino Poder de la Unidad que, juntos, Mis soldados pueden atraer y manifestar.

Luchen, hijos, día a día, para hacer triunfar a Mi Corazón y para que la fortaleza de la unidad crezca y ampare en sí a muchas almas que están buscando un refugio en este mundo de tan poca fraternidad y amor.

Donde haya unidad, una luz se encenderá, indicándoles el camino a los que aún deben despertar en estos tiempos.

La semilla de la unidad ya está germinando y creciendo en muchos hijos Míos, y debe expandirse en todos los que Me escuchan; por eso, hoy les hago oír estas Palabras.

Yo los bendigo y los conduzco al Divino Poder de la Unidad.

Vuestra Madre, la Virgen María, Rosa de la Paz

5. **Pangea:** Del griego antiguo *pan* (todo, entero) y *Gaia* (Madre Tierra, tierra), es el nombre dado por la ciencia oficial de nuestra civilización al último supercontinente que existió durante la actual evolución geológica del planeta Tierra, del cual se derivó su reciente configuración en tierras continentales. Su existencia y dinámica fueron teorizadas por el climatólogo y geólogo alemán Alfred Wegener (1880-1930), basándose en diversas pruebas de corroboración, registradas en varias publicaciones entre 1912 y 1920. Pangea se formó a partir de unidades continentales anteriores —Gondwana, Laurasia y Siberia— durante el período Carbonífero, hace unos 335 millones de años, al final de la era Paleozoica, y perduró hasta hace unos 200 millones de años, al final del período Triásico y principios del período Jurásico de la era Mesozoica, cuando sus bloques comenzaron a separarse en el fenómeno conocido como deriva continental.
6. **Segunda parte de la división de la Tierra:** Se refiere al movimiento producido cuando los continentes conocidos como Gondwana y Laurasia continuaron su movimiento, separándose y dando lugar a la formación de los continentes que existen ahora.
7. **Seres del universo:** San José se refiere a los seres que forman parte de las diferentes civilizaciones del universo y que no comprenden por qué Dios sigue teniendo tanto empeño con la civilización humana de la Tierra, a pesar de que su decadencia es cada vez más profunda.
8. **Antigua Grecia:** San José se refiere a un periodo más antiguo del que conocemos sobre esa parte de nuestra civilización, donde existieron los que hemos denominado dioses griegos, consciencias con cierto desarrollo que, al no existir información registrada y comprobada, para nosotros es desconocida hasta hoy.
9. **Manipulación de ciertas energías:** San José se refiere a ciertas energías que ya no corresponden al actual grado evolutivo de la

humanidad y que son utilizadas de manera incorrecta, como la magia, la manipulación de los elementos y toda forma de conducir hechos y acontecimientos, intentando generar poder en beneficio propio.

- 10. Era patriarcal:** Periodo en que el padre era el líder de la familia, jefe militar, sacerdote y/o profeta y guiaba a su tribu o pueblo. Para él y a través de él, Dios hacía conocer Su Voluntad y Sus Propósitos. Predominaban los siguientes conceptos: a) la unidad con un solo Dios (no existía ningún movimiento politeísta), b) la Personalidad de Dios (no hay signos de panteísmo ni de adoración a los elementos de la naturaleza), c) la Universalidad de Dios (Él es el Dios de toda la Tierra).
- 11. Rostro de Abraham:** En ese momento, este patriarca vivía una intensa experiencia con Dios.
- 12. Cuando Me reencontré con Abraham:** La primera vez que Abraham y San José se encontraron fue en los planos espirituales durante la experiencia en Egipto.
- 13. En otra circunstancia:** En el desierto de Egipto.
- 14. Impulso dado en la era patriarcal:** San José nos explica que los profetas vinieron a dar un impulso que se debería seguir profundizando y transformando hasta que llegara Cristo, que daría otro impulso a la consciencia humana. Este impulso igualmente debería seguir siendo profundizado, multiplicado y transformado hasta Su Retorno. Pero una parte de la humanidad se detuvo en el impulso de los profetas y patriarcas, como algunas religiones que tienen como base ese primer impulso; otras se detuvieron en el impulso dado por Cristo, sin profundizar ni desenvolver lo que Él nos enseñó para que preparemos Su Retorno.

15. Espacios divinos de la consciencia del planeta: Espacios internos del planeta, materiales e inmateriales, desde donde se acompaña la evolución de la raza de superficie y donde los Maestros de la Luz, al servicio del Plan del Creador, intentan orientar a los seres de la superficie para que el Proyecto Humano se pueda cumplir así como lo pensó Dios.

16. Fundé una línea de pensamiento: San José se refiere al movimiento espiritual denominado Rosacruz.

El término Rosacruz hace referencia originalmente a una legendaria orden cristiana que habría sido fundada por Christian Rosenkreuz, de origen alemán, supuestamente nacido en 1378.

De acuerdo a lo que en este mundo se conoce como “leyenda”, Christian Rosenkreuz descubrió y aprendió la sabiduría esotérica entre sabios árabes en su viaje, peregrinando por Oriente, supuestamente entre el fin del siglo XIV y el principio del siglo XV.

Cuando volvió a Occidente, fundó la «Fraternidad de la Rosa Cruz». Bajo su dirección se construyó un templo, conocido como *Domus Sancti Spiritus* o «La Casa del Espíritu Santo».

Se ha descrito que su cuerpo fue descubierto por un Hermano de la Orden en perfecto estado de conservación, 120 años después de su muerte, en una cámara erigida por él mismo como almacén de sabiduría.

Se ha descrito también que en el sarcófago del centro de la cripta heptagonal de Christian Rosenkreuz estaban escritas, entre otras inscripciones, las palabras *Jesus mihi omnia, Nequaquam vacuum, Libertas Evangelii, Dei intacta Gloria, Legis jugum*, que se pueden traducir al español: “Jesús mi todo, Vacío ninguno, Libertad del Evangelio, de Dios intacta Gloria, el yugo de la Ley”.

17. **Estudié la visión humana:** Se refiere a una experiencia por la que creó las bases científicas para la invención de los lentes (anteojos).
18. **Suprafísico:** Manifestación de vida no concreta en coordenadas de tiempo y espacio a partir de la cuarta dimensión de consciencia. Por ejemplo: una base suprafísica de un Centro Planetario Intraoceánico y/o Intraterreno, puede tener una manifestación suprafísica y desarrollar tareas como cualquier manifestación material concreta tal como nosotros la conocemos en la Tierra
19. **Consciencias planetarias y solares:** Se refiere a seres creados que tienen como cuerpo un planeta, un sol o una estrella. Estos seres son la consciencia misma de esos astros y existen para desarrollar el Plan de Dios en los universos materiales.
20. **Mirna Jad:** Centro Planetario que se expresa a nivel intraterreno y suprafísico en la región sureste de Brasil (sur del estado de Minas Gerais).
21. **Lysnel:** Retiro Intraterreno, vinculado al Centro Planetario Lys, que se manifiesta en la región de Lourdes, en los Pirineos, Francia.
22. **Lys:** Centro Planetario que manifiesta su epicentro a nivel intraterreno, intraoceánico y suprafísico en Portugal, Europa Occidental, y alcanza con su irradiación y algunas tareas específicas a algunas regiones de España, del Mar Mediterráneo y del norte de África.
23. **Depender del libre albedrío para actuar:** En esta expresión, San José nos explica que, como la humanidad tiene libre albedrío y tiene que ser respetado, Él muchas veces no puede actuar y asistir

a la humanidad porque debe respetar la autodeterminación del ser humano, por más equivocado que esté.

- 24. Niveles más internos:** Hay consciencias que llegan al planeta para vivir su redención, pero no están en condiciones de participar a través de una encarnación sobre la superficie, como las demás, dado su estado involutivo. Entonces, ingresan a algunos recintos internos del planeta organizados para asistirlos y son colocadas en los denominados “cristales prisión o cápsulas prisión”, para que permanezcan en ambientes adecuados, viviendo su purificación hasta que su condición les permita participar de la rueda evolutiva.
- 25. Errores:** San José se refiere a los grandes errores cometidos en el universo a través de las guerras antiguas y la rebelión cósmicas, en las que gran parte del universo sufrió equivocaciones inesperadas para las civilizaciones evolucionadas.
- 26. No-tiempo:** véase en el Glosario el término TIEMPO REAL (DEL UNIVERSO).
- 27. Interior del planeta:** San José no solo se refiere a un espacio material en el interior de la Tierra, sino también a los espacios internos suprafísicos del planeta donde la vida evolutiva transcurre, tan o más intensamente que sobre la superficie.
- 28. Pecado cósmico:** Se refiere a las equivocaciones que se cometieron en el cosmos, errores y pecados con los que los seres vienen a la Tierra, a esta escuela de amor, perdón y redención, a intentar trascender y transformar esos errores en conquistas de luz y misericordia, a través de la escuela crística que Cristo manifestó en este planeta.

Glosario

AVATAR

Estado evolutivo de un ser que alcanzó un punto de su trayectoria en el que, después de pasar por todos sus aprendizajes materiales, comienza a reunir las informaciones de todas sus mónadas a partir del aspecto más evolucionado de su ser. Al reunir esas informaciones ya está, en función de esa síntesis, en condiciones de guiar expresiones de vida sideral. La Escuela de los Avatares es una escuela mayor de formación para consciencias universales que se preparan para desempeñar tareas más amplias y de gran responsabilidad en el universo. Véase MÓNADA.

DONES DIVINOS

De acuerdo a lo conocido hasta hoy como los dones del Espíritu Santo, la doctrina cristiana nos ha revelado que son: la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios. Son virtudes que el Espíritu Santo le otorga a los seres para que puedan expresarlas en su servicio a las almas.

En abril de 2020, durante la Semana Sagrada en el Centro Mariano de Figueira, Nuestro Señor nos transmitió que, además de los siete dones materiales que ya conocemos, existen catorce dones inmateriales del Espíritu Santo.

Ellos son: 1. la ciencia del entendimiento, 2. el espíritu de la verdad, 3. la fortaleza de la luz, 4. el amor inconmensurable, 5. la abnegación eterna, 6. la sabiduría divina, 7. la cura espiritual, 8. la vida interior, 9. el conocimiento cósmico, 10. la transmutación, 11. la solidez del alma, 12. la gracia incondicional, 13. la inteligencia divina, 14. la reconciliación interior.

ENERGÍAS CAPITALES

Energías que ya conocemos como la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la envidia, la gula y la pereza. En este último tiempo la Divinidad

ha revelado que la corrupción y la indiferencia se han convertido también en energías capitales que gobiernan a la humanidad en su proceso de degeneración.

ESPEJOS

[...] Un verdadero Espejo es un instrumento de Luz creado por Dios con el fin de que los planetas, las estrellas y, más allá, las galaxias y los universos, estén comunicados con el mismo principio y energía. [...]

Santa Teresa de Jesús tuvo la misión, encomendada por Mi Hijo, de recuperar el espejo del corazón por medio de la oración, de la contemplación y de la adoración a Cristo. Más tarde, una parte de la humanidad recuperó el sentido de la espiritualidad y, por medio de algunas conciencias santificadas, el principio mayor de la comunicación de los Espejos retornó al planeta. Hoy, la Divinidad Celeste está a cargo de todo esto junto con estas conciencias santas, que desde el Cielo ayudan a enviar impulsos cósmicos para despertar a la humanidad.

Santa Teresa de Jesús es la gran misionera del Cielo que lleva adelante el despertar de la vida contemplativa y es la que ayuda espiritualmente a que cada alma orante, independientemente de su religión, de su nación o continente, pueda encontrar el sentimiento positivo de ese espejo interior.

Así la raza, que en su mayor parte está dormida e hipnotizada por espejismos materiales, recibe la colaboración inmediata de los Espejos del Cielo para reencontrar, en estos tiempos, los siguientes impulsos:

1. La recuperación de la integridad espiritual y colectiva de la humanidad.
2. El sentido de descubrir la misión de cada alma, presente sobre la Tierra.

3. El descenso sublime de la Ley de la Misericordia, de la Gracia y de la Liberación.
4. El reencuentro con estados de consciencia superiores que llevan a la humanidad hacia estados divinos.
5. El despertar de la otra parte de la consciencia que en cada ser está dormida.
6. La comunicación interna con las Leyes Universales y sus principales corrientes de equilibrio y de cura.
7. La oportunidad de redimir la vida sobre la superficie de la Tierra y la rehabilitación del alma por medio de los impulsos crísticos y celestiales.

[...] Los Espejos del Universo son transmisores de códigos y de nuevas conductas para la vida de la superficie del planeta.

Cuando una consciencia ora de verdad y de corazón, sin buscar nada a cambio, solo estando en espíritu de cooperación con el Plan de Dios, las puertas de estos Espejos Celestiales se abren para ingresar en regiones espirituales del planeta en donde es urgente la Redención y la Misericordia de Dios.

Un Espejo del Cielo puede estar manifestado de diversas formas porque, como es un instrumento del Universo Espiritual, se muestra según la necesidad que apremie en un mundo como el de ustedes.

La comunicación entre los Espejos del Cielo se establece cuando todas las criaturas creadas por Dios están en oración. Es así cómo dichos Espejos se activan y comienzan a atraer hacia la Tierra principios de la vida universal que la humanidad perdió completamente, por ejemplo:

- La reverencia al Creador.
- El amor por los estados superiores.

- La búsqueda de la unión interna con Cristo.
- La esperanza de recibir cura.
- El encuentro con el verdadero origen.
- La fusión con los dones del Espíritu Santo.
- La realización de la misión espiritual de la humanidad.

Por eso, [...] los Espejos del Cielo ayudan a reencontrar el sentido y la razón espiritual de estar presentes en este planeta, con los Reinos de la Naturaleza, participando de la creación de este Proyecto Divino que es la humanidad, proyecto que debe cumplirse más allá de todo.

La consciencia planetaria, en los últimos cincuenta años, ha sido muy ayudada debido al constante riesgo que la humanidad vive de perder la oportunidad de concretar este Proyecto, desconocido por el noventa y nueve por ciento de los seres.

Por eso, la tarea de la Jerarquía Divina con la humanidad ha sido incalculable y urgente, con la esperanza de que más consciencias despierten a la real necesidad de un cambio interno y planetario que, de no suceder, comprometería al mundo entero.

Para que este paso, que debe ser dado por todos, sea posible en medio de esta transición inicial que la Tierra enfrenta, muchas actitudes, formas y hábitos de vida deberán cambiar para que la energía espiritual, en este caso la de los Espejos Universales y Celestiales, ayude a transformar a la consciencia terrestre.

Por eso, la vida planetaria vivirá sus pruebas. Ciertas tendencias y hábitos de la vida material cambiarán abruptamente cuando el Universo Celestial de los Espejos comience a aproximarse al planeta, a través de las corrientes divinas que serán captadas por las almas orantes.

Cuando esto se vuelva más consciente, la Tierra ya estará en el auge de su transición. Por eso, su Madre viene entrenándolos en el arte de orar, para que los corazones de los seres humanos sean portavoces y ejemplos de estos principios sutiles. [...].

Fragmentos del Mensaje diario de la Virgen María del 24 de agosto de 2015. Véase el Mensaje completo en www.mensajerosdivinos.org.

ESTANQUES DE LA CREACIÓN

Espacios del cosmos, donde generalmente se manifiestan civilizaciones o grupos de civilizaciones. Si pudiéramos ver o imaginar esos espacios, se expresarían como enormes lagos de luz. En esos espacios, llamados Estanques Cósmicos o Estanques de la Creación, es donde se sintetizan las energías que surgen como información de las experiencias de vida y evolución de todo lo creado en el Universo Material. Esos Estanques Cósmicos les proveen de una síntesis de vida a las diferentes esencias que surgirán de esos estanques, esencias que serán el núcleo original que dará vida y primer impulso de evolución a cada ser que se manifieste en esta Creación.

ESTEKNA-MANES

El pueblo Estekna-Manes (lo subrayado señala la sílabas tónicas para la pronunciación correcta) se originó por la mezcla de seres indígenas del continente americano, con seres que sobrevivieron al hundimiento de la Atlántida y llegaron a las amplias costas de lo que hoy es América. Fue un pueblo que, mientras habitó y participó de la superficie, supo unificar lo mejor de las dos razas y que, a medida que fueron viviendo su experiencia y fueron desencarnando, ingresaron en los diferentes Retiros Intraterrenos al alcanzar la cuarta dimensión de consciencia.

Actualmente, forman parte de un pueblo evolucionado que asiste a la humanidad de superficie desde los planos internos y cumple con importantes tareas en los Centros Planetarios y Retiros Intraterrenos, nombrados por San José como Centros de Amor.

FINAL DE LOS TIEMPOS

Tiempo planetario actual, en el que la renovación de la raza deberá ser total: material, mental y espiritual, para que la humanidad pueda ascender a la cuarta dimensión de consciencia y pueda convivir con el resto del universo como una civilización evolucionada.

Véase REAL TIEMPO DEL UNIVERSO.

LEY SUPERIOR DE RENOVACIÓN

Se trata de la Ley Superior de Renovación Material. Esta ley

asegura el continuo fluir de emanaciones de la esencia inmaterial de la vida hacia la materia, revitalizándola. En el transcurso de sucesivas expansiones, la materia pasa poco a poco a la existencia desprovista de formas, hasta llegar a las etapas en las cuales es divinizada. Estas etapas se basan en la Ley de la Renovación Material y amplían considerablemente la vida concreta.

En los contactos preliminares con esta ley, la consciencia aprende a relacionarse con fuegos más potentes y, así, a dominar el fuego de la materia; lo inferior es absorbido y transformado por lo superior e inmaterial. El surgimiento de patrones de armonía y equilibrio comienza en este punto. Sin embargo, la aplicación de esta ley no busca eliminar los atributos naturales de los niveles concretos, sino vincularlos con los mundos más sutiles. Para esto, por medio de la Ley de la Renovación Material, viene siendo estimulada la implantación de una existencia pautada por valores que lleven a los hombres a contactar realidades cósmicas. Hacia esa realidad se encaminan algunos seres.

Un importante reflejo de la acción de la Ley de la Renovación Material es, actualmente, el implante del nuevo código genético, lo cual lleva a los cuerpos humanos a expresar estados de consciencia más elevados, que se refieren a la Tierra futura y que, desde ahora mismo, buscan introducirse en la humanidad por intermedio de los seres rescatables.

En los cambios de ciclo, el individuo pasa por pruebas y es colocado frente a oportunidades poco comunes. En el transcurso de estos cambios, hay mayor posibilidad de que, en la esencia de la materia de sus cuerpos, sea realizado un trabajo que libera la luz de las células y los átomos. La esfera de consciencia de la superficie terrestre debe ser capaz de proporcionar, a seres provenientes de otros esquemas planetarios, enseñanzas referidas a la interacción con el mundo de las formas; pero, para que esto sea posible, cierta armonía tiene que estar implantada en la vida de la humanidad.

(Trigueirinho, J. *La trayectoria del fuego*. Carmo da Cachoeira: Irdin Editora; 2026.)

LOGOS PLANETARIO

Consciencia que rige ámbitos planetarios o sectores de sistemas solares. Asume conducir la obra que debe ser realizada para manifestar el propósito de cada planeta, grupos de planetas y sistemas estelares. Gobierna la relación y la manifestación del propósito de los diferentes sectores universales que le corresponde, vinculándolos con diferentes sectores de vida sideral.

Para ampliar, véase: “Logos planetario” en *Léxico Esotérico de la obra de Trigueirinho*, Editorial KIER.

MÓNADA

Todos los seres tienen ciertos núcleos de consciencia a través de los cuales se manifiestan, aprenden y evolucionan. Estos núcleos de consciencia tienen una manifestación material, mental y espiritual. Dentro de la manifestación material se encuentra: el núcleo o cuerpo físico-etérico, el astral y el mental concreto. Los tres son formados por la herencia genética, o sea que son el resultado de la combinación genética de nuestros padres. Esto representa la manifestación material de nuestro ser, un espacio donde los núcleos superiores pueden manifestarse, experimentar y aprender durante la encarnación.

Luego existe el núcleo o cuerpo del alma, la manifestación inmaterial que guarda la información de todas las experiencias que hemos vivido hasta ahora en nuestra existencia evolutiva; es decir, que guarda la información de todas nuestras encarnaciones en el plano material y también informaciones de los periodos en que una consciencia tiene experiencias en los planos internos.

A continuación del alma, habita el núcleo o cuerpo de luz, que es el puente entre los espacios y dimensiones más materiales y los espacios espirituales de la consciencia. Es el núcleo o cuerpo que permite que los impulsos superiores del ser puedan llegar ordenadamente al alma y, a través de ella, a los núcleos o cuerpos más densos.

Luego del cuerpo o núcleo de luz, se manifiesta la mónada, núcleo de consciencia que atrae y guarda, desde los planos espirituales hacia la encarnación, la misión que cada ser tiene que cumplir y manifestar según la Voluntad del Creador, en servicio a la vida material.

El último núcleo o cuerpo de consciencia del ser encarnado es la esencia, núcleo que guarda lo más puro que los seres tienen, lo que emerge de los Estanques Cósmicos, donde se organizan las informaciones más sublimes, depositadas en esos estanques, las que van a acompañar al ser durante toda su vida evolutiva. Esa esencia, en el caso del Proyecto Genético Humano, es donde se guarda la conexión directa que cada ser tiene con el Creador. Cada esencia que surge de los Estanques Cósmicos es direccionada por los Señores del Karma o Señores de la Ley para comenzar su vida evolutiva en algún lugar del cosmos, de acuerdo a un programa establecido en la Creación.

Los Señores del Karma o Señores de la Ley son un grupo de consciencias ultraterrestres (pertenecientes al Universo Mental) que se dedican a la organización y el desarrollo armonioso de la vida universal. Ellos tienen, como una de sus tareas, la de monitorizar y acompañar la vida evolutiva de cada criatura creada, para que esta vida evolutiva siempre se mantenga en el equilibrio de la Ley.

Véase ESTANQUES DE LA CREACIÓN, PROYECTO HUMANO y ULTRA TERRESTRE.

PRINCIPIO DE DIOS

Un Principio Divino es la energía con la que el Creador puede manifestarse a través de los seres inferiores (criaturas materiales de las diferentes razas y civilizaciones del cosmos creado) para que Su Consciencia pueda obrar directamente, sin intermediarios, en las vidas de Sus hijos.

Existen Principios Divinos Primarios, como algunas de las grandes emanaciones que provienen de las Fuentes de la Creación, que iluminan toda la existencia: la Unidad, la Voluntad, la Sabiduría, el Amor, la Cura, la Gracia, la Misericordia, el Perdón.

Cada vez que un ser manifiesta, en sí mismo y hacia otros seres, energías de estos principios, de forma espontánea y simple, es porque el Creador está pudiendo manifestarse a través de ese ser. De esa forma puede iluminar y renovar la Creación.

Existen otros principios que provienen de la unión de diferentes emanaciones divinas que son auxiliares de estos principios primarios, energías sublimes que, al manifestarse, todos podemos sentir que provienen del Creador: la humildad, la reverencia por lo sagrado, la simplicidad, la libertad espiritual e infinitud de otras, todas las energías que rigen, como leyes, la organización de la Creación.

PROYECTO HUMANO

Proyecto de evolución desarrollado por el Creador desde el origen, que tiene una característica única en la Creación. Se diferencia de todas las demás civilizaciones creadas por contener, dentro de la esencia de cada ser, una molécula divina; es decir, una conexión espiritual directa con el Creador. A través de esta conexión, la civilización humana de la Tierra tiene la capacidad y/o posibilidad de realizar una conexión

directa con la Consciencia del Padre Eterno y unirse a Él a través de la experiencia del Amor Universal y Crístico como la que vivió Jesús, el Cristo. Por eso, es una civilización tan interferida y asediada por las fuerzas del mal.

RAYOS INMATERIALES

Energías fundamentales del cosmos que provienen de las Fuentes de la Creación y que transfieren, hacia donde actúan, cualidades definidas para componer todo lo que existe. En nuestro planeta Tierra de tercera dimensión se manifiestan siete Rayos Materiales que atraen esas cualidades y se relacionan con toda la vida planetaria.

Los Rayos Inmateriales que llegan sutilmente a nuestra esfera planetaria son cinco y tienen como tarea elevar la vibración y frecuencia de todo lo que existe.

Para ampliar, véase: “Rayos” en *Léxico Esotérico de la obra de Trigueirinho*, Editorial KIER.

REINISTAS

Denominación utilizada para señalar a los seres que participan del Linaje Reinista, tarea específica que los seres desarrollan junto a los Reinos de la Naturaleza. Un linaje es la tarea que cada espíritu tiene que desarrollar cuando brinda un servicio en el universo. Ese servicio puede ser realizado en la superficie de alguna civilización o en los planos internos en algún lugar del universo.

Véase VIDA CÓSMICA Y UNIVERSAL.

TIEMPO REAL

Este universo local se organiza, se expresa y vive en doce dimensiones: siete dimensiones en el Universo Material, de la primera a la séptima, tres dimensiones en el Universo Mental, de la octava a la décima, y dos en el Universo Espiritual, la decimoprimera y decimosegunda.

Una dimensión es una experiencia de tiempo y de espacio. Significa que una dimensión es lo que una consciencia puede experimentar en una coordenada de tiempo y otra coordenada de espacio de acuerdo a su grado de evolución, o sea, a su grado de aprendizaje.

Esas dos coordenadas, tiempo y espacio, que ocupan un lugar en el universo, pueden relacionarse con otras coordenadas o pueden crear la condición especial de mantener aislada una experiencia.

El planeta Tierra se encuentra en el extremo de uno de los brazos de la galaxia de la Vía Láctea, en un sistema al que llamamos Sistema Solar, que está formado por una estrella mayor, el Sol, alrededor de la cual giran un conjunto de planetas y sus satélites. Tiene su experiencia de vida en la tercera dimensión de consciencia del Universo Material, Mental y Espiritual.

Es decir que, el grado de aprendizaje de esta raza humana en la superficie de este planeta, se expresa en la tercera dimensión del plano material, la expresión que le corresponde a esa vibración en el plano mental y lo mismo en el plano espiritual.

Ese es, en general, nuestro estado evolutivo: somos una raza de tercera dimensión de consciencia. Sin embargo, en el universo existen razas y experiencias de vida muy avanzadas, en dimensiones superiores.

En este universo local de nueve galaxias, en el que vivimos, se lleva adelante una experiencia de vida que cumple con varias pautas. Todos los seres que viven y experimentan en este universo local, participan de esas pautas. En otros universos o conjunto de galaxias se viven otras pautas y otras realidades, tan infinitas como infinita es esta Creación.

En este universo local existen tres experiencias de vida bien diferentes: una es material, otra es mental y otra es espiritual. Es decir que, en la experiencia espiritual existe solo vida espiritual, que no tiene mente ni materia, pero que es la fuente de las otras dos. Ser fuente de las

otras dos quiere decir que les da vida a ambas y que existen porque esa experiencia espiritual las alimenta para vivir una vida complementaria a la espiritual.

A esa experiencia espiritual se la denomina “Universo Espiritual”, que está habitado solamente por consciencias o inteligencias espirituales, emanadas directamente de la esencia del Creador.

Ese Universo Espiritual emana otro tipo de experiencia formada de energía mental, de energía de pensamiento, de energía creadora. No tiene materia, solo energía de pensamiento. A esa experiencia la llamamos “Universo Mental”.

En ese Universo Mental, habitan los seres llamados Resplandecientes, que conocemos como arcángeles, y sus huestes de Luz, los ángeles y los devas creadores, que son emanaciones mentales de lo que llamamos Dios en el Universo Espiritual y que tienen a su cargo la tarea de crear la materia.

Entonces, desde el Universo Mental, bajo el impulso o las indicaciones del Universo Espiritual, se crean los universos materiales, que dan vida a todo lo que es materia: sistemas, estrellas, planetas, civilizaciones, seres.

Y la confirmación de todo este sistema somos nosotros, seres que tenemos un aspecto material, cuerpos más densos, una mente que comparte nuestra experiencia y un mundo interior o vida del espíritu que complementa nuestra existencia. Esto es lo que somos, a imagen y semejanza de la Creación.

Este universo local, en el que habitamos y existimos como raza o civilización, es una inconmensurable experiencia de vida que se desarrolla en el Real Tiempo del Universo.

Solo que nuestro planeta y nuestra civilización habitan en un tiempo alternativo, en el que nuestra experiencia está aislada del resto de la vida universal, ya que vivimos un proyecto único que todavía no ha

llegado a su fin y aún no se ha cumplido. Vivimos en una coordenada de tiempo y de espacio que está aislada del resto de la vida universal.

¿Por qué y para qué?

Imaginemos que a los Jardineros del Espacio se les ha encomendado una tarea especial: organizar una raza que experimente un proyecto muy singular, único en la Creación. Ese proyecto podría tener un desarrollo diferente al de las demás razas y por ese motivo necesita un “ambiente” también único para desarrollarse.

Es así que los Jardineros del Espacio consideran la posibilidad de organizar un espacio y un tiempo, una coordenada que mantenga a ese proyecto aislado hasta que culmine su experiencia y se pueda cumplir. De esa forma, no se correrá el riesgo de que otras flores del Jardín del Creador sean mutadas o modificadas por la presencia o influencia de esa experiencia tan particular.

Por lo tanto, los Jardineros del Espacio organizan una coordenada alternativa en un lugar del universo en el que no se pueda afectar, para bien ni para mal, la experiencia que los demás están viviendo.

Cuando esa experiencia llegue a su fin, es decir, cuando el proyecto se cumpla, esa civilización podrá ingresar definitivamente al Real Tiempo del Universo y compartir con las demás civilizaciones. Saldrá de esa coordenada de tiempo alternativo para vivir en el Tiempo Real.

Debido a ese tiempo alternativo en el cual vivimos, un tiempo en la tercera dimensión de consciencia, que es la dimensión en la cual experimentamos, es que no podemos acceder, no podemos “ver ni percibir” a todas las civilizaciones que nos rodean, porque existen a partir de la cuarta dimensión de consciencia.

En la Tierra, vivimos una experiencia en la tercera dimensión del Universo Material, del Universo Mental y del Universo Espiritual. Las demás civilizaciones materiales viven desde la cuarta hasta la séptima

dimensión de consciencia. Por eso, no podemos acceder a ellas; no las podemos ver porque estamos en esta coordenada alternativa.

Es decir, no accedemos a ellas, no las vemos, no tenemos posibilidades de llegar a ellas y, ridículamente, creemos que estamos solos en el universo. Pero ellas sí saben de nosotros y, desde la cuarta dimensión, están esperando que comprendamos el Propósito que tiene como destino esta raza, que tiene la tarea de ofrecer algo único a toda la vida universal.

Mientras tanto seguimos aquí, sin dar importancia a nada que no podamos tocar, conquistar, adquirir o poseer. Seguimos en esta coordenada que, a esta altura, hemos convertido en nuestra propia prisión.

Por eso, los libros sagrados hablan del “final de los tiempos”. Hablan de que llega a su fin el tiempo alternativo e ingresamos al Real Tiempo del Universo. Ya no existirán los dos tiempos, para que podamos trasladar nuestra experiencia a un solo tiempo, el tiempo de todos.

Pero eso solo sucederá cuando nuestra civilización sea corregida de su desvío; porque, a través del tiempo y de sus elecciones, se ha desviado totalmente del Propósito para el que fue creada.

ULTRATERRESTRE

La Creación, de acuerdo con lo transmitido por la Jerarquía Divina y la Hermandad de la Luz, se expresa en tres estados de consciencia: el material, el mental y el espiritual.

Cada una de esas expresiones, llamadas “universos”, se caracteriza por estar habitada por diferentes estados de consciencia que, desde la materia más densa hasta la manifestación más sublime del espíritu, manifiestan la vida que la Voluntad del Creador quiso expresar.

Dentro del Universo Mental, que se expresa más allá de la séptima dimensión de consciencia y hasta la décima, se encuentra lo que la Jerarquía denomina Esfera Ultraterrestre.

En ella habitan consciencias de energía mental, consciencias que podemos llamar seres, que han sido creados bajo leyes desconocidas por la raza humana. Estos seres, al igual que los arcángeles y ángeles, originarios de ese universo, están destinados a llevar adelante tareas extraordinarias bajo las leyes de la obediencia irrestricta a la Voluntad Divina.

Estos seres tienen la gran capacidad de ser creadores de realidades mentales y materiales, por lo que se pueden manifestar con expresiones similares a cuerpos, para que los habitantes del Universo Material los puedan comprender y entablar contacto con ellos.

UNIVERSO

Reunión de un grupo de galaxias que comparten el mismo sistema de evolución. El planeta Tierra forma parte de una galaxia, conocida a nivel general como Vía Láctea, que tiene alrededor de cuatrocientos mil millones de soles como el de nuestro Sistema Solar, cada sol con un promedio aproximado de unos diez planetas o más.

Nuestro universo local está formado por nueve galaxias: una galaxia mayor que conocemos como Andrómeda y otras ocho que orbitan a su alrededor, entre las que se incluye la Vía Láctea.

La reunión de las galaxias para formar los universos, no siempre se organiza de forma geográfica; es decir que no se agrupan por estar cerca unas de otras, de acuerdo a como las vemos materialmente, sino que se organizan por otras Leyes desconocidas por nuestra civilización.

VIDA CÓSMICA Y UNIVERSAL

En este universo local de nueve galaxias, que comparten el mismo sistema de evolución, los seres evolucionan básicamente a través de siete mónadas. Cada una de ellas encarna, una por vez, cuando el ser tiene una nueva oportunidad de experimentar una encarnación en la superficie material de alguna civilización o en los planos internos. Si bien en los planos internos no se vive una vida material como la conocemos, desde el punto de vista de los aprendizajes es tan importante o aun más que las encarnaciones en la materia física de superficie.

Cada mónada representa un linaje; es decir, una tarea a manifestar en la encarnación. Las tareas, que los seres desempeñan en sus experiencias de aprendizajes en sus diferentes encarnaciones, están definidas en la Creación como linajes. Los linajes son la reunión de determinadas informaciones y conocimientos que son experimentados por las consciencias y que, además de brindar un servicio universal a través de ellos, también se renuevan con el paso del tiempo y con lo que cada criatura experimenta en el Universo Material.

Los linajes experimentados hasta ahora, en este proyecto genético y conocidos por los seres de esta civilización, son: Guardianes, Curadores, Sacerdotes, Espejos, Instructores, Gobernantes, Visionarios, Contemplativos y Reinistas. A través de las experiencias de los linajes, los seres tienen la oportunidad, con cada aprendizaje, de traer el Cielo a la Tierra para que la Voluntad de Dios se cumpla.

Esos núcleos de consciencia reunidos son los que, a nivel general, viven todos juntos la experiencia de la vida y así aprenden y sirven en lo que les corresponde en cada encarnación.

El Regente de esa experiencia es lo que llamamos Ser Real o Ser Cósmico, que es la reunión de otros aspectos de nuestra consciencia. Ese aspecto superior de nuestra consciencia es lo que podríamos nominar como contraparte cósmica, la que, en verdad, está teniendo la oportunidad de poder manifestar una de sus siete mónadas, su alma y su esencia para que vivan una experiencia evolutiva en la superficie, en este caso de la Tierra, para cumplir con lo que en el universo pactó con la Voluntad de Dios.

Ese Ser Real o Ser Cósmico tiene la oportunidad de recibir un cuerpo material para que su alma, su mónada y su esencia vivan la experiencia que les corresponde y así pueda dar pasos en su evolución.

Véase MÓNADA, PROYECTO HUMANO, REINISTAS y UNIVERSO.



Asociación María

Madre de la Divina Concepción

Fundada en diciembre de 2012, a pedido de la Virgen María, Asociación María, Madre de la Divina Concepción, es una asociación religiosa sin vínculos con ninguna religión institucionalizada, de carácter filosófico-espiritual, ecuménico, humanitario, benéfico, cultural, que ampara a todas las actividades indicadas a través de la instrucción transmitida por Cristo Jesús, la Virgen María y San José. Estimula una legítima cooperación ecuménica y una relación fraterna entre las religiones por medio de la oración y del servicio altruista. Las contribuciones en todas sus manifestaciones: monetaria, recursos materiales y trabajo voluntario, posibilitan que sus actividades sean gratuitas, se mantengan y se amplíen.



ORDEN GRACIA MISERICORDIA

Organización religiosa, cristiana, autónoma y ecuménica, sin vínculo formal con ninguna religión institucionalizada. Propone una vivencia monástica por medio de la vida consagrada, que tiene como base la enseñanza de Cristo. Fundada en el 2009, la Orden procura ofrecerse incondicionalmente como instrumento de la Obra Divina, en comunión con todos los seres humanos y con los demás Reinos de la Naturaleza. Se trata de una propuesta de vida fraterna y comunitaria, consagrada a la paz, a la oración, al bien y al servicio abnegado.



José Trigueirinho Netto (1931-2018), filósofo espiritualista, escribió 84 libros publicados en varios idiomas y realizó más de 3000 conferencias grabadas en directo, disponibles de forma gratuita. En su propia vida, dio testimonio de las enseñanzas que transmitió en sus libros y conferencias sobre la trascendencia y la elevación del ser humano, el contacto con el alma y con núcleos aún más profundos del ser, el servicio impersonal y la conexión con las Jerarquías Espirituales. Fue fundador de la Comunidad-Luz Figueira, uno de los miembros fundadores de la Fraternidad - Federación Humanitaria Internacional, y cofundador de la Orden Gracia Misericordia.



La Hermana Lucía de Jesús, monja vidente de la Orden Gracia Misericordia, dedica su vida a la oración y al servicio abnegado, según las indicaciones de Cristo Jesús, la Virgen María y San José. A partir de octubre de 2012, atendiendo a la petición de la Virgen María, comenzó su tarea de vidente en apariciones públicas de los Mensajeros Divinos. Es coautora de los libros *Mensajes de Humildad*, *Diálogos de un alma con Dios* y *Viacrucis - Camino Eterno para los Corazones*, publicados por Irdin Editora.



CONOCE LA COLECCIÓN COMPLETA DE LOS *Mensajeros Divinos*

La Virgen María, Cristo Jesús y San José Castísimo comenzaron a transmitir Mensajes a toda la humanidad a través de los monjes videntes de la Orden Gracia Misericordia en 2011, y Sus Palabras componen una colección de libros que lleva al mundo la preciosa Instrucción de los Mensajeros Divinos.

La colección se compone de diferentes títulos con mensajes, oraciones —también disponibles para el público infantil—, poemas y ejercicios espirituales que buscan llevar al lector a una unión más profunda con Dios.



Apunte su cámara hacia el código QR
y conozca todos los títulos de la colección,
o ingrese a:

www.mensajerosdivinos.org



ASOCIACIÓN IRDIN EDITORA

Institución al servicio de la expansión de la consciencia. Tiene como objetivo difundir obras de naturaleza filosófico-espiritual en esta época de transformaciones globales y de gran necesidad de búsqueda interior. Con enseñanzas que presentan llaves para el reconocimiento de las Leyes Inmateriales que gobiernan el universo en el que vivimos y sustentan a la Tierra, nos invita a ampliar la consciencia, a develar los misterios de la historia de nuestro planeta y a ingresar en caminos de paz.

Irdin es una organización sin fines de lucro sostenida por colaboradores voluntarios. La continuidad de esta labor es posible gracias a las contribuciones espontáneas de quienes creen que estas obras deben permanecer accesibles a todas las almas que buscan la expansión de la consciencia.

Colabore
con
nosotros



Apunte su cámara hacia
el código QR y sepa más
o ingrese a **www.irdin.org.br**



Sé que no toda la humanidad estará preparada para escuchar esta historia y entrar en contacto con ella tal y como Yo la presento aquí, incluso por el hecho de ser Yo mismo quien la cuenta.

Sin embargo, ha llegado el momento de que el conocimiento deje de ser una propiedad conducida por las manos de los hombres y de que la verdad sea accesible a todos —los ignorantes y los dispuestos de corazón— para que todos tengan la posibilidad de comprender porqué viven determinados acontecimientos en este tiempo, sabiendo transponer esos obstáculos y sabiendo cuál es el camino correcto a seguir para que se cumpla el Plan de Dios.

San José Castísimo, prólogo

A través de esta obra, el amado Instructor Divino nos cuenta Su historia con el fin de ayudar a la humanidad a comprender los misterios del cosmos y de la vida interior. En una narrativa sencilla, presenta una perspectiva reveladora sobre la evolución de la consciencia, los planes de Dios para el Proyecto Humano y las expresiones de vida en la Tierra y en el cosmos.

Sus preciosas y objetivas instrucciones aportan aclaraciones sobre las sucesivas eras del planeta Tierra, las experiencias de las distintas civilizaciones que se expresaron aquí, reflexiones sobre la humilde vida de José de Nazaret y de la Sagrada Familia, y Sus aprendizajes en diferentes momentos de Su evolución, desde Su Origen en el seno de la Creación hasta Su plena comunión con el Creador.

El mensaje de este libro es único: revela claves para aquellos que buscan una profunda comunión con Dios y Su Creación y abre caminos hacia una expansión de la consciencia aún desconocida. Como padre y amigo, San José descubre la Verdad a aquellos corazones dispuestos a una verdadera transformación. Considerada por Trigueirinho como una de las obras más importantes que había leído, es un libro indispensable para todos aquellos que aspiran a recorrer el camino de regreso al Corazón de Dios.